Barbarin

Historia de la Pedagogía Universal

8039

HISTORIA

DE LA

PEDAGOGÍA

CON UN RESUMEN DE LA ESPAÑOLA

POR

D. EUGENIO GARCÍA Y BARBARIN

B.P. BURGOS
N.R.
N.T. 95095
C.B.
23026

BIBLIOTECA PÚBLICA
BU 103

MADRID
LIBRERÍA DE HERNANDO Y COMPAÑÍA
Calle del Arenal, núm. 11.

1901

ES PROPIEDAD

MADRID. — Imprenta de Hernando y C.ª, Quintana, 33.

PRÓLOGO

Seducido por la lectura de un brillante artículo del ilustrado maestro del Puerto de Santa María, Sr. Thuiller, publicado en 1873 en el periódico de Enseñanza *La Idea,* formé el propósito de ordenar unos apuntes sobre Historia de la Pedagogía, especialmente de España. Algunos de ellos aparecieron en *El Magisterio Guipuzcoano* en los años 1879 y 80. Leí después las obras de Paroz y Compayré y la que publicó en Valparaíso en 1886 nuestro compatriota Sr. Ponce. Fruto de la lectura de estos libros y de otros análogos, como los de Carderera, Alcántara García, Dittes, Daguet, Rousselot, Lambertini y César Cantú, es este modesto libro.

El deseo de poder llenar algunos vacíos que se encuentran en las dos únicas obras traducidas en nuestro idioma y de rectificar algunos conceptos, no muy favorables á nuestra historia, me han decidido á la publicación de este libro. Por tanto, ni aspiro á ser original ni á ofrecer nada nuevo á los lectores. Otros con mayor inteligencia, con más aliento y mejores medios de consulta, podrán corregir y subsanar las omisiones y defectos de esta obrita.

El Autor.

INTRODUCCIÓN

CONCEPTO DE LA HISTORIA DE LA PEDAGOGÍA

La Historia de la Pedagogía es la exposición de las doctrinas y métodos de los principales pedagogos y el análisis de sus libros ó de sus ideas filosóficas.

No es lo mismo la Historia de la Pedagogía que la Historia de la Educación. La primera es la historia de los maestros y filósofos que han contribuído con sus escritos al desarrollo que alcanza en nuestros tiempos la enseñanza popular. La Historia de la Educación es el cuadro del desenvolvimiento de la humanidad en todos los órdenes de la actividad. Es una parte de la Historia de la Civilización.

Ni la Historia de la Pedagogía ni la de la Educación están formadas todavía. Una y otra exigen la labor de muchos años de investigaciones eruditas, de meditación y de estudio; de suerte que no basta la vida de un hombre para entresacar entre los libros de las bibliotecas los materiales más indispensables para hacerla. Por otra parte, faltan también datos precisos sobre que fundarse, para no ir á ciegas en tan importante estudio.

La Escuela popular, tal y como es en el día, es cosa relativamente moderna. En la antigüedad y aun en la Edad Media, era una cosa muy distinta. Por eso todas las obras de Historia de la Pedagogía se extienden más sobre los tiempos modernos, que no sobre los antiguos.

La Historia de la Pedagogía es un estudio de la mayor

importancia. Por él se aprecian los esfuerzos de los maestros más ilustres, se avaloran sus enseñanzas, se desecha lo defectuoso y se aplaude y aplica lo justo. Sirve al maestro á la vez de norma y de consuelo en medio de su vida de sacrificio, y sirve también para acrecentar su vocación. Así como se ha dicho que la historia de los hechos memorables produce una saludable emulación entre aquellos que se creen capaces de imitarlos, otro tanto sucede con la Historia de la Pedagogía. En efecto; ¿qué maestro no se entusiasmará con la biografía de un Gerson, de un Rollin, de un Pestalozzi?

Es también muy importante conocer las opiniones de esos pedagogos, ya para no dejarse seducir con todo lo que se vende por nuevo, siendo antiguo, ya también para compadecer sus errores y estar alerta sobre los que quieren hacer de la Escuela la única panacea para todos los males sociales.

En casi todas las Escuelas Normales de Europa se estudia hoy la Historia de la Pedagogía. En España se implantó su estudio como obligatorio en 1898.

Antes de emprender el estudio de la Historia de la Pedagogía, es indispensable conocer, siquiera sea sumariamente, la Historia universal.

ORIGEN DE LA PEDAGOGÍA

La Historia de la Pedagogía empieza con el hombre. Por eso, como dice un escritor, desde el día en que un padre ha enseñado algo á su hijo, desde aquel momento ha empezado la educación intelectual; y el día que le hizo despertar algún sentimiento comenzó la educación moral. De suerte que el primer hombre se convirtió en maestro de sus hijos.

Los pueblos primitivos tenían una noción clara de la divinidad, de la inmortalidad del alma y del deber; conservaban la tradición de la culpa original; pero las pasiones pudieron más que la razón y la ley natural se fué obs-

cureciendo y cayeron en los más monstruosos errores; es decir, retrocedieron de una manera lastimosa.

Sólo los escritores que no admiten la autoridad de la Sagrada Escritura, como Hæckel, Darwin y otros incrédulos, consideran á los hombres primitivos como verdaderos salvajes, su lengua reducida á monosílabos y sus ideas muy imperfectas y limitadas.

La obra de la educación es muy compleja, concurren á ella muchos factores; uno de los principales es la experiencia; otro, la necesidad, y estos dos juntos fueron principalmente los que enseñaron á los hombres en los primeros tiempos. El estudio de la Historia nos muestra que el hombre ha sido siempre el mismo, que ha tenido las mismas necesidades, que ha sido débil y fuerte á la vez, que ha tenido ideas metafísicas y que es un ser social y perfectible. Varía, aunque no esencialmente, con el tiempo y el medio social en que vive.

Hasta los pueblos salvajes que pueblan hoy algunas comarcas del África y de la América, á pesar de su crasa ignorancia, tienen ideas morales, admiten un Ser superior, aun cuando lo personifiquen en los fenómenos de la Naturaleza ó en ídolos groseros, y hasta tienen alguna idea de la belleza, porque se pintan el cuerpo ó se adornan con fragmentos de animales y plantas. Además, sus utensilios y vasijas están adornados con dibujos más ó menos artísticos. Esto mismo se observa en los objetos que se encuentran de las edades prehistóricas.

La educación en los pueblos salvajes se reduce, principalmente, á la educación física. En unas partes someten sus miembros á un aparato de presión para deformar el cráneo ó los labios; en otras agujerean la nariz, las orejas ó el labio superior, para meter un anillo ó un hueso; les enseñan á cazar, á pescar, á nadar, etc.; les enseñan también á ocultarse del enemigo, á ser astutos, á tirar la honda, á preparar los alimentos, á buscar hierbas, sal, metales, etc.

De manera que la educación en estos pueblos sólo se reduce á eso; de suerte que es una labor incompleta. Así

es que dejando aparte los pueblos primitivos y los pueblos salvajes, sólo nos ocuparemos de los pueblos cuya historia escrita ha llegado hasta nosotros.

Para mayor claridad, y siguiendo en lo posible el orden cronológico de la Historia Universal, podemos dividir nuestro trabajo en cinco partes:

1.° *Antigüedad,* que comprende el pueblo hebreo, la China, la India, Egipto, Persia, Grecia y Roma.

2.° *Edad Media:* establecimiento del Cristianismo; apologistas. Renacimiento iniciado por Carlomagno, la Escolástica, las Universidades.

3.° *El Renacimiento,* la Reforma, la Iglesia, la Revolución francesa.

4.° *La pedagogía contemporánea,* Pestalozzi, Frœbel, Kant, Dupanloup, Spencer, etc.

5.° *Resumen de la Pedagogía en España.*

Tal es la marcha que nos proponemos desarrollar en este breve trabajo.

PRIMERA PARTE

I

PUEBLOS ORIENTALES

SUMARIO: El pueblo hebreo.—Educación, antes y después de la ruina de Jerusalén. — China; organización de sus Escuelas. — India; idem. — Persia. — Egipto. — Japón.

El pueblo hebreo.—Educación, antes y después de la ruina de Jerusalén. — El pueblo hebreo es, entre todos los pueblos del mundo, el más notable por la pureza de su doctrina, como que profesó la verdadera religión. Mientras en Oriente reinaba el politeísmo y el culto de la materia, los hebreos confesaban la unidad de Dios y la inmortalidad del alma; y como consecuencia de estas creencias, su moral era la antítesis de lo que se practicaba en las demás naciones. Moisés recibió del mismo Dios los preceptos para gobernar á su pueblo; de aquí que la educación y las instituciones sean tan distintas de las ideas de las otras naciones.

La mujer era considerada como la compañera del hombre, mientras que en el resto del mundo se consideraba como esclava. En una palabra, el pueblo hebreo fué el precursor del pueblo cristiano y, por tanto, el que tuvo leyes más sabias é ideales más elevados.

La educación era puramente doméstica. El niño aprendía de sus padres las tradiciones religiosas y los elementos de la lectura y escritura. Se cuidaba más de la educación

moral, sin que por esto se crea que se desatendía la educación física; prueba de ello es que formaban un pueblo agrícola y guerrero á la vez, como nos lo demuestra la Sagrada Escritura. Cuando se establecieron ya definitivamente en la Tierra de promisión, se rigieron por instituciones sabias que les había dado Moisés á conocer en el *Deuteronomio*. Las niñas recibían también la educación doméstica, aprendían á bordar y á coser, á tañer el salterio ó el arpa, y sobre todo á ser obedientes y respetuosas.

Salomón, uno de los reyes más ilustres del pueblo hebreo, puso la sabiduría en proverbios, y en los libros que escribió hay pensamientos sobre la educación moral que merecen consignarse, como los siguientes:

«Escucha, hijo mío, la instrucción de tu padre y no dejes la ley de tu madre.

»Oid, hijos, los consejos de un padre y estad atentos para aprender la prudencia.

»Guarda, hijo mío, los mandamientos de tu padre, átalos en tu corazón perpetuamente y rodéalos á tu garganta. Cuando anduvieres, vayan contigo; cuando durmieres, sean tu guarda, y al despertar, habla con ellos. Porque el mandato es antorcha y la ley luz; y camino de vida la reprensión y la enseñanza.

»El que ama á sus hijos no se cansa de corregirlos, con la esperanza de encontrar por esto en ellos la dicha al fin de sus días, sin verlos mendigar de puerta en puerta.

»No es amar á sus hijos excusarles el castigo; cuando verdaderamente se les ama, se cuida de corregirlos.

»Instruid á vuestro hijo, trabajad en formarle, para evitar os deshonre con su vida licenciosa.

»Si le educáis con entereza, libraréis su alma de la muerte.

»El hijo sabio es la doctrina del padre, porque el fruto de la buena educación de un padre brilla en la sabiduría del hijo.

»No ceses, hijo, de oir la doctrina, y no ignores las palabras de ciencia.

»Por sus inclinaciones se conoce en el niño si sus obras

serán limpias y rectas, y estas inclinaciones casi las forma y fortifica la educación.

»Conservará siempre, siendo viejo, las buenas ó malas mañas que aprendió de niño.

»Enseña á tu hijo, no desesperes; mas no intentes llegar hasta matarlo.

»No escaseéis al muchacho la corrección; porque si le golpeares con vara, no morirá.

»La vara y la corrección dan sabiduría; mas el muchacho que es dejado á su voluntad, avergüenza á su madre.

»Enseña á tu hijo y te recreará, y causará delicias á tu alma.

»El temor á Dios es la plenitud de la sabiduría, y la prudencia es la ciencia de los santos.

»La sabiduría inspira vida á sus hijos y acoge á los que la buscan. Y quien la ama, ama la vida.

»Desde tu niñez recibe la doctrina, y hasta las canas hallarás sabiduría.

»Si me estuvieres atento, aprenderás, y si aplicares tu corazón, serás sabio.

»El que adoctrina á su hijo, loado será en él.

»Dóblale la cerviz en la juventud y golpéale los costados mientras es niño, no sea que se endurezca.

»Enseña á tu hijo y trabaja con él porque no tropieces en su afrenta.

»Ejemplo de superiores, guía de inferiores.

»Escucha sosegadamente lo que te dicen para que lo entiendas y respondas con sagaz prudencia.

»¿Tienes hijos? Pues instrúyelos, y desde la infancia acostúmbralos á obedecer».

Quien esto ha escrito es indudablemente el más sabio entre los sabios de Israel, es un verdadero educador.

Cuando volvió el pueblo hebreo del cautiverio de Babilonia, se reedificó de nuevo á Jerusalén y su templo y comenzó para ellos una nueva era. Conociendo Esdrás que la ignorancia de la Ley era muy grande, invitó á todo el pueblo á oir la lectura de los Libros Sagrados. Luego instituyó una especie de cursos nocturnos en las sinagogas

de Jerusalén en ciertas épocas del año. Esdrás por su celo mereció el título de *príncipe* de los doctores de la Ley.

Los sucesores de Esdrás abrieron las primeras escuelas superiores para la enseñanza de la Religión y de las Leyes nacionales: estas escuelas dieron origen á las diversas sectas de saduceos, fariseos y esenios.

Pero la escuela primaria no existía.

La escuela primaria no existía hasta los últimos siglos que precedieron á la destrucción de Jerusalén. Á Josué Ben-Gamala cabe el honor de haberlas establecido para los niños desde los seis años cumplidos.

El célebre libro el *Talmud* lo da á entender con estas palabras: «Después de los seis años, llévalo á la escuela y cárgalo como á un buey»; de suerte que esta frase indica claramente que se colmaba al niño de trabajo. Gamala dispuso que cada pueblo tuviese á lo menos una escuela, y si el pueblo tiene un río que lo divida en dos partes, tendrá por lo menos dos escuelas. Por eso el *Talmud* alaba su memoria, diciendo: «Su nombre será recordado con satisfacción». La sala de la escuela era higiénica, sencilla al exterior; pero en su interior tenía todas las comodidades y un verdadero lujo de Maestros. «Si el número de discípulos, dice el *Talmud*, no pasa de 25, habrá un solo profesor; si de 25 á 40, habrá dos; ni más ni menos que lo que sucede actualmente en Alemania. Otra de las medidas fué el obligar á los niños á frecuentar la escuela.

La disciplina en un principio fué rígida; después se dulcificó. «Los niños, dice, deben ser castigados con una mano y acariciados con las dos».

Respecto de los maestros, no percibían sueldo del Estado; una retribución acordada por parte de los niños, ó algunos donativos voluntarios. No se vaya á creer que por eso estaban en la miseria, porque el *Talmud* dice con exageración: «Si vuestro maestro y vuestro padre tienen necesidad de socorro, socorred primero al maestro y después al padre; porque éste os ha dado la vida corporal y el otro la espiritual».

No querían maestros solteros.

«Será el maestro casado y con hijos. El maestro no se cansará de repetir sus explicaciones hasta que lo haga cuatrocientas veces».

Las asignaturas que se enseñaban eran: la Biblia y la tradición, la Lectura, Escritura, Geometría y elementos de Historia Natural; luego se agregaron la Agricultura y el Derecho.

Después de la destrucción de Jerusalén (año 70) los judíos fueron perseguidos por los romanos, se diseminaron sus escuelas y un sabio rabino, llamado Judas el Santo, hacia el siglo II después de Jesucristo, redactó una colección metódica de las tradiciones judaicas para que sirviera de Código civil y canónico á sus compatriotas. Esta colección se llamó la *Mischna*. Vinieron luego los comentadores, y el rabino Joctranam aumentó este libro con muchas sentencias y parábolas, y esta nueva colección se llamó *Gemara*. Las dos forman el *Talmud* ó libro sagrado de los judíos actuales.

Más adelante los judíos se desparramaron por todas las naciones, y en todas ellas fueron más ó menos perseguidos ó tolerados. Durante la Edad Media tuvieron escuelas florecientes en Córdoba, Barcelona y Toledo, sobre todo, y se distinguieron mucho por su inteligencia y erudición (1).

China.

Hace muchos siglos que la vida y costumbres de los chinos presentan los mismos caracteres: la uniformidad y el aislamiento del resto de los humanos. Las costumbres, la urbanidad, las artes y oficios, la medicina, todas las conquistas, en fin, de la civilización han conservado un carácter estereotipado (2).

El pueblo chino es muy orgulloso; cree que sus instituciones y su organización son superiores á las de todos

---

(1) Véase AMADOR DE LOS RIOS, *Historia de los Judíos en España y Portugal*.

(2) DITTES, *Histoire de l'Éducation*.

los demás pueblos. El objeto de la educación es transmitir fielmente á la juventud las tradiciones del pasado, y acostumbrarla con todo rigor á no salirse de la ley. A nadie es permitido introducir reformas, ni en las artes ni en los oficios. No existe la libertad ni aun en el desarrollo de las facultades humanas. Todo choca contra la uniformidad de la vida. Toda innovación es, por consiguiente, locura. El principio de la estabilidad es la regla objetiva de la educación. El objeto final es la utilidad, y por consiguiente el egoismo. El discípulo, pues, está sometido á una rutina segura, de pura copia, sin salirse jamás de los estrechos moldes.

La disciplina es severa; la educación moral sometida á una puntualidad pedantesca; el respeto filial y la sumisión llegan casi á la idolatría. La conducta para con los padres, parientes, maestros y superiores, hacia las señoras ó hacia los extranjeros, todo está sometido á reglas fijas. Cada saludo, cada expresión, la manera de hacer una visita, la fórmula de la invitación, la posición del cuerpo y del vestir, la profundidad de las reverencias, todo está previsto, todo está en la ley. Así es que los embajadores de las Cortes europeas en Pekín tienen que prepararse antes minuciosamente para arreglar sus acciones y palabras cuando se presentan al Emperador.

En China hay escuelas de diferentes grados, y son accesibles á todos. El que aprende más llega al puesto más alto. Todos los empleos públicos son accesibles á los hijos de los más pobres. Los niños entran en la escuela desde la edad de cinco años; la enseñanza no es obligatoria, pero el interés personal suple por ella.

Las dificultades de la lengua china que, como se sabe, es un conjunto de monosílabos, hace que tarden mucho tiempo en leer, y sobre todo en escribir los caracteres, que son más bien geroglíficos.

Los chinos consideran de gran valor á la Caligrafía, y se comprende. Así, pues, la lectura, la escritura, la lengua y el cálculo son los conocimientos principales de la escuela primaria.

Los maestros reciben estipendio del Estado y alguna retribución ó regalo de los padres de los niños. Cuando esto no basta, lo cual es muy frecuente, se dedican los maestros á la práctica de la medicina, á la adivinación, á la magia y á llevar las cuentas en algún comercio.

Los chinos ricos tienen preceptores particulares. No se crea que *todos* asisten á las escuelas; existe una parte numerosa de proletarios, semejantes á los parias de la India, que no reciben educación. Además de estas escuelas elementales, hay otras superiores, donde se enseña la lengua y literatura nacional, la geografía, la historia, las matemáticas y las ciencias naturales. Hay también academias científicas y literarias, donde se estudia la legislació y la política.

El estímulo de los estudiantes es grande por la esperanza de conseguir un buen destino, que nunca se da sino al que sabe. El saber designa en la sociedad la nobleza personal, la cual ocupa el puesto de la hereditaria.

El Estado es como una gran casa de educación. El Emperador, llamado hijo del cielo y revestido de la más alta autoridad, es el primer director de todas las academias y centros de enseñanza, y considera la instrucción del pueblo como el primero de sus deberes. En cambio se interesa poco por la Religión, la deja al encargo de los Bonzos ó Sacerdotes, á la costumbre, al hogar. Por eso se juzga al pueblo chino como materialista. El método de la educación china no es el que desarrolla, sino el que comunica. Todo lo envuelve la rutina y la costumbre. Hay además muchos exámenes.

La civilización china debe mucho á Lao-Tsée, y sobre todo á Confucio.

Hay muchos periódicos y muchos libros, y á precios muy económicos. Existe una Enciclopedia de mil doscientos tomos, y un tribunal, llamado *Tribunal de la Historia*, donde se anota día por día todo lo que sucede en el Reino.

Las mujeres en China no reciben instrucción más que en el hogar.

En fin, hasta la ley encarga á los padres que amen á sus hijos y que les enseñen buenas costumbres; pero permite que los vendan á los extranjeros, si están disgustados de su conducta. He aquí algunos pensamientos de Confucio, uno de sus más célebres moralistas:

«Cuando sale un niño de manos de sus padres para entrar en las de los preceptores, se le impone con solemne pompa un nuevo nombre, se le cubre la cabeza con un sombrero particular y se le declara que desde aquel momento queda admitido á la dignidad de los hombres.

»Instruir á los demás es ya la mitad de la virtud. No seáis enemigos de los que tienen un entendimiento escaso. Es un deber del sabio ilustrar su entendimiento. Estudiad las letras, amad las bellas artes y alimentaos con las lecciones y los ejemplos de la antigüedad.

»El mal se aprende pronto, pero el bien difícilmente.

»La razón es para los sabios y la ley para los que carecen de sabiduría.

»Aquel que sabe soportar mejor los grandes males es el más digno de mandar á los otros.

»Una conversación con un sabio vale más que diez años de estudios.

»Procuremos hacer agradable nuestro exterior y puro nuestro interior.

»Durante toda la vida debemos venerar como á un padre al maestro que nos ha instruído. Cuando un discípulo acompaña por la calle á su maestro, no debe dejarlo para hablar con otra persona, ni andar á su lado, sino algo separado de él. Cuando el maestro se aproxime al discípulo para decirle algo al oído, el último debe ponerse la mano en la boca para no incomodarlo con su aliento. El discípulo no debe jamás interrumpir la palabra del maestro».

Japón.

La civilización japonesa, en general, se debe á las colonias chinas que ocuparon el país desde hace veinticinco siglos.

El Japón es un pueblo fuerte, valiente, de buenas costumbres. Su industria es muy notable. Su literatura, muy rica. Hay en el país buen número de escuelas. Los jóvenes reciben instrucción y gozan de mayor autoridad y más libertad que entre los demás pueblos orientales. Se parecen á los chinos en la manera de proveer los empleos, en su amor á la tradición y en el odio á los europeos. Pero desde hace treinta años hay un partido político en el Japón, de progreso, y hoy es una potencia de gran poder, un archipiélago de treinta millones de habitantes que ha derrotado á la China en la última guerra, que ha abierto sus puertos á todo el mundo y que se ha apropiado el fondo de la civilización europea. La Universidad de Toquío, donde hay más de treinta profesores europeos, las Escuelas Normales, los Jardines de la Infancia, el trabajo manual, las bibliotecas, todo se han asimilado, y su civilización actual ha sobrepujado en todos los ramos á la de la China. La *Gaceta del Imperio* se redacta en japonés y en inglés, lengua esta última muy extendida. Trátase de abolir el sistema de escritura tradicional por la europea, reforma de transcendencia que hará más práctica la civilización.

India.

Unos dos mil años antes de Cristo, un pueblo poderoso de la raza ariana, saliendo de los países montuosos de Iram, bajó hasta los territorios del Indo y del Ganges, subyugó á los habitantes originarios de la India y fundó una sociedad cuyas primeras clases las ocupaban los ricos y los invasores, mientras la población indígena llegó al más alto grado de abyección. De este modo se formó el pueblo de los indos ó indios.

Las castas en la India formaban clases hereditarias, al contrario que en la China; por consiguiente, una rutina eterna era el destino de la vida de cada cual, sin poder salir jamás de los estrechos límites del nacimiento. En religión profesaban el panteísmo: Dios era todo; Dios se manifestaba en todas las cosas sensibles é insensibles: las

cosas sensibles no son más que el vestido del Ser inmutable. Con esta concepción panteística del mundo y de la vida, el pensamiento y la voluntad del indo se anonadaban en la contemplación mística del alma *(nirvana)*, y de aquí el desprecio de la vida para sumergirse en el principio supremo: en Dios.

De aquí se deduce que el ideal de una verdadera educación era la perfección moral, el abandono completo de sí mismo, la *nirvana*, y, por consiguiente, una ciega rutina en todos los actos de la vida.

Los medios más importantes de la educación eran las advertencias, el ejemplo, el acostumbrarse á hacer su deber.

Las castas inferiores no recibían instrucción; se les consideraba como seres de otra especie é indignos de la educación.

La educación estaba dirigida por los bramanes ó sacerdotes, que eran muy instruídos.

Hacia el siglo VI antes de Cristo aparece Buda, que predicó una nueva religión. Su doctrina fué combatida por los bramanes, pero adoptada por el pueblo. Las mujeres estaban excluídas de la educación; los niños, al contrario, frecuentaban las escuelas; mejor dicho, los grandes prados y alamedas de árboles, y allí aprendían la lectura, la escritura y el cálculo. Todavía se conservan estas escuelas. El maestro es auxiliado por los discípulos más adelantados, y de aquí el sistema mutuo. Se distinguen maestros y discípulos por su paciencia, modestia, veracidad y urbanidad. La disciplina es también blanda. Como los bramanes son maestros y sacerdotes á la vez, tienen gran ascendiente sobre los niños y son más honrados que sus propios padres. Cuando las reprensiones no bastan, se apela á los castigos corporales; uno de los castigos consiste en arrojar agua fría sobre la cara de los niños. Los maestros no reciben salario, porque eso es infamante; pero los padres, según su voluntad, les hacen grandes ó pequeños regalos: vestidos, sombrillas, zapatillas, trigo, legumbres, vacas, caballos, terrenos y metales preciosos.

En el Código de Manú (Código sagrado de la India) se dan reglas muy minuciosas sobre la educación de los indios; sobre la instrucción de las diferentes castas, el vestido, las comidas, etc., etc. En realidad, la instrucción de los indios empieza á los siete años. A esa edad van á la escuela, donde forman letras con yeso en el suelo, ó con el dedo en la arena. Después ya escriben formalmente, valiéndose de cañas, si es en papel, ó de punzones de hierro si en hoja de palmera, muchas de las cuales componen un libro. En uno y otro caso suelen emplear la tinta. Después de la lectura y escritura se les enseñan las operaciones de la aritmética, por medio de conchas muy pequeñas. En las escuelas indias modernas se enseña también el persa, que es el idioma de los musulmanes de aquella región, y el inglés.

Las escuelas superiores son para los bramanes generalmente, y en estas escuelas se enseña las matemáticas, la filosofía, la medicina, la astronomía y el derecho, y sobre todo, la interpretación de los Vedas. La lengua en que están escritos estos libros es el sánscrito, hermana mayor de todas las lenguas indo-europeas.

Los bramanes han hecho bastante por las ciencias matemáticas. Los árabes en la Edad Media sacaron mucho partido de ellas, y de allí procede nuestro sistema de numeración; pero el pueblo indio camina á su disolución; Inglaterra, dueña del país, lo va transformando por completo.

Egipto.

Parece ser que el Egipto, entre todos los pueblos orientales, elevó su cultura al más alto grado de perfección. Aquí, como en la India, había castas, y los sacerdotes fueron los únicos depositarios de la ciencia. La religión servía de regla á la vida. Los fenómenos y las fuerzas de la naturaleza fueron personificados y mirados como seres divinos. Hubo escuelas en Tebas, en Menfis, en Heliópolis y otras poblaciones donde se enseñaban las ciencias y el

arte, sobre todo la agricultura y la escultura; pero la falta de libertad política y la invasión de tantos pueblos, hizo que el pueblo bajo no pudiera en manera alguna ser instruído; únicamente aprendían los oficios tradicionales.

Los egipcios admitían un dios supremo y sin nombre; pero los otros dioses que adoraban eran como personificaciones de la Divinidad, como *Phtha,* la mano de la creación; *Ra,* el sol; *Kons,* la luna; *Sch,* la tierra, etc.

Tenían un código de moralidad que contenía tres mandamientos: amor á Dios, amor á la virtud y amor á los hombres; pero su conducta, su superstición y sus costumbres desmienten todo esto, pues como decía un escritor, allí todo era dios menos Dios. Respecto de la inmortalidad del alma, admitían la metempsícosis ó transmigración y el juicio después de la muerte. Minós pesaba las almas y las enviaba al destino que habían merecido por sus acciones.

«Las escuelas públicas, dice el Sr. Toda, estaban abiertas en Egipto á todos los que querían concurrir á ellas, y el hijo del artesano se sentaba en el mismo banco al lado del hijo del noble, recibía la misma instrucción y tenía idénticas ocasiones de sobresalir y distinguirse.

»Cuando revelaba cierta disposición, se le hacían proseguir los estudios literarios, con los cuales se le abría el camino á los cargos del Estado: siendo empleado, los méritos le aseguraban la promoción, pues no existía traba alguna para que el hijo de un labrador pudiera elevarse á las más altas posiciones de la administración del imperio; los buenos ministros eran recompensados con liberales donaciones de tierras de los reales dominios; de donde puede deducirse que un hombre de talento, nacido entre las clases trabajadoras, con buena conducta y habilidad, podía abrirse camino hasta las clases de los propietarios y aristócratas.

»Sin embargo, puede afirmarse que era muy dura y triste la condición de las clases artesanas; los reyes podían emplear en trabajos obligatorios á cuantos súbditos quisieran, y con frecuencia los monarcas sacrificaban la vida

y la felicidad de millares de súbditos á su desordenada vanidad; los particulares que empleaban obreros los trataban con crueldad y tenían grandes exigencias, y los capataces hacían uso de su bastón ó palo, sin que los que sufrían pudiesen hallar facilidad de quejarse y reclamar; además, los tributos eran grandes, apaleándose á los morosos en satisfacerlos».

Monumentos de la sorberbia de los Faraones son las pirámides, que todavía se conservan, amasadas con las lágrimas de los israelitas, las esfinges, los obeliscos y los templos de Serapis y de Isis.

Persia.

Persia era una nación muy ilustre en la antigüedad. Uno de sus filósofos fué Zoroastro, que les dió una religión cuyos principales preceptos se contienen en el Zend-Avesta, escrito por él, y que viene á ser la Biblia de los persas. Según ese libro, esencialmente moral, el persa debía vivir en lucha constante consigo mismo, contrariando las pasiones é instintos groseros de su naturaleza, viciada por el genio del mal, Ahrimanes. Así, pues, para cumplir con la moral prescrita por Zoroastro, era menester conservarse puro de cuerpo y alma. Todo esto constituía el objeto principal de la educación, que era muy severa, y que pertenecía en parte á los sacerdotes y en parte al Estado.

Al nacer el niño, debía ser lavado tres veces con orina de buey y una vez con agua, á fin de purificarlo: un astrónomo ó mago predecía después de esto la suerte del niño y le daba un nombre, y al fin del tercer año, el padre ofrecía un sacrificio.

El fundamento en que estribaba la educación persa era, el bien público y la utilidad común.

Jenofonte, el historiador griego, nos ha conservado detalles muy curiosos sobre la educación de los persas. El niño á la edad de ocho años era arrancado de la familia para educarlo por cuenta del Estado; mas no por eso el padre dejaba de serlo, porque tenía sobre el hijo el dere-

cho de darle muerte si le desobedecía por tres veces. El tener muchos hijos era señal de predestinación, pues formaban otros tantos escalones para ir al cielo; por eso el que no tenía hijos estaba obligado á adoptarlos ó cuando menos á procurar por medio de dotes la multiplicación de los matrimonios. Esto prueba de que Zoroastro tuvo noticia de algunas costumbres hebreas.

La misión de la educación hemos dicho que no se encomendaba á los padres, porque se creía que éstos, por una mal entendida indulgencia, educarían á sus hijos en la molicie y holgazanería. Se educaban en común con entera uniformidad.

Todo estaba arreglado y previsto; el lugar y duración de los ejercicios, el tiempo del descanso, la calidad de los alimentos, el número de profesores y las diversas clases de castigos. Los alimentos se reducían á pan, berros y agua, pues querían acostumbrarlos á la sobriedad; resultando que estos sencillos alimentos, sin mezcla de salsas ni de guisados, fortificaba su cuerpo y les daba una robusta salud, capaz de sostener las más duras fatigas de la guerra hasta una edad avanzada. Concurrían á las escuelas para aprender la justicia, las ciencias y las letras. El crimen que se castigaba severamente era la ingratitud.

«La vida de los persas en estos sabios establecimientos era prevenir el mal, persuadidos de que vale más prevenir las faltas que castigarlas después de cometidas, sistema sabio en nuestro concepto, que debieran ensayar todos los profesores; pues de ello resultaría la inapreciable ventaja de no tener que castigar. Los persas no trataban de imponer castigos á los malos, sino de procurar que entre ellos no hubiese malos» (1).

Los niños concurrían á la escuela hasta la edad de 16 á 17 años, en que además aprendían á tirar el arco y la azagaya; después de esto se entraba en la clase de jóvenes adultos. Desde entonces se les dejaba menos libertad, porque en esta edad hay necesidad de vigilancia exquisita.

---

(1) FERNÁNDEZ, *Historia Universal*, tomo I.

Pasaban diez años en esta clase. Durante este tiempo, estaban toda la noche en los cuerpos de guardia, así para vigilar la ciudad como para acostumbrarlos á la fatiga. Durante el día venían á recibir las órdenes de sus gobernadores, acompañaban al rey cuando iba de caza y se perfeccionaban en estos ejercicios.

La tercera clase se componía de hombres formados y duraba 25 años, y de la cual se sacaban todos los oficiales que habían de mandar las tropas. No se les obligaba á tomar las armas fuera del país en pasando de 50 años. Por fin, pasaban á la última clase, de donde se escogían los más sabios y experimentados para ciertas dignidades y para la judicatura.

De aquí que todos los ciudadanos podían aspirar á los cargos públicos, pero ninguno podía llegar sin haber pasado antes por todas las clases. Las clases estaban abiertas para todos; pero muchos que tenían abundantes riquezas no mandaban á sus hijos.

Los persas consideraban la mentira como uno de los vicios más detestables, y desde que sus hijos llegaban á la edad de cinco años les recomendaban con ahinco que dijesen la verdad.

Los niños fallaban muchas veces sentencias de justicia sobre casos prácticos. El mismo Ciro dice que sólo en aquellos establecimientos aprendió la noción verdadera de lo justo. Los discípulos se abstenían de escupir, de sonarse y de no hacer ninguna necesidad delante de nadie.

Los magos ó sacerdotes persas enseñaban á sus discípulos más con el ejemplo que con las palabras á practicar todas las virtudes y á evitar todos los vicios, entre los cuales contaban, además de la mentira, el hábito de contraer deudas.

La moral de sus libros decía: «Si queréis ser santos, instruíd á vuestros hijos, pues os serán atribuídas sus buenas obras».

Los profesores persas pasaban al rey un parte detallado de la conducta escolar de los alumnos, y él decretaba el premio ó castigo que merecían.

II

GRECIA

SUMARIO: Grecia. — Periodos en que puede dividirse su educación. — Primer período: Esparta y Atenas; la educación espartana y la ateniense. — Segundo período: Escritores sobre educación: Pitágoras, Sócrates, Jenofonte, Platón y Aristóteles. — Tercer período: Resumen de la educación en Grecia.

Grecia fué la primera comarca civilizada de Europa y la que influyó más que otra alguna en el desarrollo del arte, de la literatura y de la filosofía. No consintiendo la índole de este libro extendernos en consideraciones históricas, nos limitamos sólo á hablar de lo que se relaciona con la educación.

La historia de la educación en Grecia podemos dividirla en tres períodos.

1.° Desde el establecimiento de las pequeñas repúblicas hasta las guerras médicas en el siglo V antes de Cristo.

2.° Desde esta edad hasta Alejandro Magno, y

3.° Desde Alejandro Magno hasta su conquista por Roma en el siglo II antes de Cristo.

Primer período: En el primer período encontramos dos elementos distintos: Esparta y Atenas.

Esparta. — La antigua Esparta, capital de la Laconia, había pasado por muchas vicisitudes antes que el célebre Licurgo la dotase de aquellas célebres leyes, más de nueve siglos antes de Cristo. Este sabio legislador, comprendiendo que la educación de la niñez es la base de la sociedad, dictó leyes encaminadas á protegerla y ampararla; pero partía de un principio erróneo, de que el niño pertenece más al Estado que á sus padres. Licurgo ahogó el desarrollo de las facultades intelectuales, y no se propuso otra cosa que formar un pueblo de héroes, que no tuviesen más aspiraciones que amar á la patria y á la virtud.

Cuando nacía un niño era visitado por los *eforos*, an-

cianos consejeros del Estado; si lo hallaban bien formado, fuerte y vigoroso, ordenaban que se le alimentase; por el contrario, si el niño era raquítico, lo exponían en el *Bárratro*, donde perecía de hambre. Para obtener niños sanos y robustos se hicieron leyes fijando las condiciones para contraer matrimonio, y el que las violentaba era severamente castigado.

Hasta la edad de siete años el niño era educado principalmente por su madre; desde esta edad pertenecía por entero al Estado, y entonces comenzaba la educación pública, obligatoria para todos. Al niño se le acostumbraba á no ser melindroso ni delicado, á no llorar ni gritar, á no asustarse por nada, á ser sobrio y á llevar una ligera ropa en cualquiera estación del año; se les acostumbraba á andar descalzos y á no comer nunca más que un mismo alimento, que consistía en una salsa negra hecha con sal y vinagre; alimento que al principio hallaban detestable, pero después delicioso; todos los días se bañaban en el Eurotas; su lecho se componía de hojas y hierbas cogidas por los mismos á orillas de dicho río.

Las comidas de los espartanos eran públicas; á ellas acudían algunas veces los niños, como á una escuela de sobriedad y prudencia; escuchaban de boca de los ancianos hermosas máximas de virtud y sabiduría. El objeto que se propuso Licurgo al hacer las comidas públicas no fué otro sino acostumbrar á los ciudadanos á ser sobrios, robustos y callados. Receloso de que aquella vida frugal disgustase á los poderosos, prohibió en toda la Laconia las monedas de oro y plata y los adornos, y sustituyó aquéllas por gruesas monedas de hierro de un peso excesivo. Asimismo prohibió por inútiles el cultivo de las ciencias y de las bellas letras y desterró á los extranjeros, cerrándoles las fronteras por temor de que trajesen los vicios propios de su país.

Los niños únicamente se instruían en la gimnasia, la música, el canto y el baile; educación que se hacia extensiva á las niñas, como destinadas á ser futuras madres de familia.

La mentira era mirada con tal horror, que los embus-

teros eran despreciados y castigados inhumanamente por sus mismos camaradas. En la escuela jamás les era permitido hablar sino cuando sus maestros les dirigiesen la palabra, y aun entonces con mucha mesura; por eso se llama *laconismo* la brevedad en el decir. Esto hacía á los niños tan sufridos y tan duros para consigo mismos, que un dia, habiendo encontrado uno de ellos un zorro pequeño, lo ocultó debajo de sus ropas para divertirse con él cuando pudiese; pero el animal le rasgó el vientre con sus uñas, sin que el niño prorrumpiese en una queja. Para someter á los niños al dolor físico, habia anualmente una prueba terrible, la *flagelación pública* en honor de Diana, en cuya fiesta los niños eran azotados cruelísimamente hasta derramar sangre; el mismo Plutarco dice que muchos niños perdieron la vida en tan inhumana fiesta.

La ocupación predilecta de los espartanos era la guerra, y en tiempo de paz la caza. Una de las principales leyes era que una vez comenzada la lucha, por más que fuese superior el número de los enemigos, se habia de vencer ó morir. Por eso se hizo tan proverbial el valor de aquellas nobles espartanas que decian á sus hijos al partir para la guerra: «vendrás bajo tu escudo ó con tu escudo». Por otra parte, ambicionaban la guerra, porque en ella se disfrutaba de más libertad y se quebrantaba algún tanto aquella severa disciplina.

Entretanto los ilotas, pobres esclavos á quienes estaban encomendadas las más rudas tareas, eran tratados cruelmente y considerados como irracionales. ¡Monstruosas aberraciones del paganismo!

Tal era la educación espartana.

Atenas. — Solón, el más célebre de los legisladores de Grecia, siguió un camino opuesto al de Licurgo. En sus leyes subordinaba el Estado al individuo.

La colectividad ateniense no absorbia al individuo, sino estaba hecha para éste, y la constituian la suma de todas las aptitudes parciales, cuya libertad defendia y aseguraba: por eso se legisló para la conciencia de cada individuo.

El niño, hasta los siete años, era educado por la madre: desde esta edad los padres estaban obligados á enseñar á sus hijos un oficio ó profesión. La enseñanza de la lectura era muy considerada en Atenas.

Se enseñaba también la gimnasia, no sólo como medio de desarrollar el cuerpo, sino sobre todo, de hacerlo hermoso.

En educación moral, existía lo que podemos llamar reciprocidad de servicios. El padre educaba á su hijo en la infancia, para que éste no lo desamparase en la vejez.

Si los niños eran de familias ricas, se les enseñaba la equitación, la caza y la filosofía: si eran de la clase pobre la lectura, la gimnasia y el comercio. A todos en general se les enseñaba la música.

Tanto en Atenas como en Esparta, se distribuían premios á los más distinguidos por su aplicación.

En este primer período aspira Atenas, como Esparta, á formar una nación fuerte y robusta, siguiendo distinto camino.

Los maestros no eran muy numerosos. Los llamados *pedagogos* (conductores de niños) eran esclavos viejos y muy adictos á sus amos, encargados de *conducir* á los niños á las Escuelas.

En una sociedad en cuyo seno vivía un gran número de esclavos, en cuyo tiempo los libros eran muy raros — copias manuales, — se comprende que solo había un pequeño número de niños que se educaban con primor, ya que habían de tener dos cualidades: *libertad* y *riqueza*. Por tanto, en el resto de Grecia la educación de la masa general estaba confiada á pedagogos ó esclavos de mérito, que verdaderamente podían enseñar muy poco.

Segundo período.—En el segundo período de la educación en Grecia, el elemento espartano queda estacionario. Las heroicas luchas de las Termópilas y de Platea demuestran que eran un pueblo aguerrido y fuerte. Pero más adelante, sometida Esparta á Atenas, desaparece su férrea educación, y adquiere los conocimientos é ideas de su rival.

El trato con los extranjeros y las guerras con los persas dieron á conocer á los griegos muchas artes de lujo y de recreo; las necesidades políticas crearon el gusto por la oratoria, y con ésta todas las demás artes bellas; y, en fin, el entusiasmo por las victorias elevó á la mayor altura á la poesía.

Se mltiplicaron los ateneos ó *templos de Minerva*, donde se enseñaba la ciencia; la educación física fué menos ruda, y la educación moral perdió el carácter de individualidad libre, para tomar el de colectividad absorbente: sólo la educación intelectual llegó á su mayor esplendor.

César Cantú resume así la enseñanza en Grecia en este período:

«Ante todo, el educar ó exponer á los niños no dependía como en Esparta del público, sino del padre. No era lícito á los padres matar á sus hijos una vez aceptados; pero podían, sin embargo, arrojarlos de su casa si habían cometido delitos graves; pudiendo también venderse las hijas núbiles por causa de honestidad. La educación infantil de los pobres, á quienes la necesidad de ganarse el sustento impedía atender á más nobles estudios, consistía en los primeros elementos de las letras, y amaestrados en ellos, aprendían después cualquier oficio que pudiere proporcionarles lucro.

Dos eran las partes de la educación liberal, de que pocos ciudadanos áticos carecían, á saber: la música y la gimnástica; concerniente la una á la cultura del espíritu, la otra al desarrollo del cuerpo, convenientemente unidas, hacían á los hombres igualmente sanos de alma y cuerpo.

Dábase principio á la educación musical ó literaria hacia los siete años de edad, bajo la dirección de un gramático. Aprendidos por los niños los elementos, adiestrábalos éste, ó en escribir, dictándoles trozos de los poetas, ó en decirlos en alta voz ya escritos, ó en decirlos de memoria. Servíanse para estos ejercicios, además de Homero, también de Hesiodo, de Teognides, de Focílides y de otros poetas semejantes, que con preceptos y ejemplos de sabiduría y virtud alimentaban el ánimo infantil. El que en-

señaba las letras, enseñaba también á cantar. No había maestros públicos; abría la escuela el que quería y era capaz en concepto de sus conciudadanos, y era pagado por los discípulos. Las leyes habían, sin embargo, vigilado para que los niños no fuesen de modo alguno corrompidos en las escuelas».

Muchos fueron los filósofos que escribieron entonces sobre educación y dirigieron escuelas. Algunos de ellos, como Pitágoras, ejercieron el magisterio fuera de Grecia, y su influencia se dejó sentir, sobre todo en Italia,

Pitágoras, que nació en el siglo VI antes de Jesucristo, fundó en Cretona la *Escuela Itálica,* cuyo carácter principal era el de cultivar la frugalidad como elemento de moralidad, y la circunspección como elemento de educación política. Los que pretendían ser admitidos en dicha escuela, se abstenían de comer carne y de beber vino (dieta pitagórica), y se sometían durante dos años á un silencio casi absoluto. La prueba de la autoridad *(magister dixit),* el maestro lo ha dicho, era la más concluyente de las pruebas. Fué Pitágoras un gran filósofo y un profundo matemático, y su ciencia la debió, más que á otros, á su esfuerzo personal.

Sócrates en el siglo V antes de Jesucristo y maestro del célebre Platón, proclamó la unidad de Dios y la inmortalidad del alma; dijo que el más importante de los conocimientos, *era el conocerse á sí mismo;* confundió á los sofistas con sus doctrinas, y calumniado luego por éstos, fué condenado á beber la cicuta, muriendo como un mártir y un sabio. Hombre ejemplar, se empeñó en reformar las costumbres por la práctica de todas las virtudes, pero no pudo conseguirlo. Aunque no tuvo escuela propiamente dicha, tuvo numerosos discípulos. El método de Sócrates (socrático) que se servía para la enseñanza, es un método original; ha tenido — como dice Compayré — el genio de la interrogación: con él la conversación era un arte; el diálogo, un método. Hacía preguntas á sus oyentes sobre todas las cosas, y luego con nuevas preguntas, con sutileza, llevándolos como por la mano, los hacía descu-

brir la verdad. Esto es lo que se llamaba la *ironía* de Sócrates, no en el sentido que damos á esta palabra, sino en su sentido primitivo, en el de interrogación. El arte de Sócrates fué llamado *maiéutica*, y decía: «Así como mi madre ha sido *partera*, yo también quiero ejercer ese mismo oficio con las inteligencias».

Convencido este filósofo de que el espíritu humano, naturalmente recto, descubre por sí mismo ciertas verdades por poco que se sepa conducirlo y estimularlo, alcanzó notables resultados en aquellos conocimientos propios de la psicología y de la moral (1).

Jenofonte de Atenas, discípulo de Sócrates, llamado la *abeja ática* por la belleza de su estilo, ha dejado en sus obras algunos principios pedagógicos. En *La Económica* expone la educación de la mujer por el marido y la manera de educar bien á los hijos. En la *Ciropedia*, especie de novela pedagógica, se propone, no sólo contar los asuntos militares de Grecia y Persia, sino que trata de la educación física del soldado y la manera de fomentar las ideas de justicia. En fin, en las *Conversaciones memorables*, narra la vida de Sócrates.

Platón fué el más genuino representante de las ideas de Sócrates. En su juventud viajó mucho con objeto de ilustrarse. Volvió á su país, y en un arrabal de Atenas abrió la Academia (por estar junto al templo de Academo). Tuvo numerosos discípulos á quienes enseñó la filosofía. Sus obras en forma de diálogos (Diálogos de Platón), son muy notables, y en el tratado *De la República* hay muchos pensamientos sobre educación: he aquí una de las definiciones: «El objeto de la educación es dar al cuerpo y al alma toda la belleza y poder de que son susceptibles».

Dice también, «que es el arte de conducir á los niños hacia las leyes que dictan la justicia y la recta razón».

«El deber de la educación es el primero de todos los deberes.

---

(1) En el tomo IX de la *Historia Universal* de César Cantú se halla el admirable cuadro de la muerte de Sócrates, escrito por Platón.

»El fundamento de la educación es el bien moral; es preciso dice, llevar discretamente al corazón de los niños, el más hermoso de los temores, el temor de Dios.

»Las niñas deben educarse absolutamente como los niños.

»Es menester que la educación sea proporcionada al estado personal del hombre en su infancia y juventud, que se proscriba todo esfuerzo, y que el maestro estudie la individualidad de su discípulo y haga nacer en él el amor de la instrucción con la habilidad de su conducta y con su afabilidad, y no inspirarle disgusto á ella con su desagrado y con su cansado y absurdo método de enseñanza».

Platón sienta por máxima que se conserve al niño en un término medio entre el placer y el dolor.

La salud, la fuerza y la agilidad futura del cuerpo se preparan con varios ejercicios, si bien moderados y dirigidos de modo que desarrollen igualmente todas sus partes, y no solamente algunas ó una facultad determinada.

«La educación debe empezar despertando los sentimientos de la armonía, de lo bello y de lo bueno: esto se obtiene con la lectura de los poetas, con la música, con el canto y con el baile; pero sin olvidarse de la moral durante estas ocupaciones.

»A la educación estética sucede la moral, cuyo principal objeto debe ser el de reprimir los impulsos de los sentidos, someterlos al sentimiento moral interior, excitar éste y hacerle más enérgico».

Finalmente, Platón pasa á la educación racional, y se ocupa en desenvolver la inteligencia de su discípulo, y como medio de conseguir este fin, recomienda el estudio de las ciencias matemáticas, del cual se pasa al de la filosofía, según el método dialéctico.

En medio de todos estos principios, admirables en boca de un gentil y en una época tan remota, tiene aberraciones lamentables; tales son, el de abandonar á los niños enfermizos ó raquíticos, porque no han de producir utilidad alguna al país; el querer que la mujer desempeñe los oficios de los hombres; la comunidad de mujeres para los

magistrados y guerreros, y, por último, la esclavitud.

Aristóteles, discípulo de Platón, nació en Estagira en el IV siglo antes de Jesucristo. Fué el hombre más sabio de la antigüedad y uno de los que mayor influencia han ejercido en el mundo por sus escritos. Publicó una verdadera enciclopedia de todos los conocimientos humanos; pero de tantos volúmenes, sólo han llegado hasta nosotros la *Política*, la *Metafísica*, la *Moral* y algunos otros. Fué Maestro de Alejandro Magno, y éste solía decir en su elogio: «Si á Filipo, mi padre, debo la vida, á Aristóteles debo el usar bien de ella».

Aristóteles, en su *Política*, tiene ideas sobre educación muy aceptables. «Tres cosas, dice, pueden hacer al hombre virtuoso y bueno; la naturaleza, las costumbres y la razón, las cuales deben armonizarse entre sí, si bien la razón combate á la naturaleza y á las costumbres todas las veces que cree conveniente sacudir sus leyes. El ciudadano se hace virtuoso por la obediencia á las leyes y dichoso por la virtud.

»La cultura de la inteligencia sin hábitos morales, no sirve más que para corromper al hombre.

»Para contraer buenos hábitos morales, deben ser preservados los niños de los malos ejemplos, procurándoles la compañía de personas honradas».

Aristóteles, después de sentar estos principios, pasa á hablar de la educación; pero antes dice algunas palabras sobre el matrimonio, fijando el tiempo de contraerle á los diez y ocho años para las mujeres y treinta y siete ó poco menos para los hombres; después de lo cual entra á explicar particularidades curiosas para la historia de las costumbres respecto de la preñez, del abandono de los hijos contrahechos, principio general admitido en Grecia, del alimento de los niños y de las demás circunstancias de sus primeros años.

«La educación debe ser uno de los primeros cuidados del legislador, y no teniendo el Estado más que un solo fin, es menester que sea idéntica para todos sus miembros; de donde se sigue que necesita ser objeto de la vigi-

lancia pública y no de los particulares, aunque este último sistema prevalezca generalmente, y por más que *hoy cada uno instruya en su casa á sus hijos con los métodos y en las materias que mejor le parezcan*». En esto vemos la opinión teórica de Aristóteles y la prueba de la decadencia del patriotismo griego.

Tercer período. — El *tercer período de la educación en Grecia* es de decadencia. Su patriotismo, que los había hecho tan célebres en sus luchas contra los espartanos y contra los persas, se fué enfriando, de lo cual se lamenta Aristóteles. El lujo desenfrenado, la sed de placeres, la esclavitud, el excesivo culto de la forma, de la belleza, produjo tiranos ambiciosos como Pisistrato y Pericles, que sedujeron con su elocuencia á la multitud. En vano oradores como Demóstenes y virtuosos ciudadanos quisieron protestar con su conducta y escritos de aquella tiranía. Educábanse los atenienses para el brillo: llegado el momento de trabajar ó de arrostrar los peligros, se entibiaban ó huían. Eran, como dice un escritor, más los que peroraban que los que trabajaban, y los esclavos cuatro veces más en número que los hombres libres.

Ocioso parece añadir que ni Platón ni Aristóteles fueron comprendidos de sus conciudadanos y que despreciaron sus obras. Roma con sus conquistas sojuzga á la Grecia, pero ésta influye poderosamente con su rival, embelleciendo con sus monumentos y sus artistas á la Ciudad Eterna. Y no sólo eso, sino que á través de los tiempos y de las edades, los modelos de Grecia serán los tipos de la belleza en casi todas las Bellas Artes, y las obras de Homero, Platón y Aristóteles como una de las páginas más brillantes del ingenio humano. Un pedagogo contemporáneo resume juiciosamente la educación griega en estos términos:

«Considerando los principios que sirven de base á la educación de los griegos, se ve que el elemento social (el Estado) fué superior al elemento puramente humanitario (individual), para dotar de fuerza á la nación, y que el hombre no se juzgaba fuerte sino en su dependencia de

un principio superior al hombre. En defecto de una teocracia ó de una religión *revelada*, no se comprendió una sociedad robusta más que en un Estado que absorbiese al individuo sin hacerlo esclavo. El poder de Grecia duró mientras el principio social prevaleció sobre el principio individual, el Estado sobre el hombre. Es bien notable, sin embargo, que lo que ha prestado toda su fuerza á la Grecia tenga para nosotros sólo una importancia secundaria, mientras que el lado humanitario de su civilización continúa instruyéndonos. Licurgo y Platón son para nosotros mucho menos instructivos que Solón y Aristóteles. En presencia de este singular contraste, no perdamos de vista que si de una parte ha reconocido el Cristianismo los derechos imprescriptibles del hombre, al mismo tiempo exige de éste una dependencia absoluta de Dios y del orden moral y religioso que ha establecido en el mundo. Todo edificio levantado por el hombre acaba por convertirse en ruinas, y solamente lo que continúa sometido al orden moral y religioso subsiste en pie en medio de los escombros con que tropieza á cada paso la humanidad en su camino».

III

ROMA

SUMARIO: Roma.—Períodos en que puede dividirse su educación. — Cicerón, sus opiniones sobre la educación. — Séneca. — Quintiliano. — Plutarco. — Marco Aurelio.

Dominar á los pueblos por la espada y organizarlos por el derecho fué el pensamiento dominante de los romanos.

Allí todo respondía á un fin utilitario y práctico.

Todas las instituciones de este gran pueblo son dignas de estudio, pero nosotros nos fijaremos sólo en lo relativo á la educación. En tres períodos se puede dividir la historia de la educación en Roma:

1.° Desde Numa Pompilio, uno de sus primeros reyes; hasta la conquista de Grecia, el año 196 antes de Jesucristo; 2.°, hasta la muerte de Cicerón el año 43, y 3.°, la época del Imperio que abraza hasta Constantino, el año 313 de la era cristiana.

En el primer período, la educación pertenecía á la familia exclusivamente. El Estado no intervenía sino indirectamente, vigilando por medio de los *censores*, sobre el ejercicio de los deberes domésticos.

Rómulo invistió á los padres de grande autoridad, pudiendo reducir á sus hijos á prisión, imponerles trabajos forzados y hasta disponer de su vida. Más tarde se introdujo una costumbre funesta, la de la *exposición* de los niños cuyos padres no querían mantenerlos; aunque esto no debe extrañarnos, porque en todos los pueblos paganos se practicaba. La ley de las Doce Tablas también sancionó esta cruel práctica, lo cual fué causa de muchísimos abusos.

A pesar de tanta autoridad otorgada á los padres, éstos trataban con mucha humanidad á sus hijos. Catón decía que el que maltrataba á su esposa ó á sus hijos hería uno de los sentimientos más sagrados; estimaba más á un buen padre que á un buen senador.

A una autoridad tan grande de los padres, correspondía la mayor subordinación por parte de los hijos. Este respeto se extendía, como en Esparta, á los ancianos, y éstos á su vez debían abstenerse de escandalizar á los jóvenes.

En resumen: en este primer período, la educación era casi exclusivamente de la familia.

La educación física no consistía sino en los ejercicios de guerra y en la sobriedad; la educación moral en imitar los buenos ejemplos, y sobre todo en extender la supremacía romana á todos los pueblos circunvecinos; la intelectual, que era sólo patrimonio de algunos patricios, tenía por fin exclusivo la administración pública y la dirección de la guerra. En fin, Roma no conoce al hombre todavía; sólo conoce al ciudadano romano.

En el segundo período Roma modifica su carácter y

sus costumbres, y se modifica por tanto la educación. En el primer período imita á Esparta, en el segundo á Atenas.

En un principio las matronas romanas dan ejemplo de todas las virtudes; prueba palpable de ello es Cornelia, madre de los Gracos, de quien nos habla con tanto elogio la historia. Dícese que un día una señora de la Campania mostró á Cornelia sus joyas llena de vanidad, y rogando á ésta que la enseñase las suyas, le presentó á sus dos hijos, diciéndole: «*He aquí mis verdaderas joyas*».

Merece también citarse la madre de Coriolano, que rebelde contra su patria y ante los ruegos de los senadores y de los sacerdotes, se inclina sólo ante las lágrimas de su madre Veturia; y por fin, la esposa de Catón, que daba el pecho delante de sus hijos á los de sus esclavos; pero estos ejemplos son pocos y pronto se borran con la triste memoria de las Fulvias y Mesalinas.

Roma se enriquece con las conquistas, desaparece aquella sencillez de costumbres, aumenta el lujo y la sed de placeres, y se fascina con las bellezas del arte griego. En esta segunda época la educación física sufre modificaciones importantes; se introduce la gimnástica recreativa y la danza, de lo cual se lamenta Catón, doliéndose de que el baile traería la desmoralización. Respecto á la educación intelectual, se imita á los filósofos de Grecia, y como dice Horacio, Grecia conquistada, conquista á su vez á su rival. Por eso Cicerón y los oradores de su tiempo imitan á Demóstones. Las matronas romanas no amamantan ya á sus hijos, sino que los entregan á sirvientes mercenarias; la esclavitud aumenta, y á los esclavos se les dedica á los trabajos del campo y á los oficios más rudos, como indignos de un hombre libre; y, en fin, los niños se entregan, según la moda ateniense, á los esclavos, sin cuidarse para nada de los defectos y vicios de esos pedagogos vulgares.

En la tercera época Roma adquiere una gran extensión. La enseñanza se declara pública, pero tiene un defecto; es puramente memorista, y la educación moral sobre todo es fría, sin fe, utilitaria, positiva. Los que deseaban saber mucho tenían que ir á Grecia.

Así era la verdad. Grecia, después de haber quedado reducida á provincia romana, vivió de sus recuerdos. En Atenas se fundaron entonces muchas escuelas de Retórica, donde se leían las obras de Homero, de Jenofonte y de Platón, y se cultivaban á la vez las Bellas Artes en los restos que aun poseía de su pasada grandeza. La juventud patricia romana iba á Grecia á aprender el Griego y la Filosofía, porque en Roma no se enseñaba todavía.

Roma no tiene verdaderamente pedagogos, ni pensadores como Platón y Aristóteles, porque este pueblo eminentemente práctico no se cuidó jamás de las cuestiones filosóficas. Solamente tiene importancia el derecho. Sin embargo, no podemos menos de hablar de la gran influencia que ejercieron con sus escritos algunos hombres ilustres, sobre todo Cicerón, y luego los españoles Séneca y Quintiliano.

Cicerón. — Marco Tulio Cicerón (107-43 a. de J. C.) fué uno de los oradores más elocuentes del mundo y un profundo político de su tiempo. Desempeñó en Roma los cargos más importantes, pronunció muchas arengas en el Foro y en el Senado, y escribió multitud de obras morales y filosóficas, en las cuales hay muchos pensamientos sobre la educación. Instruyó á sus propios hijos para cuidar mejor de su moralidad, y lanzó anatemas contra los retóricos ó sofistas que corrompían á los jóvenes con una enseñanza superficial.

En una de sus obras de oratoria pone Cicerón en boca de su interlocutor estas palabras: «*Hay muy poca dignidad hoy día en enseñar.* — *Sin duda,* replica el otro, *si se enseña como en la escuela*».

Por esta afirmación puede colegirse que los que se dedicaban entonces á esta tarea la tomaban como una pesada carga y como un medio de lucrar; y por otra parte, los encargados de ella eran hombres de poca educación y de malas costumbres. Por eso en otro lugar de su libro dice: «¡Qué cosa más agradable contemplar á un anciano rodeado de sus discípulos, enseñando y adoctrinando. ¿Hay nada más noble que tales funciones?»

Que el oficio de pedagogo era poco apetecible lo indica Cicerón en una de sus oraciones contra Catilina, cuando le dice incomodado: «*Los dioses te hagan maestro de escuela*». Al contrario, en otro de sus escritos dice: «¡Qué tarea más noble para el Estado que cuidar de la instrucción y la formación de la juventud! ¿Qué mejor cosa que extinguir la sed innata de los placeres y desarrollar sentimientos de justicia y de humanidad?» Y también dice: «La educación extirpa los vicios, prepara al alma para recibir nueva simiente que germinará con el tiempo y se obtendrá abundante fruto».

«En los primeros tiempos, añade, no se separaban la ciencia del bien decir de la ciencia del bien obrar, y el mismo maestro enseñaba la una y la otra. Todo maestro de conciencia está obligado á hacer lo uno y lo otro para que no haya división entre el saber y la virtud». De suerte que Cicerón, sin haber escrito un tratado de Pedagogía, en sus discursos y en sus escritos, y á pesar de ser pagano, se encuentran hermosos pensamientos sobre la educación, que acaso podrían llegar á formar un cuerpo de doctrina.

Luego nos ocuparemos de Séneca y de Quintiliano.

Durante las guerras civiles de Mario y Sila y las que siguieron al primer triunvirato, Roma no pudo ocuparse de la educación. Es preciso llegar hasta los tiempos del Imperio. En efecto; el emperador César Augusto, en su largo reinado, organizó muchos ramos de la administración pública, fundó muchas ciudades, hizo un censo general del país y propagó la cultura. Dividió las escuelas en dos grados: escuelas de Gramática y escuelas de Retórica.

El primer grado se dividía en dos clases: los *literatores* que aprendían á leer y á escribir y los *literati*, á los cuales se les explicaba los autores latinos y griegos, practicando á la vez ejercicios de traducción y composición.

M. Julio Paroz resume en pocas palabras el objeto y fin de estas enseñanzas. «Comenzaba la lectura á los siete años, y parece probable que se adoptase el método del deletreo; y simultáneamente se aprendía á escribir. Los

alumnos se servían de tablillas enceradas, y sobre ellas escribían con un punzón llamado estilo; pero cuando se quería conservar lo escrito, se hacían las letras sobre pergamino, con un junco cortado á modo de pluma.

»Los maestros se ayudaban algunas veces por monitores ó auxiliares, aunque éstos se empleaban más bien como lectores.

»La enseñanza era esencialmente oral, por la escasez de libros. Como se aprendía escuchando, los antiguos cuidaban de educar la atención de la niñez, y por otra parte, la memoria debía desempeñar también en el estudio, dadas las condiciones del método, un papel más importante que ahora. Esta facultad y los rollos de pergamino constituían el único depósito de la tradición y de la ciencia. Tanto se ejercitaba la memoria, que adquiría un desarrollo extraordinario, citándose como ejemplo á Adriano, que recordaba el nombre de todos sus soldados.

»La disciplina era muy severa. El discípulo debía entrar en la escuela sin hacer ruido, vestido con aseo, peinado y lavado, y después de saludar al maestro, se colocaba en su puesto. Nada se miraba tanto como la modestia y la obediencia. Usábanse los trabajos corporales, y se servían los maestros para ellos de la férula, especie de varita con la cual pegaban en los dedos. Las disciplinas se reservaban sólo para las faltas graves, y no se empleaban más que con los esclavos. Orbilio Púpilo, antiguo soldado, que se había hecho gramático ó gramatista, se hizo célebre por su severidad. — Orbilio se lamentaba á su vez amargamente de las injusticias que los gramatistas tenían que sufrir de las familias, pues era extremadamente pobre como todos los de su clase, y habitaba en una miserable vivienda.

»El segundo grado de la instrucción, la Retórica, se dividía también en dos clases: la de niños *(pueri)* y la adolescente. En la primera se aprendía á componer discursos de carácter esencialmente didáctico, y en la segunda discursos de controversia.

»Al principio las lecciones de Retórica las daban los gramatistas como complemento de su enseñanza; pero poco á

poco la Retórica se fué separando de la Gramática, así como los retóricos se separaban de los gramatistas. Esta separación empezó en tiempo de la República, aunque encontró una viva oposición, pues en Roma se apreciaba poco á los retóricos, cuyo arte se consideraba pernicioso; y esto, no porque no se amase la elocuencia, sin la cual el romano no podía aspirar al desempeño de funciones importantes en el Estado, sino porque se comprendió pronto que la Retórica aspiraba á reemplazar la elocuencia simple y natural de los romanos por discursos huecos y sin valor alguno. Las escuelas de los retóricos ejercían en Roma análoga influencia á las de los sofistas en Grecia. El espíritu analítico promovía toda clase de cuestiones, sembraba la duda, minaba todas las convicciones y hacía nacer una filosofía deletérea que comprometía el porvenir del Estado.»

.....

«Su decadencia, sin embargo, nos enseña, como la decadencia de otros pueblos, que la humanidad abandonada á sí misma no puede sostener el movimiento de la civilización. Sólo el Cristianismo es capaz de impedir la ruina de los pueblos, y de conservar la vida moral del hombre sin coartar el libre ejercicio de sus facultades».

Séneca. — Lucio Anneo Séneca (2-68) nació en Córdoba y fué llevado á Roma, siendo muy joven, por su padre Marco. Docto filósofo y célebre moralista, fué maestro de Nerón, pero poco aprovechó el discípulo de sus lecciones. Sus epístolas y otras de sus obras están llenas de máximas y pensamientos notables que podíamos llamar la Pedagogía de Séneca, aunque su vida privada estuvo en oposición con algunas de sus doctrinas.

«¿Qué objeto debe de tener la educación? El maestro y el discípulo deben tener uno y otro el mismo deseo; uno ser útil, y el otro aprovecharse; si hay concordancia, la tarea del maestro es muy sencilla; pero si tiene muchos niños, es posible que no exista esa concordancia.

»Es fácil inflamar el amor de la virtud en las almas tiernas y sencillas. La verdad se apodera de ellas cuando

emplean un órgano elocuente, es decir, cuando el maestro se entusiasme por ella.

»En cuanto á mí, no quiero aprender nada, sino para enseñar; y el más hermoso descubrimiento de la ciencia cesaría de agradarme, si no fuera más que para mi sólo; no, la posesión de la verdad no es agradable mientras no se reparta.

»El maestro entendido castigará poco, salvará muchas almas enfermas; imitará á los hábiles jardineros, que no solamente cultivan los árboles derechos y de buena presencia, sino también á los que están torcidos para enderezarlos; les podan sus ramas y su copa para que puedan elevarse, proporcionan alimento á los que languidecen en un suelo estéril, y aire á los que están ahogados por una sombra extraña. De la misma manera el buen maestro distingue los caracteres y emplea diferentes métodos para conducir á la virtud á los que se han apartado de ella; pero un buen padre hace á sus hijos, ya caricias, ya amenazas, ya, en fin, castigos. Lo mismo ha de ser el maestro.

»Los castigos no han de ser frecuentes, han de ser sobrios; la frecuencia los hace impotentes.

»No basta refrenar, ni precaver, ni obligar, ni censurar, porque éste es un trabajo negativo; lo importante es elevar, construir, levantar, y para eso nada mejor que el ejemplo; el camino de los preceptos es largo, el de los ejemplos es corto y seguro».

Respecto de la educación física, dice lo siguiente: «Ante todo, que el alimento de los niños sea frugal, sus vestidos sencillos, y en un todo semejantes á los de sus compañeros; así no se ofenderá en las comparaciones, puesto que no están acostumbrados á las distinciones.—Dad, dice también, menos extensión á vuestro cuerpo y más espacio á vuestra alma.

»La Gimnástica exagerada es perjudicial».

Opinión semejante á ésta es la que tiene sobre la lectura; he aquí sus palabras: «La lectura, tan fecunda en instrucción, es, sin embargo, perjudicial, si no se contiene en sus justos límites. ¿Queréis que el estudio deje en vuestro

espíritu rasgos duraderos? Limitaos á leer pocos autores, pero buenos, y nutríos de su substancia; y de lo que hayáis leído durante el día, recoged siquiera una máxima, un hecho que sirva para vuestra perfección. — Éste es mi método; leo mucho, sí, pero guardo algo en reserva. Hagamos como las abejas, que toman lo más esencial de las flores para hacer su miel.

»El método es el principal agente de la memoria; la virtud debe ocupar el primer puesto, la ciencia debe tener un lugar secundario».

En una de sus cartas dice: «La Geometría me enseña á medir un campo. ¿Quién me enseñará á medir lo que basta para hacer la felicidad del hombre? Tú sabes lo que es una línea recta, sabes trazarla y medirla; ¿qué importa eso, si ignoras lo que es la rectitud en la conciencia?»

Tales son las máximas principales de Séneca; de suerte que verdaderamente debe llevar el título de Maestro.

Quintiliano. — Fabio Quintiliano (42-120) nació en Calahorra, y de muy joven fué llevado á Roma; allí estudió con el célebre gramático Talemón, y regresó luego á la Península. Vuelto después á Roma, abrió en esta ciudad una escuela de Retórica, ejerciendo simultáneamente el profesorado y la abogacía. Tuvo discípulos muy aventajados, entre ellos *Plinio el Joven*, autor de obras y hombre rico que empleó su fortuna en fundar escuelas y bibliotecas.

La fama de Quintiliano se extendió rápidamente y el emperador Nerón le hizo pagar á espensas del Tesoro público, de suerte que éste fué el primer extranjero que fué profesor oficial en Roma. Después de veinte años de trabajo, se retiró á vivir tranquilo con su esposa y dos hijos, y á ruego de sus amigos se decidió á escribir la célebre obra de *Instituciones Oratorias*, libro que todavía puede consultarse con provecho.

Quintiliano, según un escritor francés (1), no era un retórico, era más que esto, un educador notable, y como un

(1) Augusto Nicolás en su obra *Arte de creer*.

Rollin en el paganismo. Domiciano lo eligió para preceptor de sus sobrinos, y para ellos principalmente escribió aquella obra, libro que en sentir de un filósofo es un verdadero curso de educación, de moral y de literatura.

Los dos primeros libros de su obra encierran una teoría pedagógica bastante completa, que no se puede comparar en manera alguna con las obras de Plutarco.

Extractemos algo de su libro :

«¿Qué cualidades exige Quintiliano del maestro? Es importante, dice, vigilar y cuidar de que en sus tiernas almas (se refiere á los niños) la pureza del maestro los preserve de toda mancha; que su gravedad los aparte de toda licencia, y que la serenidad de su disciplina esté en armonía con sus costumbres. El maestro tendrá los sentimientos de un padre; exento de vicios, no los tolerará; su dulzura no degenerará en debilidad; advertirá menos que castigará; inaccesible á la cólera, laborioso, exacto, sin ser demasiado exigente, contestará gustoso á las cuestiones que le propongan sus discípulos; ni avaro y pródigo de elogios para ellos, sin reprender con amargura ni con exceso, se guardará bien de toda palabra injuriosa, porque nada hace tomar tanta aversión el estudio de las letras, como estar siempre oyendo regañar». Respecto de sus cualidades intelectuales, dice: «Los maestros deben ser verdaderamente instruídos, y sobre todo no creer que porque sepan algunos elementos de Literatura, se consideran ya unos sabios; éstos tales se hacen orgullosos y hasta crueles é inculcan á sus discípulos su necedad». Hablando luego de la dignidad del magisterio, dice: «Filippo, rey de Macedonia, habría querido que su hijo Alejandro fuese educado por Aristóteles, el mayor filósofo de su tiempo, ni éste hubiese admitido ese trabajo, si uno y otro no hubiesen reconocido la importancia de la educación. *Figurémonos, pues, que es un Alejandro el que se pone bajo nuestra dirección;* ¿tendrémos valor para avergonzarnos de desempeñar una tarea que no se desdeñó el mayor sabio de la antigüedad? Luego dice: «Después de haber hablado de los deberes de los maestros, no tengo más que recomendar á

los discípulos que los amen como verdaderos padres. *Este sentimiento de piedad filial contribuye mucho al éxito de los estudios.* Es preciso encontrar gusto en escuchar las lecciones; así la escuela es un lugar de alegría y no de tristeza. La mutua confianza engendra cariño. Si el deber de los maestros es enseñar, el de los discípulos debe ser el mostrarse dóciles».

Respecto de la educación intelectual, añade: «Guardaos de dárselo todo hecho á los niños, que esto no excita ni desarrolla sus facultades; sacudid su torpeza ó su indiferencia, porque un buen maestro debe interrogar frecuentemente á sus discípulos y sondear su juicio, porque si no se hacen activos, ¿cuál será el objeto de la enseñanza sino ponerlos en estado de pasarse sin maestros?»

Pasa luego á estudiar el carácter, y dice: «Hay gran variedad de caracteres; el temor retiene á los unos y enerva á los otros; éstos no hacen nada más que á fuerza de trabajo; aquéllos no hacen más que lo que se les manda; que se me dé un niño que sea sensible á la alabanza á quien la gloria inflame ó á quien un reproche le haga saltar las lágrimas. Prueba evidente de que estima en lo que vale el sentimiento del dolor». Y luego añade: «En la escuela, sin embargo, la mirada del maestro tiene al niño contrariado; un maestro que no tenga otro medio de observación, difícilmente conocerá á los niños; que los estudie sobre todo en sus juegos, que allí es donde apreciará las cualidades y defectos nativos, sin disimulo y sin doblez».

Tampoco es partidario Quintiliano de los castigos escolares; dice que es un ultraje á la edad del niño y que se endurecerá como el más vil esclavo; y si ahora, dice, aplicáis ese castigo, ¿qué haréis cuando sea mayor? En verdad que Quintiliano era verdadero maestro.

En el tercer período de la civilización romana merecen citarse dos nombres importantes en la Historia de la Pedagogía: Plutarco y Marco Aurelio.

Plutarco nació en Grecia el año 50 de J. C., y en griego escribió la mayor parte de sus obras. Vivió en Roma en tiempo del emperador Domiciano, y allí estableció una

escuela donde enseñaba la Literatura, la Historia y la Filosofía. Más adelante volvió á Grecia, y allí fué sacerdote de Apolo y escribió la vida de los hombres ilustres de la Grecia, comparada con la de los romanos, con el título de *Vidas paralelas*; obra que fué traducida en el siglo xv á las lenguas vulgares. Después publicó un libro pequeño, titulado *De la educación de los niños*. En esta obra se refiere sólo á los niños de familias acomodadas, como él mismo lo confiesa.

El principio esencial de esta obra es: el respeto á la familia, la educación doméstica ó individual hasta la adolescencia, y, después, en la escuela ó academia los estudios superiores.

«Tres cosas — dice — concurren á la obra de la educación; la naturaleza, la instrucción y el hábito.

»La naturaleza arroja en el corazón de los niños las primeras semillas de la virtud; la instrucción, es decir, los preceptos, las desarrolla; el ejercicio ó la práctica los hace familiares, y la perfección resulta de esas tres causas reunidas. La naturaleza sin la instrucción es un guía incierto; la educación sin la naturaleza es débil é impotente.

»En agricultura es preciso un buen suelo, un hábil cultivador y simientes bien escogidas. En educación, la naturaleza es el suelo, el maestro es el cultivador, y los preceptos son las semillas. Si el mejor natural se corrompe falto de cultura, también es cierto que la educación reforma lo que el natural tiene de defectuoso.

»Se debe conducir á los niños al amor del bien por la dulzura y la persuasión, jamás por castigos duros y humillantes que convienen á todo rigor á los esclavos, y no á niños de condición libre; pero evítese también enorgullecerlos por alabanzas excesivas, porque los llenará de amor propio y de vanidad».

Respecto de la educación de las mujeres, quiere que la madre amamante á sus hijos y que comparta con su marido los deberes de la educación.

En su obra *Preceptos del matrimonio* trae muchos detalles respecto de este punto. Dice que la mujer deberá ser

instruída y le recomienda el estudio hasta la Filosofía y Matemáticas; pero insiste en que sus cualidades naturales valen más seguramente que la ciencia que puedan adquirir. Por eso dice: «La ternura del alma se manifiesta en las mujeres por el atractivo del rostro, la dulzura de su palabra, la gracia y la sensibilidad más exquisita». Plutarco se manifiesta también partidario de la poesía en la educación. No quiere que se lea todo, porque hay bueno y malo, sino que se lea con discreción, escogiendo aquellos autores cuyos escritos sean morales y tengan á la vez inspiración poética.

También es partidario de que la moral no sea teórica, sino práctica.

Aconseja siempre despertar, excitar las fuerzas interiores de la inteligencia y de la conciencia; en una palabra, una educación personal y activa. Por eso dice en una de sus máximas: «El alma no es un vaso que sea preciso llenar, sino un hogar que es preciso calentar».

Marco Aurelio (121–180), emperador romano, fué celebrado por sus virtudes y por su sabiduría. Filósofo estoico, nos dejó en sus *Pensamientos* opiniones morales semejantes á las de Sócrates. Marco Aurelio supo vencerse á sí mismo, siendo un verdadero modelo de carácter firme y templado. En medio de una época azarosa y de la corrupción general dió ejemplo de virtud. Confiesa la unidad de Dios y la inmortalidad del alma.

«Hay un solo Dios, dice, en todas partes; una sola ley, la cual es la razón común á todos los seres inteligentes. Una razón igual prescribe lo que debemos hacer ó evitar; nos rige, pues, una ley común, y somos ciudadanos bajo el mismo gobierno.

»Todo hombre debe decirse cada día: Hoy tendré que habérmelas con entrometidos, con ingratos, con insolentes, con gentes astutas, envidiosas ó insaciables. No tienen estos defectos sino porque no conocen los verdaderos bienes y los verdaderos males; pero yo, que aprendí que el verdadero bien consiste en lo que es honesto y el verdadero mal en lo que es torpe, que conozco la naturaleza de

quien me ofende y que es pariente mío, no por la carne y la sangre, sino por la participación común en el mismo espíritu emanado de Dios, no puedo considerarme ofendido de su parte, porque no podría despojar á mi alma de la honradez.

»Ten siempre presentes la muerte, el destierro y todas las cosas que te parezcan más terribles, en especial la primera; así no te ocurrirá ningún pensamiento indigno de ti, ni desearás nada con ansia.

»Prescríbete desde luego un método de vida para observarle, tanto cuando estés solo como acompañado».

Tal es la filosofía de Marco Aurelio.

Entre los emperadores que protegieron la instrucción, hay que citar á Julio César, que confirió la ciudadanía romana á todos los profesores; á Vespasiano, que les señaló sueldo por cuenta del Tesoro; á Adriano, que jubiló con el sueldo entero á los que se imposibilitaban para la enseñanza; á Antonino, que propagó la cultura dentro y fuera de Roma, y, en fin, á su sucesor Marco Aurelio, que fundó escuelas en Atenas muy bien retribuídas y eximió á los maestros de todo cargo gravoso, de la milicia y del alojamiento.

En resumen: la Pedagogía latina es pobre; sus escritores se han apropiado de lo que ya indicaron Sócrates y Aristóteles. Dejando aparte á Cicerón, Séneca, Quintiliano, Plutarco, Plinio y Marco Aurelio, los demás escritores se han ocupado principalmente del Derecho, de la Gramática y de la Poesía. Entre sus poetas, Juvenal ha definido el ideal de la educación cuando ha dicho: «Una alma sana en un cuerpo sano. *Mens sana in corpore sano*».

Una de las mayores llagas sociales de los griegos y de los romanos, y en general de todos los pueblos paganos, fué la esclavitud.

Aquella hermosa frase de Terencio: «Soy hombre y nada de lo que es humano me es extraño», no era más que un pensamiento poético dicho en el teatro. De tres millones de habitantes que llegó á tener Roma, eran esclavos más de dos, y esto se consideraba como natural y legítimo,

pues hasta Platón y Aristóteles defendieron la esclavitud. Por otra parte, la exposición de los niños deformes ó enfermos, la venta pública de los esclavos, la desmoralización más vergonzosa, el culto de los ídolos, de aquellos dioses peores que los hombres, la falta, en fin, de fe y la ausencia de todas las virtudes, la opresión y persecución sangrienta de los cristianos, el lujo, el considerar el trabajo como indigno del hombre; todas éstas fueron las causas de la ruina del Imperio romano, llevada á cabo por los Bárbaros en el siglo v, como instrumentos de la Providencia para regenerar el mundo.

SEGUNDA PARTE

I

LA PEDAGOGÍA CRISTIANA

SUMARIO: El Cristianismo. — Su influencia en la educación. — ¿Hubo escuelas primarias en aquella época? — Escuelas catequísticas. — Escuela de Alejandría. — Orígenes. — Dídimo. — Los Santos Padres. — Opiniones de San Juan Crisóstomo. — Ídem de San Basilio. — Ídem de San Jerónimo y de San Agustín.

El Cristianismo. — Con la aparición del Cristianismo comienza para la humanidad una nueva era. El mundo pagano había llegado al último grado de abyección y embrutecimiento. La esclavitud más vergonzosa tenía sumergida en la ignorancia y el error á la mitad del género humano; las ideas de moralidad, de justicia, de fraternidad, eran incomprensibles; las leyes no tenían fuerza ni los filósofos autoridad para reformar las costumbres, ni el estoicismo podía producir hombres capaces de una virtud activa y heroica.

Pero cuando la humanidad se hallaba al borde del abismo, en un rincón del Oriente, en la Judea, viene al mundo Nuestro Redentor Jesucristo, vaticinado por los profetas; predica una religión de amor, una moral purísima, sella en la cruz con su sangre su divina misión, y doce hombres pobres, sencillos, derraman por el mundo la *buena nueva*, y aquella sociedad se va transformando poco á poco, se rejuvenece por completo. Con razón dijo San Agustín que

los que dudan del milagro confiesan el mayor de todos ellos, cual es la conversión del mundo sin un milagro.

La influencia en la educación.—El Cristianismo no fué sólo una doctrina moral y religiosa; fué también una doctrina social, cuyo influjo se dejó sentir luego en las leyes, en las costumbres y en las artes, y, por tanto, en la Pedagogía.

Para apreciar esta verdad no hay más que ver qué era el mundo antiguo, según el testimonio de los historiadores, y se verá qué transformación tan prodigiosa se operó con aquellas hermosas palabras: *Amaos unos á otros.*

Lo que hace de Cristo el primero y el modelo de los educadores, el maestro único, como le llamaba Pestalozzi (1). es el amor inmenso al género humano y que le demuestra con obras y palabras, con aquellas salidas de su divina boca: *Dejad que los niños se acerquen á mí.* Jamás revestirá la educación un carácter más elevado, más humano y divino al mismo tiempo. Hasta los mayores incrédulos lo han reconocido así.

El Cristianismo va haciendo poco á poco prosélitos en todas las clases sociales, primero entre los oprimidos, luego entre los ricos; pero mal mirados los cristianos por los Emperadores romanos y vilmente calumniados, tienen que huir á las Catacumbas. Entretanto comienza aquella serie de persecuciones, la era de los mártires, en la que derraman su sangre en defensa de la fe más de diez y ocho millones de creyentes, hasta que Constantino, en el año 313, da la paz á la Iglesia y ordena que el Cristianismo sea la religión del Imperio.

¿Hubo escuelas primarias en ese tiempo?—Nos faltan documentos de aquella época para poder atestiguarlo. Probablemente nadie puede sospecharlo. En efecto: los creyentes no constituían en las poblaciones sino un núcleo muy exiguo, la legislación romana no autorizaba su culto, no tenían existencia legal, eran objeto del odio de los idólatras, y periódicas persecuciones se decretaban contra

(1) *Manuel de Pédagogie*, por Daguet.

ellos. Sólo pudieron pensar en *catequizar*, esto es, enseñar las verdades religiosas á los que abrazaban la nueva fe, y de aquí las *escuelas de los catecúmenos* las primeras que aparecen. No es posible fijar el origen de estas escuelas; pero San Justino nos las muestra ya prósperas á mitad del segundo siglo: luego indudablemente debían tener un origen más antiguo. Estas escuelas se dirigían á individuos ya formados, á los que estaban en la edad viril; era una especie de escuela de adultos con el carácter exclusivamente religioso.

Pretender que la naciente Iglesia hubiera podido fundar escuelas primarias sería una utopía; los vientos de la persecución habrían dispersado pronto los materiales. La tarea de la educación, por tanto, era de la incumbencia de los padres, y si éstos faltaban, de los padrinos. Mientras los paganos se cuidaban de formar al hombre físico, los cristianos se preocupaban de sembrar en el alma de sus hijos la semilla de la virtud.

Sin embargo, no vaya á creerse que despreciaban los conocimientos profanos. Se los suministraban en el hogar, y cuando esto no era posible por su ignorancia, quedaban las escuelas paganas donde aprendían los elementos de lectura, escritura y cálculo; y como estas escuelas ofrecían muchos peligros á la inocencia de los niños, hubo que pensar, tan pronto como las circunstancias variasen, en fundar otras cristianas. Y el único dato que encontramos en la historia es que Protágenes, sacerdote de Edesa, á fines del siglo segundo, fundó la primera escuela de esta clase, donde los niños aprendían á leer, escribir y cantar salmos. Es probable que hubiera otras análogas en distintas poblaciones; pero los escritores coetáneos se callan sobre este punto, ya porque se imponía la prudencia para no divulgarlo á un público hostil, ya porque convenía mantenerlas en secreto. Estas escuelas se extendieron rápidamente desde los tiempos de San Basilio.

Escuelas catequísticas.—Las escuelas catequísticas surgieron ya en el siglo II. Abiertas á la juventud, como á la edad viril, formaron la contrabarrera de las escue-

las imperiales de los romanos. Maestros hábiles interpretaban en ellas las Escrituras, exponían el dogma siguiendo un método particular, el *alegórico*, y ayudándose de la filosofía y de las ciencias humanas. Además de la teología razonada y la exégesis del texto sagrado, el programa abarcaba también la filosofía, la gramática, la retórica, las matemáticas, la física y la astronomía.

La alta dirección de esta enseñanza estaba encomendada á los obispos. La primera de estas escuelas fué la de Roma, pero la que adquirió mayor renombre en la historia fué la célebre escuela de *Alejandría*.

Escuela de Alejandría.—Orígenes.—Desde los primeros tiempos de la Iglesia, la irreligión y la herejía inauguraron sus ataques insidiosos contra la verdad. Contra esos adversarios astutos hubo de oponer una tenaz resistencia. Judíos y paganos, sofistas y retóricos se esforzaron en hacer aborrecible el Cristianismo, calumniándolo y vilipendiándolo; y frente á estos enemigos nacieron las escuelas catequísticas, esto es, escuelas cristianas de un grado superior, donde la apologética cristiana pudo forjar armas perfeccionadas para alcanzar la victoria. Esta tarea se facilitó también por el gran número de conversiones entre los filósofos paganos que llevaron á la Iglesia su erudición, su método y su lenguaje para luchar contra sus enemigos.

Entre las escuelas catequísticas más notables es, sin duda alguna, la de Alejandría, llamada también Dicascalea.

Los Tolomeos, hacia el año 280 antes de J. C., fundaron allí una especie de Universidad, que duró mucho tiempo.

El evangelista San Marcos evangelizó aquella ciudad.

Al lado de la Academia ó Universidad estaba el Museo y la célebre Biblioteca, parte de la cual se quemó en el sitio contra los romanos.

En el siglo I de la Iglesia, estaba la Academia muy floreciente.

Alejandría era una ciudad populosa, donde acudían á intruirse los jóvenes de todas las naciones y de todas las sectas religiosas.

La mayoría de aquellos filósofos y de aquellos profeso-

res pertenecían á la secta neo-platónica, y de aquí que la Iglesia tuvo necesidad de establecer allí una escuela para enseñar las doctrinas de la religión.

A San Patenio se debe, si no la escuela eclesiástica de Alejandría, al menos su organización. Sucedió á éste Clemente de Alejandría, pagano en un principio, pero con gran deseo de saber, y que fué convertido al Cristianismo por su maestro.

Los profesores vivían en la misma Academia, donde eran mantenidos con holgura.

Uno de los profesores más ilustres de la escuela fué Orígenes, nacido en Alejandría el año 185. Su padre había sido profesor y después alcanzó la palma del martirio. El talento de Orígenes fué extraordinario, de una memoria prodigiosa. Muerto su padre, Orígenes quedó á cargo de sus seis hermanos, dedicándose para mantenerlos á la enseñanza de la Gramática. Su mérito le llevó á ser Director de la escuela catequística á la edad de diez y ocho años. Su fama de profesor fué notable, y sus virtudes y austeridad como las de los primeros cristianos.

Orígenes fué el tipo del maestro en el siglo III. Su método fué semejante al de Sócrates; su actividad incansable; hacía pensar y reflexionar mucho; en una palabra, disciplinaba todas las facultades, sin descuidar por eso las lecciones de cosas, escogiendo lo mejor que había escrito cada filósofo.

Su discípulo San Gregorio *el Grande*, dice: «Nos obligaba en alguna manera á hacer el bien, por la autoridad de su virtud». Su escuela fué llamada seminario de mártires. Publicó además muchas obras y traducciones de la Santa Biblia. En su tiempo, la escuela de Alejandría llegó á su apogeo.

Orígenes cayó en algunos errores relativos á la naturaleza del alma, y vino así á eclipsar su vida.

Muerto Orígenes, otro de los filósofos profesores fué Dídimo, ciego desde la edad de cinco años, uno de los hombres más sabios de la escuela. ¿Cómo llegó á aprender á leer y escribir? Él mismo lo dice:

«Usé un método artificial de mi invención, hice grabar el alfabeto y las figuras más complicadas de la Geometría sobre tablillas, de manera que leía con los dedos». Sus conocimientos fueron muy extensos. De las numerosas obras que escribió, sólo queda una, y el mismo San Jerónimo le consultaba.

También se hizo notable la escuela de Antioquía; en ella se distinguió mucho Teodoro, maestro de muchos doctores, y sobre todo de San Juan Crisóstomo.

La escuela de Alejandría cayó en decadencia en el siglo IV, y más adelante, con la invasión de los árabes y con el incendio del resto de la Biblioteca por el bárbaro Omar, acabó de extinguirse del todo.

En este mismo siglo, algunos cristianos fervorosos, deseando romper con el mundo para dedicarse á una vida de penitencia, se retiraron á la Tebaida (alto Egipto), y llegaron á contarse hasta cincuenta mil. San Pacomio organizó aquella sociedad en monasterios y les dió reglas para su existencia y abrió escuelas para los niños. Así nació el monacato en Oriente y así nacieron también las primeras escuelas *abaciales*.

Los Santos Padres. — Dase este nombre á los apologistas del Cristianismo, á aquellos que lo defendieron con sus escritos ó con su elocuencia y cuyas obras de doctrina é interpretación merecieron ser adoptadas por la Iglesia.

Los principales fueron: San Atanasio, San Basilio de Cesárea, San Gregorio Nacianceno, San Juan Crisóstomo, llamados padres de la Iglesia griega, y San Jerónimo, San Ambrosio y San Gregorio el Grande, padres de la Iglesia latina. Todos ellos brillaron por su celo en favor de la religión y por su amor á la educación cristiana de la juventud.

Diremos algo de los principales.

San Basilio (329-379), obispo de Cesárea, compuso una regla para algunos monasterios de Oriente y que todavía se practica, y en dichas reglas hay algunas ordenanzas relativas á las escuelas. Es partidario del estudio de los clásicos griegos y latinos, para que así—dice—resplandezca

más la verdad cristiana. «Ésta es el fruto y aquéllo la hojarasca». Fué el orador más elocuente de su siglo.

San Juan Crisóstomo.—Otro de los Santos Padres de la Iglesia griega y el más elocuente después de San Basilio, fué San Juan Crisóstomo, llamado también *boca de oro.* Sus escritos están llenos de conceptos notables sobre la educación. Extractaremos algunos.

Refiriéndose el Santo Doctor á aquellas palabras de San Pablo, «si la viuda cristiana ha educado bien á sus hijos», dice: «Las que no educan bien á sus hijos son infanticidas, peor que madres. No faltan padres que para dar á sus hijos un buen caballo ó una casa para vivir ó una heredad, hacen los mayores sacrificios, pero muy escasos si se trata de hacerlos piadosos, honrados é instruídos.

»¡Ah, no tenemos cuidado de nuestros hijos! Descuidamos su alma, y eso explica la razón de tantas desgracias. Los que descuidan la educación de los hijos no tienen perdón.

»¿Qué castigo mereceremos por tanto abandono?»

Habla luego del Sumo sacerdote Helí, que por una culpable condescendencia fué el verdadero asesino de sus hijos. No bastan las palabras ni las exhortaciones; es preciso también firmeza, fuerza para sacudir la indolencia de la juventud.

Y en otro discurso dice: «No hay falta más grande que el descuidar á los niños; este pecado es el colmo de la perversidad.

»Los padres son nuestros auxiliares naturales y los más interesados en el éxito de una buena educación. Si no hay armonía entre lo que el niño aprende en la escuela y lo que oye en su casa, todo se ha perdido. ¿Sabéis por qué? Porque muchas veces la educación de los padres está por hacer; de aquí la necesidad de que el maestro esté en relación con los padres de los discípulos».

En otro lugar dice: «¿Qué profesión más ilustre que la del maestro? Si se aprecia á un gran pintor, á un artista en general, ¿cuánto mejor se apreciará á aquel que trabaja, no con los colores ni con el oro, sino con el espíritu?

San Jerónimo (331-420).—Las cartas de este sabio doctor de la Iglesia sobre la educación de las niñas son el más bello documento pedagógico de los primeros siglos del Cristianismo. Erasmo las sabía de memoria, y Santa Teresa las leía con frecuencia.

Compayré, en su *Historia de la Pedagogía*, cita algunos fragmentos, pero incompletos. Dice que la Biblia es el único libro que recomienda á su discípula Leta. Pero esto no es exacto. Dice que comience el estudio de las Escrituras por los proverbios de Salomón, tan ricos de máximas para bien vivir, que pase luego á la lectura de los Evangelios y de los Hechos de los Apóstoles, luego los Salmos, los libros de Job y de Ester, y acabe el estudio de la Escritura por el *Cántico de los cánticos para que pueda leerlo sin peligro*. También le recomienda las obras de San Cipriano y las cartas de San Atanasio.

Además, la Biblia es el libro por excelencia. Contiene, como dice Jones, *más bellezas* en todos los géneros que se podrían recoger en todos los libros reunidos, y más verdades históricas y morales que en todos los moralistas é historiadores.

Tampoco es exacto que San Jerónimo llegue á proscribir el paseo. En primer lugar, la joven Paula, á cuya madre se dirige, estaba destinada al claustro; luego nada tiene de particular que le prohiba el paseo y mucho más en una población tan corrompida como Roma.

Otro notable documento, citado con elogio por Fenelón en su *Educación de las niñas*, es la carta á Leta: documento en que da reglas para la educación física, intelectual y moral.

«Que vuestra hija—dice—se acostumbre á no beber vino, fuente de toda disolución; pero si su estómago es demasiado débil y tiene necesidad, dadle carne, algunos baños y una corta cantidad de vino para fortificarla.

»Enseñadle también á hacer trabajos de lana, á hilar y á coser, más bien que hacer bordados en seda y oro. Que sus vestidos sean de ropa fuerte y propia á resguardarla del frío, y no de esas telas ligeras que no cubren el cuer-

po sino á medias. Que sea sobria y se levante de la mesa más bien con ganas que saciada, á fin de que pueda luego consagrarse á la lectura ó al canto.

»Mandad hacerle—continúa el santo—letras de madera ó de marfil, á fin de dárselas para jugar, *para que se instruya jugando*. Pero no basta que las aprenda de corrido, sino mezcladas, á fin de que las distinga por la vista y por el oído. Cuando sus dedos vacilantes comiencen á manejar el estilo sobre la cera, convendrá sostener su manecita para regular los movimientos, ó imprimir los caracteres escritos sobre tablillas, á fin de poder seguir las mismas líneas y trazos con el estilo.

»Proponedle alguna recompensa para hacerle aprender las sílabas y juntarlas, y animadla por la esperanza de algún presente capaz de ganar á los niños de su edad. Proporcionadla también compañeros de estudio á fin de que los aplausos que reciban exciten su emulación. Si no entiende todavía lo que se le dice, no la tratéis por eso con dureza; al contrario, animadla por las alabanzas... Tened cuidado sobre todo que no se disguste del estudio, por temor de que no conserve en edad más avanzada la aversión que podría haberle tomado en su infancia.

»Procuradle también un preceptor suave, de edad madura, de conducta intachable. No creo que un hombre hábil ponga reparos en hacer por una virgen y de origen ilustre, lo que Aristóteles hizo por Alejandro, á quien enseñó los primeros elementos de las letras como un simple curial. Un *hombre sabio pronuncia las sílabas y explica las primeras reglas de la gramática mejor que un ignorante*. No debéis sufrir que vuestra hija, por una delicadeza ridícula y ordinaria á las mujeres, se acostumbre á pronunciar las palabras á medias. No debe oir en su juventud nada que tenga que olvidar en una edad más avanzada. Se dice que Hortensio aprendió á hablar bien entre los brazos de su padre, y que la manera de expresarse de la madre de los Gracos hizo á sus hijos que tomaran el gusto de la elocuencia desde sus más tiernos años»...

¿No es esto una hermosa página de metodología?

Termina luego con estas palabras: «Yo me encargo, si queréis, en ser el maestro de Paula. Yo la tomaré en mis brazos, y aunque viejo, como soy, *desataré su lengua y la enseñaré á formar las primeras palabras;* para mí será esto mayor gloria que la del filósofo pagano que fué maestro de Alejandro, porque no instruiré á un rey de Macedonia, sino á una sierva y esposa de Cristo que debe ser presentada en el reino de los cielos».

De manera que el santo doctor dejará sin pena sus famosos trabajos de controversia, de exégesis y de erudición para constituirse en maestro de una niña que apenas sabe hablar. ¿Quién ha predicado más elocuentemente con sus palabras y ejemplos la importancia y nobleza del educador? Montalembert dice que «á la obra suprema de la traducción de la Vulgata, mezclaba la educación de algunos niños á quienes instruía en las letras humanas» (1).

San Agustín.—Todo el mundo sabe la historia de este santo doctor, una de las mayores lumbreras de la Iglesia, convertido por los consejos de su madre Santa Mónica. M. Kehrein, escritor alemán, le da el epíteto de *fundador de la Pedagogía católica;* aunque muchos escritores no dicen nada de él.

Deogracias, diácono de Cartago, había sido encargado por su obispo San Agustín de enseñar á los catecúmenos las verdades religiosas y prepararlos al bautismo. Pero sea por incapacidad pedagógica ó por otras causas, el éxito no correspondió al celo del maestro. Quejóse á su obispo implorando su profunda sabiduría, y San Agustín entonces escribió con este motivo su poco conocido libro *Manera de catequizar á los ignorantes,* y del cual ha tomado Mr. Dupaulonp materiales para otra obra suya (2).

En este libro se encuentran consejos y preceptos para hacer las lecciones á la vez útiles y atractivas. Al principio de este libro previene á Deogracias contra un escollo en que tropiezan los educadores más celosos, como á los

(1) *Moines d'Occident,* tomo I.
(2) *L'Œuvre par excellence.*

verdaderos artistas les atormenta la idea de *lo mejor*. He ahí el peligro, no estar jamás satisfecho y apenarse de la imperfección de sus obras. «A mí, dice el santo, me sucede lo mismo. Jamás estoy contento de lo que digo; quisiera algo más; muchas veces, antes de comenzar á hablar, tengo la idea de lo que voy á decir, pero mi lengua á veces no va tan aprisa como mi pensamiento. Sucede también algunas veces que el ardor mismo con que queremos expresarnos y los esfuerzos que hacemos para hacerle entender las cosas que deseamos, nos impiden decirlo bien; y por eso importa disimular este género de disgusto ante los oyentes. Al contrario, la alegría franca del maestro, su faz sonriente, su mirada expresiva le granjean desde el primer momento las simpatías del auditorio.

»Así, pues, se nos escucha con mayor placer cuando lo que decimos nos agrada á nosotros mismos...; todo consiste en hallar el medio de que el que hable lo haga con entusiasmo, porque cuanto con más gusto se expresa, tanto más agradablemente será escuchado». Esta recomendación ¿no es verdaderamente pedagógica? ¿No la vemos reproducida con distintas palabras en Rollin, Fenelón, Pestalozzi y Dupanloup?

Sea cual fuere, añade, la composición del auditorio y la materia de las lecciones, la primera cualidad del que instruye debe ser la claridad en el estilo, usar palabras inteligibles y familiares para que le comprendan. En fin, *el que instruye debe evitar todas las palabras que no instruyan.*

«Seamos en el trato con nuestros discípulos como las madres y las nodrizas que descienden hasta los niños pequeñitos para que se alimenten con facilidad».

Respecto de la educación de la mujer, dice: «No está permitido á ninguna criatura á quien Dios ha confiado la *luz* de la inteligencia, conducirse como las vírgenes necias, dejando consumir el aceite sin previsión y apagar la luz que debe iluminar el hogar, pues *se trata de una esposa y de una madre*». San Agustín no podía olvidar lo mucho que debía á su madre, mujer sublime por cuyos consejos y oraciones se convirtió.

Demás de esto, en las *Confesiones* se hallan multitud de pensamientos y observaciones que tienen relación con la Pedagogía; mas los límites de este libro no nos permite copiarlos.

El célebre historiador (1) César Cantú dice, hablando del santo: «Al mismo tiempo que se entregaba á las especulaciones más sublimes de la filosofía, *descendía á la educación de los niños,* suavizaba la condición de los esclavos vendiendo hasta los vasos sagrados para darles libertad, y escribía noventa y siete obras filosóficas y religiosas».

II

LA ENSEÑANZA EN LA EDAD MEDIA

SUMARIO: La Edad Media. — El monaquismo en Occidente. — El *trivium* y el *quadrivium*. — Carlomagno y Alcuino. — Inglaterra y otros países del Norte. — Los sucesores de Carlomagno. — Los árabes.

La Edad Media. — Comprende desde el año 476 hasta el 1453.

Al morir Teodosio en 395, dividió el imperio romano entre sus dos hijos Arcadio y Honorio, y esto fué causa de una rivalidad y una lucha que debilitó el imperio y dió origen á la invasión de los bárbaros.

Las invasiones duraron mucho tiempo. El imperio romano se fué desmoronando poco á poco y dando origen á distintas nacionalidades. Esta época fué fatal á la causa de la educación, pues nadie cuidaba más que de la defensa de su vida y de sus intereses. El movimiento intelectual se refugió en los monasterios, que providencialmente se abrieron en Europa.

El monaquismo en Occidente.—Muchos monasterios se habían fundado en Oriente en los primeros siglos, sobre todo en Palestina y Egipto, como ya lo hemos dicho.

(1) *Historia universal,* tomo II.

San Benito de Nursia (480-583) fué el fundador de los monasterios de Occidente; fundó uno cerca de Nápoles, llegando á reunir en pocos años hasta 15.000 cenobitas (1). La regla de su instituto fué admirable, é incalculables los servicios que prestó á la causa de la civilización y de la humanidad. Los monjes manejaban el arado y la pluma; su regla puede compendiarse en estas dos palabras: *ora et labora, ora y trabaja*. Cada monje había de trabajar siete horas diarias; cada monasterio había de tener dos escuelas, una interna para los monjes y otra externa para los seglares.

Los monjes no eran eclesiásticos en un principio; eran célibes que estaban ligados al monasterio por votos solemnes, y formaban, como dice Montalembert, un estado intermedio entre los sacerdotes y los laicos.

«Los conventos, dice el profesor Dittes (2), embellecían el país, transformando los lugares agrestes en campos risueños y bien cultivados. Ofrecían á los pobres y á los perseguidos un asilo seguro, extendían el Evangelio á países remotos, desarrollaban entre sus muros los oficios y las artes, conservaban y aumentaban los tesoros del saber, y sobre todo, educaban á la niñez»...

La orden de San Benito produjo centenares de sabios, prelados, eclesiásticos y escritores eruditos; y no sólo eso, sino que los monjes se ocupaban de la enseñanza de los niños con el mismo cuidado que se hace hoy en las escuelas populares. El programa de la instrucción no comprendía sólo la enseñanza elemental, sino todo cuanto se sabía entonces de literatura y ciencias; fueron los conventos precursores de las Universidades. «La vida sin letras, decía un monje, es la muerte». «El que no sabe escribir, decía otro monje, cree que la caligrafía no es un trabajo; pero aunque sólo son tres los dedos que escriben, todo el cuerpo se fatiga».

El trivium y el quadrivium. — Estos nombres equiva-

(1) *Les Moines d'Occident*, por Montalembert.
(2) *Histoire de l'Education et de l'instruction.*

lían á decir las tres y las cuatro *vías* ó caminos por los que podían adquirirse determinados conocimientos.

El *trivium* comprendía la gramática, la dialéctica y la retórica, y el *cuadrivium* abrazaba la aritmética, la geometría, la astronomía y la música. Esta división de las ciencias se encuentra ya en Boecio en el siglo v.

Al *trivium* y *cuadrivium* añadieron la teología, el derecho canónico, el derecho civil y la medicina.

Se hicieron muy célebres los monasterios de Inglaterra y Alemania, especialmente el de San Gall y otros muchos que se establecieron en Francia y en España.

Como los libros eran tan escasos, el maestro leía y comentaba un voluminoso manuscrito y los discípulos lo copiaban ó extractaban.

Sirvieron de texto las obras de San Isidoro de Sevilla, las *Etimologías*, y también las del venerable Beda, Alcuino y algunos otros. La lengua latina era la lengua de las escuelas y de la Iglesia.

Una vez que se fué asentando la paz en Europa, la Iglesia no podía permanecer inerte tratándose de la educación de la niñez. Así es que en los Concilios, ya generales ó ya provinciales que se celebraron en los siglos VI, VII y siguientes, se decretó el establecimiento de las escuelas parroquiales con objeto de instruir en la religión y en los primeros rudimentos del saber á todos los niños sin distinción.

En todas las catedrales había un canónigo encargado de dar instrucción á los niños y que recibió el nombre de *maestrescuela*, título que todavía hoy se conserva.

En el Concilio celebrado en Narbona en 585 se prohibe que se ordene de sacerdotes á los que no sepan leer.

En otro se manda establecer maestros en las casas de los obispos y *dondequiera que convenga* para enseñar las letras y la Sagrada Escritura.

Pero el hombre que dió más impulso á la instrucción en el siglo VIII fué el emperador Carlomagno.

Carlomagno y el monje Alcuino.—Este valeroso monarca, cuya gloria como civilizador sobrepuja en mucho á la que obtuvo como conquistador, ordenó la fundación de es-

cuelas en las parroquias é iglesias de su reino, estimuló el saber y echó en sus famosas *Capitulares* los primeros cimientos de la instrucción obligatoria. En sus viajes á Italia admiró aquella civilización que formaba contraste con las rudas costumbres de su país, y se propuso trasladarla á su imperio, llevándose consigo á Pedro de Pisa, que había sido maestro en Pavía, y á Pablo Warnefrido, célebre historiador. El primero obtuvo la dirección de la escuela de palacio, que seguía á Carlomagno donde quiera que iba, y asistían á las lecciones, además del Emperador, los príncipes de la familia y todos los altos personajes de la corte. Esta escuela fué confiada después á Alcuino, monje inglés, y hombre superior á su siglo (735-804) y que se avenía bien con el carácter de Carlomagno por la fecundidad de su ingenio y su natural actividad.

Aunque Carlomagno no sabía escribir, había aprendido el latín, el griego, la literatura y la astronomía, la teología y el derecho. Quería comunicar á todos el mismo ardor por el saber que él sentía.

En la escuela palatina, donde se renovaban muy á menudo los oyentes y á la que éstos iban guiados por la curiosidad de aprender, no era posible dar lecciones ordenadas y progresivas, y es probable que Alcuino trataría cada vez de un asunto diverso, según la clase de los oyentes, el interés del momento, las preguntas que se le dirigían y los conocimientos que él mismo adquiría gradualmente. Nos queda una disputa entre Pepino, el hijo de Carlos, y el Alcuino, muy curiosa, llena de preguntas, algunas pueriles, y que revela la poca instrucción de sus oyentes y el deseo de saber.

El monje *Rabán Mauro* (776-856), discípulo de Alcuino, se hizo notar por su amor á la enseñanza. Regentó la escuela del monasterio de Fulda por espacio de cuarenta años, la cual llegó á ser la más célebre de Alemania. En ella recibían educación los hijos de los nobles.

Los abades enviaban sus monjes para que se instruyesen y adiestrasen en la enseñanza, con el objeto de poder dirigir con fruto las escuelas de sus propios monasterios.

Inglaterra y otros países del Norte. — Inglaterra obtuvo el nombre de docta en aquellos tiempos de ignorancia y de tinieblas, del mismo modo que en los más ilustrados es venerada como maestra en los estudios serios y profundos. Particularmente la Irlanda adquirió mucha gloria por conservar las reliquias de las ciencias, que desterradas de toda Europa, buscaron asilo en aquel lejano rincón del mundo. Los anglo-sajones corrían en cuadrillas á Irlanda como á un emporio de la buena literatura, y no había en todas las Islas Británicas alguna persona bien educada que no la enviasen á estudiar á aquel reino. Queriendo el rey Oswano introducir en Inglaterra la letras, hizo ir de Irlanda al santo obispo Aidano, y habiendo llegado después algunos monjes, fundaron monasterios y dieron educación cristiana y literaria á toda la juventud inglesa. Pero el griego Teodoro, enviado á Inglaterra por el papa Vitaliano, para aumento y decoro de la introducida religión, fué el que mejor cultivó el suelo británico. Llevó consigo cuantos libros griegos y latinos pudo recoger y formó una biblioteca tan extraordinariamente rica y escogida, cuanto podía serlo en aquellos tiempos. Fué en compañía de Teodoro un sacerdote llamado Adriano, oriundo de África, y como ambos eran versados en la lengua griega y latina, y en la poesía, música, astronomía y aritmética, entre las lecciones de los libros sagrados procuraron inspirar á sus discípulos el gusto de aquellas lenguas y ciencias que juzgaban tan útiles para todos los estudios. Bien pronto se vieron frutos de aquella escuela en Wilfrido, en Aldelmo y en otros menos conocidos que refiere en su historia el venerable Beda.

En Inglaterra merece citarse también el nombre de Alfredo *el Grande,* uno de sus mejores reyes. En los intervalos que le dejaba la guerra se ocupó en civilizar á su país, lo cual ha hecho que se le compare con Carlomagno. Protegió á Grimaldo, escritor, y al célebre filósofo Juan Scoto; instituyó escuelas elementales (1) *obligando* á todos á que

(1) César Cantú, *Historia universal*, tomo III.

enviasen sus hijos á ellas, y otras para la instrucción más elevada, especialmente la de Oxford, que dotó espléndidamente.

Necesitábase todo esto, porque los conventos más florecientes habían destruído los normandos en sus correrías. Después tradujo las obras que pudo, como las de Beda y Paulo Orosio, mandó á cada obispo una pastoral de San Gregorio *el Magno* y un tintero, con la prohibición de separar nunca aquélla de éste ni de la Iglesia. Compuso por sí mismo libros de instrucción elemental y escribió en prosa y en verso.

De Alfredo *el Grande* son estas máximas: «Los ingleses deben ser libres, tan libres como sus pensamientos». «Si tienes un hijo, enséñale, mientras que sea niño, la conducta que el hombre debe observar, á fin de que cuando sea adulto arregle á ella sus actos; tu hijo será entonces tu recompensa. Pero si le dejas regirse por su capricho, cuando haya crecido se disgustará, maldecirá á aquel á cuyos cuidados estaba confiado y despreciará tus exhortaciones; de modo que será mejor para ti no tener ningún hijo que tenerlo mal educado».

San Olao había llevado el Cristianismo á Islandia en el siglo x. Poco tiempo después se convirtieron los naturales. En 999 Haller fundó una escuela en Han-Kadar, en 1080 se estableció otra y en 1107 se fundaron las de Shalholt y Hoolum, donde se enseñaba á leer, escribir, el canto llano y algo de latín y de teología.

Sucesores de Carlomagno. — Éstos no continuaron tan sabia política, y como dice un escritor, se cuidaron más bien de levantar castillos que no escuelas. Sin embargo, Carlos *el Calvo* volvió á abrir la escuela de su palacio y algunas otras.

El Concilio celebrado en Aquisgrán en 816 mandó que los canónigos estuviesen instruídos en todos los ramos del saber, y que uno de ellos vigilase á los niños de la escuela catedral.

El papa Eugenio II, en 826, recomendó también á los obispos y párrocos que instituyesen escuelas donde se

aprendiesen gratuitamente las ciencias divinas y humanas.

Pero todas estas advertencias, sin embargo, fueron letra muerta. La ignorancia se hizo cada vez más espesa. Por eso se ha llamado al siglo x siglo de la ignorancia.

Los árabes.—El influjo de los árabes en la civilización europea fué muy grande. El movimiento partió de Arum-al-Raschid, célebre califa de Bagdad, y sobre todo, en el reinado de su hijo Almamum. Declarado en España independiente el califato de Córdoba, del de Damasco supieron elevarse hasta la cumbre del saber.

Algunos han supuesto que Mahoma no era partidario de la instrucción. Nada de eso. «Enseñad la ciencia, decía, porque el que la enseña teme á Dios, y quien la desea la adora; quien la explica alaba al Señor; quien disputa por ella, toma parte en un combate sagrado; quien la defiende distribuye limosna á los ignorantes, y quien la posee es objeto de veneración y benevolencia.

»La ciencia es la salvaguardia contra el error y el pecado; enseña el camino del paraíso; es nuestra confidente en el desierto, nuestra compañera en los viajes, nuestra sociedad en el retiro, el remedio contra las enfermedades de la ignorancia, el fanal consolador en la noche de la justicia» (1).

El docto jesuíta abate Andrés en su *Historia de toda la literatura*, dice á este respecto:

«Sólo en Córdoba se contaba 70 bibliotecas y 70 escuelas, y eso mientras Europa, por efecto de las guerras, del feudalismo y de las luchas entre el papado y el imperio, se cernía la más negra ignorancia. Europa no hubiera conocido á Hipócrates, á Dioscórides, á Euclides ni á Tolomeo, á no habérselos comunicado los sarracenos; sin la guía de estos maestros experimentados no hubiera sabido de qué modo debía formar las observaciones astronómicas y examinar los objetos de la historia natural, y sin ellos la ciencia se hubiera extinguido y quedado Europa perpe-

(1) CARDERERA, *Diccionario de Educación.*

tuamente sepultada en la ignorancia y obscuridad en que yacía por tantos siglos. Pero los árabes, no contentos con participarnos el adquirido tesoro de la sabiduría griega, quisieron también acrecentar sus fondos, aumentaron con sus fatigas las riquezas científicas y las regalaron con liberalidad á los europeos que las sabían apreciar. De aquí resultó que los escritos arábigos, no sólo renovaron al principio la noticia y despertaron el gusto de los griegos, sino que siguieron por mucho tiempo fomentando la curiosidad de los estudiosos, avivando cada día más sus deseos de saber, y promoviendo y excitando la agudeza de sus ingenios á indagaciones útiles é importantes. Y, por consiguiente, si los primeros principios de la literatura moderna nos han venido de las fuentes arábigas, del mismo modo debemos atribuir á ellas los primeros progresos de las ciencias. El vuelo más atrevido que ha intentado hacer la astronomía europea después de Tolomeo, fué ciertamente la grande empresa de las *Tablas Alfonsinas*, y ésta se ideó y ejecutó en España por D. Alfonso *el Sabio*, donde más de cerca se sentía la influencia de los estudios arábigos.

»En fin, las escuelas de los árabes se veían frecuentadas por todos cuantos sentían necesidad de saber».

III

LA ESCOLÁSTICA. — LAS UNIVERSIDADES. LA CABALLERÍA.

SUMARIO: La filosofía en la Edad Media. — La Escolástica. — Principales representantes. — Noticia de Abelardo. — San Anselmo. — Rogerio Bacón. Santo Tomás. — Gerson. — Las Universidades. — Influjo de la Caballería. — Educación de las mujeres. — Victorino de Feltre. — Eneas Silvio. — Los jeromitas.

La filosofía en la Edad Media. — Después de la muerte de Carlomagno y hasta el siglo XII, la ciencia parece que se va eclipsando entre la ignorancia general.

El célebre Gerberto, que fué elegido Papa en 999, es la

encarnación de la ciencia en aquella época. Sus conocimientos matemáticos, que adquirió en España principalmente, le dieron fama hasta de nigromante. Él fué el divulgador de muchos conocimientos científicos y el que reunió los libros más raros y creó cátedras y propagó la instrucción.

Las luchas feudales, las guerras civiles, las Cruzadas y las luchas entre el sacerdocio y el imperio, no eran las más á propósito para dedicarse al estudio. Sin embargo, nunca se apagó la luz del saber. En el siglo XI aparecen ya escritores atrevidos que estudian á Aristóteles y á sus comentadores árabes, á Platón y á San Agustín y aspiran á fundar teorías filosóficas. Esto dió origen á la Escolástica, ó ciencia de las escuelas en la Edad Media.

La Escolástica.—Consistía el carácter de la escolástica en subordinar la ciencia á la teología, y de aquí el axioma: «la filosofía es la servidora de la teología».

Todo lo que no fuese teología, se explicaba con la autoridad de Platón ó Aristóteles, sobre todo de este último; así es que se despreciaba el testimonio de la experiencia, como si Aristóteles lo hubiese dicho todo.

Los teólogos se dividieron en tres escuelas: dogmática, mística y escéptica. En la primera figuraban San Anselmo, Alberto el Grande y Santo Tomás de Aquino. En la segunda se contaban San Bernardo, San Buenaventura y Ricardo de San Víctor. Por fin, en la tercera escuela estaba el Doctor sutil, Duns Scoto.

Diremos algo sobre los principales.

San Anselmo.—San Anselmo fué obispo de Cantorbery (1033-1169) y gran propagador de la enseñanza. En su época se refiere la siguiente anécdota, que pinta su carácter y su bondad.

Un abad, que tenía reputación de muy religioso, se quejaba un día á San Anselmo de los niños que se educaban en su monasterio, y decía: «Continuamente los azotamos, y cada día son peores».—«Y cuando son grandes, dijo San Anselmo, ¿cómo son entonces?»—«Totalmente estúpidos, respondió el abad».—«Ved ahí, pues, replicó

San Anselmo, una bella educación, pues muda á los hombres en bestias. Decidme, continuó: si después de haber plantado un árbol en vuestro jardín, lo estrecháis por todas partes, de manera que no pueda extender sus ramas, ¿qué sacaréis de él sino un árbol torcido é inútil? Violentando así á los niños, sin darles libertad alguna, sólo conseguís que alimenten en sí mismos pensamientos traidores, tortuosos y encogidos, que de tal modo se fortifican, que luego se obstinan contra todas vuestras correcciones. De donde se sigue que, no conociendo de parte vuestra su amistad ni dulzura, no tienen en vos confianza, porque creen que sólo obráis por odio y capricho. Para hacer una figura hermosa de una barra de oro ó de plata, ¿se contenta el artífice con dar sobre ella repetidos martillazos? Dad pan á un niño que todavía mame, y lo ahogaréis. Un alma fuerte sobrelleva las aflicciones y los reveses, y ruega á Dios por sus enemigos; pero un alma flaca necesita ser guiada por la suavidad, y es necesario convidarla alegremente á la virtud y tolerar caritativamente sus defectos».

Merece citarse también al famoso *Abelardo* (1079-1142), hombre elocuentísimo, cuya palabra atraía tan gran número de discípulos, que no bastando la cátedra, tenía que explicar en el campo. Se empeñó en aplicar la dialéctica á la teología y en presentar proposiciones atrevidas, pero fué convencido de su error por San Bernardo.

Alberto Magno, maestro de Santo Tomás de Aquino y arzobispo de Colonia, fué un prodigio de saber y se dedicó, sobre todo, á las ciencias físicas y matemáticas. También fué maestro del célebre fraile franciscano *Rogerio Bacón,* que fué perseguido por su ciencia extraordinaria (suponiendo que tenía pacto con el diablo); se le atribuye la invención de la pólvora, la de los anteojos, la teoría del calor y de la luz, etc.

Santo Tomás de Aquino (1227-1274).—Fué la encarnación de la ciencia en la Edad Media. Sus conocimientos fueron universales y profundos; sistematizó la teología y escribió la famosa obra *Suma Teológica,* que todavía sirve de texto en los seminarios.

Desde Santo Tomás, dice Balmes, data propiamente la filosofía escolástica reducida á un sistema completo y en armonía con el dogma católico... El verdadero edificio de la filosofía lo levantó este hombre extraordinario, á quien conforme al espíritu de los tiempos, se dió con mucha verdad el hermoso título de Angel de las Escuelas ó *Doctor angélico*.

Gerson.—Este hombre ilustre, canciller de la Universidad de París, se distinguió de los hombres de su tiempo por su amor por el pueblo. Si como filósofo tuvo importancia, por su esfuerzo en extender el misticismo, la tiene también porque escribió en lengua vulgar algunos libros al alcance de los niños. Su obra latina titulada *De los niños pequeños que es preciso conducir á Cristo*, es una prueba de dulzura y de bondad; por eso los escritores franceses le llaman el dulce Gerson.

Recomienda á los maestros la paciencia y la ternura; el niño, dice, es una planta delicada, que es preciso proteger contra toda influencia peligrosa; ningún ser vivo está más expuesto que el niño á dejarse corromper por otro niño; que el maestro sea entre todas las cosas un padre para sus discípulos; que sea sencillo en sus enseñanzas; que anime sus explicaciones con ejemplos agradables.

La modestia de este hombre célebre fué tan grande, que después de haber ocupado los puestos más distinguidos se sepultó en una escuela de Lyon para enseñar á los pobres los rudimentos del saber, diciéndoles: «Cuando yo muera, rogad por el alma de Juan Gerson».

Los franceses le atribuyen el libro titulado *Imitación de Cristo*, el mejor libro, según dice un crítico, salido de manos de los hombres, y del que se han hecho mayor número de ediciones; es un coloquio constante entre el alma y Cristo, eco misterioso de las almas ingenuas y fervientes.

Las Universidades.—En la Edad Media hubo asociaciones profesionales de los distintos oficios, los gremios, cuya ventaja fué grande en un principio. Los que en ella formaban se protegían y tenían ciertos privilegios. Ninguno podía ejercer un oficio sin haber sido antes examinado por

los maestros respectivos. Una cosa semejante pasó en el orden intelectual. Formóse en París en el siglo XIII una asociación de hombres dedicados al estudio, titulada *Estudio de París* ó *Universidad*, esto es, el conjunto de maestros y discípulos. En casi todas las naciones de Europa se formaron por aquella época otros centros análogos. Estos centros se constituyen, hasta cierto punto, independientes de la Iglesia, y su organización fué muy distinta de lo que es en la actualidad.

La misión de las Universidades era contribuir á la cultura general, separar la ciencia de la teología y difundir el estudio de las letras, sobre todo, más que el de las ciencias.

La primera Universidad en España fué la de Salamanca, creada por Alfonso IX de León en 1210. Otros dicen que fué la de Palencia, por Alfonso VIII el de las *Navas*, y después la de Badajoz por el mismo rey. No están, pues, en lo cierto Compayré ni Dittes cuando dicen que esas Universidades las crearon los árabes.

Los privilegios de las Universidades fueron muy grandes. Los estudiantes tenían sú jurado especial para defenderlos, no podían ser encarcelados por deudas, ni se les podía embargar sus libros, ni ser explotados por los pupileros. El Rector era nombrado por los mismos estudiantes y había de ser seglar. Los títulos eran los de licenciado y doctor. Se estudiaban primero las siete artes liberales (*trivium* y *cuadrivium*), después las demás, derecho, cánones, medicina, etc.

En las oposiciones á cátedras ó regencias no se formaba como ahora un expediente que sólo conoce el Tribunal, sino que se buscaba la opinión. El opositor explicaba sus méritos en un discurso elocuente y retaba á todo el que quería preguntarle ó argumentarle.

La elección de los profesores fué casi siempre acertada. Entonces también la Universidad llamaba á los hombres más eminentes de cualquier nación para que diese en ella algunas lecciones.

Los profesores eran remunerados por las ciudades y por

los alumnos. Más adelante fueron facultadas las Universidades para recibir legados. El curso duraba casi todo el año, desde San Lucas hasta Septiembre. La lengua latina era el medio de comunicación entre maestros y discípulos.

Como no abundaban los libros por no haberse inventado todavía la imprenta, el profesor leía un voluminoso infolio y los alumnos lo copiaban ó extractaban; de aquí la denominación de lector de teología, de derecho romano, etc., que se daba á los catedráticos.

Servían de texto las obras de San Isidoro, Scoto, Santo Tomás, los aforismos de Hipócrates, la lógica de Aristóteles, etc.

Por el estilo de la Universidad de París y de Salamanca, fueron las de Osford y de Bolonia. Parece ser que la de Salerno fué la primera que se fundó, en 1090, para la enseñanza de la medicina.

La de París se fundó en 1201.

La de Nápoles en 1224.

La de Praga en 1245.

La de Pisa en 1344.

La de Heildelberg en 1386.

La de Viena hacia la misma época.

Influencia de la Caballería. — Aquellas memorables empresas religiosas y militares á la vez, que se llamaron las Cruzadas, influyeron mucho en beneficio de la civilización. Después de la toma de Jerusalén por los cristianos en 1099, se organizó en casi todas las naciones una institución guerrera que se conoce en la historia con el nombre de la Caballería.

Esta institución contribuyó eficazmente á la suavidad de costumbres, al culto de la belleza, al apoteosis de la mujer y á desarrollar las ideas del honor y de la dignidad.

El joven destinado á ser caballero se educaba con su madre hasta los siete años. Desde esta edad el padre se encargaba de su educación, y cuando no, un maestro ó un amigo. Se le acostumbraba á los ejercicios corporales, como la caza, el torneo, la lucha y al mismo tiempo la religión cristiana, las reglas de cortesía palaciega, el canto

y la música, y, sobre todo, á tocar el arpa, la guitarra y el violín y hablar alguna lengua extranjera; también se consideraban los viajes á países extranjeros como complemento de la educación. El autor de *Germania* dice á este propósito: «Uno de los buenos efectos de esta educación caballeresca eran los esfuerzos consagrados á ofrecer á los jóvenes y aun á los niños las relaciones entre el hombre y la mujer rodeadas de una aureola verdaderamente ideal, presentándoles el «servicio de las mujeres» (en el mejor sentido de la palabra), como un deber indispensable del hombre bien educado y del verdadero caballero. Ulrico de Lichtenstein, á quien el duque Leopoldo *el Glorioso* armó caballero en 1222, exagerando después el romanticismo caballeresco hasta la locura más grotesca, escribía: «Cuando aun era niño oía á menudo leer y decir que á nadie le era dado alcanzar verdadera dignidad y honores mientras no estuviese siempre dispuesto y sin vacilar en servicio de las mujeres dignas». Un poeta pone en boca de un padre los siguientes consejos á su hijo: «¡Hijo, si quieres adornar tu cuerpo y procurar que tenga aversión al desorden, respeta y ama á las mujeres castas, porque éstas rechazan con sus virtudes todo lo malo! Son el delicioso tronco de que todos nacimos, y el que no ensalza en ellas esta verdad, no tiene educación ni vergüenza; debemos considerarle como un insensato, aunque tuviera el talento de Salomón».

A los catorce años cumplidos dábase por terminada la enseñanza del joven en todos los principios de la cortesía, que no era sólo una doctrina del decoro propio, sino una completa instrucción de sus deberes.

El joven se hallaba entonces apto para llevar armas y servía en clase de «escudero», ejercitándose prácticamente al servicio de un caballero.

De este modo hacía sus pruebas en la guerra, adquiriendo el necesario conocimiento del mundo y de los hombres, porque á veces acompañaba á su señor á una cruzada á la Tierra Santa ó á otros países gentiles, y entonces se le ofrecía ocasión de poner á prueba sus cualidades físi-

cas y morales; también se le iniciaba con bastante frecuencia en los asuntos de la política y en los secretos de la corte. Después de pasar de este modo el tiempo de prueba, admitíasele á la primera ocasión oportuna en la orden de Caballería, previa la formalidad del espaldarazo, que se efectuaba sin ceremonia alguna antes de comenzarse una batalla ó después de una victoria en el campo mismo de la lucha, ó bien con solemnidad en grandes festejos y festividades. En este último caso era obligación del escudero prepararse debidamente velando sus armas, devotamente y de noche, en una iglesia ó capilla; además de esto, debía confesar y comulgar, y cumplido este requisito, un sacerdote entregaba al aspirante, arrodillado delante del altar y vestido de blanco, la espada de caballero. Después debía presentarse ante una asamblea de caballeros y damas para prestar juramento, por el cual se comprometía á proteger á la Iglesia, ser fiel, atento y respetuoso á su señor feudal, no provocar ningún desafío injusto, amparar á las viudas y huérfanos y respetar á las mujeres. Pronunciados estos votos se le ponía coraza, gola, brazales y tibiales; calzábanle las espuelas de oro, se le ceñía el cinturón con la espada, y armado así, arrodillábase para recibir de mano de un caballero el espaldarazo, es decir, tres golpes dados de plano en los hombros con la hoja de una espada. Por último, el novel caballero recibía el yelmo, el escudo y la lanza; presentábanle su caballo y debía montarle con toda su armadura sin tocar el estribo, haciéndole andar después por un círculo, según todas las reglas de la equitación.

El joven caballero se apresuraba entonces á elegir una «señora», dama ó doncella á quien consagrar su servicio amoroso, según las reglas de la cortesía.

Lo que más halagaba la vanidad de una bella, era sin duda el ser elegida en un torneo «reina de la hermosura» para entregar á los vencedores, entre los cuales se hallaba á menudo su propio amante, los premios de la victoria.

Educación de las mujeres en esta época.—Existe la creencia de que en la Edad Media fué todo tinieblas é ignorancia; pero no es exacto de un modo absoluto. Como las gue-

rras civiles fueron tan frecuentes y las invasiones de los árabes y de los normandos tan terribles, no es extraño que la instrucción estuviese recluída en el fondo de los monasterios; pero de allí salían sabios que brillaban entre la multitud y que ocupan un lugar distinguido en la historia.

Los nobles se desdeñaban de saber escribir, y en documentos de aquella época se dice: «El abajo firmado declara no saber escribir, atendida su cualidad de caballero». Y esto duró por espacio de muchos años. ¿Qué extraño es que las mujeres no supiesen leer y escribir? Hasta principios del siglo pasado ha durado esta preocupación.

Pero tampoco es cierto que se tratase en un Concilio de si la mujer tenía alma ó no. Es un error grosero que de seguro lo habrá inventado algún enemigo de la religión.

En efecto; según un ilustre canonista, en un Concilio regional en Macón en 585, se discutió si convenía á la mujer también el título de *homo* de que habla la Escritura, y fué resuelto que sí, siguiendo el sentido recto de dicho libro sagrado, que dice que Dios crió al hombre, *varón* y *hembra:* de resultas de esto se atribuyó erróneamente ó con malicia haberse discutido si la mujer era un ser racional.

En los monasterios hubo monjas que brillaron entre los sabios, como Roswita en Alemania, por ejemplo.

Un ilustrado escritor resume así la educación de las niñas en esta época:

«La primera educación de las niñas en la alta sociedad correspondía á las madres, según lo requiere la misma naturaleza; después se completaba la instrucción en la misma casa de la familia ó en los conventos de monjas ó ya en las cortes de príncipes unidos con aquélla por los lazos de la amistad. En los conventos bien dirigidos, una maestra de escuela cuidaba de la enseñanza de las alumnas; en las cortes de los príncipes había también una para el mismo objeto. Aun en el siglo XII la educación de las jóvenes parece haberse limitado á la enseñanza de labores de mano y á los quehaceres domésticos; pero más tarde, cuando las

tijeras y agujas de las madres de familia no pudieron bastar ya al aumento de lujo y al rápido cambio de las modas, y cuando los sastres y modistas se encargaron del vestuario, las mujeres y niñas *de mundo* buscaron nuevo pasto para su imaginación. Entonces comenzaron á instruirse en las *artes liberales*, es decir, en la lectura y escritura, aventajando en esto á los hombres de su clase, entre los cuales eran tan raros tales conocimientos, que hasta un poeta de la nombradía de Wolfram de Eschenbach, y un versificador tan inspirado como Ulría de Lichtenstein, no sabían leer ni escribir. La sociedad caballeresca habíase acostumbrado á considerar á la mujer como un centro en rededor del cual todo giraba; venerábala por lo menos teóricamente, como á un foco de luz; sólo ella inspiraba á los vates, y por lo tanto era muy justo que las mujeres brillasen como favorecedoras y protectoras de la literatura. Las mesas de sus habitaciones estarían seguramente cargadas de libritos de cantares de los trovadores, cuidadosamente escritos y pintados, y junto á ellos se verían los gruesos tomos de pergamino, en cuyas hojas estaban inscritos los cantos de los Niebelungen, el *Parzifal* de Wolfram y el *Tristán* de Godofredo.

»Las mujeres jóvenes y bien educadas sabían recitar ó cantar poesías líricas ó épicas con acompañamiento de la cítara ó del arpa, dándoles la mejor entonación. La dama joven é instruída no debía limitarse á ser hábil en las primorosas labores de mano; exigíasele también el conocimiento de la lectura y escritura, del canto y la música y además el de algún idioma extranjero. Las mujeres de gran disposición, no contentas con esto, llegaban á poseer conocimientos universales, hasta donde lo permitían los adelantos de la Edad Media, pero estas mujeres hay que buscarlas siempre en los conventos».

Victorino de Feltre (1344-1446).—Con razón ha sido llamado este célebre maestro italiano, el Fenelón de Italia. Nació de familia pobre, y á los veinte años pasó á estudiar á Padua, donde se mantenía enseñando á leer y á escribir á los niños. Algún tiempo después fué á Venecia para es-

tudiar el griego y fué nombrado profesor de retórica de aquella Universidad.

Por no poder lograr la disciplina en su cátedra, hizo dimisión, volviendo á Venecia, donde abrió un establecimiento de enseñanza, y algún tiempo después, el príncipe de Mantúa, Francisco Gonzaga, lo llamó para confiarle la educación de sus dos hijos.

Dotado de singulares aptitudes pedagógicas, comenzó por la educación física, de tal modo, que por su agilidad y robustez los llegaron á comparar con Hector y Aquiles.

Atendía también con el mayor esmero á la cultura de la inteligencia y de la voluntad; hacía la enseñanza agradable á fin de evitar el cansancio; preparaba de antemano sus lecciones, vigilaba el trabajo personal de sus alumnos; opinaba que los placeres del estudio deben hacer olvidar el sacrificio que imponen, y como dice un escritor, Victorino instruía y educaba con su presencia, con su persona, con su ejemplo; su método era él mismo. Su fama se extendió por toda Italia, y el mismo Papa Eugenio IV dió á tan distinguido maestro pruebas de su consideración.

Pio II.—Este Papa, conocido en el mundo literario y en el siglo por Eneas Silvio, fué un célebre gramático y literato. Escribió un opúsculo sobre la *educación de los niños* (1451).

Recomienda entusiasmo por la lectura; no se limita sólo al estudio de las bellas letras, sino también al de la aritmética y geometría, estudios que son tan necesarios, dice, para ejercitar el espíritu y asegurar la rapidez de las concepciones. De él es este pensamiento: «Nada hay en el mundo más precioso ni más bello, que una inteligencia esclarecida».

Los jeromitas.—Gerardo Groote, alumno de la Universidad de París, fundó una orden (1376), cuyos individuos estaban obligados á ayudar á la sociedad con los talentos que Dios les había dado, trabajando para sí y para los pobres. El que no era apto para los trabajos mecánicos se dedicaba á las ciencias y á la enseñanza, estándoles, sin embargo, prohibida la vanagloria de explicar á un auditorio

numeroso y recibir salarios que envilecen á la desinteresada nobleza de la enseñanza. En breve se extendió por Alemania aquella orden que unía la piedad al estudio, y en los monasterios llamados de San Jerónimo y de San Gregorio, de los Buenos Hermanos ó de la vida común, enseñaban varios oficios y la caligrafía; fuera de ellos tenían escuelas de lectura, escritura y mecánica para los niños pobres; á los otros les enseñaban latín, griego, matemáticas, bellas artes, y hebreo; en 1433 contaban cincuenta y cinco casas, el triple en 1460, y en 1474 pusieron una imprenta en Bruselas. Tomás de Kempis llevó este método á Santa Inés, cerca de Zwoll, donde se formaron los apóstoles de la literatura clásica de Alemania; recomendaba á éstos que fuesen á Italia, y, en efecto, allí aprendieron en griego los que más sobresalieron. A Tomás de Kempis se atribuye el libro *De la imitación de Cristo.*

Resumen de la Edad Media. — La Edad Media tuvo una importancia capital para el desarrollo pedagógico moderno, En el primer período los Santos Padres y las órdenes monásticas dieron la educación moral; en el segundo Carlomagno y Alfredo el Grande—aunque momentáneamente—la educación intelectual; en el tercero la Caballería y las Cruzadas la educación física y social. En fin, la Escolástica forma las inteligencias, perfecciona la filosofía, crea las lenguas romances, y prepara con las Universidades el Renacimiento. Por último, los gremios, los comunes, los municipios destruyen el feudalismo y aseguran la libertad.

Con mucha razón dice un crítico: «Muchos hay que se han burlado de la Edad Media, juzgando sus trabajos como toscos, esclusivistas y hasta bárbaros, pero es más fácil decir que demostrar».

La ciencia prueba que fue aquel tumulto de la Edad Media, utilísimo al futuro desarrollo de la sociedad.

Con su filosofía, con su teología, con sus especialidades, con el desarrollo del arte, con sus leyendas poéticas, con sus tradiciones románticas, con sus luchas contra el feudalismo y contra toda opresión preparó dignamente la civilización moderna.

TERCERA PARTE

EDAD MODERNA

I

EL RENACIMIENTO

SUMARIO: El Renacimiento. — La imprenta y los descubrimientos geográficos. — La Pedagogía en el siglo XVI. — Erasmo. — Agrícola. — Vives. — Rabelais. — Montaigne.

El Renacimiento. —La caída de Constantinopla en poder de los turcos en 1453; la emigración de los sabios y artistas más ilustres de Grecia y Oriente á Italia; los descubrimientos de la pólvora, de la brújula, y, sobre todo, de la imprenta; el desarrollo del entendimiento humano; la formación de las municipalidades; el deseo de emanciparse de la tutela de la Iglesia; la formación de las lenguas romances, y, en fin, la resurrección de las artes y de las letras clásicas de Grecia y Roma, fueron causas de ese movimiento, de esa transformación general que se llama *Renacimiento.*

Si para la causa del arte y de la literatura fué beneficioso, no así para la de la religión y las costumbres. En efecto; los hombres del Renacimiento tributaron un culto idolátrico á la antigüedad greco-romana; las costumbres se corrompieron hasta caer casi en el paganismo; germinó la duda en las inteligencias donde antes reinaba la fe y el respeto á la autoridad; la literatura y las artes rompieron la barrera del pudor, y en todas las esferas se dejó sentir

una ansia vertiginosa por cambiarlo todo, y todo anunciaba una tempestad desencadenada.

En vano predicó contra aquellos excesos el célebre dominico Fray Jerónimo de Savonarola. Su voz se perdió en el vacío y pagó caro su celo. Un fraile audaz, soberbio y de pasiones violentas, Martín Lutero, enarboló la bandera de la rebelión, y con su pretendida y malhadada Reforma alteró las conciencias y sembró la división en los espíritus y arrebató á la Iglesia naciones enteras, proclamando á la razón humana como criterio supremo é infalible.

La imprenta y los descubrimientos geográficos. — El Renacimiento se extendió á todas las esferas de la actividad, á todas las artes y ciencias, y no podía menos de reflejarse en la Pedagogía. La imprenta, el mayor de los inventos de la humanidad, contribuyó á propagar la instrucción en todas las clases sociales.

Los libros, que antes eran escasos, y que sólo podían adquirir los ricos, pudieron multiplicarse extraordinariamente y venderse á precio bajo. Ningún arte se propagó tan rápidamente como éste, singularmente en España. En Francia fué perseguido por algún tiempo bajo Francisco I. para que no se propagara la Reforma; pero en Holanda y en Italia se publicaron gran número de libros y ediciones magníficas que todavía admiramos. En España la protegió mucho el cardenal Cisneros, y á él se debe la publicación de la *Biblia políglota*.

Hay otro factor importante, los descubrimientos geográficos. Cristobal Colón descubriendo el Nuevo mundo; Vasco de Gama doblando el Cabo de Buena Esperanza; Cabot la América del Norte, proporcionando mercados al floreciente comercio de Holanda é Italia y trayendo productos exóticos; misioneros que llevan la religión á aquellas comarcas y naturalistas y médicos que enriquecen la farmacopea con plantas medicinales y que aclimatan en Europa la patata, el maíz y el tabaco; aventureros que se lanzan en busca del oro, todo esto influye en la civilización y en el desarrollo de la instrucción.

La Pedagogía en el siglo XVI. — Se distingue, sobre

todo, por la novedad de sus doctrinas, más que por su aplicación á la práctica. Rompe con la Escolástica, con la dialéctica, con el silogismo para dar al espíritu más expansión y libertad; sustituye el estudio real al estudio verbalista, hay más entusiasmo, pero menos precisión. Veamos ahora los más genuinos representantes de la Pedagogía en este siglo.

Juan Erasmo.—Este sabio humanista (1467-1536) nació en Rotterdam (Holanda). Se educó con los jeromitas en el convento de Deventer y fué tenido en mucha estima por su erudición y piedad. Llegó hasta ordenarse de sacerdote. No enseñó directamente, pero escribió mucho, desde lo más elemental hasta lo más elevado.

Erasmo fué un hombre de talento universal, de carácter festivo y satírico; sin teorías filosóficas fijas, tan pronto reprende como alaba; se burla de la ciencia de su tiempo y, sobre todo, de los métodos de enseñanza; unas veces emplea un estilo grave, otras se mofa de los frailes con cuentos graciosos. Sus *Coloquios*, libro del cual se vendieron hasta 24.000 ejemplares, es como un prólogo de la Reforma, y con razón dijo un escritor que Erasmo había puesto el huevo y Lutero hizo salir el pollo. Sin embargo, se tuvo siempre por católico y escribió acerbamente contra Lutero.

Respecto á sus doctrinas pedagógicas, es muy razonable. En su obra titulada *Ratione-estudii*, estampa consejos y reglas sobre el arte de estudiar con fruto. Recomienda el estudio llamado real, ó sea el de la historia, geografía, historia natural, agricultura, etc.

Da tanta importancia á los estudios científicos como á los literarios.

Hay que enseñar á los niños divirtiéndolos. La niña debe ser educada como el niño. Aconseja la lactancia materna y censura todos los vicios.

He aquí alguna de sus opiniones:

«De la misma manera que se da al niño en su primera edad alimentos en dosis pequeñas y por intervalos, así también debe darse á su espíritu un alimento en proporción con su debilidad, bien graduado y de una manera

atractiva. Poco á poco se acostumbrará á una instrucción más seria, y se le habrá ahorrado la fatiga y el enojo.

»No es cosa muy fácil educar á los niños. Decir *yo quiero esto,* es una filosofía sumaria muy cómoda, pero de poco efecto».

Respecto de la educación física, dice:

«Se dirá que es poco conforme al espíritu del Cristianismo dar preceptos minuciosos relativamente al cuerpo y á la salud de los niños. No apruebo, lo confieso, una solicitud extremada, pero exijo un cuidado importante, á fin de que estando el cuerpo en buen estado, el alma se halle mejor dispuesta para la educación que le es propia».

Rodolfo Agrícola. — Contemporáneo de Erasmo fué este sabio holandés, que nació en 1443 y murió en 1485. No sólo poseyó el griego y el latín como su propia lengua, sino que fué además teólogo y músico y profesor de Lovaina.

Tiene interés para nosotros por los dos fragmentos de sus cartas que van á continuación, porque retratan lo que era la escuela en aquel tiempo:

»Se me quiere confiar una escuela; mas considero este encargo difícil y enojoso en extremo. Una escuela se asemeja á la prisión, donde no se oyen más que golpes y llantos sin fin. Si hay algo para mí que lleve un nombre contradictorio, es la escuela (1).

»Los griegos le llamaban *schola, recreo,* y los latinos *ludus litterarius, juego literario,* pero no hay nada que diste tanto del recreo y del juego.

»Aristófanes la denominaba *phronti serion, lugar de tormento,* y éste es el nombre que mejor le conviene.

»Si yo me encargase de dirigir una escuela, me faltaría tiempo para estudiar, descansar, meditar y escribir. Los niños absorberían la mayor parte del día, y necesitaría la noche sólo para reparar las fuerzas perdidas en medio de la continua agitación de la escuela. Por lo demás, no dudo que exige gran cuidado la elección de un maes-

(1) PAROZ, *Historia de la Pedagogía.*

tro. La escuela no necesita ni un teólogo, ni un retórico que se imagine poder hablar de todo, aunque sus discípulos no puedan comprender su elocuencia. Necesita un hombre que sepa hablar, instruir y obrar, y si se encuentra con tales condiciones, es preciso solicitarlo á toda costa, porque se trata del porvenir de los hijos, cuya infancia lo mismo se inspira en el bien que en el mal».

Juan Luis Vives fué uno de los hombres más sabios de Europa en el siglo XVI. Nació en Valencia en 1492, y después de estudiar las humanidades en España, marchó á París y Oxford. Fué preceptor de los hijos de Enrique VIII, y su esposa legítima Catalina de Aragón.

Cuando Enrique VIII rompió con la Iglesia, Vives fué desterrado y se dirigió á Brujas, donde se casó.

En Lovaina abrió una escuela para enseñar la Filosofía, y comenzó escribiendo obras notables, todas en latín. La primera que publicó fué el *Triunfo de Cristo*. Tuvo discípulos muy ilustres. Siguió á esta obra otro libro titulado *Observaciones sobre los salmos de David*, obra muy erudita que tuvo importancia; pero estas obras tienen mucho menos valor que la titulada *De Disciplinis*, una de las más importantes, filosófica, crítica y eminentemente pedagógica. En esta obra se lamenta Vives de la corrupción y decadencia de los estudios. Dice que en vez de ceñirse exclusivamente á la filosofía de Aristóteles, debe ceñirse á la investigación propia; en vez de las disputas, á la contemplación callada de la naturaleza, y en lugar de discusiones metafísicas, lo que se necesita es observar y reflexionar sobre los fenómenos afectivos naturales.

Casi un siglo después, Bacón, el gran filósofo inglés sostenía esto mismo: de manera que Vives se adelantó á su tiempo.

La obra de Luis Vives está dividida en doce libros. En los siete primeros estudia las causas de la decadencia de las ciencias, y en los cinco restantes busca el remedio necesario. El libro segundo está consagrado casi por entero á cuestiones pedagógicas. Se propone explicar primeramente qué se debe explicar y cómo.

Mr. Lange, escritor alemán, ha escrito una obra muy notable sobre Luis Vives, de la cual vamos á entresacar lo principal:

«El maestro debe ser amante de las ciencias y persona honrada para que practique la enseñanza con gusto. Sus propósitos deben ser inspirados en un afecto paternal hacia los discípulos, y nunca por el afán de lucro. Por eso debiera darse á los maestros un sueldo del Estado, ni excesivo ni mísero, porque si es excesivo podrá servir de cebo á personas ignorantes y de ideas insanas.

Debe la escuela ser, á modo de pequeño estado, un modelo, una especie de taller para acostumbrarse á la vida ulterior. Así no habrá entre los alumnos deferencia personal de ninguna clase hacia la riqueza ó la posición de los padres respectivos; todos deben amarse cual hermanos, distinguiéndose únicamente por su propio mérito, aunque sin hacer esta distinción asunto de vanagloria. Confiéranse cargos pequeños á los alumnos para que se ejerciten en el cumplimiento de sus deberes para con la totalidad; evítense las ocasiones de discusión, de necio ergotismo: nada quede tan por bajo como la soberbia de la ignorancia y de la vanidad.

»El acicate más vivo para el trabajo y la más poderosa razón para la obediencia á los maestros debe ser la admiración que se tenga á sus dotes de talento y de carácter».

En otro lugar dice:

«Es muy conveniente escribir lo que deseamos conservar en la memoria, pues la atención se fija más tiempo en lo escrito. Luego que han aprendido algo los alumnos, deben recitarlo delante de un compañero de los más adelantados, ó de un auxiliar antes que al profesor, para que no les imponga el temor de éste. Igualmente deben los alumnos más adelantados repetir al principiante la explicación del maestro, poniéndole á su alcance y de modo que sirva á unos de ejercicio, de estímulo á otros, pues los niños entienden mejor á sus iguales en edad que á los maestros.

»De verdadero interés pedagógico son las materias en que debe probarse el talento del joven, señalando princi-

palmente tres grupos: el cálculo, la memoria y el juego. Ya Pitágoras había aplicado la Aritmética para apreciar el grado del entendimiento; el que lo tiene penetrante, calcula con facilidad y seguridad; el que es torpe, lo hace con lentitud.

»Quintiliano presentaba la memoria como símbolo de talento, pero había que distinguir entre la intuición pronta y la conservación fija del conocimiento». — Para la importancia de los juegos, Vives se funda en el refrán español *cargos y juegos aguzan el ingenio*. Quiere que se practique con frecuencia los juegos en que el muchacho se mueva libremente entre sus iguales y desenvuelva las fuerzas á porfía, sobre todo cuando tiene que ordenar y mandar algo, según las leyes del juego.

Vives habla de lo importante que sería que á cada discípulo le fuera señalada la esfera de acción para que le destina la naturaleza. También dice que no se afanen los maestros por aglomerar demasiados alumnos, pues si es cierto que el orador se inflama cuando hay un gran auditorio, no es lo mismo un orador que el maestro. Censura á los padres que ponen á estudiar á sus hijos no teniendo vocación. No quiere que sea el maestro demasiado fuerte en la aplicación de los castigos; debe ser serio pero no duro; benigno pero con dignidad.

También escribió otro libro titulado *Diálogos*, dedicado al que luego fué Felipe II. En este libro se encuentran bellísimas máximas sobre la conducta del joven para con sus padres y maestros.

Otra de sus obras notables es *Instrucción de mujeres cristianas*, obra verdaderamente pedagógica. Exige Vives de la madre que, al modo de Cornelia, considere á sus hijos como el más preciado tesoro que pudiera poseer; debe si es posible amamantarlos por sí misma; cosa, no sólo la más saludable para ella y para el niño, sino que á la vez es fuente de los más puros goces, y arraiga desde temprano y profundamente el amor materno y filial.

Si la madre sabe leer y escribir, debe por sí misma instruir á sus hijas en esta materia, siendo de tal modo ma-

dre, nodriza y maestra juntamente, lo cual aumentará el cariño de sus hijos hacia ella, siendo también más rápidos los progresos en el aprendizaje; las niñas recibirán de su madre la enseñanza en las labores manuales y en las faenas domésticas. Por consideración á sus hijos debe poner todo su empeño en hablar siempre con pureza y exactitud, pues ellos han de asimilarse por imitación cuanto de ella proceda. No referirán á sus hijos fábulas que carezcan de fondo útil, sino pequeñas historias amenas y los apólogos que sirvan para hacer recomendable la virtud y aborrecible el vicio, de suerte que las primeras impresiones del niño sean saludables antes de saber en qué consiste lo bueno y lo malo.

En otro lugar dice: «Prohíbase á las niñas jugar con muñecas que fomentan en ellas la vanidad y afán por engalanarse; son, en cambio, recomendables los juguetes que representan los objetos diversos del menaje doméstico. Razona extensamente la necesidad del trabajo manual para todas las jóvenes, aunque sean hijas de príncipes, y recomienda en especial la habilidad culinaria. Cree que debe emplearse mucho mayor esmero que hasta entonces en la instrucción de las muchachas, y hasta que no se ponga límite alguno á la de aquellas que están en disposición de progresar como los hombres, con la diferencia de que toda la cultura femenina debe encaminarse á fines exclusivamente morales y ceñirse, por tanto, á manejar los autores que cultiven y fomenten las verdades de carácter ético. Además, debe la mujer aprender para sí misma, no como el hombre, para el bien general, pues es impropio del ser débil acometer la tarea de la enseñanza, excepto, en todo caso, la de los propios hijos y de las hermanas menores; en público, y donde haya hombres, toca á la mujer callar».

En fin, otra de sus obras, *Introducción á la sabiduría*, es un rico tesoro de principios generales de educación, de los que no podemos menos de consignar algunos.

Helos aquí:

«Se adquiere una grande sabiduría por medio de estos grandes instrumentos: Genio, Memoria y Estudio.

»Se aumentará el genio con el ejercicio.

»Se vigorizará la memoria con la práctica.

»Aquél y ésta se debilitan con la intemperancia; la salud fortalece á ambos: la pereza y la larga intermisión los enerva, pero con la aplicación se avivan y acuden siempre con prontitud á nuestra voluntad.

»Pon la mayor atención cuando leyeres; no pierdas palabra de lo que te hablaren, ni permitas á tu mente vagar de pensamiento en pensamiento, sino dirige toda tu energía mental á un solo asunto, al único que vas á considerar.

»Si percibieres que tu mente va aflojando, avívala con un suave estímulo, y deja á un lado todo pensamiento que venga á entrometerse en tu presente estudio para otra ocasión más oportuna.

»Ten siempre presente que la falta de atención á lo que leyeres ú oyeres, es un sacrificio de tu tiempo, así como de tu profesión.

»No te avergüences de preguntar sobre aquello que ignorares, sea sobre lo que fuere; ni te sonrojes de que otro te enseñe por más inferior tuyo que sea en empleo, ó en edad, porque los mayores hombres no se han avergonzado de ello: llénate más bien de rubor por tu repugnancia á aprender, ó por tu ignorancia en saber.

»No presumas saber lo que verdaderamente ignoras; más al contrario, pregunta lo que ignoras á aquellos que tú supones lo saben.

»Si quieres parecer instruído, haz todo esfuerzo para instruirte; éste es el camino más corto y seguro; así como el mejor expediente para ser tenido por bueno es el serlo en realidad.

»En fin, cualquier cosa que quieras parecer, esfuérzate á saberlo realmente, porque de otro modo tus esfuerzos serán inútiles y vanos.

»Así como el tiempo empeora lo que es falso, del mismo modo fortalece lo que es verdadero.

»La decepción no dura sino poco tiempo.

»Sigue á tu maestro sin presumir dejarle atrás; cede á su consejo sin oponerte.

»Ámale y considérale como padre tuyo; da crédito entero á todas sus observaciones y considéralas correctas.

»Adondequiera que te hallares escucha atentamente lo que se dijere.

»De los sabios podrás aprender cosas para provecho tuyo.

»Después que has leído ú oído lo que se ha leído, repítelo á tus compañeros, á uno en una lengua y á otro en otra, según el conocimiento que de ellas tuvieres; al mismo tiempo teniendo cuidado de hacer uso, en cuanto puedas, de las mismas expresiones elegantes, adoptando el mismo mado de expresión peculiar al autor; esto no sólo enriquecerá la memoria, mas también adquirirás una gran facilidad en el uso de las palabras.

»Si quieres hablar bien y con afluencia, te ejercitarás en escribir frecuentemente composiciones tuyas sobre algunos asuntos.

»Escribe, vuelve á escribir y haz extractos con frecuencia; no leas nunca sin una pluma en la mano, ni dejes pasar un día sin componer una carta á algún amigo y sobre asunto que le provoque á responder; muestra antes á tu maestro lo que escribieres y aprovéchate de sus observaciones.

»Lee muchas veces con la mayor atención, antes de acostarte, todo aquello que quieras aprender de memoria; llámala en la mañana para que te dé cuenta de todo lo que entregaste á su custodia en la noche anterior.

»Guárdate de la embriaguez, y cuida de la salud de tu cuerpo.

»El vino es veneno mortal para la memoria.

»No dejes pasar un día sin leer, sin oir ó sin escribir alguna cosa que pueda añadir á tu información, mejorar tu juicio y aumentar el amor á la virtud.

»Antes de retirarte á la cama, lee, ó haz que te lean alguna cosa digna de acordarse; por este medio se divertirán los momentos de vigilia, y aun se harán los sueños útiles y agradables.

»El estudio de la sabiduría debe vivir con nuestra vida, y no deberá terminar sino con la muerte.

»No se hallará placer alguno superior al de un vasto conocimiento, y para obtenerse éste no hay cosa mejor que el adelantamiento en la virtud.

»El estudio ensalza á la prosperidad y alivia á la adversidad; él refrena la libre impetuosidad de la juventud, y aligera la carga de la vejez; nos acompaña y aun nos proteje, no sólo cuando estamos en casa, mas cuando estamos ausentes; no sólo en público, mas también en privado, y así en la soledad como en las bulliciosas escenas de la vida».

Francisco Rabelais (1483-1553).—Este sacerdote, tan conocido por su humorismo y su lenguaje desenfadado, es, sin embargo, uno de los reformadores de la educación. Se vale para ello de un libro fantástico, satírico, titulado *Pantagruel y Gargantúa*. La fábula en que Rabelais envuelve su sistema de educación (1) es una novela simbólica.

El argumento pedagógico es como sigue:

«Gargantúa, hijo del gigante Grangollete y de la gigantona Gargabela, mostraba desde niño felices disposiciones para el estudio. Su padre, monarca poderoso, lo confía á dos maestros, en quienes Rabelais personifica la educación huera y sofística de entonces.

»Gargantúa trabaja durante veinte años con todas sus fuerzas, aprende muchos libros y hasta los puede recitar de memoria; pero no adelanta, y el rey gigante nota que su hijo va volviéndose sandio é idiota.

»El rey se queja de tan triste resultado á un amigo suyo, y éste le dice que hay otro medio de educar á la juventud, y presenta al rey un pajecillo, llamado Exudemón, muy listo, y que forma lastimoso contraste con Gargantúa. Entonces el gigante hace llamar al preceptor de Exudemón, á fin de que se encargue de la educación de su hijo.

»El nuevo preceptor de Gargantúa empieza por llevarlo á viajar para ilustrarlo, y le distribuye las horas del día á fin de que su discípulo no desperdicie ninguna.

»Le enseña por medio del juego, le enseña en el mo-

(1) *Los pedagogos del renacimiento*, por D.ª Emilia Pardo Bazán.

mento de comer, le enseña botánica en las flores del campo y en las hierbas, astronomía en los astros, higiene en los alimentos, etc.; siempre bajo forma sensible, intuitiva. Al mismo tiempo endurece su cuerpo, le obliga á saltar, á trepar, á nadar, á disparar la honda y la flecha; esgrima, equitación, gimnástica completa. Le enseña la moral huyendo del fanatismo y de la despreocupación, afición á la lectura y al dibujo, y hasta los juegos de naipes y fichas le sirven para enseñarle geometría y aritmética». Así es la novela del satírico escritor, y su pensamiento moral condensado en este principio: «Ciencia sin conciencia no es más que ruina del alma». La obra de Rabelais influyó mucho en la educación. Rabelais murió siendo párroco de Meudon, donde á la vez dirigió una escuela para niños pobres.

En resumen: la pedagogía de Rabelais, como dice Compayré, «es la primera aparición de lo que se puede llamar *realismo* en la instrucción en frente del formalismo escolástico».

Miguel de Montaigne (1533-1592). — Fué este escritor magistrado y alcalde de Burdeos, y publicó una obra titulada *Ensayos*, en la cual refiere su propia educación y critica la que se daba en su tiempo. En su libro hay algunas ideas atrevidas, otras dignas de censura por su escepticismo, y otras, en fin, son observaciones muy útiles á la enseñanza. No fué un pedagogo en el sentido que damos á esta palabra, sino un escritor filósofo cuyas observaciones sobre la Pedagogía son muy justas y oportunas. Él mismo dice estas palabras:

«Yo me indignaba con frecuencia en mi niñez viendo siempre en las comedias italianas un pedante (maestro) hacer el papel de bufón, y de que el nombre de *maestro* no fuese más considerado entre nosotros, porque habiéndose confiado á estos pedantes mi enseñanza, yo no podía menos de mostrarme celoso por su honra. Procuraba, pues, enaltecerlos haciendo notar la gran diferencia entre su instrucción y la del vulgo; pero perdía mi trabajo, por cuanto los hombres de quienes más debía prometerme en favor de esta clase eran precisamente los que más la des-

preciaban. Con la edad he observado que tenían razón, porque no es el más sabio el que más sabe.

»El mal, sin embargo, no procede de esto, sino de la manera de estudiar las ciencias, porque, dado el modo de instruirnos, no debe causar asombro qne maestros y discípulos sean tan poco expertos. Los cuidados de nuestros padres no tienen otro objeto que amueblar de ciencia nuestra cabeza, dejando vacíos el juicio y el corazón.

»Las abejas, dice en otra parte, vuelan de flor en flor, robándoles parte de los delicados jugos que contienen y que no son la miel misma: ésta la forman después, y es enteramente suya. Así, pues, los discípulos deben de la misma manera recoger ideas y conocimientos de los demás, no para reproducirlos como los reciben, sino para transformarlos y fundirlos en obra propia. Guarde en buen hora lo que recibió prestado, pero revele á la vez lo que él ha hecho por su parte».

Montaigne censura la manía de leer muchos libros, porque á fuerza de amueblar la inteligencia, lo repite otra vez, quedan vacíos el juicio y el corazón.

II

LA REFORMA

SUMARIO: Lutero: sus opiniones pedagógicas. — Influencia de Lutero.— Melanchton. — Trozendorf. — Sturm. — Milton. — Comenio: sus ideas respecto de la enseñanza.

Lutero. — Este tristemente célebre agustino del convento de Erfurt (Alemania), fué tenido por hombre de conocimientos, pero de soberbia desmedida. Todo el mundo sabe las causas de su rompimiento con la Iglesia.

Lutero, antes de su apostasía, había enseñado retórica y teología en la Universidad de Wittenberg y manifestado disposiciones para la enseñanza. Antes de romper en absoluto con la Iglesia solía decir: «Si no fuera sacerdote, quisiera ser maestro de escuela», y en su *carta famosa* á

las ciudades alemanas en 1520, excitó el celo de los señores y de los príncipes para que reformasen la enseñanza superior, para que creasen escuelas para niños y para que formasen bibliotecas.

He aquí algunos párrafos:

«Aunque no hubiera alma, ni infierno, ni cielo, sería preciso tener escuelas para satisfacer nuestras necesidades como habitantes de este mundo, según lo acredita la historia de los Griegos y de los Romanos. Yo me avergüenzo cuando oigo decir á nuestros cristianos: «La instrucción »es buena para los eclesiásticos, pero innecesaria para los »demás». Opinión tan extraña bastaría para justificar cuanto han dicho otros pueblos respecto de los alemanes. ¿Cómo ha de ser indiferente que el príncipe, el señor, el consejero, el funcionario, sean ignorantes ú hombres instruídos, capaces de llenar cristianamente los deberes de su cargo? Demasiado comprendéis que hacen falta escuelas en todas partes para nuestros hijos, á fin de que los hombres lleguen á ser capaces de ejercer su vocación y las mujeres de dirigir su casa y de educar cristianamente á sus hijos. A vosotros os incumbe, señores, acometer esta obra, porque si se deja al cuidado de los padres, pereceremos cien veces antes de que se lleve á efecto. Y no se me objete que faltará tiempo para instruir á los niños, puesto que sobra para enseñarles otras cosas innecesarias. Si yo tuviera hijos, cuidaría de que aprendiesen, no solamente las lenguas y la historia, sino también el canto, la música y las matemáticas. Yo no pretendo que cada niño se haga un sabio, pero considero necesario que todos vayan á la escuela, á lo menos una ó dos horas diarias, y que los de mejores disposiciones se preparen para ser después maestros. Bastante tiempo hemos gemido en la corrupción y en las tinieblas de la ignorancia; bastante tiempo hemos sido «los »estúpidos alemanes», y ya es hora de que comencemos la obra de nuestra regeneración. Es preciso que Dios vea, por el uso que hagamos de nuestra inteligencia, que agradecemos sus beneficios, y que nos hacemos capaces de contribuir al mejoramiento del mundo, llevando á la gran

corriente de la civilización el tributo de nuestras fuerzas y de nuestros conocimientos.

»Antes de concluir, me atrevo á suplicar también á cuantos aman los progresos de los estudios, que promuevan la creación de buenas bibliotecas y la fundación de librerías. Hay muchos libros que convendría arrojar al fuego y otros que no puedo menos de recomendar, y que desearía se propagasen.

»Conviene pensar ante todo en la generación futura. Si abandonamos la juventud, la Iglesia se asemejará á un jardín que se descuida en la primavera. La autoridad de los padres respecto de los hijos procede de Dios, pero esta autoridad no deben usarla caprichosamente ni con cólera».

En otro lugar dice: «Cuando hayas hecho cuanto esté de tu parte para educar bien á los niños, si el éxito no corresponde á tus esfuerzos, no debes afligirte».

Lutero después se hizo violento de carácter, trató al pueblo con desprecio y hasta proscribió las ciencias, y por eso solía decir Erasmo: «Donde reine el luteranismo, decae la literatura y todas las ciencias».

La influencia de este famoso reformador, no sólo dañó á la religión verdadera y sembró la duda en los espíritus, sino que también fué dañosa á las costumbres, al arte y á la literatura. Nunca se vieron costumbres más relajadas en Alemania que en el siglo XVI; los mismos escritores protestantes lo confiesan. A la hermosa liturgia católica que habla á los sentidos y al corazón, sustituyó un culto frío y lánguido, sin belleza, sin gracia, sin amor.

El arte arquitectónico, que cuando se inspiró en el Catolicismo supo levantar las catedrales góticas de Strasburgo, de Colonia, de Reims, ya no es capaz de elevarse; el culto de María, fuente de poesía y de bellezas pictóricas, tampoco inspiró á los artistas, y, en fin, la duda, el libre examen, el capricho, sustituyó á la razón y á la fe. Finalmente, Lutero trató á la filosofía de diabólica y á las ciencias de inútiles y á sus mismos partidarios injurió. Yerran, pues, aquellos escritores que dicen que la Reforma fué causa de los progresos modernos.

Melanchton, amigo y compañero de Lutero y de mucha y mayor capacidad intelectual, tenía un carácter dulce, afable y conciliador. Profesor de griego, de filosofía y teología, elevó el nivel intelectual de la nación, fundó colegios y escribió métodos de gramática que tuvieron gran aceptación, y manuales pequeños de física, de geografía, etcétera. Es más razonable que Lutero y quizá de mayor influencia en lo que á la enseñanza se refiere.

Otro de los auxiliares de Lutero fué el célebre pedagogo Trotzendorf, fundador de un gimnasio en Silesia, muy frecuentado entonces por estudiantes de Austria y Alemania.

Como maestro fué notable, y de él solía decir Melanchton, que había nacido para dirigir colegios, como Escipión el Africano para mandar ejércitos.

Hombre rico, destinó su capital á fundaciones de caridad y murió en la miseria.

Juan Sturm es el más célebre de los pedagogos protestantes. Recibió una educación muy esmerada en su niñez, después frecuentó la escuela de los jeromitas en Lieja y más tarde pasó á Lovaina, donde fué tres años estudiante y dos profesor.

Se trasladó luego á París para estudiar medicina, y allí dió lecciones de griego y latín. Su reputación se extendió por todas partes, y en 1537 se estableció en Strasburgo. Al año siguiente se le encomendó la organización de un gimnasio en aquella ciudad, pero habiéndose afiliado al poco tiempo al culto luterano, se vió en la precisión de abandonar el establecimiento, pasando el resto de su vida en el retiro hasta 1589, en que murió á una edad avanzada.

Milton. — El célebre poeta, autor de *El Paraíso perdido*, en un *Tratado de educación* que escribió, nos manifiesta en qué lamentable estado se encontraba ésta en Inglaterra, confiada á pedantes que enseñaban las letras sin idea alguna liberal, ó en casa, donde sacrificaban la cultura á la moralidad bien ó mal entendida. «Educación completa y generosa llamo yo á aquella que pone á un hombre en disposición de ejercer con justicia, habilidad y mag-

nanimidad los cargos públicos y privados en la paz y en la guerra». Pero en la práctica, Milton pierde de vista este hermoso pensamiento, y no hace más que aconsejar el uso de libros antiguos, de gran mérito si se quiere, pero que no servían para aquel objeto.

Juan Amós-Comenio. — Nació en Moravia, en 1592. Su juventud fué borrascosa, por la guerra y las persecuciones que se suscitaron en su país; á los diez y seis años comenzó el latín, y viajó por Alemania y Holanda.

Volvió luego á su patria y allí fué nombrado Rector de la escuela de Prezau, y lo hicieron á la vez pastor evangélico y luego obispo. Escribió muchos libros elementales para las escuelas. Perseguido nuevamente por el Emperador de Austria, se fué á Polonia, y allí reformó las escuelas y publicó su célebre Gramática en latín, que hizo célebre su nombre, porque su obra se tradujo á casi todos los idiomas. Más adelante fué llamado á Suecia y á Inglaterra para implantar su excelente método para el estudio de los idiomas.

Un escritor francés le ha llamado el *Galileo de la educación*, el verdadero padre del método intuitivo. Su obra *Orbis-pictus* es una verdadera enciclopedia, y en ella desliza sus pensamientos pedagógicos.

Escribió después otra obra pedagógica, la *Didáctica magna*, y en ella fija las bases de la organización de los estudios casi como los tenemos hoy, á saber: primer grado, escuela materna; segundo, escuela primaria; tercero, escuela latina, ó sea instituto, gimnasio, etc., y cuarto, Universidad ó Academia.

En cada familia deberá haber una escuela materna, en cada pueblo una escuela popular, en cada ciudad un gimnasio y en cada provincia ó estado una Universidad.

«La escuela materna y la escuela elemental, dice, serán para los dos sexos, porque la mujer, para dirigir su casa, necesita de tanta instrucción como el hombre. El método de enseñanza debe ser progresivo, como la naturaleza, sin saltos ni lagunas.

»La lengua materna se enseñará por el uso y los ejer-

cicios antes que por las reglas. Además de la lengua materna, la escuela elemental enseñará: la lectura, la escritura, aritmética, geometría, canto, episodios históricos, historia natural, geografía y las nociones sobre artes y oficios.

»La escuela es un taller de la humanidad.

»Es preciso lo primero llamar á los sentidos, luego á la memoria y, por último, al juicio y al raciocinio; al principio el objeto, luego la palabra ó expresión; no se debe hablar jamás de lo que no se comprenda.

»La escuela deberá dividirse en clases, teniendo cada una un libro particular. El saber la virtud y la piedad no están contenidas en la naturaleza humana; es necesario darles vida por el estudio, el ejercicio y la oración».

Comenio es también partidario de la educación física, y así lo manifiestan sus obras; pero en su calidad de pastor y de hombre austero en su conducta, es profundamente religioso. He aquí el concepto que tenía de la educación religiosa: «Conviene, dice, exhortar á los niños desde la edad más temprana para que busquen á Dios, le obedezcan y le amen sobre todas las cosas. Si Dios ha querido que se le haga la ofrenda de las primicias, ¿cómo podremos rehusarle las primicias del pensamiento, de la palabra, de los movimientos y de las acciones? Los niños deben aprender desde luego que la vida eterna y no el mundo temporal es el fin de nuestra existencia; que esta vida no es más que una preparación para la otra, y que no deben sacrificar lo eterno á lo perecedero».

He aquí las máximas favoritas de Comenio:

1.ª Emplear modos suaves. Ningún castigo corporal, ninguna severidad, ninguna coacción. El niño debe educarse de un modo bondadoso y espontáneo.

2.ª No hay que descansar sobre los demás ni confiarse á la mera memoria.

3.ª Ningún trabajo penoso, pero sí tareas fáciles, naturales, agradabes, apropiadas: cuatro horas por día bastan para la tarea escolar.

4.ª El orden de la escuela debe ser una copia del orden de la naturaleza. Hay que seguir en todo la naturaleza.

III

LA IGLESIA Y LA ENSEÑANZA

SUMARIO: San Ignacio de Loyola y la Compañía de Jesús con respecto á la enseñanza. — San Carlos Borromeo. — Jacobo Sadoleto. — San José de Calasanz.

La Iglesia. — Las predicaciones de Lutero y de sus secuaces Calvino y Zuniglio conmovieron profundamente la sociedad. Todo el mundo vió la necesidad de un Concilio, y al fin se reunió en Trento para tranquilizar las conciencias y dictar las leyes necesarias para la reforma de las costumbres. Y como la Providencia de Dios asiste á su Iglesia, según las palabras de su Divino fundador, suscitó una serie de hombres escogidos para combatir el error y reformar las costumbres. Tales fueron entre otros Ignacio de Loyala, Francisco de Paula, Carlos Borromeo, etc.

Los jesuítas. — Ignacio de Loyola (1491–1556), célebre capitán y encargado de la defensa del castillo de Pamplona contra los franceses, cayó gravemente herido. Trasladado á su casa y convaleciente, la lectura de las vidas de los santos lo transformó en otro hombre y decidió trocar la milicia de los hombres por la milicia de Cristo. Fué el instrumento de que se valió la Providencia para martillo de la herejía protestante, y como dice un escritor, si Europa no es protestante, se debe á los jesuítas.

La Compañía de Jesús ha tenido panegiristas y detractores. A nosotros no nos compete juzgarla sino desde el punto de vista pedagógico. San Ignacio, al fundar la sociedad de Jesús, tuvo el pensamiento de fortalecer el poder del Papa y convertir á los herejes, debiendo servir la instrucción como *medio* para llenar este doble objeto. El fin que se propusieron en sus trabajos apostólicos está encerrado en este lema: *Ad majorem Dei gloriam,* á *la mayor gloria de Dios.*

El sistema pedagógico de los jesuítas está contenido en

un libro *Ratio studiorum,* compuesto en 1588 y publicado dos años después por el general de la orden, Claudio Aquaviva. En él se traza el plan que debe seguirse en los diferentes grados de estudios.

El primer colegio de jesuítas fué el de Viena, en 1554. Poco después abrieron otro en París y después en Suiza, Italia, España y Portugal.

No es exacto que los jesuítas se hayan consagrado exclusivamente á la enseñanza superior y con predilección á sólo los hijos de los nobles. El odio no es la verdad, ni la pasión política es la historia. En el Paraguay y en el Brasil fueron ellos solos los que dieron instrucción á los niños salidos de la barbarie. Un historiador de la educación, el profesor Dittes—que no era católico,—ha resumido en una página las ideas pedagógicas de los jesuítas.

«En 1554, dice, abrieron una *escuela* en Viena y un colegio de educación. A los cuatro años agregaron á esto un colegio para los pobres, y en 1560 un *pedagogium* para los hijos de la nobleza, para cuya instalación el príncipe Fernando I destinó una casa. Otras *escuelas* fundaron luego en Colonia, Praga, Ingoldstadt y en Munich.

»Los frutos de la enseñanza dada por los jesuítas encontraron pronto aprobación aun entre los protestantes. Uno de sus panegiristas fué Sturm. En efecto; hicieron adelantar los métodos de enseñanza en los gimnasios; sus cursos estaban diligentemente calculados y perfectos, marchaban de grado en grado, de lo fácil á lo difícil; no embrollaban á los jóvenes con numerosas y distintas asignaturas; insistían sobre lo estudiado; ejercitaban el juicio y sabían hacer la enseñanza espiritual é interesante. Sus casas de educación hicieron nacer el celo en las evangélicas. Sus *principios de educación* y sus instituciones eran en gran parte verdaderos progresos; daban prueba de un gran conocimiento de los hombres y se acercaban á la formación *antropológica* de la Pedagogía completa.

»Tenían regla y medida en el desenvolvimiento de las facultades del espíritu. La disciplina y el cuidado del cuerpo, que eran cosas casi ignoradas por los pedagogos de las

escuelas protestantes, fueron objeto de sus atenciones. Los jesuítas tenían cuidado de la higiene de sus alumnos, les daban un alimento modesto, pero sano, movimiento libre, aire puro, los juegos y los ejercicios del cuerpo.... reconocían, en fin, la importancia de *prevenir* malos hábitos y organizaron á este efecto una *vigilancia* especial que llevaron hasta el espionaje» (1).

El lado desventajoso de su sistema es el haber dado demasiada importancia á los estudios literarios y poca á las ciencias naturales, el desarrollo excesivo de la emulación, que llega á producir la envidia, la vanidad ó el disimulo y el despego que se observa en los colegiales para sus padres.

San Carlos Borromeo (1538-1584). — Este hombre ilustre, sobrino de los Médicis, cardenal y arzobispo de Milán, no sólo fué modelo de caridad durante una horrorosa epidemia que afligió al país, sino que fué también promovedor de la enseñanza.

Introdujo en su palacio una academia semanal de literatura y de moral, titulada «Noches Vaticanas»; despidió á ochenta personas de su servidumbre, no reteniendo junto á sí seglares sino para desempeñar los oficios bajos; renunció á las diversiones que estaban en uso á la sazón y á los vestidos lujosos; indujo al Papa á construir á Santa María de los Angeles y la soberbia Cartuja de Roma; instituyó las Compañías de la Doctrina Cristiana, donde en los días de fiesta se enseñaban, no sólo las verdades de la fe, sino á leer y escribir, estando expresamente prohibido á sus individuos el percibir estipendio ni riquezas temporales por este título; de manera que fué el verdadero fundador de las escuelas dominicales.

Fué también autor del Catecismo del Concilio de Trento.

He aquí algunos de los estatutos escolares de la diócesis de Milán redactados por el mismo:

«1.° En primer término debe exigirse del maestro que sea por su fe y por su conducta *luz* del mundo.

---

(1) DITTES, *Histoire de l'éducation.*

»2.° En segundo lugar debe estar poseído de amor á Dios y á su vocación, porque lo que se hace sin amor no puede agradar á Dios.

»3.° El maestro debe ser un modelo de caridad, regocijándose del bien de su prójimo, tomando parte en sus males y sufrimientos. Recibirá con amor á los niños y á los jóvenes que voluntariamente asisten á la escuela, y se esforzará en atraer á los demás por medio de la dulzura.

»4.° Conforme á la palabra de San Pablo, que quiere que los que enseñan estén revestidos de las dotes necesarias, los que se consagren á la enseñanza deberán saber bien lo que han de enseñar.

»5.° El maestro debe estar armado de paciencia para soportar las penas y fatigas de la escuela, los defectos de los niños, la malicia y la arrogancia de los mayores».

Jacobo Sadoleto, obispo de Carpentras (Italia), escribió un tratado sobre la educación, á fin de que privadamente se cumpliera el defecto de la legislación de entonces, que abandonaba al libre albedrío la disciplina, que era, por tanto, inconstante y descuidada. El verdadero modo de vivir bien, dice, es mantener en equilibrio las pasiones, procurando que estén en armonía con la razón.

Por tanto, el preceptor debe acostumbrar á su discípulo á gobernar ordenadamente su interior hasta que contraiga el hábito de hallar placer en lo justo, y en lo injusto desagrado. Esto se consigue por medio de la religión, único fundamento de la verdadera felicidad y con el ejemplo de los padres.

La parte intelectual se debe cultivar con una sana filosofía, por medio de la cual se acostumbra el discípulo á formar ideas claras y adecuadas á los objetos y á esquivar el prestigio de la ciencia falsa, que es una enfermedad terrible. Una vez enseñado á pensar bien, debe enseñarle á expresar bien, valiéndose de la poesía, de la elocuencia, del buen trato y de las costumbres caballerescas. Ideas atrevidas y originales no tiene esta obra, pero abunda en sencillas verdades de buen sentido.

Por la misma época, en un Concilio celebrado en Cam-

bray en 1565, se dispuso que en todas las parroquias habría maestros para la instrucción de la juventud. «Los curas se informarán cada mes de los progresos de los niños y no omitirán medio alguno para que se les inspire la caridad y el amor de Dios desde la más tierna infancia».

San José de Calasanz. — Nació este sabio sacerdote en Peralta de la Sal (Zaragoza), en 1556. Doctor en ambos Derechos y en Sagrada Teología y lleno de celo por la salvación de las almas, al par que se consagraba á la virtud más austera, comprende en su clara inteligencia que el origen de los males sociales reside en la ignorancia, en el descuido de la educación de la niñez, en la falta de principios religiosos, y quiere remediar este mal por la creación de escuelas para los pobres, sin distinción de razas ni de religión. San José de Calasanz fué pedagogo en la verdadera acepción de esta palabra. Abrió la primera escuela en Roma con muy pocos niños; pero antes de un año había reunido más de mil. Poco tiempo después se asociaron á su empresa algunos sacerdotes. San José de Calasanz les dió una regla de vida que fué aprobada por la Iglesia. A los tres votos generales comunes á todo sacerdote se añade el de consagrarse á la enseñanza gratuitamente. Fué pedagogo ingenioso y práctico, dulce, insinuante, amoroso, dotado de una abnegación extraordinaria, humilde hasta desempeñar las más rudas tareas, apóstol é imitador del Divino Maestro cuando dijo: *Dejad que los niños se acerquen á mí;* superior á su siglo y mal comprendido por aquella sociedad, que cifraba todas sus glorias en las armas, perseguido por sus propios auxiliares; modesto hasta renunciar la púrpura cardenalicia; autor de ingeniosos métodos de enseñanza; luz, en fin, que habría de alumbrar la Europa entera con sus vivísimos resplandores y que mereció al fin de su larga vida ver extendida por todas partes la Escuela Pía, llegando á exclamar: «Aunque cada uno de nosotros se convirtiese en diez profesores, seríamos pocos para atender á tantas fundaciones». Murió á los noventa y dos años.

Su obra es imperecedera. El célebre escritor italiano

Tomaseo hace su elogio mejor que pudiéramos hacerlo. «Su Escuela Pía, dice, es nombre dulce que abraza la fe y la caridad, el entendimiento y el corazón, la palabra y la obra, la compasión y clamor al hombre y á Dios».

He aquí algunas de sus máximas, que revelan su celo profesional y religioso:

«1.° Es menester que seáis padres en medio de vuestros alumnos, y que no trabajéis por una retribución, sino por el Señor, que habéis elegido por vuestra parte. La conciencia de haber hecho algún bien vale más que todos los tesoros del mundo.

»2.° No tenéis que dar cuenta solamente de vosotros mismos, sino de la juventud que se os confía.

»3.° Tal maestro, tales discípulos. Considerad bien vuestra misión, porque la vida temporal y eterna y de la juventud encomendada á vuestro cuidado está en vuestras manos. Ella os bendecirá ú os maldecirá aquí y más allá de la tumba. ¡Desgraciado del que escandaliza y del seductor que abusa de la confianza de la juventud, que emponzoña su alma y la convierte en instrumento del pecado!

»4.° No sólo habéis de trabajar para cultivar vuestra inteligencia, sino para hacer progresos en la vida espiritual. Sin la mortificación del cuerpo no es posible la vida del espíritu. El que quiere servir al Señor, ha de tener dominio sobre sus pasiones».

IV

LOS FILÓSOFOS

SUMARIO: Influencia de la filosofía en la educación. — Bacon. — Descartes Locke.—Condillac.—Sus principales ideas pedagógicas.

Influencia de la filosofía en la educación. — El campo de la filosofía es muy vasto: es, como indica su etimología, la amante del saber; es, según la frase feliz de nuestro insigne Balmes, el arte de ver en todas las cosas todo lo que

hay, y nada más que lo que hay; por tanto, la filosofía ha influído é influye en todas las manifestaciones del espíritu humano. ¿Quién duda de que la filosofía de Aristóteles fué durante la Edad Media la que se explicó en todas las Universidades? ¿Quién podrá negar á Santo Tomás de Aquino el haber fijado los límites de la ciencia y haber sistematizado la teología?

Ya hemos dicho que el Renacimiento influyó de una manera prodigiosa en la marcha de la civilización.

Propagada la imprenta en toda Europa y luego la Reforma, el afán de saber y el deseo de emanciparse los estudios de la tealogía, dieron origen á una filosofía que rompía con la Escolástica y que hacía á la razón soberana y único criterio de verdad.

Los representantes de esta filosofía, llamada racionalista, fueron: en Inglaterra, Francisco Bacon de Verulamio, y luego Locke y Hume, y en Francia, Renato Descartes.

Francisco Bacon, nacido en Londres en 1561, fué hombre de gran ilustración y llegó á ocupar en su país el alto puesto de canciller. Bacon, en sus obras, especialmente en el *Nuevo órgano*, combatió la filosofía de Aristóteles, hizo una clasificación de los conocimientos humanos y dió, más que una nueva doctrina filosófica, un nuevo método basado en los principios que habían proclamado su homónimo Rogerio Bacon, Lulio y Luis Vives.

Luego nos ocuparemos de Locke.

Renato Descartes (1596-1670). — Este sabio filósofo y profundo matemático, discípulo de los jesuítas, después de una brillante carrera militar y de muchos estudios y viajes, se retiró á Holanda para escribir en el silencio del retiro su célebre obra *Discurso del método*, una de las que mayor influencia han tenido en la historia de la civilización y de la Pedagogía.

Los puntos capitales de la doctrina de Descartes son: 1.°, la duda metódica; 2.°, el principio filosófico *yo pienso, luego existo;* 3.°, el poner la esencia del alma en el pensamiento, y 4.°, el constituir la esencia de los cuerpos en la extensión.

La duda de Descartes, como dice Balmes, nació en su espíritu en vista del método sistemático que dominaba en las escuelas: fué un grito de revolución contra un gobierno absoluto. El mismo Descartes dice por qué partió de la *duda;* he aquí sus palabras: «La experiencia enseña que los que hacen profesión de filósofos son frecuentemente menos sabios y razonables que los que no se han aplicado nunca á esos estudios... Como los sentidos nos engañan algunas veces, quise *suponer* que no había nada parecido á lo que ellos nos hacen imaginar; como hay hombres que se engañarían raciocinando aun sobre las materias más sencillas de geometría, juzgando yo que estaba tan sujeto á errar como ellos, deseché como falsas todas las razones que antes había tomado por demostraciones; y considerando, en fin, que aun los mismos pensamientos que tenemos durante la vigilia, pueden venirnos en el sueño, sin que entonces ninguno de ellos sea verdadero, me resolví á *fingir* que todas las cosas que habían entrado en mi espíritu no encerraban más verdad que las ilusiones de los sueños». Por estas palabras se ve que la *duda* de Descartes era una *suposición,* y no una duda verdadera. Pero esta duda no la quiso llevar al terreno religioso, como lo han hecho después algunos filósofos de su escuela; pues concilió con su adhesión al catolicismo el espíritu de examen.

Dejando aparte la apreciación de su sistema filosófico, en el cual se han inspirado otros muchos, no puede negarse que fué un pensador profundo y un sabio eminente, y que su método ha influido notablemente en la Pedagogía. De sus ideas se deduce la necesidad de hacer la enseñanza más práctica y positiva que la que hasta entonces se daba, de reformar los métodos y de no admitir las teorías por el testimonio de la autoridad, sino por el de la razón. En una palabra, en sus doctrinas se truena contra la rutina, contra los procedimientos mecánicos y se quiere hacer el estudio sensible, demostrativo y racional.

Juan Locke (1632-1707).—Escritor y filósofo inglés, estudió la carrera de medicina y fué profesor de griego y de retórica en la Universidad de Oxford. Como filósofo, fué

fundador de la escuela *sensualista,* de la cual fueron continuadores después Hume en Inglaterra, Condillac en Francia y Herbart en Alemania. Locke funda todo su sistema filosófico en la experiencia; en ésta se halla el fundamento de todos nuestros conocimientos. Para probarlo escribió su extensa obra *Ensayo sobre el entendimiento humano.* Pero la obra de Locke no resiste á un análisis serio y meditado, y tiene ya pocos partidarios. De más importancia fué un libro pequeño que escribió en 1693, titulado *Algunos pensamientos sobre la educación,* que se tradujo muy pronto en varios idiomas, incluso en el nuestro.

En este libro se inspiró sin duda Rousseau. El libro de Locke mereció elogios de todos los escritores de su época, incluso del eminente Leibnitz, y en él se encierran ideas pedagógicas de gran importancia, por más que hay también en ellas falta de experiencia personal. A Locke se debe en gran parte el predominio de los ejercicios físicos que aun hoy constituyen parte integrante de la educación inglesa.

«En su obra, dice César Cantú, lejos de querer que la educación consista en sobrecargar la memoria de palabras, quiere que se cultiven las facultades intelectuales y morales, el talento social y la salud para formar hombres que puedan cumplir con lo que exige su destino en ésta y la futura vida; es decir, hombres para la virtud y la felicidad. Con este objeto establece reglas para desarrollar el cuerpo, la inteligencia y la voluntad; pero cree demasiado poderosa la eficacia de la educación, hasta el punto de decir que dependen de ella las costumbres y el talento.

»Quiere que los hijos estén mucho tiempo al lado de sus padres y que no sean tiranizados; pero no teniendo bastante práctica en el trato de los niños, se equivoca con frecuencia en sus consejos; y en oposición á la inconsiderada indulgencia de algunos, aconseja un excesivo rigor, aunque reprueba los golpes, tan comunes entonces, y que no corregirá á aquellos á quienes no bastan las reconvenciones y el deshonor. «Los niños, dice, no deben esperar nunca lo que pueda agradarles, sino sólo lo que les sea

útil». Este precepto con respecto á la única edad en que se puede gozar sin cuidado, sólo puede concebirle el que no es padre».

Conociendo Locke las ventajas y desventajas de la educación tanto pública como privada, se inclina á esta última, movido á ello quizá por el mal estado de las escuelas; pero insiste en que se dé á conocer al niño todo lo que ha de hallar después en el mundo, para que al entrar en él no vacile ni se extravíe.

En la educación intelectual exagera la nota de utilitarismo. Recomienda el trabajo manual y hasta el aprendizaje de un oficio, y quiere que todo se aprenda jugando.

En cuanto á disciplina moral, quiere que el fundamento de la misma sea el honor. Como él estaba muy bien educado y era de corazón muy sensible, cree que esto sólo basta; pero aquí fué víctima de una ilusión. El sentimiento del honor nace después, es el traje del deber, y Kant, como luego veremos, demuestra que este sentimiento del honor es muy difícil hacer nacer en el niño.

El abate Condillac (1715-1780). — Este filósofo observa con minuciosidad, clasifica con método, expone con lucidez; pero su pensamiento es poco profundo. La doctrina de Locke no pareció á Condillac bastante sensualista. La reflexión que el filósofo inglés combinaba con las sensaciones, la miró el ideólogo como inútil complicación del sistema; en su concepto no hay dos orígenes de nuestras ideas, sino uno solo: la sensación. La reflexión, en su principio, no es otra cosa que la sensación misma; y es más bien un canal por donde pasan las ideas que vienen de los sentidos, que el manantial de ellas. Todo cuanto hay en nuestros fenómenos internos no es más que la sensación, ó primitiva ó transformada. La superioridad pertenece al tacto.

Esta doctrina—como dice Balmes—adquirió por breve tiempo aquella popularidad que, por ser adquirida con demasiada prontitud, dejó sospechar la escasez de su fundamento y hace presumir lo endeble de su duración. Hoy nadie se acuerda de Condillac ni de su sistema.

La influencia en la Pedagogía como profesor del nieto de Luis XV tampoco ha sido grande. En su voluminosa obra *Curso de estudios* hay muchas ideas pedagógicas; pero ofrecen poca originalidad.

Quiere que penetre la filosofía en la Pedagogía cuando dice que ésta no será nada si no es una deducción de la psicología; pero luego abusa y quiere que los niños rehagan su instrucción—ni más ni menos que lo que hizo Descartes—camino imposible de seguir. Quiere la enseñanza muy racional—demasiado racional,—llamándoles la atención sobre las facultades humanas, haciendo su análisis y en virtud de él, llegar á enseñarles la lógica y hasta la filosofía de la historia. Combate el estudio de memoria y desea se dé mayor importancia al juicio y á la razón; pero cae en contradicciones cuando rechaza la gramática por difícil hasta los diez años. ¿No es más difícil la psicología?

V

PEDAGOGOS DEL SIGLO DE LUIS XIV

SUMARIO: El siglo de Luis XIV. — Mad. de Maintenon. — Fenelon. — Bossuet. — Fleury. — Lasala. — Sor Ángela de Brescia.

El siglo de Luis XIV. — Se conoce en la historia universal con esta denominación á la brillante época en que Luis XIV, después de sus victorias, edificó los palacios y jardines de Versalles y protegió á todos los sabios y artistas de su tiempo, que por cierto fueron muchos. Nosotros sólo nos ocuparemos de los que han brillado como pedagogos.

Madame de Maintenon. — Esta señora, esposa de Luis XIV *el Grande,* rey de Francia, ocupa un lugar honroso en la historia de la Pedagogía. Haciendo abstracción de su mérito como esposa del *gran rey,* diremos algo de su célebre colegio de Saint-Cyr.

Una pequeña escuela de niñas, fundada por una reli-

giosa ursulina, Mad. de Brinon, y transportada luego á Montmorency, y por último, á Saint-Cyr, próximo á Versalles, en 1684, fueron los principios de este célebre instituto de educación.

El convento de Saint-Cyr tenía una comunidad de 36 religiosas y 24 hermanas sirvientes para educar á 300 señoritas pobres pertenecientes á la nobleza. Luis XIV concedió para sostenimiento del colegio 40.000 escudos de renta.

Las jóvenes eran admitidas desde la edad de siete á doce años y habían de quedar en el colegio hasta los veinte, y al salir se les daba mil escudos de dote.

Madame de Maintenon, auxiliada del obispo de Chartres, hizo los reglamentos de este célebre colegio. Las jóvenes aprendían lectura, escritura, arimética, historia, geografía, música y dibujo y se representaban dramas y comedias. El rey y la corte lo visitaban con frecuencia, y la fundadora todos los días. Este establecimiento sirvió luego de modelo á todos los de su clase.

No siempre permaneció el colegio en estado tan brillante. Madame de Maintenon vió que aquel refinamiento de educación podría acarrear funestas consecuencias para la vida, y restringió poco á poco la enseñanza, y en cambio aumentó las horas de trabajo manual, «porque el trabajo—dice—calma las pasiones, ocupa el espíritu y no le deja pensar mal». No permitía la lectura de autores profanos. Acostumbraba á las jóvenes á barrer, á servir á la mesa, á guisar, á lavar «para hacerlas robustas, sanas é inteligentes». Quería que al salir del colegio estuviesen en aptitud de ser buenas esposas y madres de familia con hábitos de aplicación, de orden y de economía.

Madame de Maintenon tenía verdadera pasión por la enseñanza y—como dice un escritor—fué la primera institutriz laica de Francia. Durante treinta años visitó diariamente el colegio, y á la muerte de Luis XIV se retiró á vivir en él. Fué también escritora, y sus obras, en nueve volúmenes, son la expresión natural y sincera de una inteligencia esclarecida y de un corazón generoso. Todas ellas se refieren á Saint-Cyr.

Hay cartas bellísimas que no podemos extractar por falta de espacio, observaciones juiciosas y pensamientos felices. He aquí algunos:

«El colegio no se ha hecho para la oración, sino para la acción.

»Es preciso hacerse amar de los niños, y el único medio para ello es no mostrarles nunca sus defectos, porque son muy listos para disimularlos.

»Sembrad sin desfallecer jamás; otros recogerán tal vez el fruto; ¿pero qué importa eso si habéis cumplido vuestro deber?

»Para adquirir ascendiente sobre las niñas, mostradles cariño y amistad; consoladlas en las enfermedades y en su tristeza; atendedlas con paciencia. Conducíos de tal suerte, que el temor no impida la libertad de espíritu de las niñas».

He aquí algunas máximas inscritas sobre los cuadernos de escritura de Saint-Cyr por Madame de Maintenon para servir de modelos de copiar (1):

«Escuchad siempre y no habléis nunca.

»Es difícil hablar mucho sin decir necedades.

»Hablar para recrearse honestamente no es inútil.

»Para ser agradable á los otros es preciso olvidarse.

»La manía de hablar viene de la ligereza ó de la vanidad.

»Decid lo menos que podáis de las cosas frívolas ó inútiles.

»Hay más grandeza en retractarse que en sostener una mala causa.

»Esmeraos en dar gusto y no mintáis jamás».

Entre las instrucciones dadas á las maestras hay algunas muy insinuantes:

«Discurrid invenciones de algún interés para hacer agradable el trabajo.

»Alegrad su educación.

»Diversificad la instrucción de vuestras alumnas.

»Dad el ejemplo hasta en las cosas más pequeñas».

---

(1) ROUSSELOT, *Pédagogie historique*.

Murió Madame de Maintenon en 1719.

Jacobo Benigno Bossuet (1627-1704).—Obispo, escritor, pedagogo, orador y filósofo, demostró en todos sus cargos y en todas sus tareas una mezcla admirable de inspiración y razón, de entusiasmo y método. Sus *Oraciones fúnebres* y sus *Sermones* son modelos de elocuencia. Encargado por Luis XIV de la educación del Delfín, escribió para su regio discípulo el *Tratado del conocimiento de Dios y de sí mismo, la Lógica,* y, sobre todo, el *Discurso sobre las historia universal.*

He aquí algunos pensamientos de este ilustre escritor:

«Hemos enseñado al Delfín la historia, y como es la maestra de la vida humana y de la política, lo hemos hecho con una gran exactitud, pero dando mayor importancia á la historia patria.

»No hemos, sin embargo, descendido á un gran número de detalles, y también hemos suprimido aquellos otros que no son más que de mera curiosidad.

»Le hemos hecho notar las costumbres de la nación, buenas y malas, las costumbres antiguas, las leyes fundamentales, los grandes cambios y sus causas, el secreto de los consejos, los sucesos inesperados, las faltas de los reyes y los castigos ó calamidades que se han seguido.

»Para conocer bien al hombre es preciso saber que está compuesto de dos partes: alma y cuerpo. Cuando se dice que el cuerpo es como el instrumento del alma, se dice una verdad, y por tanto, no es extraño que si el cuerpo está mal dispuesto no pueda ejercer bien el alma sus funciones. La mejor mano del mundo, escribirá mal con una pluma mala; si quitáis á un obrero sus herramientas, de nada le servirá su destreza natural ó adquirida. El cuerpo, pues, no es un simple instrumento externo, ni un barco que el alma gobierne á la manera de un piloto. Sería así, si el alma fuese simplemente intelectual; pero como es á la vez sensitiva, es forzoso interesarse de una manera muy particular á lo que le concierne. En una palabra, el alma y el cuerpo forman un todo natural y debe haber entre las partes una perfecta y necesaria comunicación».

En fin, el regio discípulo logró imitar á su maestro, y Bossuet compuso para él sus más importantes obras.

Francisco Salignac de la Mothe Fénelon (1651-1715). — Ilustre pedagogo francés y sabio obispo de Cambray, fué encargado por Luis XIV de la educación de su nieto el Duque de Borgoña, joven de carácter violento y caprichoso.

Fénelon tuvo que sufrir mucho con él, pero en todas las anécdotas que se nos refieren de su vida, manifiesta gran dulzura á la par que firmeza de carácter, de tal manera que con su educación, con sus consejos y con su celo, llegó á cambiar al dicho joven.

Con dicho objeto compuso *El Telémaco,* novela preciosa, de máximas prudentísimas para gobernar y con lenguaje elegante, una de las obras clásicas de la literatura francesa.

Compuso también para el mismo objeto las *Fábulas* y los *Diálogos de los muertos,* con objeto éste último de enseñarle la biografía de los hombres ilustres.

La aparición de *El Telémaco* excitó el odio de Luis XIV, que se creía aludido por el profesor, por lo cual Fénelon se retiró de la corte.

Fénelon pensó también en la educación de la mujer, y en su libro titulado *Educación de las niñas,* verdadero tratado pedagógico, aplica su principios á la educación de ambos sexos. En este libro no se cuida de formar hombres aptos ni mujeres sabias, sino jóvenes de buenas costumbres; se manifiesta siempre lleno de indulgencia, amoroso por carácter, suave é insinuante; desea que los castigos sean suaves, y que se presenten la religión y la virtud por el lado más agradable.

Solía decir con frecuencia, que la mala educación de las niñas es más perniciosa que la de los hombres y que prefería la buena educación de una madre ó una escuela á la del mejor convento.

Reprueba los adornos excesivos y la afeminación de costumbres, porque excitan la vanidad y la soberbia y se apartan de las ocupaciones ordinarias. No reprueba la lectura, ni mucho menos; pero movido tal vez por la pintura

de las *Preciosas Ridículas*, célebre comedia de Molière, quiere que se enseñe á las jóvenes que en su sexo debe haber un pudor con respecto á la ciencia, casi tan delicado como el que inspira horror al vicio.

He aquí algunas de sus opiniones pedagógicas:

«El cerebro de los niños, dice, es como una bujía colocada en un lugar expuesto al viento; su luz vacila siempre; por eso es preciso educar con gran cuidado los sentidos, á fin de que las percepciones sean exactas y enriquecer su memoria con buenos materiales, porque llegará un tiempo en que se juntarán por sí mismos.

»Antes de que los niños sepan enteramente hablar, es preciso prepararlos á la instrucción; no creáis que digo demasiado, porque ese niño hablará pronto su lengua materno con más precisión que un sabio pueda hablar una lengua muerta; de aquí que los que le rodean deben darle ejemplo.

»La curiosidad de los niños es como una inclinación de la naturaleza que va delante de la instrucción: no dejéis de aprovecharos de ella. Por ejemplo: en el campo ven un molino y quieren saber lo que es; pues es necesario que lo vean y enseñarles cómo se prepara el alimento que nutre al hombre. Ven á los segadores recogiendo la mies; es preciso enseñarles lo que hacen, cómo se siembra el trigo y cómo se multiplica en la tierra. En la ciudad ven tiendas donde se ejercitan varias artes ó donde se venden distintas mercaderías. Explicádselo. No os incomodéis jamás de sus preguntas; son aberturas que la naturaleza os ofrece para facilitar la instrucción; demostradles que tenéis en ello placer y de ese modo aprenderán á su edad lo que muchos hombres ignoran».

El abate Fleury (1640-1723). — El célebre abad Claudio Fleury, de París, y auxiliar de Bossuet, es más conocido como historiador que como pedagogo. Entre sus trabajos, merecen citarse la *Historia de la Iglesia*, *el Compendio de la Historia Sagrada*, aprobado por Bossuet, que todavía se usa en nuestras escuelas, y sus *Disertaciones*, donde emite juicios acertados sobre educación. Abunda en las mismas

ideas que Fenelon y escribe también sobre la educación de las niñas. Es partidario de la enseñanza real y del método intuitivo.

He aquí sus palabras:

«Como los primeros objetos que ven los niños son los que hay en la casa y en la escuela, no hay más que seguir su curiosidad natural para enseñarles agradablemente el uso de todas aquellas cosas y hacerles entender las razones que se han tenido en cuenta para inventarlos.

»Los niños no han de vivir ni en el aire ni en los astros, y mucho menos en los espacios imaginarios: han de vivir sobre la tierra, en este bajo mundo, tal como es hoy; por consiguiente, es preciso que conozcan la tierra que habitan, el pan que comen, los animales que le sirven, y sobre todo, los hombres con quienes han de vivir y tratar».

San Juan Baulista Lasalle (1651-1719). — En la misma época en que Luis XIV se divertía en su brillante corte de Versalles, vivía un humilde sacerdote, de un ilustre nacimiento, de una gran fortuna y doctor en teología. Pero por una celestial inspiración abdicó sus títulos, distribuyó su capital entre los pobres, renunció á los triunfos del saber y de las dignidades para hacerse el amigo, el maestro y el padre de los niños.

Lasalle fué, no solamente un santo providencial, sino también el genio de la educación popular.

Lleno de celo é iniciativas, y venciendo todo género de obstáculos, comenzó su obra en el año 1684, ó sea el instituto de HH. de las Escuelas Cristianas, fundación aprobada por el rey y por el papa el año 1724.

Lassalle empezó su obra ofreciendo alojamiento en su propia casa á varios maestros pobres. En Reims fundó una escuela de niños; más adelante impuso á sus discípulos los votos de estabilidad y obediencia; por último, en París, fundó cuatro años más tarde gran número de escuelas, viéndose perseguido, como él mismo dice, por aquellos de quienes esperaba más socorro; pero á pesar de todas las contradicciones prosperó su empresa, y al morir en 1720, el instituto de las Escuelas cristianas se extendió por toda

Francia. Hoy los hay en España, en Bélgica, en América y en otros países.

Lassalle fué el verdadero fundador de las Escuelas Normales. En Reims y en París fundó un seminario de maestros de escuela, y no se contentó con eso, sino que agregó á él una escuela primaria para hacer la práctica.

Lassalle en su obra *Conducta* da reglas para la formación de los buenos maestros; los quiere muy virtuosos y á la vez muy instruídos; quiere que sean serios, formales, justos, activos, humildes, severos sin dureza, etc.

Lassalle es el primero que quiere la enseñanza gratuita y obligatoria y hasta laica en el buen sentido de la palabra, porque los HH. de la doctrina no son sacerdotes.

El instituto de los HH. de las escuelas cristianas, dicen textualmente los estatutos de la Orden, es una sociedad que se obliga á tener escuelas gratuitas. A ello obligan y hasta á pedir limosna para sostenerlas.

También quiere la enseñanza obligatoria; he aquí sus palabras: «Si entre los pobres hay algunos que no quieren aprovecharse de las escuelas, se debe dar parte á los señores curas párrocos; éstos los corregirán de su indiferencia y los amenazarán con privarles de la limosna».

A Lassalle también se debe las escuelas profesionales, porque organizó una de donde salieron excelentes discípulos para las industrias y el comercio y que sabían de todo menos latín.

Lassalle escribió una obra titulada *Conducta de las Escuelas cristianas,* dividida en tres partes: la primera trata de todos los ejercicios de la escuela; la segunda de los medios de establecer y mantener la disciplina, y la tercera trata de los deberes de los maestros y reglas para su educación.

José Goullieux, llamado el hermano *Agatón* (1731-1797). Uno de los sucesores de Lassalle es autor de las *Doce virtudes de un buen maestro,* libro pequeño, pero escrito con admirable sencillez y unción. Trata de explicar á los maestros lo que han de hacer y lo que deben evitar. Las virtudes son: gravedad, silencio, humildad, prudencia, sabidu-

ría, paciencia, circunspección, mansedumbre, celo, vigilancia, piedad y generosidad. Suprimido el instituto por la revolución, el superior fué trasladado á Tours con otros hermanos, donde acabó sus días.

Hoy todavía existen 14.000 hermanos diseminados por toda Europa, sobre todo por Francia, Bélgica, España y Suiza, que educan más de tres millones de niños y publican obras científicas de gran mérito.

Ursulinas. — Sor Angela de Brescin, monja franciscana, á los veintiséis años dijo que Dios le había mandado que formase una nueva asociación, y reuniendo 73 compañeras de las principales casas de la ciudad, las puso bajo la protección de Santa Úrsula; debiendo permanecer en el seno de sus familias, buscar á los desgraciados para socorrerlos, visitar los hospitales y educar á las niñas.

Las fundadoras comprendieron que hacían una revolución y decían: «Es necesario innovar el mundo corrompido por medio de la juventud; las niñas reformarán á sus familias, las familias á las provincias, las provincias al mundo». Esta orden fué muy apreciada y extendida. No tenían austeridades, tomaban pör modelo á Marta la piadosa. En Francia llegó á haber en 1668 hasta 312 establecimientos, y pocos menos en Italia y en América.

VI

JANSENISTAS, PIETISTAS Y HUMANISTAS

SUMARIO: Los jansenistas. — Los llamados solitarios de Port-Royal. — Sus principales profesores.—Carlos Rollin.—Los pietistas y humanistas en Alemania.—Franke.—Ernesto *el Piadoso*.—Rochow.—Planta.

El abate Jansenio, después obispo de Iprés (Holanda), idólatra por las obras de San Agustín, que según él mismo dice, leyó treinta veces, consignó en un libro titulado *Augustinus*, que se publicó diez años después de su muerte, algunas proposiciones sobre la Gracia que fueron con-

denadas por la Iglesia. En esas proposiciones sostiene que los mandamientos son imposibles de cumplir sin el auxilio de la Gracia, y que Jesucristo no redimió á todos con su pasión. Algunos eclesiásticos y otros hombres de ciencia difundieron las ideas de Jansenio y se les llamó jansenistas. El abate San Cirano, uno de sus fundadores, propagó mucho las doctrinas jansenistas y se retiró á Port-Royal, pueblo á seis leguas de París, donde había una comunidad de religiosas, á la que enseñó sus doctrinas. A San Cirano acompañaron otros, los cuales se labraron un retiro y allí se entregaron á las mortificaciones, al estudio y á la enseñanza de la niñez. Al efecto fundaron algunas escuelas, hasta que Luis XIV, aconsejado por los jesuítas, mandó cerrarlas después de quince años y sacar á las monjas á otros monasterios. Poco después la bula del Papa titulada *Unigénitus* dió al traste con aquella secta, y Amsterdam abrió sus puertas á los desterrados, hasta que la muerte y el olvido acabaron con ellos.

Fueron, pues, los jansenistas hombres de mérito, de buena fe y de acrisolada virtud, pero animados de un pesimismo tal, que las obras ascéticas que publicaron ó que inspiraron conducen hasta la desesperación y á la desconfianza de salvarse. Influyeron, sin embargo, en la Pedagogía por las obras que escribieron en los quince años que estuvieron al lado de las escuelas. Entre ellos merecen citarse el primero á San Cirano, que decía que *la educación es en cierto sentido el único necesario;* á Nicole, conocido por sus *Pensamientos* y por su libro de la *Educación de un príncipe,* que contiene reflexiones acomodadas á la educación de los niños; al célebre Arnauld, que escribió la célebre *Lógica* de Port Royal y otros cuarenta y dos volúmenes más, sosteniendo en todos ellos su ortodoxia católica; á Du Sacy, autor de una *Gramática general* que ha servido de texto hasta nuestros días, y, en fin, al profundo Pascal, autor de los *Pensamientos* y de las célebres *Cartas provinciales,* y al insigne profesor Carlos Rollin, aunque este último confesó que no había sido nunca jansenista.

Carlos Rollin. — Este modesto profesor fué gloria de la

Universidad de París. Como discípulo, profesor y rector se hizo estimar constantemente por la reunión de las más raras cualidades. El mismo día que se le dió la dirección de un colegio, renunció á toda relación con el mundo: no salió más de su estudioso asilo.

Dedicado por entero á la educación de sus queridos discípulos, se ocupaba de cada uno de ellos como si hubiera sido uno solo, y gracias á la dirección eminentemente moral que sabía dar á su instrucción, era para ellos el estudio de las letras la escuela de la virtud.

La virtud de este maestro no estuvo al abrigo de la calumnia: una delación injusta le obligó á dimitir. Retirado en un barrio solitario de París, se dedicó á escribir obras tan importantes como el *Tratado de los estudios* y trece volúmenes de *Historia antigua*.

Dados los reducidos límites de este libro, no podemos sino extractar algo de sus opiniones pedagógicas relativas á la disciplina.

«La práctica común, para corregir á los niños, es el castigo y el látigo, recurso único que emplean muchos encargados de la educación de la juventud; pero este remedio es más peligroso que los defectos que se quieren corregir.

»Nada más importante que discernir bien las faltas que merecen ser castigadas y las que deben ser perdonadas.

»Una gran parte del mérito de los maestros consiste en saber imaginar diferentes especies y diferentes grados de castigo para corregir á los niños.

»Cuando el castigo es necesario, hay tiempo y manera de ejecutarlo, porque las enfermedades del alma necesitan ser tratadas á lo menos con la misma destreza y calma que las del cuerpo.

»Como el castigo debe ser raro, no frecuente, es necesario emplear todos los medios para hacerlo útil.

»Mostrad por ejemplo á un niño todo lo que habéis hecho para llegar al castigo, pero que os veis forzado por la necesidad y á pesar vuestro.

»El primer cuidado del maestro es estudiar bien y pro-

fundizar el genio y carácter de los niños, y luego obrar en consecuencia».

Pietistas y humanistas. —Los protestantes no pudieron ponerse jamás de acuerdo entre sí: falta en ellos la unidad de la fe, y de aquí que se hayan multiplicado en varias sectas, como los calvinistas, anglicanos, metodistas, cuáqueros, pietistas, etc.

Los cuáqueros sobre todo, llegaron á adquirir fama de rígidos en Inglaterra, y después en los Estados Unidos. Los pietistas en Alemania y Suiza fueron de entre los protestantes los más austeros de todos. «La fe, decían, debe probarse por las obras imitando á Cristo, y en odio del mundo. El cristiano sincero no debe bailar, ni jugar, ni ir al teatro, ni leer las obras de los gentiles; debe imitar en todo á Cristo». Vivían aislados, y el centro principal era Halle, ciudad de Sajonia. De esta secta nació otra, la de los hermanos Moravos, á la cual perteneció Comenio.

Un pastor pietista llamado Francke (1663) fundó en el Halle una casa de huérfanos, transformada al poco tiempo en escuela, y contiguo á ella un gimnasio ó escuela latina. Partiendo del principio de que «el niño está viciado por naturaleza, aunque menos que el adulto», Francke y sus secuaces no veían en el niño más que un pecador, multiplicaban los ejercicios religiosos y tenían una disciplina muy severa. Los autores clásicos eran reemplazados por lecturas bíblicas. La enseñanza era muy repetida é intensa, y alternaba con los ejercicios manuales. Se multiplicaron las escuelas para niños pobres en toda la comarca, tomando por modelo á la de Halle, y se escribieron compendios elementales para las mismas. Se llevaba á los niños á visitar talleres y laboratorios, y se hacían excursiones botánicas; se enseñaba la higiene, la anatomía y la tornería y carpintería; en una palabra, la enseñanza tenía un carácter realista. Semler, uno de los colaboradores de Francke, mejoró la escuela, y esto dió origen á las llamadas *escuelas reales (realschulen)*, en 1739.

Cuatro años antes, la primera Escuela Normal ó *Seminario de Maestros* se había fundado en Alemania en la

ciudad de Stettin, en 1735. Otros dicen que la primera fué la de Berlín, fundada por Julio Hecker hacia la misma época.

Hacia la misma época, una escuela rival de la pietista, la *humanista*, nació en el Seminario filológico de Gottinga (Hannover), fundada por Matías Gesner. Á lo *bueno* de la escuela de Francke oponía lo *bello* de los clásicos; á la piedad, el *gusto*. Se perdonaban las faltas á los alumnos con tal que imitasen en su lenguaje á Cicerón y á Demóstenes. Sin embargo, los humanistas de Gottinga comprendieron los inconvenientes de su sistema, y de aquí nacieron las escuelas ó seminarios *especiales*.

En los dos sistemas la escuela estaba sujeta al Estado y á la Iglesia reformada.

Estas dos escuelas influyeron mucho en el ánimo de Rousseau.

Un príncipe alemán, según Daguet, Ernesto el *Piadoso*, duque de Sajonia-Gotha, aconsejado por el rector del Gimnasio Mr. Reyer, fué el fundador de la instrucción popular obligatoria y gratuita. Se dió por base lo que se llamó después el *cuadrado* de los estudios primarios, ó sea la lectura, escritura, cálculo y religión (1648). En su testamento recomienda á sus sucesores la creación de escuelas *para formar* buenos maestros. El nombre de Ernesto el *Piadoso* — dice el P. Girard — pasará á la posteridad más remota.

Rochow. — Merece un lugar en la historia de la Pedagogía el barón Everardo Rochow (1734-1805), militar al servicio de Prusia. Fundó una Escuela Normal y agronómica cerca de Brandeburgo en 1773, y su misma esposa abrió otra donde enseñaba á las niñas á leer y á hacer calceta á las pobres aldeanas.

No se limitó á eso Rochow, sino que compuso un libro titulado *El amigo de los niños (Kinderfreund)*, libro de lectura que servía de intermediario entre la Cartilla y la Biblia. Observar, comprender y pensar, como dice Mr. Daguet, de cuya obra traducimos esta noticia, eran para Rochow las tres operaciones fundamentales de la instruc-

ción primaria. Las nociones de efecto y de causa, de medio y objeto, el origen, uso y utilidad de cada cosa, eran analizados y profundizados.

Abusaba de la memoria, pero hay que dispensarle esto en gracia á su caridad y celo, porque no sólo enseñaba á los niños gratuitamente y les vestía, sino hasta socorría á los padres de éstos, convidándolos á presenciar fiestas campestres organizadas por él, donde se hacían hasta juguetes dramáticos. En fin, la escuela de Rochow fué visitada por muchos viajeros, y tuvo que rogar él mismo que no lo hicieran para no distraerle de sus trabajos.

Otro profesor notable de la misma época fué *Martín Planta*, prusiano también, que en 1761 fundó en el cantón de los Grisones una escuela superior, imitación de la de Dessau. La organización de esta escuela era la imagen de una sociedad civil en pequeño, donde los discípulos elegían sus magistrados, que juzgaban los delitos cometidos contra la disciplina. De esta escuela procedió Laharpe, crítico y preceptor de Alejandro I de Rusia. Fué Mr. Planta el precursor de Pestalozzi y de Felleuberg.

VII

REFORMAS PEDAGÓGICAS

SUMARIO: Reformas beneficiosas en la época de Luis XV. — Escuelas de sordomudos y ciegos.— Pereira, el abate l'Epée. — Las escuelas de párvulos.

Reformas beneficiosas en la época de Luis XV. — Una de las principales y de la cual hacen caso omiso los escritores de historia de la Pedagogía, fué la vacunación. Según una estadística, la viruela era una enfermedad casi endémica en Europa y morían todos los años medio millón de personas, ó sea el 80 por 100 de los atacados. Luis XV, rey de Francia, murió de viruelas. Luis XVI fué el primer monarca que se inoculó. La inoculación—se decía en el siglo XVIII—preserva á las personas de esa enfermedad, pero

las mismas Academias de Medicina rechazaban la vacuna. A Jener, médico inglés, estaba reservado popularizar este remedio con sus repetidas observaciones, y la humanidad entera le debe la salud de millares de niños. Hoy la vacuna es obligatoria á todos los niños en Alemania, Italia, España y otros países, y por tanto, es un agente beneficioso de la educación física.

Otra mejora fué la fundación de escuelas de sordomudos y ciegos.

En efecto; Juan B. Pereira, judío portugués, que vivía en París, se consagró á enseñar á algunos niños sordomudos. Sin duda conocía el método de nuestros insignes compatriotas Fray Pedro Ponce y Bonnet, aunque él se adjudicó la gloria del invento. Un sacerdote francés, el abate l'Epée, movido, como él decía, de caridad, quiso crear un lenguaje de signos para comunicarse con el sordomudo, y así lo hizo; lenguaje que perfeccionó su discípulo el abate Sicard. Dirigióse l'Epée á diferentes Estados y recibió felicitaciones entusiastas de Francia, de Rusia y Austria. Se le ofrecían premios y condecoraciones, pero él decía que lo que quería eran sordomudos para instruir.

Tuvo muchos discípulos, como el abate Storck, en Viena; Silvestri, en Roma; Ulrich, en Suiza; Sicard, en Francia, y Alea y Angulo, en España. Éstos fueron directores de las diferentes escuelas que se fundaron; y, sin embargo, nosotros no teníamos ninguna, habiendo salido de España el secreto del arte. La primera que se fundó en España—Madrid,—debida á la Sociedad Económica, fué en 1806.

Valentín Haüy estableció en París y Viena una escuela de ciegos en 1786, y desde dicha época se han multiplicado en todas las naciones.

Otra de las reformas benficiosas que se hicieron en favor de la infancia en el siglo XVIII fué la fundación de las escuelas de párvulos. Cabe esta gloria á Juan Federico Oberlin (1740-1826), nacido cerca de Strasburgo, pastor evangélico y muy celoso por el bien de sus feligreses. Tuvo muchos puntos de semejanza con el célebre pedagogo Comenio, y aunque no fué tan sabio como él, tuvo tanta ab-

negación, tal entusiasmo por la educación y tanto sentido pedagógico, que su nombre irá unido al de los bienhechores de la humanidad. En la aldea de Ban-de-la-Roche fundó su primera escuela de párvulos, que luego propagó por los pueblos circunvecinos. Encontró sus mejores auxiliares en las mujeres, y de ellas se valió para extenderlas y dirigirlas. La primera fué Sara Banzet (1774), que murió muy joven, y la segunda Luisa Scheppler que comprendió perfectamente el pensamiento de Oberlin, y fué durante cincuenta años su más eficaz propagadora. Estas escuelas se llamaron primeramente *escuelas de calceta*, porque en ellas se enseñaba á las niñas á hacer media; pero no se crea que sólo se enseñaba la costura. Eran escuelas mixtas á donde concurrían niños de tres á siete años, y se enseñaba también la religión, la lectura, escritura, dibujo y geografía; también se introdujeron los paseos escolares y el trabajo manual. Tal es el origen de las *Salas de Asilo* en Francia; *Infants schools* en Inglaterra; *Assili infantili* en Italia, y *Escuelas de párvulos* en España. Más adelante se propagaron mucho en Inglaterra por *Wilderspin;* en Francia por la señoras *Cochin* y *Maillet;* en Italia por *Lambruschini* y *Aposti,* y en España por *Montesinos.*

Los Jardines de la Infancia, debidos á Frœbel, de quien luego nos ocuparemos, no se crearon hasta el 1840.

VIII

LA PEDAGOGÍA DEL SIGLO XVIII

SUMARIO: Los enciclopedistas.—Juan J. Rousseau.—Juicio sobre *El Emilio.* — Influencia de Rousseau.

El reinado del afeminado Luis XV se distingue por la disolución de costumbres en la sociedad francesa y por la moda de la incredulidad. Voltaire, Helvecio, Holbach, Mapertuis, Rousseau, Diderot y D'Alembert con sus escritos, son los que prepararon la Revolución. La mayor parte

fueron hombres de talento, pero irreligiosos. Sus escritos, sobre todo, produjeron el efecto que se propusieron.

Diderot tuvo la idea de hacer un inventario de los conocimientos humanos, la *Enciclopedia,* y todos sus secuaces, los filósofos arriba citados, colaboraron en ella; por eso se les suele llamar los *enciclopedistas*. Los artículos relativos á la moral, á la religión, á la filosofía, están en armonía con el materialismo de que hacía gala su director; pero entre esos escritores hay uno que merece que se le consagre un lugar en la historia de la Pedagogía.

Rousseau. — Para juzgar el carácter de este filósofo hay que tener presente su educación y la sociedad en que vivió. Rousseau fué un hombre original, la antítesis personificada entre sus acciones y sus escritos. Detesta á los filósofos y se hace amigo de ellos. Truena contra la inmoralidad y abandona á sus propios hijos; es ardiente republicano y dice «que el pobre no tiene necesidad de educación»; dice «que todo es bello al salir de las manos del Criador», y luego dice: «¡Oh, Providencia! ¿dónde están tus leyes?» Su educación fué incompleta, sin amor, sin ternura; se escandaliza de las costumbres de la corte; en su misma patria es perseguido y tiene que huir á Inglaterra; de carácter misántropo y orgulloso, de ideas radicales y paradógicas, de sensibilidad delicada para las flores y para los pájaros... en fin, es difícil comprender á este hombre singular y digno de lástima.

Rousseau nació en Ginebra (1712-1778). En su juventud ejerció varios oficios y cambió dos veces de religión. De carácter orgulloso y sombrío, y paradógico en muchos de sus pensamientos, entusiasta de la Naturaleza y de la libertad, fué uno de los que con sus escritos, sobre todo, *El Contrato social,* prepararon la Revolución francesa. Si como hombre es poco simpático por su vida y por el cinismo que manifiesta en sus *Confesiones,* por su *Emilio* se hace acreedor á la consideración. No es esto decir que estemos conformes con dicho libro, puesto en el *Indice* y quemado en Francia por mano del verdugo, sino porque es una novela de educación en que á la par de algunos

errores é impiedades, hay, sin embargo, observaciones y juicios de gran valor pedagógico. En él se inspiraron Pestalozzi y Basodow.

En primer lugar, el sistema de Rousseau es absurdo. Quiere rehacer la sociedad y sienta un principio horrible, que la civilización y la sociedad hacen malo al hombre y que sólo se puede corregir volviendo al estado de la naturaleza. Este es el pensamiento dominante en todos sus escritos.

Así entiende el fin de la educación natural; quiere una educación maternal, racional, progresiva, práctica y profesional.

Su obra, dividida en cinco libros, alcanzó por un lado persecuciones hasta en su patria, y por otra popularidad.

Los cuatro primeros están dedicados á la educación de Emilio, y el último trata de la educación de Sofía.

Rousseau designa con esos dos nombres á dos discípulos imaginarios que trata de educar.

En los dos primeros libros se dedica á la educación física, al ejercicio de los sentidos.

Emilio—dice Rousseau—á los doce años no sabrá más que correr y saltar, apreciar los colores, el orden, las distancias; pero será un perfecto ignorante.

Sigue en este sistema las teorías de Locke. Su ideal sería que en estos primeros años, Emilio no supiese distinguir su mano derecha de la izquierda.

Quiere el endurecimiento del cuerpo, que se habitúe al dolor, que sepa sufrir, que vaya descalzo, que ande sin luz de noche, que no se vacune, y, en fin, que no se llame al médico hasta que no esté en peligro de muerte; en una palabra, más quiere asimilarlo á la bestia ó al hombre salvaje que no al civilizado. De manera que entonces sobra el maestro.

Por eso dice luego: lo más importante, lo más útil, no es ganar tiempo en educación, sino perderlo.

Rousseau va hasta proscribir la educación de los hábitos, y dice: «El único hábito que se debe dejar tomar al niño, es el no contraer ninguno».

Rousseau retarda la educación del juicio y del raciocinio, y dice: «Más me gustaría que un niño tuviese cinco pies de altura que juicio á los ocho años».

En el tercer libro trata de la educación intelectual. Emilio ya está formado, y de los doce á los quince años va á desenvolver sus facultades intelectuales. ¿Qué dice Rousseau á este respecto?

El principio de Rousseau es el utilitarismo. El pequeño número de cosas que contribuyen á nuestro bienestar, son las que debe aprender el niño. No se trata de saber; porque los conocimientos que están á su alcance unos son falsos, otros inútiles y otros sirven para alimentar nuestro orgullo; por consiguiente, atenderá lo que es útil. Por eso suprime la historia, las fábulas, los cuentos, la gramática; nada de libros, ni de láminas, ni de esferas, ni de máquinas; comenzad, dice, por enseñarle los objetos mismos, es decir, la intuición llevada hasta la exageración.

Rousseau quiere que hasta los quince años no tenga más que un solo libro, el *Robinsón*, y se comprende, porque es una novela inglesa en que Robinsón en una isla desierta se va educando en medio de la naturaleza, y por eso dice: «Quiero que Emilio sea él mismo un Robinsón».

No le gustan tampoco las explicaciones y los discursos; las cosas, siempre las cosas.

En cuanto á la educación estética, la considera de poca importancia. Emilio aprende á leer y á escribir al mismo tiempo. Con mi método, dice Rousseau, se adelanta poco, pero no se da jamás un paso inútil.

Emilio á los quince años no sabrá nada de Historia, ni de Arte, ni de Literatura, ni de Dios, pero aprenderá un oficio manual que le ponga á cubierto de una revolución que destruyera su fortuna, y sobre todo para que aprenda á desarrollar sus manos y á hacer algo útil.

El cuarto libro del *Emilio* está consagrado al desarrollo del sentimiento religioso y moral. Como de los quince á veinte años está Emilio suficientemente preparado, sólo en ese período de tiempo podrá comprender el sentido real

que encierran las palabras bondad, justicia, abnegación, etcétera.

No quiere que se le hable de Dios hasta esa edad, porque si antes se le habla, no puede tener el niño más que una idea supersticiosa, pues el niño con su imaginación se vuelve idólatra. Según él, solamente en la adolescencia puede el niño adquirir ideas exactas sobre Dios y sobre el alma humana. ¿No es esto una aberración?

Respecto de la educación de Sofía, Rousseau quiere que se eduque en la casa paterna, y con preferencia por su madre. No quiere tampoco grandes conocimientos; sólo quiere la instrucción para el hombre. «Toda la educación de las mujeres, dice, debe ser relativa á los hombres; agradarles, serles útil, hacerse amar y honrar de ellos, aconsejarles, cuidarles, consolarles en sus desgracias, hacerles la vida agradable y dulce; he aquí los deberes de las mujeres en todos los tiempos».

Respecto á la Religión, dice:

«No importa que sepan bien su religión con tal que la amen; acostumbradlas que sientan siempre que están bajo la mirada de Dios».

«*Juicio sobre el Emilio*». — Rousseau es el hombre de las contradicciones. Esto se revela en su vida y en sus escritos, sobre todo en el *Emilio*. Hay en él errores y verdades, malo y bueno, y aun esto, llevado al exceso, resulta malo. Su método de educación conduce á un retardo premeditado, sobre todo en la educación moral y religiosa. Él, que era tan sensible, desprecia el desarrollo de la imaginación. Las facultades humanas se desarrollan antes de lo que él supone: descuida la educación positiva y da demasiada extensión á la negativa.

Por otra parte, no hablar al niño de Dios ni del alma humana hasta los quince años, es ir contra la moral y los preceptos positivos, que obligan desde el uso de la razón. Además, respecto de la educación de la mujer, no la quiere muy instruída, no la considera sino para compañera del hombre, y, por tanto, no se interesa por educarla más que para tal objeto, y aun esto de una manera deficiente. No

ha faltado algún admirador de Rousseau que ha querido educar á su hijo como á Emilio, y el resultado ha sido desastroso.

La obra de Rousseau fué refutada con finura por un sacerdote saboyano, el P. Gerdil, que escribió en 1763 el *Anti-Emilio;* y si bien aprueba algunas de sus ideas, sobre todo cuando habla de la educación patriótica y común, truena contra su manía de prohibir la religión, las fábulas y la historia. En fin, lo bueno que ha producido el libro de Rousseau ha sido — y no es de despreciar — la multitud de obras pedagógicas que ha inspirado.

IX

LA REVOLUCIÓN FRANCESA

SUMARIO : Reformas pedagógicas de la Revolución francesa. — Opiniones de Mirabeau, Tayllerand, Lakanal, etc.

Reformas pedagógicas de la Revolución francesa. — No nos incumbe juzgar la Revolución desde el punto de vista de la Historia, pero no huelga decir algo sobre algunas de las reformas pedagógicas propuestas por Tayllerand, Lakanal y otros, y que no pudieron quedar definitivamente establecidas por los efectos de la misma Revolución.

Hasta entonces los HH. de la Doctrina Cristiana eran los encargados de enseñar, pero en pequeña escala.

Los hombres de la revolución quisieron organizar la enseñanza en todos sus grados, pero no pudieron aplicar estas ideas.

Mirabeau, en sus elocuentes discursos, aboga por la enseñanza. «Sin luces, decía, no hay moral».

«Los que quieren que el aldeano no sepa leer ni escribir, sin duda quieren sacar partido de su ignorancia».

Mirabeau no es partidario de la enseñanza obligatoria, sino de la mayor difusión de las escuelas.

Tayllerand, célebre ex obispo y diplomático, presentó

á la Asamblea un informe en 1791 para mejorar la enseñanza y hacerla gratuita para todos; pero este informe no se discutió.

Tayllerand quería ante todo una educación en armonía con la forma de gobierno. En su programa no estaba la enseñanza religiosa confesional, sino la de la moral universal y el catecismo de los derechos del hombre.

Condorcet en 1794 presentó otro informe más completo. Es partidario de la enseñanza obligatoria. Dice que los pueblos que no son ilustrados caen en la anarquía ó en el despotismo; que la instrucción del pueblo no sólo es instrumento de libertad é igualdad, sino también la fuente de la moralidad. Sin ella, dice, la constitución más liberal y más humanitaria sería más dañosa que útil á las buenas costumbres. «Los vicios nacen de la ociosidad y del querer procurarse sensaciones más que ideas». El problema está en reemplazar la *sensación* por la *idea*. El programa de la escuela primaria era bastante completo.

También es partidario de las escuelas de adultos, de la educación industrial, de las bibliotecas y museos escolares, y de la gratuidad completa de la enseñanza en todos sus grados.

Además de estos proyectos de reforma, hubo otros muchos, como el de Lanthenas, Romme, Lakanal y otros. Este último es el más completo y el que hace la enseñanza obligatoria.

La enseñanza primaria, según él, debía comprender: 1.° La lectura y la escritura. 2.° La declaración de los derechos del hombre y la Constitución. 3.° Nociones sobre la moral republicana. 4.° Lengua materna, oral y escrita. 5.° Aritmética y Geometría. 6.° Nociones sobre los principales fenómenos y productos de la naturaleza, y estudio de los actos heroicos y cantos de triunfo.

Establecía una escuela de cada sexo por cada mil habitantes; tenía ideas muy sensatas sobre los libros de texto y los métodos de la enseñanza; y es, en fin, el verdadero creador de las Escuelas Normales en Francia. En efecto: el año 1794 propuso reunir en París, bajo la dirección de pro-

fesores eminentes, un gran número de jóvenes de todas las provincias para que aprendan la manera de enseñar. Efectivamente: al año siguiente se reunieron en París 1.400 jóvenes maestros; pero como la mayor parte eran poco instruídos y los profesores excesivamente sabios, lo cierto es que á los cuatro meses de abierta la Escuela Normal, el mismo Gobierno la cerró.

Merece citarse con aplauso en el mismo año la creación del sistema métrico de pesas y medidas.

CUARTA PARTE

LA PEDAGOGÍA CONTEMPORÁNEA

I

PESTALOZZI Y BASEDOW

SUMARIO : Pestalozzi. — Juicio sobre Pestalozzi. — Basedow y Wolke y el *Filantropium* de Dessau.

Juan Enrique Pestalozzi. — La influencia del *Emilio* de Rousseau produjo dos hombres ilustres, uno en Suiza, Pestalozzi, y otro en Alemania, Basedow.

Pestalozzi nació en Zurich en 1746, y muy joven todavía quedó huérfano de padre, falta que él mismo la llora, porque al lado de su madre aprendió á ser *excesivamente sensible*. Durante su infancia se mostró de imaginación muy viva, de imprevisión censurable y extremadamente compasivo. Lleno de amor á sus semejantes, estudió para hacerse pastor evangélico; pero habiendo predicado mal su primer sermón, pensó en estudiar derecho; de nuevo comprendió que Dios tampoco le llamaba por ese camino, hasta que al fin dijo: «Me haré agricultor y maestro de escuela».

En efecto; después de un año de aprendizaje con un agrónomo de Berna, Pestalozzi fundó para 50 niños mendigos una casa de campo que transformó en granja-agrícola y le dió por nombre *Neuhof*. Esta granja había de ser á la vez escuela y taller. El cultivo escogido fué el de la

rubia, pero desgraciadamente la cosecha fué escasa; los fondos mal administrados; el personal mal escogido, y Pestalozzi poco previsor y excesivamente bueno. El resultado fué nulo y el mismo Pestalozzi se lamentaba diciendo: «He vivido como un mendigo para enseñar á los mendigos á vivir como hombres».

Hizo luego otra tentativa, transformó la granja en una gran vaquería; pero después de algunos años el resultado fué también estéril.

Verdaderamente causa pena ver aquel hombre lleno de caridad, con aspecto de mendigo, que gasta toda su fortuna y la de su mujer, conseguir tan escasos resultados.

Muchos de sus discípulos, después de pasar el invierno y de estar vestidos y calzados, se escapaban del establecimiento sin darle las gracias.

En 1780 abandonó la granja y se dedicó á escribir, protegido por un célebre historiador de Basilea. Publicó primero una especie de aforismos pedagógicos con el título de *Veladas de un solitario,* en cuyo libro consigna sus principales ideas sobre la educación.

He aquí algunas:

«El aldeano aprende á conocer su buey para utilizar su trabajo; para bien dirigir al hombre hace falta también conocerlo.

»La cultura del hombre tiene sus leyes en su propia naturaleza, en la cual están ocultas también las fuerzas que producen el desarrollo de las facultades, y el medio ó la ocasión de este desarrollo es el ejercicio.

»¡Hogar doméstico, familia, tú eres la escuela de la humanidad!

»Donde falta la fe todo decae, todo se perturba. La incredulidad es el oprobio y la perdición de un pueblo».

Esta obra pasó casi desapercibida y emprendió otra más importante.

No teniendo papel, ni dinero para comprarlo, echó mano de un libro grande de comercio y escribió en las márgenes y en algunas hojas en blanco.

Al cabo de algún tiempo salió á luz el libro, titulado

Leonardo y Gertrudis, impreso en Berlín en cuatro volúmenes; libro que llamó extraordinariamente la atención.

Este libro es un verdadero tratado de educación en forma novelesca, y la Sociedad Económica de Berna premió al autor con 50 escudos y una medalla de oro.

Mientras tanto los soldados de la Revolución francesa invadieron la Suiza, llenando el cantón de Underwalden de sangre y ruinas.

En presencia de tantos desastres y de tantos huérfanos como andaban errantes por el país, Pestalozzi, movido de compasión y de caridad, aceptó con alegría la invitación del Gobierno suizo para que recogiese á los huérfanos. En efecto; reunió en un convento de Stanz á 80 huérfanos, á los cuales sirvió á la vez de maestro, de médico, de padre y de madre, descendiendo á las ocupaciones más ínfimas, á lavarlos y peinarlos, y á hacerlos buenos á fuerza de amor.

Los niños no sabían nada, eran ignorantes y corrompidos y poco á poco fué moralizándolos é instruyéndolos; pero al mismo tiempo era mirado por el pueblo como un hereje peligroso; sin embargo, los capuchinos y otros religiosos le hicieron justicia y protegieron su obra. A los seis meses tuvo que abandonar á Stanz porque las tropas francesas, derrotadas por los austriacos, se apoderaron del convento para hospital de heridos. Entonces Pestalozzi solicitó la plaza de auxiliar de una escuela en la pequeña ciudad de Berthoud, cerca de Berna (1799), y al cabo de ocho meses hizo notabilísimos progresos.

Al año siguiente dirigió ya una escuela asociando á su amigo Krüsi y á algunos otros. El establecimiento prosperó de tal manera, que el ministro de Ciencias de la república puso á su disposición el castillo de Berthond, donde permaneció cuatro años, y luego fué trasladado á Iverdun, auxiliando también pecuniariamente la obra de Pestalozzi.

Esta fué la edad dorada de Pestalozzi. Entonces compuso su obra *El libro de las madres,* ó sea *Cómo Gertrudis enseña á sus hijos,* la piedra angular de la *intuición.* El establecimiento era, no sólo escuela, sino casa de educación y

escuela Normal, y á él afluían discípulos de todas partes y aspirantes al Magisterio para estudiar el método de aquel hombre extraordinario.

En 1803 fué comisionado como diputado á París por el Gobierno helvético y presentó una *Memoria* sobre la educación popular á Napoleón. Éste contestó friamente: «No tengo tiempo de ocuparme del A-B-C». Volvió descorazonado; pero Fitche en Alemania y hasta el emperador de Rusia acogieron con gusto sus ideas.

La escuela de Iverdun fué un semillero de disgustos para Pestalozzi; estallaron rivalidades entre sus profesores, y después de veinticinco años, cuando ya tenía cerca de ochenta, tuvo que abandonarla y sepultarse de nuevo en su amado retiro de Neuhof. Allí escribió el *Canto del Cisne* y *Mis destinos*, que son como el testamento de Pestalozzi.

Poco antes de morir, visitando un día la escuela de Buggen, donde fué recibido con todo respeto y cariño, un niño colocó sobre la frente del anciano una corona de roble; pero Pestalozzi se la quitó y la puso sobre la del niño y dijo enternecido: «No es á mí, sino á la inocencia á quien pertenece esta corona».

Al año siguiente (1827) murió á la edad de ochenta y un años, siendo enterrado en Birr, cerca de su granja. Después de diez y ocho años el Gobierno de Argovia le erigió un sencillo monumento con esta inscripción: «Aquí yace Enrique Pestalozzi, salvador de los pobres en Neuhof, predicador del pueblo en *Leonardo y Gertrudis*, padre de los huérfanos en Stanz, fundador de la nueva escuela popular en Berthoud, educador de la humanidad en Iverdun, hombre, cristiano, ciudadano: todo para los otros, nada para sí. ¡Bendito sea su nombre!».

Juicio sobre Pestalozzi. — Las obras de Pestalozzi abundan en consejos, máximas y pensamientos pedagógicos, y todo su sistema puede reducirse á este principio fundamental: *la intuición es el principio absoluto de todos los conocimientos*. Pestalozzi reduce la intuición sensible á tres puntos principales, á saber: el número, la forma y el nombre; pero esto no es exacto, porque además del número y la

forma, hay otras muchas categorías de la cosa sensible, y el nombre ó la lengua como tal no da ninguna idea sin haberla visto antes.

Los muchos ejercicios mecánicos que practicaba Pestalozzi para enseñar la pronunciación y la lectura; el que repitieran los niños á coro lo que él decía, porque no quería libros, contradice directamente la intuición.

Tampoco tenía una instrucción científica fundamental: leía mal, echaba faltas de ortografía y no conocía las obras de Luis Vives, ni de Comenio, ni de otros pedagogos.

Enseñaba sin plan, no tenía orden, mecanizaba mucho la aritmética y la geometría; pero poseía algo ideal, alguna cosa infinitamente mejor que la ciencia; conocía el espíritu humano y las leyes de su desenvolvimiento; conocía el corazón de la niñez y los medios de vivificarlo y ennoblecerlo.

Pestalozzi no dejó un método completo de enseñanza, pero fué el iniciador de los grandes principios que rigen hoy nuestras escuelas. Su gloria y su mérito no pueden borrarse jamás de la historia.

En la escuela de Pestalozzi, la enseñanza de la lengua se renovaba y aumentaba por el estudio de familias de palabras.

La enseñanza de la aritmética se hacía en un principio por medio de fichas, piedrecitas, rayas y puntos, y se combinaba este estudio con el de la geometría.

Respecto del dibujo, los discípulos no tenían ningún modelo y dibujaban lo que les parecía.

En geografía se empezaba por el pueblo, luego la provincia y después el globo en general.

La historia empezaba con el individuo, la familia y el municipio.

En música enseñaba el compás antes que la escala.

La religión y la moral no se estudiaba, pero era la oración en común, y la Biblia objeto de respeto y veneración.

Los castigos no siempre fueron suaves, porque había niños insolentes y groseros.

Los premios eran desconocidos.

El método de Pestalozzi fué luego popularizado en Francia por Marc Antoine Jullien y en España por don Francisco Merino Ballesteros.

En fin, á Pestalozzi debemos el espíritu pedagógico de toda enseñanza.

Basedow y Wolke.— El Filantropium de Dessau. — El *Emilio* de Rousseau, perseguido en Francia y en Suiza, no fué aplicado en mucho tiempo; pero los alemanes, descartando las exageraciones del autor, vieron que ofrecía, sin embargo, algo útil para la educación; esto hizo Basedow (1723-1790), natural de Hamburgo.

La conducta irregular que llevó en su juventud y sus opiniones radicales hicieron que no fuese bien visto en su país, por lo cual tuvo que marchar á Altona. Entonces escribió su *Libro elemental*, manual enciclopédico para los niños, con láminas en acero, imitación del *Orbis-pictus* de Comenio. Este libro llamó la atención del público y fué como la base para la fundación del *Filantropium* de Dessau, célebre escuela fundada en 1774.

Basedow, lleno de entusiasmo, se consagró á la enseñanza y se asoció á Wolke, tan entusiasta como él.

Empezaron á trabajar juntos con afán, dando gran importancia á los ejercicios físicos, acostumbrándolos al endurecimiento. Con este motivo escribió una obra titulada *Gimnástica de la juventud*. Basedow suprimió todo castigo corporal, dió la mayor libertad á los discípulos, les explicó hasta los misterios de la generación y daba bombones y pasteles á los más aplicados.

En 1776 dirigió una circular á todas partes, especialmente á los que él llamaba filántropos ó amigos de los hombres, y les decía: «Enviadnos alumnos, que aquí serán dichosos; aquí aprenderán de una manera natural y sin violencia el latín, las lenguas modernas, la historia natural y las matemáticas. Nuestra empresa no es católica ni protestante; conviene á todos».

Poco tiempo después se celebraron exámenes que resultaron ridículos, porque los niños hicieron ejercicios gimnásticos que excitaron la risa; Wolke hacía las preguntas

en latín y los niños imitaban los gestos y sonidos de los animales; luego representaron dos dramas, uno en alemán y otro en francés.

La moral se demostró explicando las láminas. En aritmética calcularon con rapidez y exactitud. En idiomas demostraron grandes progresos. Este examen llevó mucha fama, y el mismo Kant recomendó el establecimiento.

Basedow, imitando á los jesuítas, fué muy partidario de la emulación, introdujo el uso de los buenos puntos, billetes de satisfacción, cuadro de honor, libro negro, etc.

Basedow llevó al mayor exceso el utilitarismo, y solía decir: «El inventor de la rueca tiene más valor que el poeta de la *Iliada*». Esta frase es más propia de un nihilista que no de un filántropo, porque el hombre no vive sólo de pan, y las obras del arte son también un tesoro para la civilización.

Al fin se malquistó con sus compañeros por su carácter arbitrario, y tuvo que abandonar el establecimiento de Dessau, y Wolke se encargó de él.

Hombre notable por su cultura y de mayor capacidad que Basedow, llevó su sistema de enseñanza de las lenguas á Rusia, recibiendo del emperador el título de consejero imperial.

Dejando aparte los defectos de aquel filántropo y fijándonos en algunas cosas buenas, la escuela de Dessau ejerció poderosa influencia en Alemania y Austria.

Uno de sus discípulos, Campe, fué autor de muchas obras, y entre ellas de un *Curso completo de enseñanza*, del *Nuevo Robinsón* y de la *Historia de los descubrimientos y conquista de América*, traducida á nuestra lengua por D. Cesáreo Fernández Duro.

II

INFLUENCIA DE PESTALOZZI

SUMARIO: Fellenberg.—El P. Girard; biografía y obras principales.

Entre los imitadores ó continuadores de Pestalozzi, citaremos á Fellenberg y al P. Girard.

Manuel Fellenberg (1771-1846), amigo y admirador de Pestalozzi, realizó con éxito la granja-escuela de su maestro, pero con esta distinción, los pobres y los ricos estaban aparte: la tierra y el cultivo fueron el objeto superior, la educación propiamente dicha un objeto secundario; fué, en fin, un gran organizador de escuelas antes que pedagogo; pero el impulso dado á la agricultura, unida á los trabajos manuales y á la instrucción, han contribuído mucho al bienestar y al progreso intelectual de los pueblos.

El *P. Gregorio Girard* (1765-1850), natural de Friburgo, fué admirador y émulo á la vez de Pestalozzi. Dotado de todas las virtudes, tolerante, simpático á todos, de mucha lectura y de talento organizador y que por alguien ha sido llamado el *Sócrates de Suiza,* consagró su larga vida al estudio y á la educación de la juventud. Ya en sus tiernos años ayudaba á su madre en la educación de sus catorce hermanos. A los diez y seis años tomó el hábito de capuchino en el convento de franciscanos de Lucerna, y de allí partió á Alemania á completar su educación, que terminó en Wurtzburg y recibió los órdenes sagrados.

De 1790 á 1799 se consagró á las tareas eclesiásticas y al estudio de la filosofía. Presentó al Gobierno un *Plan para la educación de Suiza* que llamó la atención. En 1804 la municipalidad de Friburgo encomendó la escuela primaria á los franciscanos, y éstos nombraron á su hermano el P. Girard prefecto de la misma, que aceptó gustoso.

Jefe de una escuela popular que dirigió en su ciudad natal durante diez y nueve años, por el mínimo estipendio de un luis, que consagraba á las excursiones de sus disci-

pulos, organizó de una manera admirable un sistema de enseñanza que tenía algo del mutuo y del simultáneo.

Un escritor distinguido, Naville, dice lo siguiente: «Había formado el P. Girard una escuela, como ninguna otra ciudad del mundo tenía semejante. Los jóvenes eran instruídos, amables, graciosos, su lenguaje correcto, sus costumbres puras».

Uno de los inventores del sistema mutuo, el escocés Bell, vino á Friburgo en 1816 para visitar su escuela y vió 400 niños de siete á diez y seis años instruídos por otros 27, bajo la cordial y vigilante dirección del noble religioso, y exclamó lleno de entusiasmo, parodiando un verso de Shakespeare: «¡Santo monje franciscano, hermano, salud!»

También Pestalozzi fué á ver su escuela y dijo conmovido: «¡Vuestro Girard hace milagros; con la basura hace oro!»

Sin embargo, el P. Girard no se atribuía, con excesiva modestia, ningún mérito, sino decía que aplicaba con entusiasmo lo que otros habían escrito antes que él.

Bajo la influencia de este hombre de genio, todos los cantones de Suiza renacieron á la vida intelectual; todos quisieron tener escuelas semejantes.

La escuela de Friburgo fué tan visitada como la de Iverdun.

Veamos ahora su fundamento pedagógico.

Así como Pestalozzi daba mucha importancia al cálculo, Girard cree que todo el fundamento de la enseñanza debe estar fundado en el lenguaje. En Iverdun las matemáticas ocupaban el primer lugar. En Friburgo todo se fundaba en el curso de lengua graduado y combinado de manera que ponía en juego las facultades todas del niño, y auxiliándose de 43 cuadros que había escrito de lectura y ortografía. «Las palabras para los pensamientos, y los pensamientos para el corazón y la vida».

El P. Girard había visitado detenidamente el instituto de Iverdun, y allí se inspiró en las ideas de aquel célebre maestro, pero adoptando otro criterio.

Después de una vida laboriosa consagrada á la escuela,

el P. Girard fué víctima—como todos los hombres célebres—de la envidia y de la calumnia. Decretóse por el Gobierno la clausura de la escuela y se retiró á Lucerna á enseñar filosofía.

A los sesenta y nueve años comenzó á poner en orden sus ideas sobre el lenguaje, y fruto de su saber y experiencia, dió á luz el *Curso educativo de lengua materna*, obra premiada por el Gobierno francés y que ha sido imitada en Italia por Lambertini, por Michel en Francia y por Benejam en España (1).

En 1860 se le erigió una estatua en una de las plazas de Friburgo.

Uno de sus admiradores y profesor distinguido en Ginebra fué Francisco Naville (1784-1846), pastor evangélico de mucha piedad é instrucción. Su obra titulada *La Educación pública*, lo acreditan de verdadero pedagogo, y en la escuela de Vernier, que dirigió durante muchos años, tomó por modelo á su maestro el P. Girard. La escuela de Vernier fué un establecimiento muy notable. Admitía jóvenes desde los siete á los diez y ocho años, y el programa de enseñanza era muy extenso y variado. La disciplina era verdaderamente paternal; los juegos y ejercicios se practicaban al aire libre, y la religión uno de los primeros deberes. No tanto se dirigía á enseñar como á desarrollar todas las facultades. Tan partidario del sistema mutuo que, según él, de los monitores ó instructores habían de salir los futuros maestros, y por tanto, no hay necesidad de Escuelas Normales.

Un hijo de éste, Ernesto Naville, ha heredado de su padre el entusiasmo por la religión y por la enseñanza, como lo prueban las numerosas obras que ha escrito.

Veamos ahora alguna de las opiniones del P. Girard:

«La enseñanza de la lengua materna no puede hacerse sin reglas, pero hay una manera conveniente de presentarla á la infancia y un método que seguir. Las reglas han

(1) D. Prudencio Solís, profesor de la Escuela Normal de Valencia, tradujo en castellano el tomo I de esta obra en 1877.

sido establecidas por los hechos y á los hechos hay que recurrir en la instrucción, á fin de enseñar á los niños á hacer con conocimiento de causa lo que hasta aquí han hecho por mera imitación, y luego, para habituarlos á la buena expresión, será menester multiplicar los ejemplos y hacérselos analizar para darse cuenta de ellos.

»¿Y cuál será la medida que hay que guardar tratándose de las reglas de la Gramática?

»Desde hace mucho tiempo la ciencia didáctica nos dice: ¡Pocas reglas, muchos ejercicios, y aunque muy á menudo parece que clama en desierto, no cesa, sin embargo, de levantar su voz... Pues bien; debemos ser económicos de reglas, suprimiendo aquellas que no puedan comprender los niños, las que sean inútiles, y aquellas otras que no son indispensables para hablar con propiedad. Pensemos que la multitud de ejemplos repetidos y analizados es el mejor código de lengua, porque con esta gimnástica práctica razonada se aprende mejor las reglas del lenguaje que por cualquier otro método.

»Sin embargo, á pesar de este ejercicio continuo, la enseñanza no es todavía bastante práctica. Lo será cuando los maestros cuiden de que sus discípulos inventen de sus propios recursos y produzcan alguna cosa análoga á la lección que reciben.

»Al principio este invento será un adjetivo, un nombre ó un verbo; más tarde una proposición sencilla ó compuesta, compleja ó incompleja, y después frases de todo género en sintaxis graduada.

»La sintaxis comienza por la combinación más sencilla, por el nombre, el artículo y el adjetivo en concordancia; desde ahí se pasa á la proposición, de la proposición á la frase y de ésta al período; siguiendo esta gradación, se adelanta y se enseña la lengua y la gramática. Los ejercicios de conjugación se consideran como parte integrante, porque el verbo es la palabra maestra. Nuestros discípulos lo conjugan siempre unido con frases ó proposiciones ó complementos, y nunca aislado; así lo piden la razón y la sintaxis. Hacedlo así, que esto gusta mucho á los niños y

les inspira mayor interés. Aumentaréis su placer si decís sólo el verbo y ellos que lo completen. Al hombre le gusta inventar; ¿y no gustará también á los niños?

»La ortografía debe enseñarse en todas las secciones, porque se trata de enseñar á los niños á escribir correctamente. El vocabulario servirá para aprender las palabras que no estén sujetas á las reglas generales ortográficas».

El P. Girard no sólo es una autoridad tratándose de la enseñanza de la Lengua, sino que también brilló por su buen método en los demás ramos de enseñanza, sobre todo en la Geografía. Su *Plano de Friburgo* es una prueba de ello. La enseñanza parte desde la sala de la escuela para pasar luego á la localidad, á la provincia, á la nación y á toda la tierra.

III

PEDAGOGOS ALEMANES

SUMARIO: Manuel Kant, sus opiniones pedagógicas.—Salzmann.—Herbart.—F. Frœbel y los Jardines de niños.

Manuel Kant (1724-1804). — Fué este pensador uno de los mayores filósofos de Alemania. Durante muchos años fué pasante en un colegio, pero su extraordinario talento no podía reducirse á vivir encerrado en una escuela. No quiso viajar, y vivió siempre en Könisberg, desempeñando una cátedra de Filosofía. Meditabundo y dado al estudio, se propuso medir el alcance de la razón humana y se asustó. Fruto de sus estudios fué la *Crítica de la razón pura*. Después rectificó muchas de sus ideas quiméricas, y escribió la *Crítica del juicio* y la *Crítica de la razón práctica*. Su sistema filosófico, aunque no niega á Dios, no es católico. Su obra titulada *Pedagógica*, es la aplicación de la psicología á la educación de los niños. Este filósofo ha influído notablemente en Krausse y Hegel.

Por más que los católicos no opinemos en filosofía como dicho filósofo, en su obra se ve un sentido práctico que

encanta. Traducimos de la edición francesa algunos pensamientos:

«La educación convierte la animalidad en humanidad.

»De entre todas las invenciones humanas, las dos más difíciles son: el arte de educar á los hombres y el de gobernar.

»El hombre no puede ser hombre sino por la educación.

»Uno de los primeros problemas de la educación, es saber cómo se puede conciliar la sumisión á la obediencia con el uso de la libertad. ¿Cómo cultivaré, pues, la libertad en la obediencia? Para eso debo acostumbrar á mi discípulo á soportar un obstáculo á su libertad, y al mismo tiempo enseñarle á hacer buen uso de la suya; y para ello es preciso:

»1.° Dejar al niño desde su más tierna infancia, siempre libre en sus movimientos, excepto cuando se pueda hacer daño, como, por ejemplo: cuando quiera coger un cuchillo ó un carbón encendido; como cuando pone obstáculos á la libertad de otros; como cuando grita de una manera descompasada.

»2.° Hacerle ver que no puede conseguir su objeto sino á condición de dejar hacer á los demás el suyo.

»3.° Probarle que se le impone un deber ó una imposición que debe conducirle al uso de su propia libertad; que se le contradice y se le educa á fin de que pueda ser libre un día y no una carga para los otros.

»Es preciso enseñar á pensar á los niños, á discurrir, á enseñarles aquellos principios de donde proceden todos los demás.

»No desarrollar ninguna facultad aisladamente ó por sí sola, sino siempre en relación con las otras.

»Los niños no deben aprender sino las cosas que convienen á su edad.

»Muchos padres se alegran de ver que sus hijos pronuncian discursos, impropios á su edad; esos niños no valen generalmente nada. Un niño no debe tener más que la sabiduría de niño.

»Es de la mayor importancia enseñar á trabajar á los niños. El hombre es el único animal que tenga necesidad de hacerlo.

»El niño debe, pues, estar habituado al trabajo; y ¿dónde se le dará esa inclinación sino en la escuela?

»La escuela es la cultura del deber. Nada más funesto que habituar al niño á mirarlo todo como un juego; debe tener un tiempo para recrearse y otro para trabajar, y aun cuando no sepa para qué es aquel trabajo ni á qué conduce aquella ocupación, más adelante lo sabrá y sacará gran provecho.

»Se ha dicho que es muy bueno presentar á los niños las cosas de tal manera que las hagan por puro placer; seguramente es bueno en algunos casos, pero muchas cosas deben ser hechas y prescritas como obligación, como deber, lo cual es muy útil para el resto de la vida.

»Aun suponiendo que el niño no comprenda el deber, es preciso que sepa el deber como niño».

Respecto de la geografía, dice:

«Los mapas tienen para los niños algo que atrae, hasta á los más pequeños; aunque les disguste el estudio de la geografía, algo aprenden, sin embargo, con el empleo de los mapas; es una diversión para ellos, y no hay que decir que este estudio pueda extraviar la imaginación, porque el niño se ve en la necesidad de atender á cierta figura».

Tales son las opiniones de este filósofo, eminentemente prácticas, y que revelan el saber y experiencia del autor.

Salzmann (1744-1811). — Dirigió el célebre establecimiento de enseñanza de Schenephental, que todavía subsiste. Fué, como dice un escritor, muy apreciable por sus escritos, sentimientos puros, filantropía que nace del corazón, deseo de generalizar la dicha que proporciona la virtud; tales son los caracteres de sus obras. No parece sino que Salzmann se había nutrido de las hermosas máximas del libro de la *Imitación*. En medio de sus penas y trabajos solía elevar la vista al cielo y decir: «Paz, corazón mío, aun eres tú más grande que los padecimientos».

De aquella escuela salió el célebre profesor Federico Guts-Muts, el propagador de la gimnasia en Europa.

Herbart (1776-1841). — Escritor y pedagogo alemán. Un notable pedagogo contemporáneo resume así el sistema herbartiano:

«Los principios fundamentales de la pedagogía herbartiana pueden formularse del siguiente modo: «El alma es esencial, una, substantiva, real, independiente del espacio y del tiempo. Las facultades del alma no son potencias, sino que proceden de acciones y reacciones de fenómenos anímicos; estos fenómenos producen representaciones (ideas, sentimientos y deseos). La obra del maestro es el arte de desenvolver en el niño sus representaciones, de donde nace la importancia para la educación, en cuanto arte del maestro, de la enseñanza de la naturaleza y del medio social.

»El fin de la educación no es enseñar, ni aun en la misma enseñanza (por eso, siempre dicen enseñanza educativa), sino la formación de un carácter moral firme, vigoroso. A esto no se llega en último término sino por las ideas; de aquí la necesidad de la enseñanza; pero no meramente por aprender, sino por servir la enseñanza para llevarnos á la acción. Esto no quiere decir que haya que enseñar mucho forzadamente, sino mover el ánimo por la curiosidad ó por el interés; hay que despertar, pues, el interés. Suele ser el lema del maestro hacer interesante la lección para que aprendan, y no debe ser tal, sino enseñar para que se interesen y la conserven para saber; tal es la Pedagogía científica; el interés por uno mismo, múltiple para la acción en todas las relaciones de la vida y armónico al mismo tiempo. En cuanto al método, Herbart señala tres momentos: intuición, generalización mediante la abstracción y traducción á la vida en actos».

Esta filosofía, sin embargo, ni es seguida más que por muy pocos, ni se puede tomar más que como una de tantas teorías de los pensadores alemanes. Llegó hasta aplicar el análisis matemático á las funciones del alma. Su Pedagogía, basada en su sistema psicológico, á pesar de lo que

dicen sus admiradores, tampoco ofrece nada de nuevo; sin embargo, en Alemania se preconizó mucho, y ha sido traducida al francés hace poco tiempo.

Federico A. Frœbel. — Nació este insigne maestro en una aldea próxima á Rudolstadt, en 1782. Su padre era pastor evangélico. Quedó huérfano de madre á los cinco años. Después de terminada la primera enseñanza entró á servir de *guardabosque,* y allí se despertó su amor á la Naturaleza. «Los árboles, solía decir, han sido mis primeros maestros». Más tarde frecuentó la Universidad de Jena, y después se hizo arquitecto. En Francfort conoció al pedagogo Gruner, discípulo de Pestalozzi, y le brindó con el cargo de auxiliar de su escuela, que aceptó gustoso, «porque trocaba el arte de edificar casas por el de edificar hombres». Más tarde fué á Iverdun y practicó dos años al lado de Pestalozzi.

En 1812 la guerra franco-alemana le llevó al campo de batalla como voluntario de los famosos cazadores de Lützow; y después de la guerra, en 1815, encontramos á Frœbel como ayudante en el Museo mineralógico de Berlín. Los estudios científicos que hizo en este puesto le afirmaron más en la convicción de que la naturaleza misma nos indica el modo como debemos proceder en la educación, y que ella misma por sus ejemplos nos enseña, que en el desarrollo, tanto físico como moral é intelectual del niño, no debe haber saltos, sino que todo debe seguir su camino natural.

Por la muerte de un hermano suyo, Frœbel tuvo que volver á Turingia. Allí supo interesar á dos de sus antiguos amigos y compañeros de guerra en favor de la educación de los niños, y en 1817 fundó con ellos su primer instituto de educación.

Vino una época feliz para Frœbel: sus colaboradores entusiasmados, su instituto floreciente, todos formando una sola familia en que cada uno cumplió con gusto sus deberes.

En 1826 pudo publicar su obra fundamental: *Educación del hombre,* cuyos tres principios son: Desarrollo *na-*

tural del educando; desarrollo *simultáneo* del cuerpo y del alma, y desarrollo *armónico* de las tres facultades del alma.

El Gobierno le culpó de plantear ideas democráticas y socialistas, y le obligó á cerrar la escuela.

Diez años después, en 1840, fundó en la ciudad de Blankenburgo su primer jardín infantil *(Kindergarten)*, jardín—decía—porque se cultivan cuerpo y alma del niño, como el jardinero cuida las plantas en su jardín.

En esta nueva empresa le ayudó con sus consejos el célebre pedagogo Diesterweg, y luego la baronesa de Marenholtz, por cuya recomendación alcanzó que el duque de Sajonia le cediera el castillo de Marienthal, adonde se trasladó Frœbel para organizar mejor su jardín infantil y fundar una escuela especial para formar institutrices.

Pero aquí experimenta una nueva desgracia. Sus amigos exageraron la institución de Frœbel, y uno de sus sobrinos, Carlos, en un Congreso socialista, tuvo la imprudencia de decir que en los Jardines de la Infancia se hallaría el verdadero principio de la libertad. Como éste opinaban algunos de sus amigos, por lo cual fué tildado Frœbel de irreligioso, y en su consecuencia el Ministro de Instrucción pública de Prusia prohibió, mejor dicho, suprimió, los jardines de niños en todo el reino, como instituciones perjudiciales. Al año siguiente, 1852, murió Frœbel. Su obra vivirá perpetuamente. Poco después se le erigió un monumento con esta inscripción: «Venid á vivir para nuestros niños».

Los Jardines de la Infancia están hoy extendidos por Europa y América y los hay también en el Japón, lo cual prueba su bondad (1).

Veamos ahora el fundamento de este sistema.

Frœbel no plantea un sistema de educación sólo para los párvulos, sino para todas las escuelas en general. Está calcado en las opiniones de Pestalozzi y en el sistema filosófico de Krausse. Es profundamente religioso. Él mismo

(1) Más de 4.000 jardines existen actualmente en Europa, según leemos en el *Bureau of education*.

ha dicho en sus *Aforismos:* «Toda educación que no se apoye en la religión, es estéril, es defectuosa é incompleta».

Frœbel llega á afirmar que sólo un cristiano puede llegar á comprender realmente la Naturaleza y á sentirla de una manera viva.

El jardín de niños está en oposición con la idea de Pestalozzi porque éste quería la educación doméstica hasta los siete años y Frœbel no. En esto es más práctico que su maestro, porque ni las madres saben lo bastante ni tienen tiempo para ello, y porque además quiere aprovechar esos años del niño y sacar el mayor partido posible; es decir, quiere completar y mejorar la educación doméstica.

La escuela, pues, ha de poner al niño desde muy temprano en relación con sus semejantes; debe despertar en ellos el sentimiento de la benevolencia, y además ofrece á la mujer un aprendizaje para su ulterior función educativa; por eso recomienda que á cada jardín de niños vaya unida una escuela Normal de párvulos.

Frœbel contempla en el niño un ser activo. De esa actividad puede sacarse mucho partido. Esa actividad la manifiesta en el movimiento, en el juego; de aquí la necesidad que tiene el niño de jugar y de ejercitarse en algo (los trabajos manuales). Frœbel presenta una serie de medios de educación muy ingeniosos (los dones). La esfera, representada por una bola de diferentes colores; con ella enseña á distinguirlos y á la vez á contar; el cilindro, el cubo entero y luego dividido en prismas, cubos y pirámides; planchitas de triángulos de colores para imitar mosaicos y combinaciones que despierten en el niño la idea del orden, de la belleza y de la simetría; listones ó varillas; papel preparado para hacer entrelazados ó tejidos; transparentes para calcar; pizarras y encerados cuadriculados para hacer dibujos, y, en fin, arcilla para las formaciones plásticas. Con estos trabajos se mezclan narraciones sencillas, cantos fáciles, imitación de operaciones industriales, etc.

Luego el jardín con sus árboles y con sus flores, con sus jaulas de pájaros, con algunas parcelas de tierra para

que los niños siembren y cuiden á sus queridas plantitas, para que se entreguen á esa gimnástica natural y libre. Después explicaciones claras, intuitivas de lo que se les enseña, la lectura combinada con la escritura, el juego y el placer con la instrucción. Todo esto es muy bueno, pero el mismo Frœbel se lamentaba de que las que habían de secundarle no estaban bien preparadas, ó no tenían la suficiente abnegación para desempeñar su cometido.

Los límites de esta obra no nos consienten entrar en mayores detalles, que pueden verse en el *Manual teórico práctico de educación de párvulos*, por D. Pedro A. García.

El defecto de Frœbel es ser muy obscuro en sus pensamientos, poco práctico, demasiado optimista y excesivamente blando para los niños, llevando hasta la exageración el respeto á los niños, á su espontaneidad y libertad, y á través de su filosofía hay cierto panteísmo. Además, el Jardín de la Infancia es caro.

Von Leixner, escritor alemán, en su obra *El Siglo diez y nueve*, dice lo siguiente, aunque creemos que hay exageración:

«El tiempo no ha justificado las esperanzas que se habían formado sobre estos establecimientos tal como funcionan en Alemania, porque se ha visto que si los niños adquieren algunos conocimientos, pierden en cambio su inteligencia independiente. El cerebro infantil se abruma bajo la carga, como sucede á los adolescentes en los gimnasios ó institutos de segunda enseñanza.

»Creyóse que todo se había de aprender en las escuelas, y se aumentaron las disciplinas en todas, y ahora se empieza á conocer el error. Se ha querido llenar á la juventud de saber, y se la ha hecho olvidar el pensar; se ha fomentado una precocidad artificial, y se ha debilitado la inteligencia y la parte física».

IV

PRINCIPALES ESCRITORAS SOBRE EDUCACIÓN

SUMARIO: Principales escritoras sobre Pedagogía. — Mme. Necker. — De Genlis. — Campau. — De Remusat. — Guizot. — Carpentier. — Moléno. — Swetchine. — Fernán Caballero. — Doña Concepción Arenal.

Principales escritoras de Pedagogía. — Si en todos los ramos del saber humano se han distinguido siempre las mujeres por su aplicación y facultades, no podían menos de brillar tratándose de la educación, máxime por ser la madre la primera educadora de sus hijos.

Necesitaríamos un libro entero para consignar lo mucho y bueno que han escrito las mujeres sobre Pedagogía; pero nos tenemos que contentar con citar á algunas de las más notables.

Ya nos hemos ocupado de Mme. de Maintenon y de su célebre colegio de Saint-Cyr. En el siglo de Luis XIV brillaron otras distinguidas damas, como *Mme. de Sevigné*, célebre por sus *Cartas*, y la señorita *Scudery* por sus novelas.

Merecen citarse, entre otras, á *Mme. Necker de Saussure* en Suiza, en Rusia á *Mme. Swetchine*, en Italia á *Cayetana Agnesi* y *Julia Molina*, en Francia á *Mmes. Guizot, Stäel, Campau*, de *Genlis* y *Pape-Carpentier* y en España á *doña Cecilia Bhol* (Fernán Caballero) y á *D.ª Concepción Arenal*.

Mme. Necker de Saussure (1768-1841). — Esta señora, esposa del eminente físico y meteorólogo Saussure, publicó en 1838 una hermosa obra en tres volúmenes, titulada *La educación progresiva*, y fué premiada por la Academia francesa.

En los dos primeros trata de la educación de los niños y en el tercero de la educación de la mujer.

Admite el pecado original, y por tanto, el germen del mal en el alma del niño, y es preciso tratar de extirparlo por medio de la práctica de la religión. Hace un análisis

minucioso de las facultades del niño y revela buen juicio y talento de observación.

Mme. Necker ha sido llamada el Rousseau cristiano. Hizo también el elogio de Mme. Stäel, una de las más ilustradas escritoras de Francia.

He aquí con qué finura de observación se revela en este párrafo, traducido de la obra *La Pédagogie feminine*, de Rousselot:

«Los primeros y principales esfuerzos de la educación intelectual tienden á hacer á los niños más capaces de atención. Al principio la atención es involuntaria; una sola sensación viva puede ocupar el alma entera é impedir las otras sensaciones.

»Así una música agradable, un objeto que choque, suspenden las otras impresiones en los niños pequeños y aun en los hombres. Parece á primera vista que la educación no tiene que hacer nada, tratándose de un ejercicio tan natural como es el de la atención, y, sin embargo, no es así. La educación exige que reine la calma alrededor del recién nacido, á fin de que las impresiones que reciba por los sentidos sean distintas y bien pronunciadas, sin necesidad tampoco de ser demasiado fuertes. Este grado inferior de atención decide del siguiente: donde no hay atención involuntaria, tampoco la hay voluntaria. Si el niño mira vagamente, si escucha con distracción, habrá siempre algo de vacilante, no sólo en su propia existencia, sino también en todas las nociones que pueda formarse, y la confusión de esas percepciones transcenderá á su lenguaje.

»Como las ideas sensibles sirven, por decirlo así, de molde á las ideas morales, hay que esperar muy poco del niño que no ha comenzado por formarse una representación exacta de las cosas.

»Hacer salir cada objeto del cúmulo de objetos que le rodean, debe ser la educación de la primera edad. El universo entero es de una sola pieza para el parvulito y para el animal. Se trata, pues, de ir destacando estas piezas y aislarlo todo por medio de una atención reconcentrada. Las impresiones groseras y fijas son desde entonces las fuen-

tes de interés que dan movimiento y dirección al pensamiento...

»Una falta que se comete muchas veces es exigir los primeros esfuerzos de una atención que no ha sido ejercitada todavía y aplicarla á objetos extraños al gusto del niño. Si no habéis enseñado á examinar nada á vuestro hijo y de repente le preguntáis que distinga la *a* de la *b* y esto no tiene para él el menor interés, ¿cómo queréis que atienda?»

Mme. de Genlis (1746-1830). — Fué profesora de las hijas de la Duquesa de Chartres y de Felipe Igualdad. Su principal obra es *Cartas sobre la educación* ó *Adela y Teodoro*. Tenía verdadera vocación por la enseñanza, es partidaria de la enseñanza enciclopédica y de la mayor difusión posible.

Mme. Campau (1752-1822). — Dirigió el pensionado de señoritas de San Germán en París durante muchos años. Publicó una obra titulada *La Educación*, sigue en ella á Fenelón, es partidaria de la educación doméstica y se recuerda la contestación á la pregunta de Napoleón I cuando le dijo: ¿Qué hace falta para regenerar la sociedad francesa? *Madres*, contestó Mme. Campau.

Mme. de Remussat. — Dama de la emperatriz Josefina, escribió un *Ensayo sobre la educación de las mujeres*, que se publicó en 1824, después de su muerte. En su obra se manifiesta partidaria de una educación seria y extensa.

Mme. Guizot (1773-1827). — Esta ilustre escritora, llamada Paulina de Menlau, y esposa del sabio organizador de la instrucción pública M. Guizot, publicó varios libros; pero el más importante es el titulado *Cartas sobre la educación*, libro superior al *Emilio* de Rousseau. Es más optimista que Rousseau, pero en cuanto á ideas religiosas es poco explícita; admite la religión en la educación, pero sin dogmas, y funda la moral —á semejanza de Kant—en el deber.

En Inglatera merecen citarse:

Miss Edgeworth, autora de la *Educación práctica*, escrita en 1798 y que sigue á Locke, y á *Miss Hamilton*, que

fundó en la asociación de las ideas su sistema de educación. Publicó en 1801 sus *Cartas sobre los principios elementales de educación.*

Las obras de estas dos señoras están traducidas al francés.

Mme. Pape-Carpentier, muerta en 1878, dirigió durante muchos años una Escuela Normal de párvulos ó Sala de Asilo en París. Es una maestra distinguida, muy práctica é inspirada en las ideas de Pestalozzi y Frœbel. Compuso muchas obras pedagógicas, entre ellas las *Lecciones de cosas,* traducida á muchas lenguas, el *Curso práctico de las Salas de Asilo, Curso completo de educación* y *Lecturas y trabajos para los niños y las madres.* Su lenguaje es dulce, insinuante y profundamente pedagógico, y revela entusiasmo y ternura por la infancia.

En Italia se distinguió *Cayetana Agnesi* por sus conocimientos matemáticos y fué profesora en Bolonia; y en nuestros días *Julia Molina,* escritora de ingenio y de talento, que publicó entre otras obras la *Lógica al alcance de las jóvenes* y la *Educación de la mujer.* Llamó tanto la atención por sus escritos, que el municipio de Turín la nombró inspectora de las escuelas, y el Gobierno de Roma hizo otro tanto, y además la consultó para dar informe sobre muchos libros elementales. Falleció en Turín en 1880 y se dedicaron sesiones á su memoria y artículos necrológicos en su alabanza.

Sofía Swetchine nació en Rusia en 1792. Se educó en San Petersburgo y casó con un general. Habiendo enviudado pasó á París, abrazó el catolicismo y fué amiga de Mme. Staël. Escribió mucho, sobre todo, pensamientos y reflexiones morales relativas á la religión y á la educación.

En España *D.ª Cecilia Bhol,* más conocida con el seudónimo de *Fernán Caballero,* publicó gran número de novelas con marcada tendencia moral y religiosa, como *La Gaviota, La familia de Alvareda,* etc., etc., novelas que han contribuído notablemente á despertar el buen gusto y el amor á lo bueno, á lo bello y á lo verdadero.

D.ª Concepción Arenal. — ¿Quién no sabe los magníficos

libros de esta mujer, verdaderamente extraordinaria, cuya estatua adorna una de las plazas de Vigo? ¿Quién no recuerda sus *Estudios penitenciarios, Cartas á un obrero, Los niños* y *La educación del pueblo?* Quien escribe obras tan magistrales como éstas y presenta un magnífico *Informe* sobre la educación de la mujer en el Congreso pedagógico de 1892, es una verdadera pedagoga en toda la extensión de la palabra. Sus obras abundan en pensamientos profundos, en observaciones juiciosas, todo dentro de la más pura moral cristiana.

V

LA PEDAGOGÍA EN EL SIGLO XIX

A) Alemania

Principales pedagogos alemanes de nuestros dias.

Alemania es el país clásico de la Pedagogía. Sin haber producido á Locke, ni á Pestalozzi, ni á Fenelon, ni á Girard, es, sin embargo, la nación en donde más se ha escrito en el siglo último. Una serie de filófosos, desde Kant hasta Nietszche, de maestros distinguidos y de escritores de todo género, han aumentado extraordinariamente la bibliografía pedagógica, y á ello han contribuído católicos y protestantes.

Entre los primeros tenemos á Sailer, Overberg, Graser y Juan B. Hergenroether.

Sailer (1751-1832), obispo de Regensburg, escribió una obra titulada *Sobre la educación para los maestros*, obra de valor extraordinario y de la cual se han hecho muchas ediciones en Alemania.

Overberg (1754-1826), director de la Escuela Normal de Westfalia, escribió una obra pedagógica muy leída, cuyo título es *Método para una instrucción popular conveniente.*

Hergenroether, director de la Escuela Normal y sacerdote, escribió *Doctrina de la educación en el espíritu del*

Cristianismo, obra recomendada por el célebre Diesterweg.

Milde, arzobispo de Viena (1853), escribió en dos volúmenes una obra titulada *Libro de la pedagogía universal.*

Entre los protestantes merecen citarse á *Frœbel,* de quien ya nos hemos ocupado; á Dinter, autor de gran número de obras pedagógicas; á Stephani, autor de muchos métodos de lectura y de varios Manuales de educación y de metodología, y á Diesterweg. Éste fué uno de los profesores más instruidos y entusiastas de Alemania.

Adolfo Diesterweg (1790-1866).— Fué muchos años director de la Escuela Normal de Berlín, y dirigió el *Anuario de los maestros* (16 volúmenes). Publicó también varias obras de matemáticas, de cosmografía y las *Hojas rhenanas,* publicación pedagógica muy notable, que extendió entre los maestros el gusto por los estudios de Pedagogía; pero la reacción política ocurrida en Prusia en 1847 le quitó la cátedra. Sus principales obras han sido traducidas al francés por la Casa Hachette, de París.

Diesterweg se inspiró en las ideas de Pestalozzi y del P. Girard. Para él *instruir* es *excitar,* y *educar desenvolver.* El método, dice, debe ser acromático ú oral en la enseñanza de la historia y de todas aquellas materias que han de enseñarse de fuera á dentro; pero para las otras ramas se empleará el método catequístico y socrático. Hay que evitar dos extremos viciosos, el sobrecargo intelectual y el matar la iniciativa ó libertad del niño. El maestro deberá poseer la materia que enseña, de modo que se pueda pasar sin libro; el mejor maestro es el que habla lo menos posible; nada de largos discursos; alabar ó censurar en términos breves y precisos.

Las reglas de disciplina escolar se asemejan á las de Lasalle; he aquí algunas:

«Los discípulos deben prepararse *en silencio* á la lección.

»La enseñanza deberá comenzar á la hora en punto.

»El profesor no paseará, sino que estará en su puesto siguiendo con la mirada á cada uno, preguntando y excitando á los niños, y designará con el dedo al que haya de contestar.

»El niño deberá contestar de pie si está sentado, y en alta voz. No permitirá ni la balbucencia ni las medias respuestas, y mucho menos una recitación mecánica, que es la peste de las escuelas.

»El ojo del discípulo deberá seguir al maestro como los planetas siguen al sol.

»Los niños deben llevar un vestido conveniente, los pies tranquilos, las manos sobre la mesa ó sobre el banco.

»Al salir de la escuela lo harán en silencio, y saludarán al maestro con una ligera inclinación de cabeza».

Tales son las principales prescripciones *casi militares*, sobre disciplina.

Niemeyer y *Schwartz* son dos pedagogos profundos é inspirados en las ideas de Kant. De este último tenemos una traducción española de J. Khun.

Juan P. Federico Richter, autor de varias obras, filósofo humorista y escritor de unos *Pensamientos* sobre educación.

Lo que más distingue á Alemania de los demás países es el crecido número de Escuelas Normales, su antigüedad y su programa. Son verdaderos seminarios pedagógicos. El número de escuelas públicas es también muy crecido y su programa muy extenso.

B) Francia.

Guizot.— Jacotot.— Dupanloup y otros.

Casi todos los planes propuestos por la Convención quedaron sin plantearse por las guerras de Napoleón. En 1812 el profesor *Marc Antoine Jullien* dió á conocer el *Método de Pestalozzi*. En 1833, el célebre escritor M. Guizot dió una *Ley de Instrucción pública* muy notable (el Moyano francés). El número de Escuelas Normales se elevó en tiempo de Luis Felipe á 77. Otro escritor de Pedagogía fué el *Barón de Gerando*, autor del *Manual general de Instrucción pública*, revista pedagógica la más antigua y práctica de las francesas para popularizar los buenos métodos y

procedimientos. *Victor Cousin,* filósofo ecléctico y autor del *Ensayo completo de Instrucción primaria* (tres volúmenes). Pero hay un pedagogo original muy notable, Jacotot.

Jacotot (1791-1840). — Nadie puede desconocer el mérito de este ilustrado profesor, que á la edad de diez y nueve años fué nombrado catedrático.

Capitán de artillería más tarde y director de la escuela militar de Bélgica, se dió á conocer entonces por sus obras didácticas, siendo la principal *Sistema universal de enseñanza, lengua materna.* Esta obra llamó mucho la atención por lo atrevido de sus pensamientos y por los felices resultados que obtuvo.

Jacotot sentó estos tres principios: «Todos los hombres son iguales. Todo el mundo puede instruirse por sí mismo y enseñar á los demás aun aquello que ignora. Todo está en todo». Estos principios, casi paradógicos, tienen, sin embargo, cierta importancia. El mismo Jacotot los explica diciendo: «Que la desigualdad de las inteligencias nace de la mayor ó menor voluntad para querer atender».

En efecto; este esfuerzo propio, esta fuerza de voluntad caracteriza á la raza inglesa, y por eso se citan nombres de algunos personajes ilustres que todo lo han debido á su voluntad.

Jacotot no quiere maestro que explique: dice que el mejor maestro es el que no explica nada; que trabaje el discípulo, que obre por sí mismo; guiadle, sí, pero que aprenda él.

En cierta manera imita á Sócrates, pero para ello es menester mucha ciencia y mucho trabajo.

Para la enseñanza de la lectura del francés hacía repetir de memoria la primera frase del *Telémaco:* «Calipso no podía consolarse de la partida de Ulises», y así sucesivamente. Esto lo hacía aprender de memoria, haciendo que se fijasen en los sonidos iguales, y de este modo enseñaba las letras, las sílabas y las palabras, y á escribirlas á la vez. Estos ejercicios se repetían mucho, ya de viva voz, ya por escrito. Obtuvo buenos resultados. Jacotot enseñó el ruso

y el holandés sin saberlos, siguiendo el mismo procedimiento, pues como él decía: «el que puede leer una página puede leer dos; todo está en todo».

Para eso se servía de una traducción puesta enfrente del texto y con líneas ó números hacia la traducción interlineal, hasta que llegaba con paciencia á enseñar toda la lengua. El método de Jacotot llevó fama de tal manera, que se abrieron muchos establecimientos para aplicarlo y fueron muy visitados por los extranjeros.

En medio de los defectos de este método, sin embargo, se encuentra una notable ventaja, especialmente en la enseñanza de los idiomas, y son muchas las obras y métodos de lectura en Europa y América que ha inspirado.

Otro escritor pedagogo y muy notable fué el célebre obispo de Orleans, Mons. *Dupanloup* (1802-1879), periodista católico y autor de gran número de obras, como *L'Œuvre, L'Éducation* (3 volúmenes) y *Mujeres sabias y estudiosas*. He aquí algunas de sus opiniones:

«Para enseñar poco, es preciso, sin embargo, saber mucho; pero saber mucho aquel poco. Es hacerme un mediano elogio de un maestro el que me digan *sabe mucho;* y yo digo: ¿pero sabe bien lo que debe saber? ¿Sabe bien enseñar lo que sabe?

»Un verdadero medio de educación, el justo aguijón del honor, es el elogio.

»Si el sentimiento del honor, el amor de las cosas buenas y grandes, la emulación por el bien y la virtud, y la estima de los hombres honrados, son los que hacen latir más noblemente el corazón del hombre, el elogio debe ser su consecuencia natural; entonces es justo, es permitido, es recompensa, afirma la conciencia, fortifica la voluntad.

»Discernir bien el elogio es despertar el valor, la confianza, es en fin, un punto de appyo que es imposible descuidar en la educación.

»La educación es un derecho y un deber de los padres, y la educación de los hijos es el fin más importante del matrimonio.

»Yo resumo las cualidades del maestro en esta grada-

ción: virtud, firmeza, saber, entendimiento y vocación».

Respecto de la educación de la mujer, se expresa de este modo:

«No tan sólo tiene derecho la mujer á la cultura intelectual, sino que es un deber á la vez; he aquí lo que le hace inalienable. Si no fueran más que derechos, podrían sacrificarlos; pero siendo deberes, el sacrificio no es posible, ó sería su ruina.

»Ahora bien: si admitimos que se debe favorecer el desarrollo intelectual de la mujer, desde el punto de vista de la utilidad de la familia, se debe aceptar un desarrollo completo, sin que se le pongan límites arbitrarios. Hay entendimientos que no pueden engrandecerse, quedando inactivos ó coartados, y que necesitan expansión para ser fuertes, como dice San Agustín.

»Este es el punto de partida de donde se deriva cuanto he de decir; lo declaro sin titubear.

»Si constituye en la mujer un deber el estudio y la instrucción, el trabajo intelectual debe ocupar un lugar reservado entre las ocupaciones que le son indispensables y entre sus obligaciones más importantes.

»Las primordiales obligaciones de estos deberes son graves, de origen divino, y, por tanto, absolutamente irrecusables; helas aquí:

»Dios no da inútiles dones; en todas sus obras hay una razón, hay un fin; si la compañera del hombre es una criatura razonable; si, como el hombre, ha sido creada á imagen y semejanza de Dios; si ha recibido como él del Criador la sublime inteligencia, es para utilizarla.

»Una mujer que se eleva desde el sentimiento de lo bello hasta el conocimiento de las artes y las ciencias, no pierde ninguna de las buenas cualidades de la mujer sencilla. Estemos seguros, por otra parte, de que estos dones armonizarán con los deberes que la imponga el destino providencial de la que los recibió».

Otro escritor distinguido es Víctor Duruy, á quien deben mucho la enseñanza primaria, la Universidad y la literatura.

Julio Simón, autor del célebre libro titulado *L'École,* del cual se hizo una traducción española en Valencia. Su estilo es conciso, su palabra convincente. «El pueblo — dice — que tiene las mejores escuelas es el primer pueblo del mundo: si no lo es hoy, lo será mañana». Cuando el Ministro de Instrucción pública Julio Ferry hizo laica la escuela, su voz se dejó sentir en las Cámaras protestando de su política. Luego publicó su célebre libro *Dios, patria, libertad.*

Por fin, Mr. Marion explicó en la Sorbona varios cursos de Pedagogía, y enriqueció la ciencia pedagógica con el bello libro *La Psicología aplicada á la Educación.* Monsieur Buisson escribió el *Diccionario general de Pedagogía,* y el P. Didon, en artículos, discursos y folletos siempre habló con entusiasmo de la cultura y de las escuelas. Merecen también citarse á *Mme. Kergomard,* á *Pecant,* á *Rousselot* y á *Compayré.* Todavía vive *Legouvé,* el autor de *Nuestros hijos.*

En la Suiza francesa, justo es citar al notable historiador de la Pedagogía *Julio Paroz,* á *Mr. Daguet,* director de la Escuela Normal de Neufchatel, y á *Mr. Gauthey.*

C) Inglaterra.

Las escuelas del Reino Unido.

Como el espíritu de asociación es muy marcado en este país, la enseñanza primaria puede decirse que ha sido siempre libre y debida á la iniciativa particular. El Estado sólo se reservaba la inspección y concedía subsidios cuando era necesario. Sin embargo, protegió mucho la obra de Lancaster.

Un famoso comunista, Roberto Owen, fundador de la colonia de Nueva Armonía, creó en 1816 las *Infant's Schools,* ó escuelas de párvulos. Quería regenerar á la humanidad con una moral atea y sin más base que la fraternidad humana; pero á los pocos años desapareció el establecimiento. Un diputado, lord Brougham, habló mucho en favor de

la enseñanza, y fundó escuelas para los artesanos y la Universidad libre de Londres. Suya es la famosa frase «el maestro de escuela y no el cañón será el árbitro de los destinos de Europa»; pero se conoce que los ingleses no lo entendieron...

El célebre Roberto Raikes fundó las escuelas dominicales, de carácter profundamente religioso, y puede considerarse á la vez como propagador de las escuelas primarias.

Más adelante, dos misioneros ingleses, Bell y Lancaster, en 1811, organizaron formalmente la enseñanza, estableciendo en ellas el sistema mutuo, sistema que llegó á adquirir gran fama durante muchos años en Europa y América. Perseguido Lancaster por sus ideas religiosas (pertenecía á la secta de los cuáqueros) marchó á América, y con la protección de Bolivar, desarrolló su sistema en Venezuela. Fué después á los Estados Unidos é hizo lo propio, y, arruinado por fin, y viéndose casi precisado á mendigar, fué atropellado y muerto por un carruaje. Entretanto Bell se había enriquecido en Inglaterra, y á su muerte, 1832, dejó 600.000 duros para establecimientos de Beneficencia.

Hemos dicho que la escuela era libre, y todavía lo sigue siendo.

El pueblo inglés tiene mucho apego á la libertad y no quiere que el Gobierno intervenga sino de una manera indirecta.

Hacia el año 1830 concedió el Gobierno por primera vez medio millón de pesetas de subvención para las escuelas, pero hoy es una suma de algunos millones.

En 1856 se creó un departamento de Instrucción para fomentar ésta todo lo posible; conceder premios á los maestros y auxilios en metálico á los pueblos.

Como en Inglaterra, además de la religión oficial (anglicana), hay otras muchas confesiones religiosas, cada una de ellas se esmera en crear y sostener diferentes establecimientos de enseñanza. En las escuelas se aprende, sobre todo, la religión, la lectura y escritura, la lengua materna, el cálculo y la teneduría de libros, y la geografía,

á la cual conceden, como es natural, gran importancia.

La instrucción principalmente es práctica; el joven se educa para la lucha por la vida, para ser un hombre de provecho, sobrio y económico; por eso en ningún país hay tantas cajas de ahorros ni tantas sociedades cooperativas.

Casi todas las escuelas están regidas por el sistema mutuo, con un solo maestro, pero con un gran número de instructores, que generalmente son alumnos que han de seguir el magisterio y que tienen de catorce á diez y ocho años de edad.

Las Escuelas Normales son libres.

Hasta el año 1840 no hubo ninguna; entonces se fundó la primera cerca de Londres. Hoy hay más de cincuenta.

«El maestro inglés, dice Julio Paroz, comienza su carrera por la práctica. Antes de ingresar en una Escuela Normal, ha enseñado casi siempre en alguna escuela desde la edad de doce á trece años hasta la de diez y ocho bajo la dirección de un maestro con título. Durante este tiempo se le da el nombre de *Pupil Teacher* (maestro escolar), y recibe del Gobierno una subvención de 250 francos el primer año, 300 el segundo, 375 el tercero, 425 el cuarto y 500 el quinto; debiendo sufrir todos los años un examen ante el inspector de escuelas.

Al fin del quinto año debe acreditar que posee por lo menos los conocimientos siguientes:

1.° La lectura expresiva, bien acentuada.

2.° Sintaxis inglesa, etimología y prosodia.

3.° Composición sobre un punto de Pedagogía.

4.° Los cuatro primeros libros de la Geometría de Euclides y Álgebra elemental.

5.° Geografía del imperio británico.

6.° Conocimientos especiales de las Sagradas Escrituras, de la liturgia y del catecismo (en las escuelas anglicanas).

7.° Elementos de música vocal.

El *pupil teacher* debe ser apto para enseñar al principio en la clase inferior de la escuela y después en la clase superior; y si después de tan larga preparación ingresa en

una Escuela Normal, recibe una subvención de 500 á 650 pesetas.

El carácter de la educación inglesa es utilitario; se desdeña todo aquello que no sirva para la profesión ú oficio que se ha elegido. Se atiende mucho más á la educación que á la instrucción, y, sobre todo, á la educación del carácter; el niño goza de mucha libertad, pero si falta se recurre á castigos corporales.

Hay también mucho cuidado de la educación física y se consagran muchas horas semanales al *sport*.

Las cajas de ahorros escolares, las colonias de vacaciones y el material de enseñanza, nada dejan que desear (1).

Entre los escritores de Pedagogía que mayor resonancia han tenido en Europa y América, merecen citarse á *Hamilton*, autor de métodos para la enseñanza de las lenguas, á Spencer y á Bain.

Herbert Spencer es médico, naturalista, filósofo y escritor profundo y laborioso. Sus obras se han traducido en toda Europa. Su filosofía no es ortodoxa, pero tampoco es materialista. A nosotros nos importa conocerlo como pedagogo. Desde 1849 á 1858 publicó en varias revistas cuatro capítulos de su célebre obra *De la educación intelectual, moral y física*, que llamaron profundamente la atención de las personas ilustradas. Poco después dió á luz dicha obra, sobre la cual se han hecho juicios muy diversos y apasionados; y en nuestro país hizo atinadas observaciones la eminente escritora D.ª Concepción Arenal, trabajo notable que vió la luz pública en el *Boletín de la Institución libre de enseñanza*. La primera edición española de esta obra fué en Sevilla, por el profesor D. Manuel Sales y Fersé. Después se ha hecho otra edición en Madrid.

Diremos de esta obra algo semejante á la del *Emilio* de Rousseau. Al lado de observaciones juiciosas, de consejos prudentes, de pensamientos sanos, se encuentran también paradojas é ideas marcadamente irreligiosas, y aunque el

(1) Demoulins ha escrito un libro notable titulado la *Educación anglosajona*, que merece leerse.

autor protesta de la nota de materialista, lo es en muchos casos.

El capítulo que trata de la educación física se parece á lo de Rousseau y Locke.

«La educación actual de los niños es defectuosa por muchas maneras; por insuficiencia de la alimentación, por insuficiencia del vestido, por insuficiencia del ejercicio y por el exceso de aplicación mental.

»La historia prueba que las razas más enérgicas y dominadoras han sido las razas mejor alimentadas.»

Sin embargo, los soldados romanos comían pan de cebada y ajos y cebollas. Y los egipcios y los musulmanes, que son tan sobrios, ¿no fueron conquistadores?

Dice que la primera obligación es criar buenos animales, es decir, atender á la higiene y á la salud, que la conservación de la salud es uno de nuestros deberes y que existe algo que se podría llamar la *moralidad física*. Da más importancia al juego libre y espontáneo que á la gimnástica.

En una palabra, su sistema de educación física merece ser estudiado y practicado en lo posible.

No sucede lo mismo al tratar de la educación estética. Desdeña por inútiles los estudios literarios, la música y las otras bellas artes. Da excesivo culto á la ciencia, y dice que la ciencia es la verdadera inspiración. Paradoja pura, porque aquí sí que la historia prueba lo contrario. ¿Qué tiene que ver la inspiración de un artista, de un orador, con la ciencia?

Tampoco está en muy sólido terreno al tratar de la educación moral. Para Spencer, todas las religiones son supersticiones, y la moral está sujeta á las leyes de la evolución.

En otro lugar dice: «En lugar de las recompensas y castigos de que nos hablan los *símbolos tradicionales* y que los hombres esperan *vagamente* obtener ó evitar á despecho de su desobediencia, el sabio descubre que hay recompensas y castigos que se derivan de la constitución ordenada de las cosas y que los malos resultados de la desobediencia son inevitables».

De manera, que el sabio descubre que *eso* de la vida futura es un mito. Sin duda se ha olvidado del célebre dicho de su paisano Francisco Bacón: «La poca ciencia aparta de la religión, la mucha conduce á ella».

«Las ciencias naturales son difíciles de explicar en la escuela; pero como cualquiera de ellas, sobre todo la botánica y la zoología, bastarían para absorber y llenar la memoria más extensa, es preciso que el maestro encuentre un principio de su elección que le permita sacar el mejor partido posible del tiempo limitado que puede consagrar á ellas.

»El niño aprende fácilmente la geometría. Es indudable que la geometría no ha tenido otro origen que los métodos encontrados por los artesanos para tomar medidas exactas para la colocación de cimientos, para medir los campos, etc. Pues de la misma manera hay que proceder en la escuela. Haciendo cortar al niño trozos de cartulina para edificar su castillo de naipes, dibujar diagramas horizontales que pinte de color, ocupándole en diversos trabajitos que un maestro hábil sabe buscar y entretener, les enseñará experimentalmente la geometría.»

Define Spencer la educación *preparación para la vida completa*. Pero leyendo luego su obra se ve que esa vida completa se refiere á la vida temporal. Hay, en fin, en esta obra mucho de utilitarismo, de frialdad, nada que caliente el corazón; es la antítesis de Fénelon, de Rollin y del P. Girard.

Imitador de Spencer es también *Alejandro Bain*, en su libro traducido ya al castellano, *Ciencia de la educación*. Esta obra, apreciable en cuanto á la metodología, tiene un carácter todavía más positivista que la de Spencer.

En Italia han propagado estas mismas ideas Pietro Siciliani y en Francia Letourneau é Issaurat.

D) Suecia.

La enseñanza en Suecia. — El trabajo manual.

La Península Escandinava es una de las naciones donde la instrucción popular se halla más adelantada. Lo mismo el Gobierno que el clero evangélico son muy celosos de la enseñanza. Hay gran número de escuelas de todas clases y grados, así como también otras muchas de industrias químicas y de economía rural. La industria metalúrgica, el aprovechamiento de los bosques y la construcción naval forman la base de su comercio.

Uno de los hombres que más han trabajado por la enseñanza ha sido un rico comerciante muerto hace pocos años, Augusto Abrahamson, y sobre todo su sobrino, Otto Salomón. Al primero se deben algunos establecimientos de enseñanza, al segundo la creación del *slöjd*, ó sea la primera Escuela Normal de trabajo manual en Naas, cerca de Gottenburgo.

Esta escuela se creó en 1876. Al principio tuvo carácter profesional; se enseñaba á los niños la carpintería y otros trabajos; después Salomon modificó sus ideas y admitió el *slöjd* como un medio de educación física y estética. No se contentó con esto. El Gobierno favoreció sus planes y le autorizó para fundar en Naas una escuela de trabajo manual para los profesores, á fin de hacerlos aptos para dar esta enseñanza en las escuelas. Desde 1882 funciona esta escuela en el verano durante cinco semanas, y se ve concurrida por gran número de profesores de Europa y América. La obra de Otto Salomon ha sido imitada en Bélgica y en Italia, y hoy día hay cursos de trabajo manual en Bruselas y en Ripatrausone (1).

Otro de los que han hecho mucho por la difusión de las escuelas ha sido el inspector de las de Stockolmo, Mr. Me-

(1) Véase la preciosa monografía de nuestro amigo Sr. Solana, titulada *La enseñanza del trabajo manual*.

yerberger. Logró que la asistencia á las escuelas de la capital aumentara de 2.000 hasta 10.000 alumnos. Para eso ensayó asociar á la mujer á este pensamiento, y á propuesta suya — imitando á los norteamericanos — creó escuelas mixtas.

El resultado ha sido fructuoso, y hoy día abundan más las maestras que los maestros, en la proporción de cinco á dos.

Las escuelas que pasen de 35 alumnos tendrán dos maestros, y en pasando de 70 tendrán tres. Suecia gasta en la enseñanza primaria (para una población de cinco millones de habitantes) quince millones de pesetas. Las clases se dan por la mañana. La tarde se dedica á gimnasia y trabajos manuales. En Noruega hay muchas escuelas ambulantes á causa de lo diseminado de su población.

E) Rusia.

La enseñanza en Rusia. — Tolstoi.

Esta nación, que cuenta noventa millones de habitantes en Europa y diez en Asia; de una extensión considerable y de composición heterogénea por la multitud de idiomas y de religiones de los que la habitan, se rige todavía por instituciones más propias de la Edad Media que no de la Edad Moderna. A fines del siglo XVIII, el emperador Pedro el Grande introdujo en el país la civilización europea, fundó á San Petersburgo y creó el ejército y la marina de guerra. La emperatriz Catalina II reformó la enseñanza, creó Universidades y Academias, siguiendo las inspiraciones de Diderot y publicó gramáticas y diccionarios; pero todavía á principios de este siglo la instrucción era muy deficiente y apenas si se contaba una escuela por cada 10.000 habitantes.

La nobleza rusa se educa en las escuelas privadas ó en el hogar doméstico, y luego completa su educación en las Universidades ó en el extranjero. El aldeano ruso es supersticioso é ignorante; pero á pesar de eso tiene interés en que

sus hijos aprendan, y por eso los envían á las escuelas, que algunas veces están á cuatro kilómetros de distancia, y eso, á pesar del rigor del clima. Sin embargo de que Rusia ocupa el último lugar entre los países civilizados de Europa, existen grupos de población, como el gran ducado de Finlandia y las provincias del Báltico, en que la enseñanza está muy atendida.

Al célebre Uno Cigneux, pedagogo de Finlandia, se debe muchas reformas y la introducción del trabajo manual.

Hace unos treinta años se inició en Rusia un deseo de saber tal en la mujer, que muchas de ellas siguieron cursos universitarios, sobre todo en París y en Viena, estudiando con predilección la medicina. Hacia la misma época se inició un género de literatura que enardeció los espíritus y dió origen al partido nihilista, al frente del cual figuró Alejandro Hertzen, autor de la obra *Educación de la voluntad*.

El partido nihilista se distinguió por su odio á las instituciones y por su deseo de reformas y venganzas, como lo prueban los asesinatos é incendios que perpetraron sus afiliados. El emperador ha ido reformando las instituciones y creando escuelas por todas partes, y la prueba de ello es que en 1870 había en San Petersburgo 42 escuelas y hoy hay 260.

Todo el mundo tiene noticia del famoso escritor ruso Conde *Leo Tolstoi*, que ha publicado gran número de obras sobre cuestiones sociales principalmente. Tolstoi representa el anarquismo en Pedagogía, como el príncipe Kropotkine en política.

Ha publicado dos libros, *La libertad en la escuela* y *La escuela de Yasnaia Poliana*, obras verdaderamente originales, en las cuales se revela Tolstoi como reformador de la escuela y de la educación. Es tan paradógico como Rouseau, pero más práctico, porque el citado Conde ha creado la escuela de Yasnaia citada, y se ha constituído en padre y maestro de sus discípulos á fin de hacer mejor las observaciones.

Para Tolstoi la enseñanza moderna es defectuosa; dice que la escuela repugna al niño; que no le interesa nada, ni la gramática, ni la lectura, ni la escritura; que no tiende á instruir al pueblo ni á formar al niño con arreglo á moldes, métodos y aspiraciones de los pedagogos y de los gobiernos; no se hacen pastores para rebaños; se forman rebaños para los pastores. Por eso él es partidario de que en la escuela haya completa libertad, de que haga el niño cuanto quiera. También dice que cualquier cosa instruye más que la escuela; las publicaciones periódicas, las conferencias, los espectáculos, el trato social. Con este criterio de Tolstoi se ve que es imposible, no ya la disciplina, pero ni siquiera la enseñanza; de suerte que de aquí al anarquismo en toda la extensión de la palabra no hay más que un paso.

Otra paradoja es, que la escuela no debe intervenir en la educación; debe tener un solo objeto: la transmisión del saber, sin proponerse penetrar en el dominio moral de las creencias, convicciones y carácter, y este objeto lo constituye la ciencia sola, mas no el resultado de su acción sobre la persona humana.

En cambio tiene algunas observaciones muy sensatas sobre los métodos: «No hay», dice, un método especial; pues cada uno comprende en sí á todos los demás. La invención de un método nuevo no es más que el descubrimiento de algún procedimiento nuevo con aplicación á la enseñanza; ¿cuál será el mejor método de lectura y escritura?, pues no hay método mejor ni peor; el mejor será para el maestro el que le sea más conocido. Para enseñar la lectura y la escritura lo más rápidamente posible, habrá que enseñar á cada uno en particular, y emplear para cada uno un método particular. Lo que se presenta á unos como dificultad invencible, no lo es para otros, y al contrario, porque varía de individuos á individuos la fuerza de atención, memoria, reflexión, asimilación, etc.

La experiencia nos ha convencido de que no hay métodos buenos ni malos; esto es, métodos á los cuales debamos sujetarnos. Lo mejor es no tener ninguno exclusivo y

conocerlos todos para emplearlos con discernimiento propio.

Así también, el mejor maestro es el que halla más pronto medios para resolver las dificultades con que tropiezan los discípulos; esto es, el que tenga arte y talento».

F) Italia.

La enseñanza en Italia. — Rosmini. — C. Cantú. — Dom Bosco.

La influencia del P. Girard produjo en Italia multitud de escritores de Pedagogía, siendo el principal de ellos Lambertini. Asimismo, se creó una revista pedagógica girardiana y se aplicó el sistema mutuo á la enseñanza. Sin embargo, á pesar de la unidad italiana, todavía hay muchas escuelas rurales, con sueldos mezquinos y que pinta de mano maestra el apreciable autor de *Corazón*, Edmundo de Amicis.

El abate Ferranti propagó las escuelas de párvulos y escribió un *Manual* para su dirección.

Juan Antonio Rayneri, muerto en 1867, se asoció á Ferranti para propagar las Escuelas maternales en Italia. Fué profesor de Pedagogía en Turín y sacerdote y escribió una obra titulada *De la Pedagogía*, en cinco libros.

A su muerte dejó su biblioteca y una fortuna de 40.000 pesetas á la Escuela de artesanos de Carmagnola.

Siciliani, escritor de Pedagogía, fué continuador de las ideas pedagógicas de H. Spencer; pero más radical todavía, ateo, sus obras fueron refutadas por ilustres pensadores. Pero hay tres hombres que han ejercido verdadera influencia sobre la educación; nos referimos al eminente filósofo Rosmini, á César Cantú y á Dom Bosco.

Rosmini, sacerdote, en su teoría filosófica trata de la Pedagogía en los siguientes términos:

«*Pedagogía*.—Esta ciencia trata del arte de la educación humana. El hombre se educa en parte á sí mismo, y en parte le educa la sociedad doméstica, á cuya educación reducimos la que recibe de los maestros, que suplen en esto la obligación de los padres ó cooperan á ella en unión de

éstos; además, educa en parte al hombre la influencia que ejercen sobre él la sociedad civil en que nace y crece, y la sociedad teocrática. Por lo cual esta ciencia abraza muchos tratados, á saber: el de la *educación de sí mismo,* el de la *educación doméstica,* el de la *magistral,* el de la *civil* y el de la *eclesiástica.* A todos éstos se debe añadir un tratado que tiene un objeto sublime, quiero decir, el tratado de la *educación providencial,* esto es, de aquella con que Dios ordenando y disponiendo los sucesos, educó al género humano y le educa continuamente, como á los mismos individuos.

»Mas la educación del individuo humano debe tener una perfecta unidad, y así es un error el creer que la educación física, la intelectual y la moral son tres cosas independientes. De aquí nace la primera regla del arte pedagógico, que es la *unidad.* Uno es también el bien humano á que debe dirigirse la educación, y éste es el moral; su fin lo es igualmente. No conviene, pues, que se dé una educación intelectual ó física distinta de la moral, sino que se den éstas como medios de aquélla, de modo que ningún conocimiento ó dote intelectivo, ni ninguna habilidad corporal, se promueva en el que se educa, si no se subordina al mismo tiempo á su perfección moral. Todo lo que hace el que educa, todos los medios que emplea al educar, deben disponerse con este fin con una coherencia y constancia perfectas».

César Cantú. — Este sabio historiador, el más popular y leído de nuestros días, además de la *Historia universal,* obra prodigiosa, que publicó en seis años (diez volúmenes en 4.º mayor), ha puesto también su pluma al alcance de los niños, y suyos son los *Cuentos para niños,* los *Rasgos de bondad y de carácter,* el *Manuscrito de un obrero* y *Buen sentido y buen corazón,* obras que todavía no han sido vertidas al español.

El *R. P. Juan Bosco.* — Nació en Castelnuovo de Asti, en 1815. Hijo de familia humilde, fué algún tiempo pastor. Después ingresó en un seminario, y en 1841 fué ordenado de sacerdote. Su piedad le llevó á visitar las cárceles

con mucha frecuencia, y enternecido de los pequeños criminales de doce á diez y ocho años, tuvo compasión de ellos y discurrió el modo de corregirlos por medio de la instrucción y de la educación religiosa. Con este objeto emprendió la educación religiosa de algunos niños, reuniendo al poco tiempo más de 300. No teniendo sitio á propósito para albergarlos, eligió su propia casa, que se fué agrandando por la caridad. Otro tanto hizo luego en Turín. En 1851 logró investir el hábito á cuatro de sus jóvenes auxiliares. Su fundación fué conocida con el nombre de Oratorio de San Francisco de Sales. Su Orden se extendió luego á Francia, Alemania, España, el Perú, Brasil, Ecuador y Patagonia. La enseñanza que en ella dan es completa y con aplicación á las artes é industrias.

El P. Bosco era manso de carácter, de ánimo generoso y de corazón noble y grande. Cultivó los estudios con éxito extraordinario, como extraordinarias eran sus facultades mentales. Fué historiador erudito, escritor correctísimo y orador, en su sencillez, elocuente. Dejó en la república de las letras cerca de 70 obras destinadas á la juventud y al pueblo, y escritas con gran propiedad y pureza de estilo. Su *Historia de Italia* ha alcanzado ya 24 ediciones, y del *Joven instruído*, libro de piedad, se han editado más de 1.300.000 ejemplares en casi todas las lenguas. Murió en 1888.

G) Portugal.

La enseñanza en Portugal.

La expulsión de los jesuítas por José I, debida á su ministro el célebre marqués de Pombal, fué el principio de la creación de escuelas primarias. En 1772 se dió un decreto creando 455 escuelas oficiales primarias, sólo para niños, y concedió al profesorado el epíteto de *reales* maestros, para diferenciarlos de los maestros mecánicos.

Otra ley creó el *subsidio literario* para pagar al profesorado, contribución que se recaudaba y administraba por una Junta especial.

Pombal reorganizó también la Universidad de Coimbra (creada por el rey D. Dionis en 1290) y la enseñanza profesional, y reedificó á Lisboa, destruída por un terremoto.

Durante el mando de D.ª María de la Gloria se crearon la Academia de la Historia, la Academia de Ciencias y otros establecimientos científicos. Sin embargo, la instrucción primaria no progresó mucho, debido á las guerras de Napoleón. En 1820 sólo había 720 escuelas de niños en todo el reino, y hasta 1805 no hubo ninguna escuela de niñas.

La historia contemporánea de Portugal es muy semejante á la nuestra: luchas entre el absolutismo y la libertad, pronunciamientos y proclamas, tejer y destejer leyes escolares.

En efecto; en 1820, el grito revolucionario de Oporto acabó con el Gobierno absoluto y se legisló sobre enseñanza, haciéndola general á todos los ciudadanos de ambos sexos, aumentando el sueldo de los maestros y estableciendo la libertad de enseñanza; pero el movimiento reaccionario de 1823 abolió todas las leyes anteriores y se cerraron escuelas y cátedras.

Muerto D. Juan VI, su sucesor D. Pedro IV, que había abdicado la corona del Brasil, dió una Carta-Constitución y en ella proclamó el principio de la gratuidad de la enseñanza para todos los ciudadanos. La regente D.ª María Isabel concedió á los maestros derecho á casa-habitación y jubilación. Luego, su esposo el regente D. Miguel, proclamó el absolutismo y se distinguió por su ensañamiento contra las escuelas y la libertad, pero los constitucionales, refugiados en una de las Islas Terceras, derrocaron de nuevo el absolutismo y volvieron á propagar la enseñanza. Desde esta época, 1834, hasta 1851, hubo una serie de luchas políticas encarnizadas poco favorables á la enseñanza. En 1851 se reformó la Constitución y Portugal se dedicó al fomento de los intereses morales y materiales. En 1870 el pronunciamiento de Saldanha impuso un nuevo Ministerio y se creó el Ministerio de Instrucción pública y de beneficencia, y se dió una ley (16 de Agosto) reformando la enseñanza primaria y haciéndola gratuita y obligatoria.

Al mismo tiempo suprimió las Escuelas Normales, creando cátedras de Pedagogía en los Institutos.

El Ministerio que siguió volvió á abrir las Escuelas Normales, reorganizó la enseñanza (ley de 1878), reformó la inspección y creó las Conferencias pedagógicas.

Merece citarse como pedagogos á *Feliciano del Castillo*, autor de muchos métodos de enseñanza, á *Joaõ de Deus*, por su importante método de lectura, á *Mariano Ghira*, que reformó las escuelas de Lisboa, á *Costa*, autor de una historia de la enseñanza en Portugal, al conde de Ferreira, que fundó de su peculio propio 200 escuelas, á Pinheiro Chagas y Oliveira Martins, autor de *A civilisação iberica*, escritores de mérito, al que fué nuestro amigo Simoes Raposo, director de la Normal de Lisboa, que murió en 1899, y al sabio rector de la Universidad de Coimbra *Bernardino Machado*, autor de gran número de obras pedagógicas.

H) Estados Unidos.

La enseñanza en los Estados Unidos.—Channig.—H. Mann.

Los colonos ingleses que emigraron en el siglo XVII de Inglaterra á la América fueron los fundadores de esta gran república, que tiene actualmente 70.000.000 de habitantes.

La primera colonia fué la de Massachuset, en 1642, y en la Constitución de aquélla se dispone:

«Las autoridades municipales quedan encargadas de vigilar de que todos los niños reciban instrucción». Esta orden fué renovada en 1647 con pena de multa, y obliga á cada localidad donde haya menos de 50 familias á pagar á un maestro que enseñe la lectura y la escritura; y si llega á 100 familias, le impone la obligación de sostener además una escuela de Gramática.

En 1789 se dispuso la necesidad de crear escuelas que habían de funcionar por lo menos seis meses al año y en que se enseñase la lectura, escritura, gramática, ortografía y geografía.

Sabido es que este país se va aumentando por la emigración, que se puede calcular en 100.000 personas un año con otro. Así la ciudad de *Nueva York*, que á principios del siglo pasado contaba menos de 20.000 habitantes, tiene ahora 2.000.000; Chicago, que en 1854 contaba 5.000 habitantes, tiene ahora más de un millón, etc.

Este país, pues, va progresando considerablemente, y lo mismo el número de escuelas y demás establecimientos científicos.

Antes de 1840 los locales para escuelas eran muy modestos y la mayor parte insuficientes. En las ciudades se alquilaba una casa para instalarla y en los pueblos rurales la instalaban en una barraca.

Pero se ha gastado mucho desde entonces en instrucción, y en la mayor parte de las ciudades hay edificios monumentales, lujosos, con un amplio material de enseñanza y hasta en los pueblos tienen edificios propios, sencillos y elegantes. En 1870 el valor material de los edificios escolares era de 130 millones de duros, y en 1890 de 343 millones. Sabido es que los Estados Unidos forman una gran república federal, compuesta de 47 Estados y dos territorios. Cada Estado tiene sus leyes administrativas distintas, pero, sobre todo, los Estados del Este se distinguen por su amor á la instrucción. En unos hay un intendente, revestido de gran poder, que impone en las escuelas hasta los libros de texto; en la mayoría la enseñanza es obligatoria; pero está de más, porque los padres espontáneamente mandan á sus hijos á la escuela.

Si la obligación no es general en los Estados Unidos, la gratuidad sí, y lo ha sido desde el principio.

Las primeras Escuelas Normales se crearon entre los años 1839 al 1850. Hasta esa época había muy pocas, pero ya en 1890 se contaban 138 Escuelas Normales públicas y 46 privadas. La mayor parte son mixtas, aunque la mayoría son de mujeres.

El programa es extenso, pero los títulos que expiden son variables, es decir, para un tiempo limitado. El nombramiento de profesores es por elección y por un corto

plazo. Como los hombres encuentran mayor porvenir en otras direcciones, no se dedican á la enseñanza. Generalmente son las mujeres las maestras, y éstas también por poco tiempo, porque al casarse dejan la enseñanza.

Hay cuatro clases de escuelas: las escuelas comunes, las escuelas de gramática *(grammar schols)*, las altas escuelas *(hig schools)* y las escuelas libres.

Las tres primeras puede decirse que son escuelas graduadas. También existen, aunque en corto número, Jardines de la Infancia.

Las escuelas de adultos se dan por la noche, y en ellas se enseña conocimientos relativos á las artes é industrias. Estas clases están encomendadas, no á maestros, sino á ingenieros, médicos y otras especialidades, y su duración varía de tres á seis meses.

Imitando á los ingleses, han adoptado también desde hace diez años lo que se llama Extensión Universitaria, que viene á ser una serie de conferencias ó cursos cortos de lecciones, dadas por los profesores de la Universidad, al alcance del pueblo, y que se ven frecuentadas por gran número de alumnos.

Todas las escuelas públicas poseen una biblioteca escolar; algunas de ellas con mayor número de volúmenes que una Universidad.

Existen también 75 escuelas de sordomudos, 33 de ciegos, 26 de idiotas y muchos establecimientos de otras enseñanzas, sin contar las escuelas confesionales, fundadas por asociaciones religiosas.

El sostenimiento de las escuelas, que se elevó en 1891 á 735 millones de pesetas, llega hoy á 800 millones. Este dinero procede: 1.°, de la contribución comunal: 2.°, por una tasa que se impone á todas las fincas rústicas que se vendan ó enagenen; 3.°, por los muchos legados que hacen las personas generosas.

El Congreso de Wáshington instituyó en 1867 el *Bureau national of education*, ó sea oficina central de educación, que publica dos volúmenes todos los años para dar cuenta de los progresos de la enseñanza.

La educación popular en América es una de las grandes cuestiones de la política; todos los partidos están acordes en este punto, y todos los esfuerzos se dirigen á propagarla cada vez más.

Hay que tener también presente las costumbres. La vida de familia en los Estados Unidos es muy distinta de la de Europa.

Los niños, y sobre todo las mujeres, gozan de mayor independencia, y esto está en el carácter nacional.

Existen también gran número de escuelas para los negros, porque en general no concurren á las de los blancos.

Un hombre generoso, M. Peabody, dió para fondo de estas escuelas tres millones de duros, sin contar un millón que dió para la biblioteca de Nueva York.

Las escuelas de los negros no funcionan sino una temporada del año.

Otra de las cosas notables de la república norte-americana es la coeducación, es decir, la educación dada á niños y niñas á la vez, de cinco á diez y seis años. No es esto decir que sea general esta costumbre en toda la república, pero sí lo es en la mayor parte de los Estados. Mucho se ha hablado en pro y en contra de esta costumbre. Los partidarios de ella dicen: la comunidad de estudios para ambos sexos es un medio de emulación que estimula á los alumnos, por la rivalidad de aprender más; los jóvenes pierden algo de su rudeza y las jóvenes algo de su timidez; si los hermanos no se separan en la casa y en el trabajo, ¿por qué se han de separar en la escuela?

Un comisario de educación, M. J. Eaton, abrió una información á propósito de esta costumbre, y la mayoría de estos Estados han aprobado la coeducación. En sus respuestas declaran: 1.°, que es natural, porque existe en la familia y en la sociedad; 2.°, que es conforme á la costumbre establecida en el siglo pasado; 3.°, que es imparcial, porque da á los dos sexos los mismos medios de instruirse; 4.°, que es económica, porque no hace falta más que una escuela, y 5.°, que es provechosa para el desarrollo de la inteligencia, de la moralidad y de las costumbres sociales.

Sin embargo, algunos Estados votaron por la separación; y apoyaban su petición en algunos casos de inmoralidad precoz, y opinaban que por lo menos en las grandes poblaciones, desde la edad de catorce años convenía la separación.

Generalmente las escuelas católicas son también unisexuales, pero á pesar de esto, la opinión general está por la coeducación. Lo mismo sucede en las Escuelas Normales, en los colegios y en las Universidades. Las escuelas de Medicina, de Derecho, etc., están tan frecuentadas por hombres como por mujeres, y á la mujer se le reconoce el derecho de ejercer una profesión literaria.

En fin, en ningún otro país del mundo se gasta más en instrucción que en América. En 1890 se contaban 225.000 edificios escolares, donde daban la enseñanza 365.000 maestras, y el gasto anual por cada niño se elevaba á 86 pesetas.

Aunque la enseñanza está en tan brillante estado, hay mucho de mecanismo y de rutina, poco método y ninguna disciplina.

Se encuentran menos ignorantes que en otras naciones; pero en Europa hay hombres mejor educados y más sabios que en América, y esto se revela, en su excesivo afán por el comercio y la industria, por su deseo inmoderado de riquezas y por su falta de urbanidad en las costumbres.

Entre los hombres ilustres que han trabajado por la propagación de la enseñanza en América, merece el primer lugar Francklin, que ha popularizado la agricultura, la moralidad, y sobre todo, la economía política; á Ulises Grant, presidente de la república, y á Horacio Mann, fundador de Escuelas Normales y hombre político de importancia, el cual solía decir: «nadie es digno de ser honrado con el nombre de hombre de Estado si no pone en su programa, como la primera de sus aspiraciones, la educación del pueblo», y, en fin, al doctor Barnard, organizador del primer Congreso de maestros (Teacher Institute) y de la Extensión Universitaria.

Channig, escritor y moralista, ha escrito lo siguiente:

«Todo el valor de la escuela, sabedlo bien, está en el maestro.

»Podéis dotar las escuelas de un material científico extraordinario, pero sin un hombre inteligente, sin un hombre de talento, todos los sacrificios serán estériles; mientras que un buen maestro, sin ningún aparato, producirá los mejores resultados.

»Algunos maestros distinguidos, hábiles en comprender, en penetrar, en vivificar el espíritu de sus discípulos, valen por todos los libros. Así, pues, tened entendido que los libros y los instrumentos no son indispensables; lo que sí es necesario, son buenos maestros».

Henry Barnard (1811-1899). — Fué gran reformador de la enseñanza. Sobre todo, desde 1870, abandonando su brillante carrera pública, se consagró enteramente á la publicación de una serie de obras pedagógicas y revistas de educación que forman una biblioteca de más de treinta gruesos volúmenes, verdadera enciclopedia pedagógica, donde la historia de la educación en los diferentes pueblos de Oriente y Occidente se estudia con abundancia de detalles y numerosas citas; donde los diferentes sistemas escolares, planes de estudios y programas actuales de las naciones más civilizadas, son objeto de serias comparaciones, completadas con las traducciones de las más célebres obras de los grandes educacionistas.

El doctor Barnard, á más de sus méritos como reformador de la enseñanza en dos Estados de su país y como autor de numerosas obras pedagógicas, tuvo también la honra de ser uno de los primeros y más fervientes propagadores de la instrucción de los ciegos, de los sordomudos, de los niños abandonados ó culpables y de la instrucción superior de las mujeres.

Horacio Mann (1790-1859). — Figura al lado de Barnard como propagandista y reformador de la educación popular en los Estados Unidos, donde fundó muchas escuelas y bibliotecas y pronunció gran número de discursos, de los que el más conocido y celebrado es el que tiene por título:

De la importancia de la educación en una república. Escribió además informes técnicos, que constituyen un verdadero monumento pedagógico, y con otros trabajos que le acreditan de conspicuo pedagogista, redactó el *Diario de las escuelas comunes elementales*. Además de esto, Mann reformó la arquitectura, el mobiliario y los métodos escolares y presidió la creación de la primera Escuela Normal de su país.

He aquí algunas de sus opiniones:

«Un niño que pasa seis meses estudiando su alfabeto, aprende en medio día, en el patio de recreo, todas las complicaciónes de un juego más difícil por sí sólo que una docena de alfabetos. Le cuesta también poco tiempo prepararse para la recitación de escenas en verso en alguna comedia de escuela ó de familia, mientras que una corta lección le produce el efecto de una formidable tarea. La razón de esta diferencia es, que de un lado hay repugnancia, y del otro deseo. En ese caso, el maestro hace rodar su roca hacia la cima de la montaña; en el otro, la roca desciende por sí misma; la gravitación no tiene más efecto sobre un cuerpo sólido que el deseo de aprender sobre la comprensión del espíritu. Mientras este deseo no haya nacido, es necesario reemplazarlo por algún otro móvil; nacido, se basta á sí mismo, y obra solo. Todo el arte de la Pedagogía consiste en despertarlo.

»En la mayor parte de las escuelas la buena pronunciación es mejor enseñada que las leyes de la justicia y de la equidad; se insiste más sobre las reglas de la gramática que sobre el deber de la indulgencia y del perdón; la idea de lo justo y de lo injusto es menos explicada que los elementos de la aritmética; los errores de un libro de clase son señalados á los visitantes con un cuidado vanidoso, y se dejan sobre las paredes de los patios imágenes obscenas. ¡Es necesario poner fin á esas horribles inconsecuencias!

»El maestro que trate de instruir sin inspirar el gusto de la instrucción, es un herrero que bate el hierro en frío.

»Una manzana no es manzana sino cuando está madura; un hombre no es hombre sino cuando ha sido educado.

»Un hombre no es ilustrado porque compre un libro ó porque lo lea, aunque fuera el mejor de los libros; lo es si comprende y observa las leyes de la naturaleza y de la vida.

»Si mañana se os dijera que se ha encontrado una mina de carbón que dará el diez por ciento, todos concurrirías á tomar parte en ella; y sin embargo hay hombres que dejáis vegetar en la ignorancia y de los que podrías sacar una utilidad cien veces mayor ¡Os ocupáis de capitales y de máquinas, y el primer capital es el hombre, la primera máquina es el hombre y vosotros le despreciáis!»

La ciudad de Boston agradecida á su memoria le ha erigido una estatua.

La mayor parte de las obras de Horacio Mann han sido traducidas al castellano en la República Argentina por D.ª Juana Manso.

En la imposibilidad de extendernos más en este asunto, terminamos citando los nombres de Miss Beecher que ha popularizado la gimnástica en las escuelas de niñas y ha escrito entre otras obras una *Economía doméstica* muy notable; á Santiago Johonot autor de los *Principios y práctica de la enseñanza;* á J. Baldwin autor de la obra *Dirección de las Escuelas;* á Sheldon que ha escrito las *Lecciones de cosas;* á Calkins, autor de la *Enseñanza objetiva;* á Herman Krüssi, antor del célebre *Método de Dibujo* que lleva su nombre, y en fin á Huxley, Roscœ y Stewart, que han publicado una preciosa calección de *Cartillas científicas.*

Todas estas obras se han publicado además en castellano por la Casa editorial Appleton y C.ª de Nueva York.

QUINTA PARTE

LA PEDAGOGÍA EN ESPAÑA [1]

I

PRIMEROS TIEMPOS.—DOMINACIÓN ROMANA.

El historiador español P. Juan de Mariana, dice al hablar de los primeros habitantes de nuestra Península: «Groseros y sin policía ni crianza eran los primeros españoles». Pero más adelante dice que adoraban al verdadero Dios, que admitían la vida futura y que se regían por un Gobierno patriarcal; de manera que, con permiso del ilustre historiador, hay exageración entre la primera afirmación y la segunda; porque hombres que profesaban la verdadera religión y se gobernaban con justicia, no habían de ser tan groseros. Más adelante sí, cayeron en la idolatría y en las supersticiones más absurdas y, por tanto, en la barbarie. Desgraciadamente los escritores que tratan con tantos detalles de las colonias fenicias y cartaginesas dicen muy poco ó nada de los españoles; por tanto, nada se puede opinar con certeza.

Los fenicios aparecen en nuestra historia como los pri-

(1) Tarea difícil es escribir una Historia de la Pedagogía española, ya por la falta de datos, ya también por la multitud de obras en que pudieran hallarse los materiales para ello. Y es más sensible porque tenemos ya varias obras de Historia de la *Literatura española*, la *España Sagrada*, la *Historia de las Ideas estéticas*, la *Historia del Derecho español*, etc. De desear fuera que alguno de nuestros escritores acometiese tan laudable empresa.

meros civilizadores del país: traen el alfabeto, el tinte, las pesas y medidas, algunas prácticas agrícolas é industriales, como el laboreo de minas, etc.; pero también trajeron el abominable culto de Moloc, á quien se sacrificaban los niños.

Los cartagineses en cambio no hacen más que explotar el país, enriquecerse y dominar por el terror. El valor indomable de los españoles se resiste contra su opresión, como en Salamanca y en Sagunto; pero al fin se someten por la fuerza y aun luchan en su favor contra Roma; por eso vemos en la vanguardia de Aníbal algunos miles de honderos mallorquines.

Las guerras púnicas fueron fatales para los cartagineses. En la última quedan aniquilados, y Cartago, su capital, es destruída por Escipión y sus pocos defensores, se dispersan y se confunden con otros pueblos en la costa de África.

Roma extiende sus fronteras, somete á España y la trata con rigor; pero bien pronto se ve comprometida seriamente por la resistencia de Viriato y de los numantinos. La república romana arde en guerras civiles entre patricios y plebeyos, y un general de éstos, Sertorio, viene á España á hacer la guerra á los romanos.

Sertorio logró captarse el afecto de los españoles y llegó á dominar casi toda la España citerior. Estableció su corte en Évora, en la Lusitania. Allí instituyó un Senado semejante al de Roma, y no sólo eso, sino que se empeñó en propagar la instrucción, convencido de la gran influencia que ejerce en la sociedad. Al efecto estableció en Huesca una Academia ó Estudios generales, que algunos han llamado Universidad; pero lo que realmente hizo fué abrir escuelas públicas para la enseñanza de las letras griegas y latinas, trayendo maestros de Italia, á quienes dotó espléndidamente. El pensamiento de Sertorio era que la juventud española adquiriese los conocimientos necesarios para formar un gran pueblo; pero no pudo realizar este propósito, porque fué asesinado poco tiempo después.

Envuelta después España en las luchas del triunvira-

to, se disuelve la obra de Sertorio, aunque hay quien opina que se trasladó á Illerda (Lérida). Mas adelante, Augusto consigue dominar á España por completo, y ésta va adquiriendo las mismas costumbres y lengua de Roma. Augusto, comprendiendo la importancia de su conquista, la hermosea con bellos monumentos, funda ciudades, puentes, carreteras, y en Cádiz, Zaragoza, Lérida, Sevilla, Tarragona y otros puntos, establece escuelas para la instrucción de la juventud; con la particularidad de que en la misma Roma sólo había escuelas libres en aquella época y en España eran oficiales. El hecho es notable y prueba la alteza de miras de Augusto y la importancia de nuestra península.

Roma es tributaria de España, no sólo de plata, oro, azogue, frutas deliciosas, vinos y otros pruductos, sino también de hombres ilustres que brillan en la capital con la aureola del saber. Entre muchísimos que pudieran citarse tenemos el gran filósofo y moralista Séneca, cuyos pensamientos sobre educación lo acreditan de profesor y pedagogo, aunque su vida privada no correspondía á sus doctrinas; á Quintiliano, que recibe en Roma sueldo del Estado por explicar la elocuencia y la Retórica, y cuya obra *Instituciones oratorias* abunda en ideas sanas sobre educación y enseñanza; á Lucio Moderato Columela, autor de varios tratados de Agronomía; á Pomponio Mela, célebre geógrafo, cuyas obras se leyeron durante siglos; al célebre Osio, que presidió el Concilio de Nicea por orden del pontífice español San Dámaso; al célebre escritor sagrado Prudencio, que escribió en versos latinos el Evangelio y muchas actas de mártires; á los emperadores Trajano, Adriano y Teodosio, que se distinguen por su discreción y virtudes cívicas, y finalmente, á muchos eclesiásticos que extienden la doctrina del Crucificado dentro y fuera de España.

II

DOMINACIÓN GODA.

La rudeza de costumbres de los bárbaros que invadieron á España en el siglo v, formaba un lastimoso contraste con la civilización hispano-romana. Casi todo el siglo v se pasó en guerras crueles, hasta que algunos monarcas, como Eurico y Leovigildo, dictaron leyes para la debida organización del país. La religión cristiana fué limando aquellas diferencias, y cuando Recaredo abjuró públicamente el arrianismo en el Concilio III de Toledo, se dió un gran paso para la fusión de ambos pueblos. En el período visigodo, la enseñanza más pierde que gana. Las ciencias y la literatura sólo son cultivadas por el clero y en algunos monasterios de monjes. Pero hay en esta época un genio superior que imprime profunda huella con sus luces y sus escritos en medio de aquella sociedad. Nos referimos á San Isidoro, de Sevilla, verdadero faro en aquellos tiempos de obscuridad y de ignorancia.

San Isidoro. — Los nobles consortes Severiano y Túrtura tuvieron tres hijos, Leandro, Fulgencio é Isidoro, y dos hijas, Florentina y Teodora, todos dignos de la inmortal fama que consiguieron en los fastos de la religión y de la literatura. Leandro, á más de haber enriquecido las ciencias eclesiásticas con muchas obras, promovió con noble celo el estudio entre los suyos, y les ayudó con las luces propias adquiridas con la lectura y los viajes. Fué fruto de su magisterio la vasta doctrina de su hermano Isidoro, que en aquellos tiempos no tenía igual en la república literaria. Su misma hermana Florentina hizo no pocos progresos en las letras, y pudo ayudar con sus luces al eruditísimo Isidoro. De la escuela de éste se puede decir que salieron Braulio, Ildefonso, Redemto y otros muchos doctos escritores, y el mismo rey Sisebuto, amante del saber y protector de la enseñanza.

San Isidoro, de Sevilla, escribió en veinte libros los *Orígenes ó etimologías*, que concluyó su amigo Braulio, obispo de Zaragoza. Es una enciclopedia de cuanto se sabía entonces, en la cual se trata primero de gramática é historia, de retórica y filosofía, de aritmética, de música y astronomía, de medicina, de jurisprudencia y cronología; luego de la Biblia, de las bibliotecas, de los manuscritos, de los concilios y del calendario; en seguida se eleva el autor á discurrir sobre Dios, sobre los ángeles, los hombres y la fe; después habla de las herejías, de las sibilas, de los mágicos y de los dioses; más adelante lo hace de las varias lenguas, de los nombres de los pueblos, de las dignidades, y, por último, busca la etimología de muchas palabras desconocidas. Trató también de las diferencias ó de la propiedad de las palabras; y se le atribuyen distintos glosarios. Dejó una crónica que empieza con la creación y alcanza hasta Heraclio en 615, sacada de otras anteriores, salvo algunas noticias nuevas de los últimos tiempos; además dos historias de los pueblos germanos, que fundaron reinos en España en el siglo v, con un apéndice sobre los vándalos y los suevos, de los cuales podía hablar con exactitud, pues había vivido entre ellos. Prosiguió también el catálogo de los escritores eclesiásticos y de San Jerónimo.

San Ildefonso, su discípulo y arzobispo de Toledo, escribió la historia de los godos desde el 647 hasta el 667, en que murió.

III

LOS ÁRABES

Apoderados los sectarios de Mahoma en el siglo VIII, de nuestra Península, y después de muchos combates para afianzar su dominación, ocuparon casi toda España, á excepción de la parte septentrional. Seducidos por el brillo de sus conquistas y por la fertilidad del suelo español, edificaron algunas ciudades, hermosearon otras, mejoraron la

agricultura é introdujeron la industria de la seda y del papel. Con la dinastía de los abbasidas en Oriente, cuyo monarca Aran-al-Raschid fué protector de las ciencias y de los sabios, empiezan los árabes á ser aficionados al saber, buscan libros por todas partes, traducen á su lengua las obras maestras del ingenio humano y brillan en las ciencias. Cuando Abderramán se declara independiente de Damasco y funda el califato de Córdoba, adquiere esta ciudad fama universal, no tanto por sus bellos monumentos cuanto por sus instituciones científicas y literarias. Ochenta escuelas, diez y siete academias y setenta bibliotecas convidan con su ciencia á todos los que quieren saciar su afán de saber: sus aulas son frecuentadas, no sólo por los hijos de los árabes, sino por los cristianos y por los judíos, y á ellas acuden estudiantes de otras naciones. El mismo rey Alfonso el Magno mandó á Córdoba á sus hijos para educarlos.

La biblioteca de Meruán llegó á reunir hasta cuatrocientos mil volúmenes. En fin, el rey moro de Granada, Jusuf, en una de sus ordenanzas dice textualmente: «Todos los pueblos del reino establecerán escuelas gratuitas y uniformes en su enseñanza». Este mandato de un rey moro dice más que cuanto pudiéramos decir—y que no consiente la índole de este libro—para demostrar el celo que sentían por la enseñanza elemental.

Otro tanto se cita de Hixem, el hijo del gran Abderramán, que edificó la célebre mezquita cordobesa. Fundó muchas escuelas dentro y fuera de Córdoba; pero al mismo tiempo prohibió que se hablase y escribiese la lengua latina, obligando á los mozárabes (cristianos españoles) á que mandasen sus hijos á las escuelas musulmanas. Este mandato—como observa muy bien el Sr. Amador de los Ríos—fué más bien político que pedagógico, porque quería amalgamar del todo á los cristianos con los mahometanos, y fué la señal de una lucha intolerante que dió por resultado la persecución sangrienta de Córdoba, en la que murieron Eulogio y Álvaro, célebres obispos, y que mancha el reinado de Abderramán III.

Veamos en qué consistía la enseñanza en las escuelas arábigo-españolas. El ilustrado profesor de árabe de la Universidad de Zaragoza, D. Julián Rivera, en un discurso académico titulado *La enseñanza entre los musulmanes*, da cumplidas noticias sobre tan importante asunto, y nosotros, con su permiso, vamos á entresacar algunos párrafos:

«La enseñanza elemental en todos los países musulmanes ha consistido siempre en aprender á leer y escribir el libro sagrado, el Alcorán, pues han creído que debía preceder en tiempo aquello que consideran primero en importancia.

»No era sólo el Alcorán lo que exclusivamente enseñaban los maestros españoles; añadían trozos de poesía y ejemplos de composición epistolar y obligaban además á los alumnos á aprender de memoria los elementos de la gramática árabe. Así, al pasar el niño á la adolescencia, podía acometer sin dificultad los estudios superiores. La instrucción primaria en España estaba, pues, mejor organizada que en otros países musulmanes, tales como el Almogreb, donde sólo aprendían de memoria el libro sagrado con la ortografía y variantes de sus textos. Los maestros españoles cuidaban de preparar á sus alumnos para los estudios sucesivos, y aun se atrevieron á más, á proponer otras novedades y hasta censurar acremente la costumbre de empezar por la enseñanza religiosa.

»En España en las escuelas de primeras letras se enseñaba á leer y escribir, todo á la vez, y no haciendo que el alumno trazara cada letra en particular, con arreglo á ciertas pautas ó reglas, sino imitando las palabras enteras que se les daban por modelo.

»Los alumnos usaban unas tablillas de fuerte madera pulimentada, sobre las que escribían con la afilada caña (cálamo) mojada en tinta. Acabado un ejercicio, se humedecían con agua, se limpiaban, y vuelta á escribir. Los textos de que se servían en España eran alcoránicos.

»Los niños solían aprender de memoria los textos religiosos, las poesías, las cartas literarias y los elementos de gramática, que constituían la materia de primera enseñanza.

»El maestro, que podía ser cualquiera que quisiese dedicarse á esta profesión, trataba directamente con el padre ó el tutor respecto á la materia, tiempo y forma de la enseñanza, condiciones de pago, etc., siendo el contrato completamente particular y libre.

»Por regla general se hacía el trato por doce meses á contar desde aquél en que se convenían; los honorarios y el pago solían ser parte en moneda, de la que se había de entregar el tanto correspondiente cada mes, y algo en especie, que de ordinario eran dos ó tres arrobas de trigo y media arroba de aceite. El maestro, en cambio, se comprometía á poner todo su esfuerzo y ahinco para que el niño aprendiera.

»Hubo de ser muy general la costumbre de hacer regalos á los maestros en las Pascuas (de Alfitar y la de los Carneros) cuando los hombres de ley tenían que declarar expresamente en sus obras que no eran obligatorios, sino voluntarios, y por tanto no podían exigirse judicial ni legalmente».

La separación que existía entre los cristianos y los árabes por la diferencia de religión y de raza, la necesidad de conservar su independencia, que se tradujo en una terrible lucha de ocho siglos, hizo que los españoles no se aprovecharan lo que debían de aquella civilización. Muerto Abderramán y su hijo Alhaken, que fué todavía mayor protector de las ciencias que su padre, y en cuyo reinado brillaron por sus conocimientos hasta las mujeres, fué decayendo aquella afición por el estudio, se envolvieron en guerras civiles, se disolvió el califato y se formaron los pequeños reinos de Taifas, al propio tiempo que los cristianos conquistaban á Toledo y luego á Córdoba y Sevilla.

No vaya á creerse que la cultura intelectual de los árabes fuera por eso extraordinaria. Algunos escritores los elogian hasta las nubes y otros los deprimen. Los árabes dieron muestras de su amor á la instrucción; pero sus libros revelan mucha imaginación, aunque escaso gusto. En la filosofía su talento sutil se aficionó á la metafísica; pero se contentaron con hacer comentarios á Aristóteles, y el más

célebre de sus filósofos, Averroes, no lo interpretó bien. Tradujeron muchos autores y fueron observadores principalmente en la botánica, mineralogía y química. También brillaron en las ciencias matemáticas y en sus aplicaciones á la astronomía. De la pintura y escultura no hay que hablar, porque el Corán lo prohibía.

IV

LOS JUDÍOS

Los judíos españoles, á par que los árabes, fueron muy instruídos.

Los judíos, dice el P. Aragón, se hallaban en el siglo XI á la cabeza de la civilización, cultivaban con buen éxito casi todas las ciencias y las artes, contando insignes teólogos, astrónomos, matemáticos, filósofos, lingüistas y músicos.

No descuidaron tampoco la medicina, que en aquellos tiempos quedó sólo en manos de ellos, de los árabes y de las mujeres.

Los príncipes, los grandes y hasta los prelados confiaron el cuidado de su salud á los facultativos rabínicos; y en particular los españoles rivalizaron con los sarracenos en los conocimientos del arte de Hipócrates.

Supieron cuanto en historia natural se sabía entonces; y como se dedicaron bastante á la mineralogía, este mismo estudio les valió singulares ventajas en el oficio de platero, en que fueron sobresalientes.

Tanto progresaron en botánica, que á ellos debió la Europa su primer jardín botánico, el de Montpellier, que arreglaron por orden del rey de Aragón.

Su afición á la ciencia contribuyó no poco á sus infortunios. La supersticiosa Edad Media vió en aquel estudio relaciones ilícitas con los espíritus, en los astros comunicaciones del demonio, en el resplandor de los laboratorios el fuego del infierno, en las redomas seres encantados, y hasta denominó los conciliábulos nocturnos de los *brujos*

y de las potencias infernales con el nombre de *sábado*, que era el día festivo entre los hebreos y de su reunión y predicación en las sinagogas».

V

LAS ESCUELAS CRISTIANAS

Después de la irrupción árabe y á medida que avanzaba la Reconquista, volvieron á abrirse las escuelas parroquiales y abaciales. Que estas últimas, sobre todo, estuvieron en gran estima, lo indican la *Crónica de San Benito* y la obra *España sagrada*, del P. Florez.

Español era el célebre obispo de Orleans, Teodulfo, uno de los compañeros de Alcuino en la escuela palatina de Carlomagno. También lo era Claudio, maestro del dicho palacio imperial, y á los monasterios de España vinieron á estudiar jóvenes ilustres que ocuparon después los más altos cargos.

Según el testimonio del erudito y laborioso historiador Sr. Amador de los Ríos (1), vinieron en el siglo IX el benedictino Usuardo, el célebre italiano Gualtero y el francés Gerberto, á estudiar, *no* á las escuelas árabes, sino á las escuelas latinas que existían en la Marca hispánica. «Gerberto, dice, iniciado en el cultivo de las letras en el monasterio de Aurillac (Francia), fué enviado en 964 por el abad Geraldo de San Sereno á Borrell II, conde de Barcelona, para que estudiase en sus dominios las disciplinas liberales, encomendándole el conde al obispo Hatto, que lo era de Ansona, hoy Vich, desde el 960, y gozaba gran reputación de sabio.

»Permaneció en Vich seis años y luego pasó á Roma con dicho obispo. Después el prelado de Reims le confió una cátedra y tuvo regios discípulos, entre ellos á Otón, emperador alemán. En fin, en 999 ciñó la tiara con el nombre de Silvestre II». De aquí se deduce que es un error

(1) *Historia crítica de la literatura española*, tomo II.

creer que este Papa estudiase en las escuelas árabes de Córdoba y Toledo, como decían algunos.

En el siglo XI se introdujeron los monjes de Cluny en nuestra Península y fundaron escuelas en sus monasterios. Alfonso VI creó en el monasterio de benedictinos de Sahagún una escuela que, andando el tiempo, llegó á ser famosa; pero todavía hizo más Alfonso VIII, la fundación de la primera Universidad.

Las primeras Universidades. — Desde muy antiguo existían en Palencia y en Lérida unos *Estudios* ó *academias*, donde se enseñaba la filosofía y la teología, pero los árabes en sus conquistas destruyeron la primera de estas ciudades. Reedificada después, el rey Alfonso VIII fundó en ella en 1205 la primera Universidad; su yerno, Alfonso IX, de León, fundó otra en Badajoz, y poco tiempo después, en 1210, la de Salamanca, enriquecida con gran número de privilegios por el rey y por la Santa Sede. La Universidad de Salamanca fué llamada la *Atenas española* por sus sabios, llegando á reunir ochenta y seis profesores y más de siete mil estudiantes. La influencia que ejercieron las Universidades en la cultura del país fué extrardinaria; de ellas salieron eclesiásticos, prelados, legistas, médicos y filósofos que elevaron el nombre de España al más alto grado de esplendor. A sus fiestas literarias acudían las damas, el clero y la nobleza. Los grados que se conferían en ellas eran los de bachiller, licenciado, maestro y doctor. Cuando algún estudiante obtenía el grado de doctor era día de fiesta en la ciudad; se corrían toros, se daba un banquete, y el nuevo doctor juraba guardar fidelidad al rey y defender el misterio de la Inmaculada Concepción. Igual juramento se hacía en las demás Universidades de Cataluña y Aragón.

En el mismo siglo se fundaron otras Universidades. Jaime *el Conquistador*, la de Valencia en 1245 y la de Lérida poco tiempo antes.

Raimundo Lulio, la de Mallorca.

San Fernando, la de Valladolid.

Alfonso *el Sabio*, la de Sevilla, en 1256.

La instrucción primaria. — El adelanto iniciado por la creación de las Universidades no continúa; hay todavía mucha ignorancia, y la generalidad no se aprovecha de él. Llega hasta el extremo de que en un Concilio celebrado en Valladolid en 1228, se establece: «Que todos los beneficiados que non saben fablar latín, sacados los vieyos, que sean constreñidos, que aprendan, et que non les den los beneficios fasta que sepan fablar latín». El hecho es abrumador, porque si el mismo clero, en quien parece que se había de vincular el monopolio del saber, se encontraba en tal estado, ¿qué sería el pueblo?

Alfonso X el Sabio. — El reinado de este monarca, si desde el punto de vista político deja mucho que desear, desde el punto de vista literario, es el más ilustre de todos. Él fué el que fijó la lengua castellana y la hizo lengua nacional, aboliendo el latín corrompido, y él fué el *primer legislador* en España sobre instrucción pública. En efecto; en el admirable *Código de las Siete partidas*, cuerpo de derecho superior al que tenían las demás naciones de Europa, se echan ya los cimientos de la pública instrucción. La partida II, título XXXI, que versa acerca de los estudios generales, es una prueba de la particular protección que dió el rey sabio á cuanto tendía á civilizar la ruda sociedad de su siglo.

Pero por desgracia, en las ocho leyes que se ven en la partida II, que detallan la organización de los establecimientos de enseñanza, los privilegios de sus profesores, sus condiciones, etc., no hay nada, repetimos, que se relacione con la instrucción primaria, lo cual prueba que era libre, ó que sólo se daba en algunas escuelas, catedrales y parroquiales. Es menester llegar hasta Enrique II, el primer monarca que se ocupa de ello. En efecto; en una ley dada en Toro en 1319 se otorgan á los maestros de primeras letras grandes privilegios y exenciones, se les concede el título de hijosdalgo, se les releva de quintas, de cargos concejiles, etc. (1).

(1) Véase el apéndice A.

Pero esta ley no se cumplió. D.ª Isabel I la confirmó después y su hijo Carlos V, pero tampoco se cumplió; como si ya desde antiguo persiguiese al Magisterio un funesto hado.

La enseñanza en Cataluña y Aragón. — El Sr. Gil y Zárate, en su célebre libro *De la Instrucción pública en España*, dice á este respecto:

«El condado de Barcelona, formando á veces un solo Estado con la Provenza, y hablando la misma lengua, participó de su temprana civilización, y unido después al reino de Aragón, le comunicó su cultura. Brillaron las letras en aquella parte de España, siendo catalanes, valencianos y mallorquines muchos de los más célebres trovadores que encantaron á Europa con su galante y sutil poesía. Por otro lado, las continuas comunicaciones de estos reinos con Italia; la dominación que sus monarcas ejercieron en Sicilia y Nápoles; las expediciones á Oriente, que hicieron vacilar el imperio griego; el gran comercio de los catalanes; su destreza y fama en la navegación, á tal punto que sus leyes marítimas llegaron casi á ser un código universal; la frecuente celebración de las cortes de amor, así en Barcelona como en Zaragoza; la costumbre que tenían muchas familias de enviar sus hijos á Bolonia para educarse en aquella Universidad, que sólo á la de París cedía en gloria literaria, todo contribuyó á que los pobladores de las costas del Mediterráneo se adelantasen tal vez á los castellanos. Y no faltaron tampoco en Aragón escuelas donde su juventud se formase, constando que en sus iglesias y monasterios sucedía lo que en toda la cristiandad. Casi al propio tiempo que la Universidad de Valladolid, se fundaba la de Lérida para el condado de Barcelona. La ciudad de Huesca, recordando que en ella había establecido el romano Sertorio un célebre gimnasio donde se educó gran parte de la nobleza española, solicitó del rey D. Pedro IV la creación de Estudios generales, á lo que este monarca accedió, mandando al propio tiempo que aquella Universidad fuese la única en todo el reino de Aragón. Zaragoza poseía de antiguo escuelas que, fundadas, según dicen, por Augusto,

pasaron luego á manos del clero, y hasta se conservaron durante la dominación sarracena, recuperando su esplendor después de la reconquista. Esfuerzos hicieron sus habitantes para convertir estos estudios en generales y luego en Universidad, y al fin lo consiguieron, aunque bastante tarde. Cuando el rey D. Jaime I ganó á Valencia, le concedió un fuero que establecía la libertad de enseñanza, con cuyo motivo se dedicaron muchos á este ejercicio, contándose entre ellos á varios doctores de la Universidad de París, hasta que San Vicente Ferrer reunió todas estas escuelas particulares en un estudio público, que más adelante logró igualmente conferir los grados académicos».

Raimundo Lulio.—Este célebre filósofo, natural de Mallorca (1235-1315), después de una juventud novelesca, abrazó el hábito franciscano. Dotado de un talento extraordinario, se hizo célebre en todos los ramos de la filosofía escolástica, en la teología, en las matemáticas y en las ciencias naturales. Fué llamado el *doctor iluminado*. Es el autor de su célebre *Arte magna*, obra filosófica que á pesar de sus sutilezas la adoptó la Universidad de París. Su actividad fué tal, que recorre Europa entera, va á la Palestina, al África, persuade al Papa para que cree cátedras de lenguas orientales, enseña en varias Universidades, se dedica á la alquimia, y, por último, vuelve nuevamente al África, predica en árabe á los moros y muere apedreado.

Lulio fué el primero, por decirlo así, que *adivinó* la existencia del nuevo mundo ó América, observando las mareas en las costas de Inglaterra.

A pesar de que nada dicen de él las obras pedagógicas francesas y alemanas, debe considerarse como escritor de pedagogía. De las voluminosas obras que escribió merece citarse una, el *Arte pueril*, dedicada á su hijo. Quiere que el niño reciba la enseñanza en lengua vulgar, no en latín; formula un plan de enseñanza primaria completo, y hasta forma el programa. Desea que el niño aprenda además de la enseñanza religiosa, todo cuanto sea útil para el alma y el cuerpo. Dice que debe haber enlace entre los diversos grados de enseñanza; en fin, quiere romper con la tradi-

ción y con la disciplina dura de aquellos tiempos. Sus estudios y sus trabajos, sin embargo, no fueron apreciados, y sufrió más á menudo persecuciones que honores. La posteridad le ha hecho justicia y ha ensalzado su memoria, y la Orden franciscana lo considera como mártir.

Su doctrina filosófica *(lulismo)* tuvo muchos partidarios dentro y fuera de España.

VI

LA ENSEÑANZA EN LOS SIGLOS XV Y XVI

Después del azaroso reinado de Enrique IV, ocupan el trono de Castilla D.ª Isabel y su esposo D. Fernando. Realizada la unidad nacional con la toma de Granada y la expulsión de los moros, comienza para la nación española una era de prosperidad y de ventura. Amantes los reyes de las letras y las ciencias — sobre todo D.ª Isabel, — ponen especial empeño en todo lo que se relaciona con la instrucción pública, crean escuelas y Universidades y favorecen la propagación de la imprenta.

D.ª Isabel da el ejemplo estudiando la lengua latina y educando á los hijos de la nobleza. Pero permítasenos copiar lo que con tal motivo explica en hermoso estilo el señor Lafuente (1):

«Consiguiente al aprecio que le merecía la instrucción de otros y con que procuró la suya propia, fué la educación que cuidó de dar á sus hijos. Además de la parte religiosa y moral, que era para ella lo primero, hizo que las infantas aprendiesen las labores propias y hasta las humildes de su sexo. Las hijas de la reina de Castilla hilaban, cosían, bordaban y hacían otras labores de mano, en lo cual no hacían sino imitar el ejemplo de su madre, á quien el conocimiento y ejercicio de estas labores valió á veces una inmensa popularidad, porque una bandera bordada

(1) *Historia de España*, tomo IX.

por su mano que regalaba al ejército, un manto, un paño de altar ó una casulla cosida y decorada por ella misma y que destinaba al primer templo de una ciudad recién conquistada de los moros, excitaba el ardor bélico y el ardor religioso, y le captaba el amor y el entusiasmo del ejército y del pueblo. Mas no limitaba á esto sólo la educación de las infantas, sino que para instruirlas en todo género de conocimientos, empleaba los mejores maestros españoles, y hacia venir á toda costa los hombres más doctos de Italia, el país donde en aquel tiempo brillaban más las letras y la clásica erudición.

»Así las hijas de los reyes de España se distinguían entonces por sus conocimientos, y el sabio Erasmo llamaba *egregiamente docta* á la menor de ellas, á la desgraciada Catalina, esposa repudiada de Enrique VIII de Inglaterra.

»Nunca los ejemplos de los reyes en estas materias son infructuosos para los pueblos.

»La instrucción que la reina se afanaba por adquirir para sí misma y procuraba se diese á los infantes sus hijos, la que adquirían los jóvenes que con éstos se educaban, la honra y protección que dispensaba á las letras, á la aplicación y al talento, todo contribuyó á hacer que los caballeros de la corte, que antes no conocían otra ocupación noble ni otra profesión honrosa que la de las armas, se aficionaran á las letras y las cultivaran con ardor, procurando y haciendo punto de amor propio el sobresalir en las cátedras, como antes le hacían solamente de sobresalir en los campos de batalla y en los combates. Así, al modo que antes de este reinado, dijo ya un antiguo y erudito escritor, era muy raro hallar una persona de ilustre cuna que en su juventud hubiera estudiado siquiera el latín, ahora se veían diariamente muchísimas que procuraban añadir el brillo de las letras á las glorias militares heredadas de sus mayores.

»Las señoras no eran indiferentes al ejemplo de la reina y de las infantas, y entonces se vió adónde alcanzaban las disposiciones intelectuales de las damas españolas.

»La que enseñó el latín á la reina era una mujer, doña

Beatriz de Galindo, á quien por esta circunstancia y por su especial saber se le dió el sobrenombre de «La Latina».

»Doña María Pacheco y la marquesa de Monteagudo, hija del conde de Tendilla, dieron con su instrucción nuevo lustre á la esclarecida familia de Mendoza, cuyo esplendor literario, que derivaba ya del célebre marqués de Santillana, mantenían con honra el gran cardenal de España y arzobispo de Toledo y el historiador D. Diego Hurtado, hermano de aquellas dos señoras. En una cátedra de Alcalá se escuchaban con singular placer las elocuentes lecciones de retórica de la hija del historiador Lebrija, y en otra de Salamanca enseñaba la docta D.ª Lucía de Medrano los clásicos latinos.

»Esta instrucción en las personas del bello sexo y su admisión á la enseñanza en las aulas públicas, costumbre tal vez no extendida fuera de España en aquella época, y que en este mismo país dejó de serlo en tiempos posteriores, debíase sin duda á la protección que la reina Isabel dispensaba á los estudios, y al entusiasmo que bajo su influencia produjo el renacimiento de la literatura clásica. Hasta tal punto se hizo esto de moda, que la primera gramática castellana, publicada por el erudito Antonio de Lebrija, el año mismo de la conquista de Granada (1492), se dice que se destinó para uso é instrucción de las damas de la corte»...

La hija de los Reyes Católicos, D.ª Catalina de Aragón, era mujer muy instruída, y quiso que también sus hijos lo fuesen. Los educó el célebre filósofo español Luis Vives—de quien ya nos hemos ocupado,—el hombre más profundo de su tiempo. El mismo Erasmo lo tenía por un prodigio. Las obras de Vives, escritas en latín, fueron muy leídas en España, pero sus principios pedagógicos ó no se comprendieron entonces ó fueron olvidados muy pronto en nuestra patria. Y, sin embargo, Vives fué el que mayor influencia ejerció en Bacon, en Sturm y en otros filósofos, y el mismo San Ignacio de Loyola parece que se inclina al parecer del crítico valenciano en muchas cosas, pues algunas prescripciones sobre la educación, la emulación y los

castigos, los recreos y la educación física se encuentran en la obra de Vives.

Antonio de Nebrija. — Floreció este insigne gramático, natural de Lebrija, 1444, en el glorioso reinado de los Reyes Católicos, y á él se debe en gran parte el progreso de las letras y de la literatura castellana. Escribió la primera *Gramática castellana,* y es muy notable por la novedad de sus pensamientos y por la claridad y exactitud de sus juicios. «Yo os aconsejo, dice en el prólogo, que en lugar de tantos libros fabulosos, hagáis á vuestros hijos leer y estudiar la Grámática, pues que ella es, no sólo la llave maestra que abre la puerta á todas las ciencias y artes, sino la que cultiva y fortifica las semillas de virtud que la Naturaleza ha echado en ellas».

Su hija Antonia fué muy instruída y llegó á explicar los autores clásicos en una cátedra de Salamanca.

Hacia la misma época, Alfonso de Palencia publicó el primer *Diccionario* de nuestra lengua, que luego fué enriquecido y ampliado por Covarrubias, con el título de *Tesoro de la lengua castellana.*

Cisneros. — El cardenal Jiménez de Cisneros, no sólo fué un hombre notable como político y reformador de las Órdenes religiosas, sino como orientalista y decidido protector de la enseñanza. Nada diremos de la famosa *Biblia políglota,* honra de la tipografía y del saber de su director, y que por sí sola bastaría para inmortalizar á un sabio. Hizo más todavía: levantó un grandioso templo al saber con la Universidad de Alcalá de Henares y colegios agregados á ella, dispensando protección á los sabios, á los literatos y á los estudiantes pobres; edificios suntuosos dignos de un monarca y que el humilde franciscano erigió á sus espensas. Sorprendido el rey de Francia Francisco I cuando visitó esta célebre Universidad, exclamó: «Vuestro Cisneros ha ejecutado más de lo que yo me hubiera atrevido á imaginar; ha llevado él sólo á cabo lo que una serie de reyes pudo hacer en Francia».

D. Fernando V la visitó en 1513 y quedó admirado de aquellos edificios. El cardenal Cisneros contestó: «Señor,

mientras vos ganáis reinos y formáis capitanes, yo trabajo para formaros hombres que sirvan á España y á la Iglesia de Dios». Esta Universidad tuvo muchos privilegios. Llegó á contar más de siete mil estudiantes.

Merece también citarse en esta época á *D. Alonso de Fonseca,* prelado de la Santa Iglesia de Toledo, y que en 1521 fundó la Universidad de Santiago de Compostela y muchos colegios de enseñanza.

Los libros y las escuelas en esta época. — «Los libros españoles, dice un distinguido escritor, se imprimían en toda Europa, único ejemplo en la historia literaria, á excepción del latín; porque jamás las naciones cultas de esta parte del mundo han impreso en lengua extraña las obras de una sola nación, más que en aquel brillantísimo período en que dominaba todavía el impulso dado por Castilla. Nuestros más célebres escritores pudieron ver sus obras impresas en su lengua en París, en Roma, en Venecia y en Milán, con advertencias en que se demostraba que el conocimiento de esta lengua era familiar á los literatos y á las personas de regular educación.

»Hubo además por este tiempo en España una porción de escuelas especiales, cuyo recuerdo, que sería honroso para la historia de nuestra ciencia, debe quedar limitado á simples citas, dado el olvido con que aquí se han mirado estos estudios. Pero consta que Zaragoza tuvo una escuela para el estudio de las ciencias, titulada de Nuestra Señora, y fundada por Francisco Fernández Raxo, natural de Orihuela; que en el colegio de Santa María de Jesús, agregado á la Universidad de Sevilla, había cátedras libres de ciencias, y en una de ellas explicó su fundador, Rodrigo Fernández Santaella (1508), el cual tradujo los viajes de Marco Polo y el tratado de cosmografía de Poggio, y algunas ciudades, como San Sebastián, por ejemplo, tuvieron escuela de náutica».

El Sr. Picatoste en su obra *Los españoles en Italia,* dice:

«En el siglo XVI el número de maestros de primeras letras era muy grande en España, y todos ellos gozaban consideraciones y privilegios notables y honrosos para

nuestra patria, en una época en que en Francia se les obligaba á servir de criados de los municipios, á desempeñar el cargo de pregonero y á limpiar las letrinas, y en Italia á barrer la iglesia, cuidar de la sacristía, y en algunos puntos á servir en la casa del cura.

»Era frecuente en muchas provincias de España el mandato de los municipios para la asistencia á la escuela; y en otras existía la enseñanza obligatoria con sanción penal; habiendo resuelto, por tanto, este problema dos siglos antes que se discutiese en toda Europa, y cuando hoy no se han atrevido á llevarle á la práctica la mayor parte de las naciones (1).

»Esta sanción penal consistía en multa, destierro ó en la obligación de pagar una cantidad al maestro, como si diera la enseñanza.

»El maestro solia tener casa, se le pagaba por la enseñanza de los pobres y cobraba convencionalmente de los ricos. En algunos puntos se le imponían multas de 100 maravedís por cada día que faltase á la escuela.

»Muchos de aquellos maestros dejaron obras notables y fueron hasta célebres literatos; discutían la ortografía y la gramática detenidamente y exponían los métodos de enseñanza que dos siglos después se han presentado como nuevos en Europa, llevando hoy en la misma España nombres extranjeros. Pedro Ortega fué partidario de la enseñanza individual, porque «adaptándose el maestro al en»tendimiento del niño, lucía más la enseñanza y daba á »conocer al maestro su capacidad é inclinaciones»; y Juan de la Cuesta preferia la enseñanza mutua, expresada con los mismos principios y axiomas que hoy se enseñan en la Pedagogía» (2).

En cuanto al sistema de corrección, se creía muy justamente que la sabiduría, la ciencia, el estudio dignifica-

---

(1) En Galicia llegó á penarse con tres años de destierro á los vecinos que no enviaban sus hijos á la escuela, y en Madrid en 1512 se conminó del mismo modo con una multa de 2.000 maravedís.

(2) PICATOSTE, *Estudios sobre la grandeza y decadencia de España.*

ban y ennoblecían al hombre, y «no era medio propio de elevarle á la nobleza de las letras el someterle á los castigos propios de las bestias», como decía Juan López de la Cuadra, maestro de las infantas en 1541; se aconsejaba que el castigo «fuese moderado, por ser el más provechoso»; que se eligiese de tal modo que «el mismo castigo fuese enseñanza y no sólo punición»; y los maestros se lamentaban de que los frailes impusiesen duros castigos personales, porque «como no tenían hijos, no sabían lo que era este amor de los hijos ni conseguían con ellos sacar mayores ventajas en los discípulos».

Asistiendo muchos hijos de nobles á las escuelas era costumbre casi erigida en ley no pegar, y para no establecer diferencias ante la autoridad del maestro, igual para todos, tampoco se pegaba á los hijos de pecheros. En casi todas las escuelas tomaban parte los alumnos en las fiestas públicas con exámenes ó actos literarios; representaban comedias, escritas muchas veces por el mismo maestro; y los sobresalientes recibían pensiones, grados gratuitos ú otros premios que solían señalar los cabildos, los ricos ó los concejos».

D. Vicente de Lafuente, en su *Historia de las Universidades*, dice que llegaron á establecerse hasta 4.000 estudios de Gramática, además de las 32 Universidades, en donde se daba la enseñanza de los idiomas griego y latino, á principios del siglo XVII. Y cita á este efecto algunas palabras de Fernando Navarrete, quejándose de tan excesivo número, que producía males sin cuento, y copia el siguiente párrafo de una petición dirigida por los diputados del reino, en que éstos dicen: «Las comodidades de las escuelas de Gramática son las que convidan á que muchas personas se apliquen á comenzar sus estudios á fin de eximirse con ellos de los cuidados y trabajos que tuvieron y profesaron sus padres; siendo muchos los que, ó por falta de hacienda ó mengua de talento, se quedan en solos los principios de Gramática y con ellos tienen ánimo de aspirar al sacerdocio. Y algunos que no pueden llegar á conseguir las órdenes se quedan en estado de vagamundos, unos á título de

estudiantes y otros fingiéndose sacerdotes, y de este género de gente se ven en la República graves y enormes delitos, debiéndoseles prohibir el que pudiesen mendigar sin licencia de sus Rectores como por las leyes del reino está ordenado».

La dinastía austriaca. — Carlos V volvió á reproducir la Pragmática de Enrique II en beneficio de los maestros, aunque con pocos resultados, y otro tanto hizo Felipe II. Este monarca, á pesar de que se le pinta por algunos escritores como un tirano, hizo bastante por el pueblo, no permitiendo la usura, haciendo que los obreros no fuesen víctimas de sus patronos, creando la Universidad de Méjico y disponiendo la tasa de cuatro maravedís en las cartillas que se vendían para uso de los niños (1). Fué también muy amante de los estudios matemáticos y literarios, y sobre todo, de las bellas artes. Prueba de ello es el magnífico monasterio de San Lorenzo del Escorial y su célebre biblioteca, saqueada después por los franceses en la guerra de la Independencia.

En Zaragoza un famoso humanista, *Pedro Simón Abril* (1575), fué incansable en su generosa empresa de generalizar al alcance del vulgo la literatura y la ciencia de los antiguos, desde las comedias de Terencio hasta la *Política* de Aristóteles. Dicho laborioso escritor publicó en Madrid en 1582, entre otras obras, el opúsculo titulado *Tablas de leer y escribir* bien y fácilmente; *Gramática castellana, Comparación de las lenguas latina y castellana* y *Fábulas de Esopo*, traducidas del griego en latín y romance.

Fr. Pedro Ponce (1520-1584). — Humilde religioso benedictino del convento de San Salvador de Oña (Burgos), es el *primer maestro* de sordomudos. Estos desgraciados, de quienes hasta el mismo Aristóteles dijo que era imposible su educación, tuvieron desde entonces posibilidad de instruirse en todos los ramos del saber y de comunicarse con los demás. Lleno Fr. Pedro Ponce de caridad y de celo

(1) Véase el apéndice B.

por la salvación de las almas, comenzó con gran habilidad y paciencia la educación de un niño sordomudo, hermano menor del Condestable de Castilla, y le enseñó á *hablar* y le puso en estado de entender y de responder con acierto á las preguntas que se le dirigían. Instruyó luego á otros dos niños y también consiguió excelentes resultados, enseñándoles la pronunciación, las lenguas latina é italiana, la escritura, el dibujo y la arimética. Después tuvo otros muchos discípulos y discípulas.

El Sr. D. Domingo Vaca, de la Biblioteca Nacional, en un artículo publicado en el *Boletín de la Institución libre de Enseñanza*, esclarece este punto. Dice que en el departamento de manuscritos de dicha Biblioteca hay uno que tiene el número 6.330, de letra del siglo XVI, que lleva por título *Tratado legal sobre los mudos*—1550,—por el licenciado Lasso.

«El autor—dice,—monje en el monasterio de San Salvador de Oña, conoció y trató á Ponce de León, vió los resultados obtenidos en la enseñanza de los sordomudos, y dedica su obra precisamente á uno de los discípulos del célebre vallisoletano, que por haber recobrado el uso de la palabra, recobró también el derecho de heredar un mayorazgo».

Se cree que Fr. Pedro Ponce no escribió nada sobre su arte, y si escribió no se encuentra; pero la semilla estaba ya sembrada. Así es que además del citado Lasso, el ilustre aragonés Juan Pablo Bonet, en 1620, escribió una obra titulada *Reducción de las letras y arte para enseñar á hablar á los mudos*, y en ella pone de manifiesto los diferentes métodos y procedimientos que pueden emplearse para la enseñanza de esos desgraciados. Sucesores de Bonet fueron: el andaluz *Miguel Remirez de Carrión* y su hijo *Diego*, el médico *Pedro de Castro* que le popularizó en España é Italia y el *P. Diego Vidal*, escolapio de Zaragoza. De suerte que antes de Montano en Holanda y de Pereira y el abate l'Epée en Francia y de Kerger en Alemania, España tiene la prioridad en esta materia, y española es la primera obra de esta clase. A fines del siglo XVI publicó en Madrid el

maestro y calígrafo *Francisco Lucas* su *Arte* de enseñar á leer y escribir á ciegos y lo dedicó al rey Felipe II; pero tardóse mucho tiempo en no atender á su educación. También se ocupó de ellos *Alejo de Venegas* en su *Ortografía*.

Entre los muchos escritores célebres del reinado de Felipe II, merece citarse un sabio médico español, *D. Juan Huarte*, que con su obra *Examen de Ingenios para las ciencias*, se acreditó de pensador y de psicólogo. Nacido en Navarra, ejerció la medicina en Huesca, y fruto de su experiencia y de sus viajes y de su mucha erudición fué esta obra, que contiene proposiciones atrevidas, algunas erróneas, y que fué la base, según algunos, del sistema frenológico de Gall. Su libro, publicado en 1557, se tradujo á muchos idiomas, y en 1883 se ha hecho una nueva edición en Barcelona. Gran parte de su teoría se funda en la doctrina de los temperamentos, que entonces se hallaba muy en boga; pero de todos modos, es libro curioso que vale la pena de leer.

El sistema mutuo. — Los ingleses atribuyen este sistema á dos misioneros evangélicos, Bell y Lancaster, pero consta que el P. Lorenzo Ortiz, de la Compañía de Jesús, lo practicó en Madrid en 1690, y que en Aranjuez, en 1780, lo practicó también Anduaga y después los Escolapios; pero el Sr. Barrantes, en su discurso de recepción en la Academia de la Historia en 1871, dice lo siguiente:

«Hubo en Filipinas un fraile extremeño, cuyo nombre sólo vive en las crónicas eclesiásticas, aunque fundó 20 pueblos, hoy habitados por 150.000 almas—que no han hecho tantos famosos conquistadores,—para lo cual buscaba á los indios por selvas inextricables, como el pastor á su oveja, y en hombros los llevaba á través de manglares y pantanos á formar el rebaño de la civilización en el redil de una iglesia, por él mismo de cañas construída. No contento con esto, no contento con haber escrito los primeros libros donde se estudian y descifran las costumbres, las leyes y las lenguas de aquellas razas arrojadas á la Oceanía de todos los puntos del Asia, como algas desprendidas sabe Dios de qué profundas rocas; no contento con haber

servido de intérprete á los primeros Administradores de la justicia, que semejaban entre aquellas gentes á la débil razón humana entre los escombros de la torre de Babel; para acabar, como dice un cronista, «de rendir el bronco »genio del indio bozal... y ahuyentar su natural timidez al »español», inventó un género de escuelas cuyo lauro ha recogido cierto misionero anglicano dos siglos después.

»Figuraos á la sombra de un tapanco de caña ó nipa, sentados en el suelo como los árabes, cuya melancolía y actitudes han heredado, muchos niños de rostro verdoso, inteligente y vivaz, según su edad es más corta, pues á medida que crecen va el clima devorador borrándoles aquellos hermosos rasgos. Tienen delante, á la mano, sendos cajones llenos de blanca y finísima arena, donde un dedo más experto que el suyo ha trazado letras y palabras. Tienen otros hojas extensas de plátano, turgentes y blanquecinas como pedazos de cielo alboreante, donde con una astilla de bambú graban los niños las mismas palabras que oyen pronunciar á sus compañeros de lectura. Entre ambas filas se pasean con gravedad otros niños que ya saben aquella lección, y acercándose ora á un compañero, ora á otro, les corrigen y les reprenden. En el fondo del cuadro, bajo un Crucifijo rústico, en una silla de cañas toscamente entretejidas, un fraile anciano, de rostro consumido y melancólico, apoya los codos en una mesa, do van poniéndole delante los infantiles directores aquellas hojas de plátano por el rústico estilete agujereadas. En su mismo idioma, les hace el Padre en voz baja sus observaciones, que pondrían trémulos y fuera de sí á los niños si en persona las recibiesen, ó irritación ó menosprecio les causaran de la boca de sus *repetidores;* pero que les inspiran, por el contrario, alto respeto cuando de la del Padre se las transmiten. Suenan á este punto dos campanadas en la próxima iglesia, y poniéndose el religioso en actitud de bendecir, van todos los niños besándole la mano y el cordón, y salen procesionalmente de la escuela, cantando el *Veni Creator* ó el *Sinite párvulos*».

VII

DECADENCIA EN EL SIGLO XVII

La buena semilla sembrada por los Reyes Católicos y cultivada por el Cardenal Cisneros, llegó á esterilizarse bajo la dinastía austriaca. Carlos V invirtió la mayor parte de su reinado en guerras con Francia y Alemania, y otro tanto hicieron sus sucesores los Felipes. Así, pues, á nuestra decadencia en el orden político, siguió también la decadencia en el orden intelectual. Las muchas Universidades españolas formaban eruditos, sabios si se quiere, pero no hombres prácticos; no había en ellas unidad ni plan, y hasta se hacían la guerra por disputas de escuela.

Unas gozaban de grandes privilegios, otras no. Las lenguas orientales, la teología, el derecho canónico, el latín y el griego, se estudiaban con gran extensión; el latín era la lengua de la cátedra y se desdeñaban de escribir textos en castellano. En cambio las ciencias exactas se fueron olvidando de tal manera, que en la biblioteca de la célebre Universidad salmantina no había un tratado de matemáticas. Así lo dice Villarroel cuando fué propuesto para aquella cátedra.

En una palabra, la instrucción pública, ya por efecto de la desconfianza con que era mirada por el clero regular y por la Inquisición, cayó en el mayor abandono.

Un escritor ya nombrado hace el siguiente triste cuadro de nuestra decadencia:

«Perdiéronse en absoluto los estudios científicos; se olvidó nuestra propia ciencia hasta el punto de resucitarse los errores y preocupaciones de la Edad Media, que nuestros sabios habían combatido en el siglo XVI. El claustro, asilo de las ciencias, refugio tranquilo de los hombres estudiosos, lugar de meditación, tras procelosa vida en sentido de la patria, se convirtió en asociación de holgazanes, donde solamente algunos ingenios medianos, para huir de

la ociosidad, escribían libros empalagosos de ridículo título, mereciendo por ello con frecuencia el nombre de pozo de ciencia y abismo de sabiduría.

»Nuestra patria retrocedió dos siglos, creándose bajo aquella enseñanza una juventud llena de vicios en el cuerpo y en la inteligencia.

»Perdióse aquel empeño con que todas las clases de la sociedad querían, según una frase muy repetida, expulsar la propia ignorancia, y del cual puede servir de ejemplo el cabildo de Badajoz, que, observando en 1497 la ignorancia de los beneficiados, dispuso que todos los años fuesen comisionados cuatro de éstos para estudiar en las Universidades españolas y en las de París, Bolonia y Pavía, sin que pudiesen tener allí más ocupación que el estudio, ni quedarse en ninguna parte, sino cumplir la obligación de volver al seno del cabildo para difundir su ilustración y su ciencia.

»El fondo de la enseñanza llegó á ser tan ridículo, que no salía de un ergotismo estéril, de problemas tan extraños, que hoy hacen asomar la risa á los labios, y de un casuismo que, abarcándolo todo solamente en el terreno especulativo, encerraba el mundo y la ciencia en una serie de proposiciones, alejándose cada vez más de la naturaleza y de la verdad» (1).

VIII

LA HERMANDAD DE SAN CASIANO (2)

En tiempo de Felipe IV (1642) empiezan los maestros de Madrid á agremiarse ó asociarse, constituyendo la *Her-*

---

(1) PICATOSTE, obra citada.

(2) San Casiano fué maestro de escuela en Imola (Italia) y fué martirizado por sus mismos discípulos, á instigación de los idólatras. También se dice que fué obispo, aunque el P. Interian de Ayala asegura que no puede probarse.

mandad de San Casiano, con el doble objeto de protegerse y mejorar la enseñanza. Para ingresar en ella se requería ser maestro examinado, con ejercicio en escuela pública, de buena y ejemplar vida y de loables costumbres. Dos hermanos mayores gobernaban la Congregación.

Cuando un congregante caía enfermo, le visitaban los hermanos mayores, le socorrían si era necesitado, y encomendaban la escuela á un ayudante á costa de la Hermandad. Los mismos auxilios le prestaban en caso de prisión ó en cualquier otro trabajo. En caso de muerte dispensaban á las viudas los mismos socorros que á los congregantes (CARDERERA).

El rey Felipe IV les concedió la facultad de examinar á los que querían ser maestros.

Este privilegio fué aprobado por el Consejo de Castilla, y desde esta época puede decirse que existe en España de una manera oficial el profesorado de Instrucción primaria.

Comprendiendo la Hermandad de San Casiano que á pesar de tener sus estatutos aprobados por el Consejo, no por eso sus individuos se distinguían de los demás pecheros ni sus cartas de examen les daban ninguna preeminencia, acudieron al Rey, el cual estableció examinadores y mandó que el Consejo expidiese los títulos concediendo á los que los obtuviesen, las exenciones, gracias y preeminencias que gozaban los demás que ejercían las artes liberales y literarias, exención de quintas, levas y bagajes y de cargos concejiles y no poder ser presos sino por causa criminal. Es curioso ver lo que se exigía en los exámenes de maestros: Doctrina, lectura, escritura y las cuatro reglas de aritmética (1).

La inspección de las escuelas está también consignada en la Ley 1.ª, lib. 8, art. 5.º de la *Novísima Recopilación*, que dice: «Que haya veedores en dicha congregación de San Casiano que cuiden y celen el cumplimiento de la obligación de los maestros, y á este fin se elijan por el mi Consejo, personas en la mi Corte de los profesores más anti-

(1) Véase el apéndice C.

guos y beneméritos, dándoseles por él el título de visitadores».

Pedro de Bethencourt (1619-1667). — Este héroe de la caridad nació en Canarias y fué fundador de los *Bethlemitas*, corporación religiosa destinada á enseñar á los niños pobres y á cuidar de los enfermos. Hallándose en Guatemala y apiadado de la suerte de los infelices esclavos que no tenían un lugar de refugio en sus enfermedades, ni una persona que los enseñase á leer y escribir, quiso atender á lo uno y lo otro, practicando los mayores sacrificios. Lo que hizo San José de Calasanz en Roma, hizo también Bethencourt en Guatemala, y al fin realizó su ideal. La orden de los Bethlemitas fué aprobada por el Papa Inocencio XI en 1687, y se extendió principalmente por Canarias y por Guatemala, contando últimamente en esta república más de 50 establecimientos de enseñanza y beneficencia.

IX

LOS CALÍGRAFOS ESPAÑOLES

Alguien ha dicho con cierto desenfado que mientras en Francia é Inglaterra se agitaban con las teorías filosóficas de Descartes y de Locke, aquí en España nos entreteníamos en vanas disputas caligráficas. Esto no es exacto. Precisamente en España se publicaron mayor número de obras filosóficas que en ninguna otra nación, y por cierto de ideas muy atrevidas; pero la mayoría de esas obras, ó no se conocen ó duermen en el polvo de las Bibliotecas. Basta leer *La Ciencia española*, del Sr. Menendez y Pelayo, para convencernos de ello.

Pero dejando esto aparte, diremos que ningún otro país presenta una serie de calígrafos de tanto mérito como los nuestros, y la mayoría maestros de escuela pública.

Citaremos algunos de ellos:

Juan de Iciar, natural de Durango y maestro público

en Zaragoza, fué el primer calígrafo que entre nosotros dió y publicó reglas sobre el arte de escribir. Publicó en 1555 varias obras de Caligrafía.

Pedro Madariaga, de Arratia (Alava), fué discípulo del anterior y completó en su obra *Arte para escribir bien presto* el pensamiento de su maestro.

Juan de la Cuesta, maestro en Alcalá de Henares, publicó en 1588 otra obra de Caligrafía y Ortografía que obtuvo gran aceptación.

Ignacio Pérez, maestro de Madrid, publicó hacia la misma época una colección de muestras de diferentes clases de letra grabadas en madera por él mismo. Fué el primero que aconsejó el uso de los *seguidores*.

Pedro Díaz Morante, maestro de los hijos de Felipe III, fué también célebre calígrafo y notable especialmente en el rasgueo.

El maestro José de Casanova, notario apostólico y examinador de los maestros del Arte de Escribir en la villa de Madrid, publicó su obra titulada *Arte de escribir todas formas de letras*, dedicada á Felipe IV, en 1650. Esta obra fué censurada por el célebre P. Nieremberg, y á ella dedicaron no pocos versos los poetas Moreto y Calderón (1). Las cincuenta y cinco láminas de que se compone este libro son muy notables y los enlaces y rasgos de muy buen gusto.

En el siglo XVIII merecen citarse:

D. Juan Claudio Aznar de Polanco, arquitecto y maestro de Madrid, autor de un volumen en folio con muchas láminas. Es extremadamente minucioso en los preceptos geométricos.

D. Santiago Palomares de Vergara dió á la estampa excelentes muestras caligráficas.

D. José de Anduaga, émulo del anterior, dió reglas muy sutiles para la enseñanza de la escritura. De aquí se originó una disputa encarnizada entre *palomaristas* y *anduaguistas*.

---

(1) Véase la notable obra de D. Rufino Blanco titulada *Arte de la Escritura*.

En general, los Padres Escolapios han sido buenos calígrafos, y sobre todo el *P. Santiago Delgado,* autor de varias obras y del método silábico para enseñar á leer.

En fin, *D. Torcuato Torio de la Riva,* llamado por algunos *Príncipe de la Escritura,* fué hombre de vastos conocimientos y excelente pedagogo, como lo demostró en todas sus obras, especialmente en la que lleva por título *Arte de Escribir por reglas y por muestras.* Madrid, 1798.

X

FEIJOO Y SARMIENTO

Entre los hombres que más han hecho en España por la ilustración y por desterrar añejas preocupaciones, merece citarse á la cabeza de todos los escritores del siglo XVIII al sabio benedictino Fr. Benito Jerónimo Feijoo, (1676-1764). Dedicóse á la enseñanza durante cuarenta años, y cuando se jubiló, comenzó la publicación de su célebre *Teatro Crítico,* verdadera enciclopedia de varias materias relativas á la medicina, física, psicología, historia, filosofía, crítica, etcétera. Al mismo tiempo destruye multitud de leyendas, milagros apócrifos, supersticiones y consejas, y da pruebas de una inteligencia privilegiada, de sano juicio y de erudición extraordinaria. Publicó después una serie de *Cartas* que tratan de asuntos curiosos y otros muchos trabajos que no han llegado hasta nosotros.

En una de sus cartas se lamenta del atraso que se padece en España en orden á las ciencias naturales, y dice lo siguiente: «Hay una especie de ignorantes perdurables, precisados á saber siempre poco, no por otra razón sino porque piensan que no hay más que saber que aquello poco que saben...

»Esta es la primera causa. La segunda es la preocupación que reina en España contra toda novedad. ¿No es cosa admirable que los filósofos de nuestras aulas desprecien las investigaciones de los modernos por inútiles? ¿Cuál

será más útil, explorar en el examen del mundo físico las obras del Autor de la Naturaleza, ó investigar en largos tratados de *el ente de razón* y de abstracciones lógicas y metafísicas las ficciones del humano entendimiento? Aquello naturalmente eleva la mente á contemplar con admiración la grandeza y sabiduría del Criador; esto la detiene como encarcelada en los laberintos que ella misma fabrica... Otra de las causas es la emulación (no quiero dar peor nombre), ya personal, ya nacional, ya faccionaria».

Las obras de Feijoo tuvieron impugnadores y admiradores, pero el mismo papa Benedicto XIV le tuvo en gran consideración, y hasta el rey Fernando VI prohibió atacar sus escritos.

Hombre aplicadísimo al estudio y de erudición vastísima fué el *P. Martín Sarmiento,* discípulo del anterior, y cuya memoria conviene sacar á luz por ser poco conocido. De él ha dicho un distinguido maestro:

«Todas las excelencias del llamado método intuitivo, del texto en vivo, de las lecciones de cosas, no eran apotegmas desconocidos para el P. Sarmiento, porque si bien no habla, como es natnral, con tales denominaciones en su método didáctico, en el fondo de éste se ve la condenación de la enseñanza rutinaria, verbal y formalista, pues suyo es el consejo que «lo único que permite se estudiase al pie de la letra era el Catecismo».

Nuestro insigne pedagogo consideraba una *majadería* comenzar á escribir por palotes, por la pérdida de tiempo y lo torpe del procedimiento, siendo su sistema el simultáneo para enseñar á leer y escribir. ¡Lástima grande que tan buena doctrina no se recogiese por sus contemporáneos! También decía: «Tocará al maestro bien instruído, cuando ha de sacar á pasear al niño y enseñarle un jardín, una huerta, un río, y decir cómo los hombres usan de estas cosas y para que sirven; igualmente lo hará con un navío, un puerto, etc.».

Quien pinta de mano maestra las escuelas de aquel tiempo y las estupendas disputas sobre ortografía, es el P. Isla en su célebre novela satírica *Fray Gerundio de Campazas.*

XI

ÉPOCA DE CARLOS III

Llegamos ya al reinado de Carlos III, que se distingue no sólo por sus mejoras materiales respecto á carreteras, pueblos, puentes y edificios notables, sino también por el impulso que dió á la instrucción pública en casi todas las esferas; y decimos esto porque apenas si se hizo algo por la enseñanza primaria.

El Rey, aconsejado por el célebre Pablo Olavide, intendente de los pueblos de Sierra Morena, hizo varias reformas para la provisión de cátedras, para que se diesen al mérito y no al favor; abolió la tasa de los libros y puso coto al influjo de la Inquisición respecto de la publicación de libros. Sin embargo, conservó la *tasa* en aquellos libros *de uso indispensable para la instrucción y educación del pueblo*. Se prohibió imprimir pronósticos, romances de ciegos y coplas de ajusticiados, «porque producen impresiones perjudiciales en el público, además de ser una lectura vana y de ninguna utilidad á la pública instrucción». Uno de los acontecimientos más notables de su reinado fué el de la expulsión de la Compañía de Jesús, instigado por su ministro el Conde de Aranda y de acuerdo con los enciclopedistas franceses (1767). No es del caso analizar las razones que hubo para aquella expulsión; pero sí es de notar que los jesuítas tenían en España ciento catorce colegios de todas clases y grados, y que sufrieron el destierro sabios eminentes y literatos famosos.

Entre otros doctos varones de la Compañía de Jesús desterrados de España, merecen citarse el célebre *abate Andrés*, autor de una *Historia de la Literatura;* el *P. José Francisco de Isla*, tan conocido por sus *Cartas* y por *Fray Gerundio de Campazas*, obra satírica para ridiculizar á los malos predicadores y á los dómines pedantes, y el abate *Lorenzo Hervás y Panduro*, doctísimo filólogo y autor de una obra notable titulada *Escuela española de sordomudos*, impresa en

Roma en 1802, y en la cual trata de los métodos y procedimientos más á propósito para la enseñanza de esos desgraciados. Esta obra es una de las más importantes de la Pedagogía española.

»Tuvo, pues, el Rey necesidad de dictar disposiciones para suplir aquel vacío. En primer lugar, dispuso por Real cédula de 1768 la formación de Seminarios Conciliares, dependientes de los Obispos diocesanos, en los edificios que antes habían ocupado los jesuítas y aplicar para su sostenimiento las rentas ó fincas que poseían, y que además se admitieran alumnos pobres y se les mantuviera con el sobrante de las rentas (1).

»En el art. 17 de dicha Real cédula establece las escuelas menores, esto es, la enseñanza secundaria, en las cuales se dan las enseñanzas de gramática, retórica, geometría y artes, dada por personas seglares; enseñanzas que eran las mismas que daban antes los jesuítas.

»En el art. 34 manda establecer *casas de pensión* con un director y los maestros seculares correspondientes y que se dé la enseñanza de las *primeras letras*, gramática, retórica, aritmética, geometría y demás artes que parezcan convenientes. Estos colegios se habrán de crear donde no hubiera Universidad.

»También dispuso que se establecieran casas de enseñanza para las niñas (escuelas) en los pueblos principales de la monarquía, dirigidas por matronas honestas é instruídas, prefiriéndose para ser admitidas en estas escuelas las *hijas de labradores y artesanos*, «porque á las otras (textual) puede proporcionárseles enseñanza á expensas de sus padres, y aun buscar y pagar maestros y maestras».

Estas disposiciones de Carlos III, como son la enseñanza secundaria, las casas de pensión y las escuelas de niñas, asignar el pago por el Estado y dar la enseñanza gratuita extendiéndola por primera vez á la mujer, honran la memoria del monarca.

---

(1) Sánchez de la Campa, *Historia filosófica de la Instrucción pública de España.*

Las primeras escuelas de niñas de la corte son, pues, del reinado de Carlos III, y la primera que se estableció fué en la calle de Miralrío y luego otra en la de la Comadre. En vista de los buenos resultados que se obtuvieron, se elevó su número hasta 30.

Y no es esto sólo. Carlos III creó las Sociedades Económicas de Amigos del País, el colegio de Artillería de Segovia, el Museo de Ciencias naturales, escuelas de agricultura, el Observatorio astronómico y las escuelas de medicina de Madrid, Cádiz y Barcelona. En el Museo de Ciencias naturales se gastó mucho en colecciones y vinieron á explicar profesores extranjeros eminentes. El mismo Carlos Linneo fué llamado para explicar la botánica.

Este movimienta científico era, sin embargo, más aristocrático que popular, y prueba de ello que las escuelas primarias eran malas y el profesor no lo era tampoco más que en el nombre. Mayor instrucción se había exigido en tiempo de Felipe V.

Los profesores de instrucción primaria, según la Real provisión de 1771, habían de acreditar suficiencia: 1.°, en doctrina cristiana; 2.°, haber adquirido pericia en el arte de leer, escribir y contar.

Carlos III envió á varios profesores al extranjero, y fruto de estos viajes fué la creación del *Real Instituto Pestalozziano militar*, que sólo duró dos años. En él se distinguió mucho el célebre coronel Amorós, el introductor de la gimnástica en Francia y España.

D. Francisco Amorós nació en Valencia en 1769. En su carrera militar llegó hasta coronel, y después consejero de Estado y ministro. En 1807 fué nombrado profesor del infante D. Francisco de Paula. Más tarde, por *afrancesado*, tuvo que emigrar y fundó en París un gimnasio y publicó un *Manual de Educación física, gimnástica y moral* (dos volúmenes y un atlas de láminas), obra premiada por el Gobierno francés. Falleció en París en 1840.

XII

ÉPOCA DE CARLOS IV

No fué el reinado de este monarca tan brillante como el del anterior. Víctima el Rey de su favorito D. Manuel Godoy, el llamado Príncipe de la Paz, se consumió el erario en guerras con Francia é Inglaterra. Las ciencias decayeron notablemente, aunque Godoy en sus *Memorias* se complace en decir otra cosa. Débesele, sin embargo, la creación del Depósito Hidrográfico de Madrid, la Escuela de Ingenieros cosmógrafos y las Escuelas de Veterinaria, mientras que su coetáneo Jovellanos creaba el Instituto Asturiano.

D. Gaspar Melchor de Jovellanos (1744-1811). — Insigne literato y distinguido abogado, ocupó en España cargos muy importantes; pero acusado de haber traducido á Rousseau, fué desterrado y preso á las Islas Baleares. Allí permaneció muchos años. Dedicóse á escribir, y las numerosas obras que brotaron de su pluma se han recogido en cinco volúmenes, y en ellos trata de legislación, instrucción pública, geografía, literatura, industria y comercio y antigüedades. Su pensamiento dominante era que España participase de los progresos y adelantos que en las artes y las ciencias alcanzaban las otras naciones. Su célebre *Informe sobre la Ley Agraria* es un estudio notable sobre economía social. La *oración inaugural* del Instituto asturiano es un magnífico discurso en loor de la enseñanza. En su *Memoria sobre la Educación pública* desenvuelve los temas siguientes: 1.° Que la instrucción pública es el primer origen de la prosperidad de un Estado. 2.° Que el principio de esta instrucción es la educación pública. 3.° ¿Cuál es el establecimiento más conveniente para dar la educación? 4.° ¿Cuál es y qué ramos abraza la enseñanza necesaria para difundirla y mejorarla? 5.° ¿Cómo debe ser distribuída y comunicada? 6.° ¿Qué dotación debe tener y cómo se podrá recaudar?

En esta época se multiplicaron las escuelas de instruc-

ción primaria, y se autorizó para que pudieran ejercer el magisterio todos los que tuvieran título y en cualquier provincia.

Sin embargo, en Madrid, en la Corte, apenas si existían escuelas públicas, pues en 1816 las diputaciones de caridad de los sesenta y dos barrios de Madrid pedían la creación de escuelas gratuitas para niños.

En las escuelas de niñas sólo se enseñaba la doctrina cristiana, la lectura y las labores propias de la mujer. Más adelante se enseñó también la escritura; pero por una absurda y añeja preocupación, ninguna niña pobre aprendía á escribir.

En 1802, *D. Vicente Naharro*, deseando acabar con el antiguo método del deletreo, que en su concepto retardaba mucho la enseñanza de la lectura, escribió un interesante libro, *Arte de enseñar á leer*, basado en el silabeo. Este método logró tener muchos partidarios entre los maestros; pero cayó luego en el olvido para venir á sustituirlo en parte el método jacotista de Vallejo. Pero justo es decir que el P. Santiago Delgado había sido algunos años antes el autor del método silábico.

Las Escuelas de Sordomudos.—La Sociedad Económica Matritense de Amigos del País en 1802 pidió autorización al Rey para establecer en Madrid una Escuela de Sordomudos. Desde luego fué aprobado el pensamiento, y en 1804 se inauguró la Escuela. En 1808 se cerró, y volvió á abrirse en 1814, siendo su director D. Tiburcio Hernández, autor del *Plan para enseñar á los sordomudos el idioma español*. Posteriormente fueron directores los ilustrados publicistas Villabrille y Ballesteros, autores de gran número de obras didácticas.

La Escuela de Ciegos, agregada á la de Sordomudos, no se planteó hasta el 1842.

Posteriormente se han ido creando otras Escuelas análogas en Barcelona, Alicante, Santiago, Burgos y otras poblaciones.

A principios de siglo continuaba siendo el latín la lengua de las Universidades, y esto era una rémora, y se le-

gislaba al principio de cada curso prescribiendo los trajes que habían de usar los estudiantes y los catedráticos y la calidad de la tela.

En 1807 la Universidad de Salamanca formó un *Plan completo* de enseñanza, que fué aprobado por el Gobierno, pero que no llegó á ponerse en práctica por la guerra de la Independencia.

XIII

LA ENSEÑANZA EN EL REINADO DE FERNANDO VII

La invasión francesa de 1808, á la cual siguió la gloriosa epopeya de la guerra de la Independencia, paralizó el progreso científico y pedagógico iniciado por Carlos III.

Sin embargo, la Junta Central y sus ilustres miembros, al par que atendieron á la defensa de la nación, no echaron en olvido los intereses morales del país. Los legisladores de Cádiz, hombres honrados y sinceros, de inteligencia y de buena fe, hicieron en 1812 una Constitución basada en los derechos del ciudadano, y que hacía imposible el absolutismo del monarca. La obra era meritoria, pero el tránsito era también muy brusco; era pasar del absolutismo más cerrado á la libertad completa, y, sobre todo, no estando la nación preparada para aquel cambio, dada su falta de educación política. En prueba de su candidez, basta citar el art. 6.°, que dice así: «El amor de la Patria es una de las principales obligaciones de todos los españoles, y asimismo el ser justos y benéficos». Muchos se preguntaban con extrañeza: «¿Qué es eso de Constitución?» No es extraño: hacía muchos años, siglos, que reinaba el absolutismo.

Los legisladores de Cádiz decían en el preámbulo de la Constitución:

«El Estado, no menos que de soldados que le defiendan, necesita de ciudadanos que ilustren á la nación y promuevan su felicidad con todo género de luces y conoci-

mientos. Así que uno de los primeros cuidados que debe ocupar á los representantes de un pueblo grande y generoso es la educación pública. Ésta ha de ser general y uniforme, ya que generales y uniformes son la religión y las leyes de la Monarquía española. Para que el carácter sea nacional; para que el espíritu público pueda dirigirse al grande objeto de formar verdaderos españoles, hombres de bien y amantes de su patria, es preciso que no quede confiada la dirección de la enseñanza pública á manos mercenarias, á genios limitados, imbuídos de falsas ideas ó principios equivocados, que tal vez establecerían una funesta lucha de opiniones y doctrinas. Las ciencias morales y sagradas continuarán enseñándose según los dogmas de nuestra santa religión y la disciplina de la Iglesia de España; las políticas conforme á las leyes fundamentales de la Monarquía, sancionadas por la Constitución, y las exactas y naturales habrán de seguir el progreso de los conocimientos humanos, según el espíritu de investigación que las dirige y las hace útiles en su aplicación á la felicidad de las sociedades».

La Constitución de Cádiz tenía un artículo importante para el desarrollo de la instrucción primaria, el artículo 36, que dice así: «Desde el año 1830 deberán saber leer y escribir los que de nuevo entren en el ejercicio de los derechos de ciudadano». Si se hubiera cumplido este artículo, ya hubiera desaparecido el analfabetismo de España.

Mientras las Cortes de Cádiz legislaban se nombró una comisión para que redactara un *Plan de Estudios*. D. Manuel José Quintana, *nuestro poeta clásico*, escribió un informe brillantísimo que puede verse en el tomo de la Biblioteca editada por Rivadeneira; pero ni las Cortes ni el Gobierno se ocuparon de aquel trabajo. Más adelante logró, sin embargo, hacerlo viable, y en él está inspirado el Plan de 1821.

Después, durante la regencia del general Espartero, Quintana fué profesor de la reina D.ª Isabel II y presidente del Consejo de Instrucción pública, y coronado públicamente por su regia discípula.

Anulada la Constitución por Fernando VII á los pocos días de haberle prestado su juramento, restableció el Consejo de la suprimida Inquisición y autorizó la venida de los jesuítas, reintegrándolos en los colegios que antes habían ocupado.

D. Juan Escoiquiz, célebre canónigo de Zaragoza, fué preceptor de Fernando VII y se distinguió por su odio á Godoy, y por el papel que luego desempeñó en la política de su regio discípulo. Tradujo del inglés *Las noches,* de Young, y el *Paraíso perdido,* de Milton, y compuso para las escuelas el tratadito *Deberes del hombre* y la traducción del popular libro de lectura *El Amigo de los niños.*

A principios del siglo XIX hubo en Europa y América verdadera manía por el sistema de enseñanza mutua, y también la hubo en Madrid. Se creía que el sistema llamado de *Lancáster* — no original suyo — ó lancasteriano, era la panacea universal, que el *desiderátum* era tener escuelas de trescientos ó más niños con un solo maestro, y con este objeto se fundó una escuela en Madrid, y quiso Fernando VII que se extendiera á las demás poblaciones; pero ni el sistema dió resultado, ni las circunstancias políticas consintieron que se propagase.

Dos años después, en 1820, restableció Fernando VII la Constitución de Cádiz á consecuencia de la sublevación de Riego, y volvió á tratarse de la enseñanza con calor y entusiasmo.

Al año siguiente (1821) las Cortes decretaron un Reglamento general de Instrucción pública.

El artículo 1.º dice: «Toda enseñanza costeada por el Estado, ó dada por cualquiera corporación con autorización del gobierno, será pública y uniforme.

»Art. 3.º La enseñanza será gratuita.

»Art. 9.º La enseñanza se divide en primera, segunda y tercera.

»Art. 10. La primera enseñanza es la general é indispensable que debe darse á la infancia, y necesariamente la de comprender la instrucción que exige el artículo 25 de la Constitución para entrar de nuevo desde el año de 1830 en

el ejercicio de los derechos de ciudadano, y la que previene el artículo 366.

»Art. 11. La enseñanza se dará en escuelas públicas de primeras letras.

»Art. 12. En estas escuelas, conforme al citado artículo 366 de la Constitución, aprenderán los niños á leer y escribir correctamente, y asimismo las reglas elementales de aritmética, y un catecismo que comprenda brevemente los dogmas de la religión, las máximas de buena moral y los derechos y obligaciones civiles.

»Art. 13. Lo prevenido en el artículo anterior, no impedirá que se dé más extensión á la primera enseñanza en las escuelas de algunos pueblos en que las diputaciones provinciales lo juzguen conveniente por el mayor vecindario ú otra causa, pudiendo en dichas escuelas enseñarse completamente la aritmética, unos elementos sucintos de geometría y los principios de dibujo necesarios para las artes y oficios.

Art. 14. Para facilitar la más cumplida observancia de la Constitución: 1.° Se establecerá en cada pueblo que llegue á cien vecinos una escuela de primeras letras. 2.° Con respeto á las poblaciones de menor vecindario donde no la haya, las diputaciones provinciales propondrán de que no carezcan de esta primera enseñanza. 3.° En los pueblos de gran vecindario se establecerá una escuela por cada quinientos vecinos.

.....

»Art. 120. Se establecerán escuelas públicas en que se enseñe á las niñas á leer, escribir y contar, y á las adultas las labores y habilidades propias de su sexo.

»Art. 121. El gobierno encargará á las diputaciones provinciales que propongan el número de estas escuelas, los parajes en que deban situarse, como también su dotación y arreglo».

Restablecido de nuevo el régimen absoluto (1823), quedó derogado este Reglamento, y en 1825 D. Francisco Tadeo Calomarde presentó otro en el cual se dividen las escuelas en cuatro grados, se exigen á los maestros exá-

menes y títulos, creando comisiones para el fomento de la instrucción primaria y una central en Madrid, de la cual había de comunicarse á las demás el consiguiente impulso, y disponiendo, en fin, que los sueldos de los maestros fuesen hasta de ocho mil reales (Madrid) y reconociendo derecho á jubilación.

La jubilación se alcanzaba á los 35 años de servicios y ascendía á los dos tercios del sueldo. Si el maestro se imposibilitaba antes para la enseñanza, debían de ser asistidos por el pueblo donde hubiesen enseñado diez años con una tercera parte de la dotación.

En las Juntas provinciales y en la Suprema de Madrid, se daba participación á los PP. Escolapios y á maestros públicos; en fin, á pesar de que el plan fué compuesto por un absolutista, se ve en él el interés por la enseñanza y los maestros. Este plan rigió desde la muerte de Fernando VII hasta 1838. Pero las luchas de nuestro pueblo, el continuo tejer y destejer sobre enseñanza, la ignorancia y las malas pasiones, fueron cada vez mayores obstáculos para la difusión de las luces.

Vallejo. — Brilló por entonces un distinguido matemático que se consagró á la enseñanza por espacio de muchos años: D. José Mariano Vallejo. Merece honrosa mención, no sólo por las obras científicas que escribió, sino también por haber sido propagador del método de Jacotot. Para adaptar los principios de dicho método escribió su célebre *Teoría de la Lectura ó Método analítico para enseñar y aprender á leer* (1827). La clave está basada en esta frase: *Mañana bajará chafallada la pacata garrasayaza.* Este método es más para adultos que para niños, y alcanzó gran boga en España y América. El autor consiguió muy buenos resultados en el cuartel de San Mateo de Madrid, por lo cual fué condecorado por el Gobierno.

Muerto D. Fernando VII en 1833, la Reina Gobernadora concedió una amnistía general, y muchos profesores y hombres ilustres que estaban emigrados volvieron á España. Desgraciadamente la guerra civil dinástica volvió á encenderse en gran parte de España, y sólo terminó des-

pués de seis años de lucha con el Convenio de Vergara en 1839.

Entre los hombres ilustres que volvieron de la emigración, merece el primer lugar el insigne Montesino.

XIV

LA ENSEÑANZA DESDE 1833 Á 1868

D. Pablo Montesino (1781-1849). —Nuestros lectores conocen seguramente la historia de este hombre ilustre, modesto y de gran corazón y propagador incansable de la enseñanza popular.

Después de haber servido como médico en el regimiento de Extremadura, se afilió á las ideas liberales, por cuya causa tuvo que emigrar á Londres. Allí se dedicó á estudiar las instituciones escolares y de beneficencia, y, como él mismo dice, «cuantos progresos y adelantos observaba en el extranjero cuando frecuentaba las escuelas y conversaba con los maestros y alumnos los refería involuntariamente á España, á su patria, á los hijos que dejaba en este suelo, á los de sus amigos y de los españoles todos, á la prosperidad de este desgraciado país y á los medios de su adelantamiento, que *consideraba* y seguía considerando dependiente sobre todo de los progresos de la educación popular» (1).

»En 31 de Agosto de 1834 decía la Reina Gobernadora, por consejo directo de D. José Moscoso de Altamira y, en nuestro sentir, por influencia decisiva de Montesino: «Persuadida de que la enseñanza primaria es uno de los más importantes beneficios que puede dispensarse á los pueblos, y de que ninguno otro puede contribuir más eficazmente á la felicidad de las familias, á la mejora de las costumbres públicas, al conocimiento y mejora de los abusos y á la consolidación de las buenas instituciones políticas;

(1) *Manual para los Maestros de Escuelas de párvulos*, pág. 4. Madrid, 1840.

y enterada del estado deplorable en que se halla este importante ramo, á consecuencia de las desgracías que por tan largo tiempo han afligido á la Monarquía, he tenido á bien resolver que una Comisión, compuesta de sujetos ilustrados y celosos, que me propondréis, se ocupe con preferencia de los reglamentos actuales y de las noticias que habéis reunido en el ministerio de vuestro cargo, en la formación de un plan general de instrucción primaria, en el que se asegure la subsistencia de los profesores y el decoro que les es debido, estableciéndose la correspondiente vigilancia en el régimen moral y administrativo, á fin de que se eviten los abusos que han impedido hasta ahora los progresos de la enseñanza primaria. Y es mi voluntad que la Comisión se ocupe con preferencia, como del objeto más urgente é interesante de sus tareas, de todo lo que convenga para restablecer en esta Corte las escuelas de enseñanza mutua lancasteriana, y sobre todo una normal, en la que se instruyan los profesores de las provincias, que deben generalizar en ellas tan benéfico método, por los medios que nos propondréis con este objeto.

»A dos, capitalmente, pueden reducirse los motivos que tenemos para asegurar que Montesino fué el que inspiró el memorable Decreto que se acaba de mencionar. Consiste el primero en que Montesino formó con Fernández Varela, el duque de Gor y Escario, la Comisión mandada crear por él mismo; y el segundo, en que dicho Decreto contiene todo el plan que nuestro pedagogo llevó á cabo durante los muchos años que trabajó en beneficio de la cultura nacional» (1).

Montesino consagró desde entonces toda su actividad á la creación de la Escuela Normal Central y á las de Párvulos, y la Providencia vino á premiar sus esfuerzos, pues en Marzo de 1839 se abrió la Escuela Normal Central de Maestros, siendo su primer director el Sr. Montesino y profesores los Sres Sáez de Villavieja, electo Obispo de Vich, D. Vicente Santiago Masarnau, D. Eduardo Rodrí-

(1) J. Sama, *Montesino y sus doctrinas pedagógicas.*

guez, D. Leonardo Gallardo y D. Mariano Rementería, profesores distinguidos y de probado celo por la enseñanza.

La creación de las escuelas de párvulos, que con tanto calor había tomado Montesino y en la que fué secundado por D. Ramón de la Sagra y D. Ramón de Mesonero Romanos, se llevó á cabo en 1838, siendo la primera la llamada de Virio, verdadero protector de esta clase de establecimientos, en la calle de Atocha, y el primero de sus maestros D. José Bonilla. Al año siguiente se crearon otras cuatro más. Montesino escribió por encargo de la *Sociedad para propagar y mejorar la educación del pueblo,* un libro donde explica lo que son esta clase de escuelas y los métodos y procedimientos que deben seguirse, el *Manual para los maestros de párvulos,* obra notable y que muchos no la han estudiado suficientemente.

Montesino dirigió también el *Boletín Oficial de Instrucción pública* desde 1841; por encargo de la Dirección general escribió otras obras, alguna de ellas inédita, como las *Veladas;* tradujo del inglés las *Lecciones de cosas por Mayo.* Fué consejero, administrador de la Imprenta Nacional é incansable propagandista de la caridad y de la enseñanza, y murió en 1849, no sin haberse despedido antes de sus antiguos alumnos.

Montesino fué ayudado y secundado en sus reformas sobre enseñanza por el ilustre literato y poeta *D. Antonio Gil y Zárate,* autor del precioso *Manual de Literatura,* y sobre todo de la obra titulada *De la Instrucción pública en España* (tres volúmenes), obra única en su género, y á él hay que referir muchos proyectos de enseñanza y reglamentos para las Escuelas Normales.

Plan de 1838. — El *Plan* de Calomarde no pudo ponerse en práctica hasta la muerte de Fernando VII. Al empezar á funcionar las Juntas de que trata dicho *Plan,* vieron con dolor que de los 14.000 maestros que se dedicaban entonces á la enseñanza, sólo 3.500 tenían título.

El Gobierno, en 21 de Julio de 1838, fué autorizado para presentar á las Cortes un proyecto de ley de enseñanza, y fué aprobado en el mismo año.

El título I trata *De la Instrucción primaria y ramos que comprende*. Ésta se divide en pública y privada, y la pública en elemental y superior. La elemental comprendía: principios de religión y moral, lectura y escritura, principios de aritmética y elementos de gramática castellana. El grado superior exigía: elementos de geometría, dibujo lineal, nociones de ciencias naturales acomodadas á los usos comunes de la vida y elementos de geografía é historia.

El título II se ocupa *De las Escuelas públicas y de sus Maestros*. Sus principales disposiciones son: Todo pueblo que llegue á 100 vecinos estaba obligado á sostener una escuela elemental completa, y en las poblaciones menores que reunidas compusieran el número de 100, tenían la misma obligación; y toda ciudad ó villa que llegue á 1.200 vecinos debía sostener una escuela primaria superior. Cada provincia por sí sola, ó reunida á otra, sostendrá una Escuela Normal de enseñanza primaria, creando en Madrid una Escuela Normal Central, destinada principalmente á formar Maestros para las Escuelas Normales subalternas. Se preceptuaban las condiciones para ser Maestro de escuela primaria completa: 1.ª Veinte años de edad. 2.ª Tener el título correspondiente. 3.ª Certificado de buena conducta. No podían ser Maestros: 1.° Los que hubiesen sido condenados á penas infamatorias. 2.° Los procesados criminalmente. La enseñanza era gratuita para los pobres.

El título III se refiere á los *Títulos para ejercer el cargo de Maestros*. Una comisión especial se encargaba en cada provincia de examinar á los aspirantes, y con un certificado del examen, podían acudir al Ministerio de la Gobernación para la expedición del título. Se denomina el título IV *Del nombramiento de Maestros para las escuelas públicas*. Corresponde éste á los Ayuntamientos de los pueblos, pero con la aprobación del Jefe político, exceptuándose las escuelas sujetas á patronato. El título V expone las condiciones que todo español debía tener para *establecer escuelas primarias privadas y casas de pensión*. En el VI,

bajo la denominación, *De los deberes de los padres de familia ó personas de quienes dependan los niños,* se iniciaba la idea de la enseñanza obligatoria, aunque de una manera incompleta. El VII designa las *Autoridades encargadas de la inspección y gobierno de las escuelas primarias.* El VIII se ocupa *De las escuelas de niñas*, disponiendo que dichas escuelas debían estar separadas de *las escuelas de niños.* El IX trata *De las escuelas de párvulos y de las de adultos,* exponiendo la utilidad de generalizar y fomentar unas y otras. El X es una *Disposición transitoria,* y el XI una *Disposición general.*

Esta ley estaba en armonía con el espíritu de la época en que se promulgó. Satisfacía las necesidades perentorias del momento y ampliaba la instrucción, creando las escuelas primarias, superiores y las Escuelas Normales; pero — como dice el Sr. Martínez, profesor de Sevilla, de quien tomamos esta reseña — los sueldos eran inferiores á los del plan de Calomarde y tampoco se habla nada de jubilaciones.

Las Escuelas Normales. — Hemos dicho que la Escuela Normal Central se inauguró en 1839 y poco después se fueron creando las demás (1). Los alumnos primeros de esta escuela fueron internos y estaban subvencionados por las provincias respectivas. Después, éstos fueron directores de las demás Normales, y se publicó en 1843 un Reglamento orgánico para las mismas, hecho, á lo que parece, por el Sr. Montesino.

En 1849 se creó la Inspección de las Escuelas primarias y se redujeron á treinta el número de Escuelas Normales, esto es, *diez superiores y veinte elementales.*

En 1857 se consignó en la ley de Moyano que hubiese una Escuela Normal en cada provincia.

En 1866 se trató de conservar las Normales necesarias, suprimiendo las que, previo informe de las diputaciones, se creyera oportuno.

---

(1) Véase el *Tratado de la Legislación de primera enseñanza*, por D. Pedro Ferrer y Rivero, octava edición

La Ley de 2 de Julio de 1868 las suprimió del todo, mandando que los estudios del Magisterio se hicieran en los Institutos de segunda enseñanza; pero autorizando á las provincias para que pudieran crear Escuelas Normales, siempre que los alumnos hicieran vida colegiada: no habrían de recibir en ellas otra instrucción que la pedagógica.

El Decreto-Ley de 14 de Octubre de 1868 las restableció de nuevo.

Las Escuelas Normales de Maestras no existen en España hasta después de 1857.

La Escuela Normal Central de Maestras se estableció por Real orden de 24 de Febrero de 1858, colocándola bajo la inmediata dirección de la Junta de Damas de honor y mérito; pero su situación no quedó definitivamente fijada hasta 1879.

El artículo 114 de la Ley de Instrucción pública dice: «El Gobierno procurará que se establezcan Escuelas Normales de Maestras para mejorar la instrucción de las niñas».

Profesores ilustres en esta época. — Entre el gran número de profesores que ilustraron el reinado de D.ª Isabel II, sólo nos ocuparemos de Balmes, Moyano, Borao, Carderera y Avendaño.

D. Jaime Balmes (1810-1848), eminente filósofo de Vich, muerto en edad temprana, fué uno de los hombres de mayor capacidad intelectual de Europa. Balmes se dedicó al profesorado, y allí recogió luminosas observaciones, que pueden verse en *El Criterio*, verdadero tratado de pedagogía y de lógica, claro, sencillo, correcto y práctico. ¡Con qué claridad explica el origen de las ideas, las funciones del entendimiento, el modo de desarrollar la atención, el talento, la voluntad y la conciencia! Al lado de esta obra, que podemos llamar elemental, escribió otras muy profundas, como *La Filosofía fundamental* y *El Protestantismo comparado con el Catolicismo en sus relaciones con la civilización europea*, obra que ha sido traducida al alemán y al francés. Fué, además de filósofo, matemático, poeta y periodista de mérito, y compuso un tratadito de religión al alcance de los niños.

Otro literato notable, pero muy modesto, *D. Jerónimo Borao y Clemente*, rector de la Universidad de Zaragoza, se distinguió por su celo en la propagación de las escuelas, academias y asociaciones de maestros. En él se inspiraron, entre otros, dos célebres profesores que han escrito con acierto, los Sres. *D. Valentín Zabala* y *D. Julián López Catalán*. Borao escribió varias obras, entre ellas una *Historia de la Universidad de Zaragoza*, y llegó á ser Director general de Instrucción pública.

D. Claudio Moyano y la Ley de 1857. — Entre los muchos ministros de Fomento que se han sucedido en España, uno de los que más han hecho por la cultura ha sido D. Claudio Moyano y Samaniego, cuya estatua, costeada por todo el profesorado, se inauguró en Madrid en 1900. Moyano nació en la provincia de Zamora en 1809. Ejerció la abogacía y fué catedrático y rector de la Universidad de Valladolid y después de la de Madrid. Fué diputado á Cortes y, por último, ministro de Fomento en 1856. En Mayo de 1857 presentó á las Cortes un proyecto de ley *para formar y promulgar una ley de Instrucción pública con arreglo á las bases en él contenidas*. «Sin reglas constantes fundadas sobre bases fijas — decía el Sr. Moyano, — la enseñanza está á merced de los vaivenes políticos, y pueden fácilmente el favor y la fortuna usurpar su puesto al verdadero mérito. Cambiando y aun sólo alterando con frecuencia los planes y reglamentos pierden su unidad los estudios, se confunden los métodos, desaparecen las tradiciones, nunca puede llegar á conocerse bien, por falta de sazón y experiencia suficiente, el resultado de los diversos y á veces contradictorios sistemas que se adoptan, y, fuerza es confesarlo, las disposiciones de la autoridad suprema vienen á carecer de vigor, eficacia y prestigio que les imprime una larga é inalterable observancia».

La Comisión evacuó su informe después de oir el consejo y las observaciones que hicieron hombres de todos los partidos, casi en un todo conformes con el deseo del Sr. Moyano. Las principales de estas bases fueron:

1.ª La enseñanza será pública y privada. El Gobierno

dirigirá la pública, é intervendrá en la privada según determina la ley.

2.ª La enseñanza se divide en tres períodos, denominados primero, segundo y superior. La primera enseñanza comprende las nociones rudimentales de más aplicación para los usos de la vida. La segunda sirve para el ingreso al estudio de las carreras superiores, y la superior habilita para el ejercicio de determinadas profesiones.

3.ª La primera enseñanza se adquiere en las escuelas públicas, privadas y en el hogar doméstico. La segunda en los establecimientos públicos ó privados. La superior se dará en establecimientos públicos. Son establecimientos públicos de enseñanza aquellos cuyos jefes y profesores son nombrados por el Gobierno ó sus delegados.

4.ª Unos mismos libros de texto regirán en todas las escuelas. Estos libros los señalará el Real Consejo de Instrucción pública.

5.ª Los establecimientos de Instrucción pública se costearán: 1.° De las rentas que posean y de las que lleguen á adquirir. 2.° De las retribuciones que satisfagan los que reciban en ellos la enseñanza. 3.° De lo que deben percibir de los presupuestos municipales, de los provinciales ó del Estado. Esta obligación recae en los pueblos por lo que concierne á la primera enseñanza para los niños de uno y otro sexo; en las provincias en lo relativo á la segunda enseñanza y á las escuelas normales de maestros y maestras. y en el Estado respecto á las universidades y á las escuelas profesionales superiores.

6.ª La enseñanza pública primaria será gratuita para los que no puedan pagarla, y obligatoria para todos, en la forma que se determine.

7.ª En el presupuesto del Estado se consignará anualmente la cantidad necesaria para auxiliar á los pueblos que no puedan costear por sí propios la instrucción primaria.

8.ª Para ejercer el profesorado es indispensable tener el título correspondiente.

9.ª El profesorado público constituye una carrera fa-

cultativa, ingresando por oposición, salvo los casos que la ley determine, ascendiendo por antigüedad y mérito. Los profesores de establecimientos públicos no pueden ser separados sino en virtud de sentencia judicial ó de expediente gubernativo, oyendo á los interesados.

10.ª El jefe superior de Instrucción pública en todos los ramos, dentro del orden civil, es el ministro de Fomento; la administración central corresponde á la Dirección general de Instrucción pública, y la local á los rectores de las universidades.

Con arreglo á estas bases se hizo la Ley de 9 de Septiembre de 1857, que ha inmortalizado á su autor.

Moyano fué varias veces senador por la Universidad Central y presidente de la Comisión que informó sobre los proyectos de ley de Jubilación y de Vacaciones. Fué un carácter, hombre íntegro y de amor al Magisterio.

Murió en Madrid en 1890. A la Asociación de Maestros de Madrid cabe la gloria de haber iniciado el pensamiento de elevar un monumento á su memoria.

D. Mariano Carderera. — Este ilustre pedagogo contemporáneo, el más genuino representante de la Pedagogía española, nació en Huesca en 1818. Estudió en el Seminario latín y humanidades y después en la Universidad de Barcelona. Alumno interno de la Normal en 1839, fué nombrado director de la Escuela Normal de Huesca, y después de organizada ésta pasó á la de Barcelona. Dedicóse á aprender idiomas extranjeros, y fué luego nombrado por el Gobierno inspector general. Viajó mucho por Inglaterra, Bélgica, Alemania, Suiza y Austria, estudiando las diferenles escuelas, y fruto de sus largos viajes y de su espíritu de observación fueron una serie de obras pedagógicas que publicó, entre ellas *Principios de educación y métodos de enseñanza, La ciencia de la mujer, Guía práctica del maestro, Vida y obras de Pestalozzi,* etc.; pero la principal es la que publicó en 1856, el *Diccionario de educación y métodos de enseñanza,* verdadera enciclopedia de Pedagogía.

Agregado al Ministerio de Fomento, como jefe del Ne-

gociado de primera enseñanza, inspiró muchos decretos y reglamentos de enseñanza, y á él se deben en realidad la creación de treinta Escuelas Normales de maestras y unas doce mil primarias. Carderera fué hombre de profundos conocimientos, de carácter bondadoso, infatigable en el trabajo y eminentemente católico. En sus libros, como ha dicho un ilustre profesor, se en cuentran las doctrinas más en armonía con nuestro carácter, nuestro genio y nuestras creencias. Falleció en 1893.

D. Joaquín Avendaño (1810-1886). — Este distinguido pedagogo nació en Vigo y murió en Biarritz.

Colaborador con el Sr. Carderera, publicó un magnífico Cuadro del Sistema métrico y el *Curso elemental de Pedagogía*, un *Método de Lectura completo* y otros trabajos.

Fué director de la Escuela Normal de Zaragoza, viajó mucho por el extranjero y ejerció importantes cargos en la enseñanza, como los de Inspector general y jefe de Negociado. Publicó además para texto en las Escuelas Normales su célebre obra *Manual de Instrucción primaria* en cuatro volúmes, su *Gramática*, y dirigió *La Aurora de los niños*, periódico notable. En fin, desde la enseñanza — en la que obtuvo muchas ingratitudes — pasó á la carrera diplomática y fué cónsul en Guayaquil, Civitavecchia, Portland, Malta y Génova.

XV

LA ENSEÑANZA DESDE 1868 HASTA 1874

Destronada D.ª Isabel II (29 de Septiembre de 1868), el Gobierno provisional de la Revolución decretó la libertad de enseñanza, reforma notable y que fué acogida con aplauso por la opinión pública, aunque dió luego lugar á abusos. Igualmente mandó abrir las Escuelas Normales (1.° de Noviembre de 1868), que habían sido suprimidas por el Sr. Catalina, y derogó la Ley de Instrucción primaria de 2 de Julio del mismo año.

Pero al lado de estas reformas prudentes, vinieron otras que no estaban en armonía con los principios de la Pedagogía, como la reforma de la Inspección, por ejemplo.

Creóse también una Comisión para propagar la enseñanza de adultos y otra para la construción de locales-escuelas con arreglo á los adelantos pedagógicos. Se crearon asimismo muchos centros de enseñanza popular, se fundaron Ateneos, Academias y Universidades libres.

En Madrid se crearon las *Conferencias dominicales* para la educación de la mujer, por iniciativa de *D. Fernando de Castro*, Rector de la Universidad Central, á quien se debió también la Asociación para la enseñanza de la mujer, ó sea la *Escuela de Institutrices y de Comercio*, donde se dió á conocer el sistema de Frœbel. Se crearon (Echegaray) bibliotecas populares en todos los pueblos que lo solicitasen, y se mandaron formar en las Escuelas colecciones mineralógicas de los productos de cada provincia.

Mientras tanto, y en nombre de una libertad mal interpretada, se cerraban á centenares las Escuelas por la ignorancia de algunos ayuntamientos, que se creían autorizados á ello por un artículo de la *Ley municipal* entonces vigente, y aumentaron los débitos hasta una cifra aterradora, veinte millones de reales. El Ministro de Fomento, *D. Manuel Ruiz Zorrilla*, tuvo la suficiente energía y abnegación para mandar que aquella suma fuese pagada por el Banco de España (Enero de 1871), mereciendo por ello un recuerdo imperecedero.

Se dispuso que se enseñara en todas las Escuelas el *título I* de la Constitución de 1869, y muchas Juntas provinciales acordaron la vacación del jueves por la tarde.

En 1870, *D. Telesforo Montejo y Robledo* presentó á las Cortes un *Proyecto de Escuelas Normales* muy notable, pero no llegó á discutirse.

Es digno de censura el autoritario Decreto que obligó á jurar la Constitución democrática de 1869 al Profesorado, bajo pena de perder su cátedra ó escuela, y en su virtud muchos profesores se vieron separados de ellas.

El Gobierno de la República revocó aquella orden y fueron repuestos en sus cargos los profesores cuya escuela estaba vacante.

Durante los pocos meses que duró la República, *Don Eduardo Chao* presentó un proyecto de reforma de la segunda enseñanza y otro de la universitaria, que no pudieron prosperar.

XVI

LA ENSEÑANZA DESDE 1874 HASTA NUESTROS DÍAS

Hecha la Restauración en la persona de D. Alfonso XII (1874), dedicóse el monarca á restablecer la paz, alterada dentro y fuera de la Península.

Desde 1876, época en que acabaron las guerras civil y colonial, el problema de la enseñanza inspiró mayor interés. En dicho año se declaró obligatória la enseñanza de la Agricultura, se creó la *Gaceta Agrícola del Ministerio de Fomento* y se establecieron las *Conferencias agrícolas dominicales*, á cargo de los ingenieros agrónomos en las capitales de provincia, y de los maestros de instrucción primaria en los pueblos. Se dieron también disposiciones sobre los libros de texto y programas, se centralizaron los nombramientos de Maestros que hasta entonces los habían hecho los Ayuntamientos, la expedición de títulos á los Maestros, se abolieron los derechos que en materia de enseñanza tenían las provincias vasco-navarras (1) y se restableció el Consejo de Instrucción pública.

Las escuelas de párvulos. — En 1874 se dispuso que se ensayaran los procedimientos frœbelianos en la Escuela Normal de párvulos de Virio, pero los escasos resultados que se obtuvieron por falta de local y material á propósito, decidieron al Gobierno á crear un edificio de nueva planta y á establecer una cátedra de Pedagogía, según el sistema

(1) Apéndice letra *E*.

de Frœbel, en las Escuelas Centrales. El certificado de aprobación de esta asignatura daba aptitud para desempeñar escuelas de párvulos.

En fin, al Conde de Toreno, ministro de Fomento que tanto hizo por la enseñanza y que presentó á las Cortes un proyecto de bases para una ley de Instrucción pública, cabe la gloria de haber creado en España la primera escuela de esta clase, titulada *Jardines de la infancia*. El rey D. Alfonso XII puso la primera piedra de este edificio escolar. Para popularizar este método se abrió un concurso público, en el que llevó el premio D. Pedro de Alcántara García por su notable obra titulada *Manual teórico-práctico de educación de párvulos*.

En 1882, siendo ministro de Fomento el Sr. Albareda, se decretó que en lo sucesivo las escuelas de párvulos hubiesen de ser dirigidas exclusivamente por *Maestras*, por ser este cargo más propio de la mujer.

El mismo Sr. Albareda creó también el curso especial para Maestras de párvulos, exigiendo determinados conocimientos teóricos y práctica en los Jardines de la infancia. En todas estas reformas, el Sr. Albareda fué inspirado y ayudado por el distinguido catedrático y arqueólogo *D. Juan Facundo Riaño*, director general de Instrucción pública.

Más adelante, en 1884, se suprimió esta clase de estudios y se facultó á las Maestras elementales ó superiores para desempeñar escuelas de párvulos. Al mismo tiempo se creó el Patronato de párvulos, compuesto de varias distinguidas señoras, con objeto de propagar y mejorar estas escuelas.

Reformas en las Normales. — Las Escuelas Normales, suprimidas en Julio de 1868, fueron abiertas de nuevo en Noviembre del mismo año. Estos establecimientos, verdaderos seminarios en Alemania y otros países, han tenido en nuestro país una vida lánguida y deficiente.

En 1879 se dispuso que las Maestras elementales, que hasta entonces habían hecho sus estudios en un solo curso, habrían de emplear dos, aumentando el número de las

asignaturas. En el mismo año se hizo obligatoria la enseñanza de la música en las Normales Centrales.

La Escuela Normal Central, después de la muerte del Sr. Montesinos, tuvo por directores á los *Sres. Iturzaeta,* célebre calígrafo, á *Hartzenbusch,* poeta y crítico eminente, á *D. Basilio Sebastián Castellanos,* autor de varias obras didácticas, y al venerable *D. Jacinto Sarrasí,* pedagogo tan sabio como modesto, que la desempeñó por espacio de veintisiete años.

En 1882 se reformó la Escuela Normal Central de Maestras, aumentando el número de asignaturas, que habían de cursarse en orden cíclico, y se creó, además, el curso de Maestra normal.

En 1884 se restringió el número de asignaturas.

En 1898 reformó las Escuelas Normales el Sr. Gamazo, aumentó el número de asignaturas, hizo obligatorio el estudio del dibujo, del francés y de la música, y además el del alemán ó el inglés, en el curso normal.

En 1900 se aumentó el número de profesores del curso normal, y se reformaron de nuevo por el ministro señor García Alix, suprimiendo algunas enseñanzas.

En fin, en Agosto de 1901 las ha reformado nuevamente el Sr. Ministro de Instrucción pública, haciendo cursar los tres primeros años para Maestro elemental en los Institutos de segunda enseñanza, y los dos cursos para el grado superior, en las Normales. Las Maestras seguirán cursando en las Escuelas Normales todos los cursos de la carrera. Se ha aumentado el número de asignaturas y se ha suprimido el grado normal.

Otras reformas. — En 1882, siendo Ministro el ya citado Sr. Albareda, se dispuso la propuesta unipersonal en materia de oposiciones y concursos, cosa que hasta entonces había sido en terna.

A él se debió también la creación del *Museo Pedagógico Nacional* (1883), con muchos modelos de menaje escolar y una biblioteca pedagógica circulante. El Museo ha implantado las *colonias escolares de vacaciones.* En él se dan conferencias semanales sobre asuntos pedagógicos, Psico-

logía aplicada á la educación é Historia de la Civilización. Además se ha creado, á semejanza de lo que sucede en todas las universidades europeas, una cátedra de *Pedagogía* para los licenciados que aspiren al profesorado, por Real decreto.

En 25 de Mayo de 1882 se inauguró en Madrid, bajo la presidencia de S. M. el rey D. Alfonso XII, el *Primer Congreso pedagógico nacional*, al cual acudieron millares de Maestros y Catedráticos. Fruto de aquel Congreso fué la nivelación de sueldos entre Maestros y Maestras; poco tiempo después, la reforma de las escuelas de párvulos y la ley de derechos pasivos y otras reformas provechosas.

En 1887 se dió la ley de Derechos pasivos del Magisterio, la vacación canicular y el establecimiento de las Conferencias pedagógicas durante el verano.

En 1892, con motivo de las fiestas del cuarto centenario del descubrimiento de América, se reunió en Madrid un *Congreso pedagógico ibero-americano*, al que concurrieron todas las eminencias científicas y pedagógicas de la Península y de la América latina: pero sus resultados tuvieron escasa trascendencia.

Posteriormente se han recomendado las colonias escolares, las excursiones, los museos escolares, la enseñanza de la gimnasia, la ley de protección á los pájaros, y en muchas provincias las cajas escolares de ahorros y la fiesta de los árboles, y el establecimiento de las escuelas graduadas en las Normales. También se ha mandado que los Maestros, en compañía de sus discípulos, visiten dos veces cada año los museos artísticos ó históricos que haya en cada ciudad (1901); se han organizado nuevas carreras industriales, se han creado pensiones para estudiar en el extranjero, y se ha decretado la creación de escuelas de adultos y dominicales en todos los pueblos de España y se trata de llevar al Presupuesto del Estado el pago de las atenciones de la primera enseñanza.

Hemos terminado nuestro modesto trabajo. Otros con más luces y perseverancia lo completarán y ampliarán. En este ligero estudio hemos visto la íntima relación que

guarda la escuela con la historia, costumbres, carácter y creencias de cada pueblo, y la poderosa influencia que han ejercido los hombres de saber, los Maestros, los filósofos y las instituciones de cada pueblo.

La educación popular se impone hoy como una de las mayores necesidades de los pueblos. En todas las naciones preocupa y debe preocupar cada vez más este problema capitalísimo. La felicidad de los pueblos está en razón directa del desarrollo de la educación. Por eso en todos los tiempos, pero sobre todo en el siglo XIX, llamado por algunos el *siglo de la educación popular*, es cuando más se ha escrito y hablado de esta materia (1).

En efecto, la enseñanza se hizo obligatoria en Holanda desde 1801, en Baviera desde 1802, en Prusia en 1819, en Francia desde 1833, en Suecia en 1842, en España en 1857, en el Piamonte en 1859. En los Estados Unidos se hizo obligatoria en el siglo XVII, y en 1867 se ha organizado por el *Bureau* de Educación. En el Japón desde 1860.

En fin, puede decirse que en todos los países civilizados la educación primaria es un asunto del Estado. Parece que se exceptúa de esta regla Inglaterra; mas aun así, el Gobierno se reserva el derecho de inspección y el subvencionar las escuelas libres.

Por eso en casi todas las naciones de Europa hay un Ministerio de Instrucción pública, como en Francia, Bélgica, Italia, Austria-Hungría, Rusia, Suecia, España, Dinamarca, Japón y Canadá. En Holanda, Baviera y Portugal depende del Ministerio de la Gobernación. En Prusia del Ministerio de Cultos y Negocios eclesiásticos. En Suiza cada cantón tiene su organización particular; en Inglaterra depende de un Comité de Educación, y en los Estados Unidos del *Bureau* de Educación de Wáshington, que da consejos y no administra, sino que cada uno de los Estados tiene su comisión escolar.

Algunos son partidarios de la descentralización, porque hacer al Estado educador es, según ellos, un principio

(1) Véase el apéndice E.

socialista. Pero cuando las autoridades locales no comprenden su misión ni los padres instruyen á los hijos, el Estado, aunque sea con carácter provisional, tiene que intervenir é imprimir la dirección conveniente. Pero el Estado debe procurar fomentar la educación en sentido verdaderamente nacional. No imprimiéndole ese carácter, no hay unidad ni interés, viene la lucha, la persecución, como sucedió en Bélgica la guerra precursora de todo género de calamidades.

En ningún país del mundo se han resuelto todos los problemas de la enseñanza. Por eso se observa en todos ellos nuevos proyectos, aumentando la extensión de la escuela, de los programas, los cuidados higiénicos, los cursos de adultos, la extensión universitaria, el menaje escolar, las cajas de ahorro escolares, las bibliotecas, los exámenes, los sueldos y jubilaciones de los maestros, la libertad de enseñar, etc. Lo cual prueba que los problemas de la Pedagogía interesan á todo el mundo por lo mismo que se refieren al porvenir de la sociedad.

¡Quiera Dios encauzar estos pensamientos, estos laudables esfuerzos á feliz término, para que se realicen aquellas palabras del Evangelio: *Un solo rebaño y un solo Pastor!*

APÉNDICES

A) Privilegios de los maestros en tiempo de Enrique II.

Real Pragmática expedida en Toro el año 1319 por el rey D. Enrique II, confirmada después por los Reyes Católicos:

«Por cuanto en nuestros Reynos é Señoríos no se pueden pasar sin maestros que enseñen las primeras letras, por ende ordenamos e mandamos que la casa que el Maestro elixiere para su menester y enseñanza non se la quitéis nin fagáis quitar, antes habeis de dar e quitar para él, dando e pagando lo que vale la renta della, y que sea en parte pública.

»Item: vos ordenamos e mandamos que los maestros non sean presos ni molestados por ninguna causa nin razon, nin lleveis á la carcel pública, sin dar primero cuenta a nuestro Consejo, y tan solamente si fuere causa de muerte le prended e dad la casa por carcel e poned pena no la quebrante e le remitid á nuestra Casa e Corte, e non habeis de conouer de esta causa, nin de las demás, pena de mil doblas de oro al que lo contrario ficiere; y desde luego para entonces para vos damos por condenados aplicandolo para nuestra Casa e Corte, si non que hayan y gocen todos e cualesquieras preeminencias e franquezas que gozan los fijosdalgos por cuanto estan enseñando nuestros fijos.

»Ytem: vos ordenamos e mandamos que los tales nuestros maestros puedan tener cuatro lacayos ó esclavos con espadas e tengan caballos de armas como los fijodalgos.

»Ytem: vos ordenamos é mandamos que de ninguna

manera non consintais que en las casas de los tales maestros no se hayan de aloxar compañías nin soldados de repartimiento.

»Ytem : vos ordenamos e mandamos que los maestros, ante todas las cosas non sean quintados, e si cayere el quinto en su casa, es nuestra voluntad pase adelante dejando libre al maestro en su casa, quieto e pazifico, e conzedido que non le hagais salir por fuerza en actos publicos y alardes si el de su voluntad no fuese.

»Ytem : por fallarnos bien servidos e pagados de nuestros maestros que nos enseñaron, así en estos como en los que fueren en adelante, les concedemos que estando en acto de no poder enseñar e hayan enseñado coarenta años la Doctrina Christiana es nuestra voluntad que gozen de todas cuantas gracias y privilegios gozan los duques, marqueses e condes de nuestra Casa, e se les de para sustento lo que ovieren menester cada año e ha de durar por todos los dias de su vida».

B) De los exámenes de los maestros y las visitas en las escuelas en tiempo de Felipe II (1).

En Agosto de 1587, según M. S., de la Biblioteca de la Real Academia Española de la Lengua, se dió al Rey Felipe II un memorial por mano del maestro del príncipe García de Loaisa, sobre algunos vicios introducidos en la lengua y escritura castellana, y medios tomados para su reforma examinando á los maestros de primeras letras.

A este memorial, donde se denuncian los males que acaecen por la ignorancia de algunos maestros, contestó el Rey Felipe II en Julio de 1588, con la siguiente minuta para que los maestos de escuela se examinen:

«D. Felipe por la gracia de Dios, etc. al Príncipe etc. Sabed que siendo de la importancia que es que los niños

(1) *Almanaque de El Magisterio Español* de 1897.

sean bien enseñados á leer, escribir y contar y bien instituídos en la Doctrina Christiana por la fuerza con que en la niñez se imprimen los primeros documentos y costumbres etc... he acordado y mando que de aquí en adelante ninguna persona que haiga sido maestro de escuela ó quiera serlo, no ponga escuela pública ni la tenga en pueblo ni parte alguna destos Reynos sin ser primero examinado ó por lo menos aprovado para ello so pena de treinta mil maravedises por la primera vez que lo hiziere, y si no tuviese conque pagarlos destierro del Reyno por tres años. Y que ningun maestro examinado y aprovado enseñe á leer y escribir la Lengua Castellana sino por instrucciones y cartillas impresas de aquí adelante con licenzia de los de mi consejo, so pena de privacion del oficio de maestro por tres años la primera vez que se lo provase y la segunda de privación perpetua.

»Y porque por venir á examinarse los maestros á la corte no aya intermision en el enseñar de los niños, mando que los que quisieren venirse á examinar á la Corte, por la persona que yo hubiere nombrado para ello siendo habiles é inteligentes en la escriptura y cuenta castellana y del guarismo, y bien instruidos en la Doctrina Christiana y concurriendo en sus personas las demás calidades de limpieza de linaje, y buenas costumbres de que conste por informacion bastante hecha con authoridad de las Justicias de los pueblos donde hubiese nacido y residieren, que á los tales se les dé título de maestro de escuela ó carta de examen en forma, para que todos los pueblos destos Reynos en que puedan poner escuela pública y tenerla: Y es mi merced y voluntad que por el tiempo que actualmente enseñaren y tuvieren escuela, sean libres y exentos de huéspedes fuera de la Corte y de repartimiento de oficios concejiles. Y á los demás que quisieren enseñar á leer y escribir sin venir á examinarse á la Corte, mando que los Corregidores y Gobernadores de las Ciudades y Cabezas de partidos realengos y de Señoríos los examinen y aprueven para ello, con intervencion de algun maestro examinado si le hubiese, y sino de dos personas de letras y reli-

giosos y otros seglares los que más noticias tuviesen de la lengua y escriptura castellana y que acuda información de sus costumbres, que no son viciosos, dados á vino ni deshonestos, y que no juran ni juegan, ni son hijos ni son nietos de judíos, moros, hereges ó quemados, dentro de quinto grado, ni penitenciados por el Santo oficio, ni por otros castigos infames y deshonrrados y que saben la Doctrina Christiana como la Iglesia lo manda que se sepa, que les den carta de aprovación para enseñar á leer y escribir publicamente, en el pueblo solamente donde residieren, y para donde la pidieren, y por un año no más, por manera que en cada año ayan de aprovarse, ó venirse á examinar á la Corte como queda dicho.

»Y porque los unos y los otros hagan lo que deven y son obligados, mando que las Justicias destos Reynos, cada una en su Jurisdictión, visiten cada año una vez las escuelas y los maestros dellas examinados y aprovados, para ver si enseñan bien, y en el cuidado que deven, conforme á lo que por esta mi carta mandado, la cual quiero que tenga fuerza de Ley, etc».

E) Exámenes de maestros.

De un curioso Almanaque del año 1745:

«Es el nobilísimo arte de primeras letras bien notorio en el Universo, por la indispensable precisión que todos tienen de su práctica. ¿Qué timbre de sabio, ó científico logrará alguno, ni qué honorífico empleo ocupará con lucimiento, sin que sepa leer y escribir? Ya se deja conocer la respuesta, pues nadie duda que es el primero y principal escalón para subir al primoso palacio de las ciencias, y la llave maestra de todas.

»Acerca de su invención y antigüedad hay diferentes opiniones, y los más contestan en atribuírselo á nuestro primer Padre. Que sea arte liberal, y nobilísima, no se puede ofrecer reparo, pues nadie ignora que lo es, así por

sí propia, como tan partícipe de todas las siete artes liberales que los filósofos numeran como por estar por tal declarada por muchos reyes y emperadores y especialmente por nuestro rey y señor D. Felipe V (q. D. g.) en su Real Cédula, despachada en el sitio de San Ildefonso á 1.° de Septiembre de 1743, concediendo en ella los mismos privilegios y exenciones de que gozan los que las referidas artes liberales ejercitan.

»Las utilidades que al bien público de este arte tan preexcelso se han seguido y siguen, los libros de todas ciencias y facultades lo demuestran, haciéndose asimismo por este medio comunicables correspondencias y el público comercio se mira en su mas elevada exaltación.

»Si atendemos á sus Profesores, el mismo Dios entregó á Moisés las Tablas de la Ley escritas con su divino dedo, y de la suprema majestad de Cristo nuestro bien, dice el Maestro Casanova que enseñó á la gloriosa Santa Catalina de Sena á leer y escribir. Asimismo enseñaron los primeros rudimentos á los muchachos San Gerónimo, Doctor de la Iglesia, San Isidoro, Arzobispo de Sevilla, y San Casiano, Obispo Patron de los Maestros, quien por mandado de un tirano murió mártir á manos de sus discípulos. Del mismo modo lo ejecutaron los emperadores Juan Semisquio, Trajano, Augusto, Sertorio y Dionisio, rey de Sicilia.

»Cualquiera que intentare ser examinado de maestro de primeras letras, si es para estar en esta Corte, ha de tener su fe de bautismo y ha de hacer con asistencia de los Hermanos Mayores de la Congregación de San Casiano y ante el escribano de ella (que al presente lo es Ignacio Aznar de Polanco), información de limpieza de sangre, vida y costumbres, y de haber sido pasante cuatro años con maestro aprobado de esta Corte, con seis testigos, y hecho le examinarán los referidos, y para ello ha de saber leer sueltamente, así en libro de molde como de coro, Bula y letra manuscrita antigua y difícil, ha de saber escribir las seis formas de letras que son: *bastardilla, grifa, italiana, romanilla, de coro y redonda;* ha de dar razón en la aritmética

de las cuatro reglas generales, con las de quebrados, reducción, prorrateos, reglas de tres, compañías, aligaciones, mezclas, testamentos y falsas posiciones y extracción de las raíces cuadrada y cúbica; también ha de saber la doctrina cristiana, que contiene el Catecismo del Padre Ripalda, y otras respuestas que se hallan en el libro titulado *Arte de escribir por preceptos geométricos*, que dió á luz el maestro D. Juan Claudio Aznar de Polanco, pues por él examinan, además de ser libro útil y preciso para dichos profesores; y saliendo aprobado, con la aprobación que le dan dichos Hermanos Mayores, acudirá á sacar su título á la Escribanía de gobierno del Real y Supremo Consejo de Castilla.

»Si es para fuera de Madrid, ha de traer el pretendiente su fe de baustimo y la misma información de limpieza, vida y costumbres, la que ha de revalidar aquí. Con todo ello acudirá ante los Hermanos Mayores de dicha Congregación, presentándolo para que lo reciban á examen, y saliendo aprobado acudirá á la referida Escribanía de gobierno, llevando la aprobación de éstos y le darán el título correspondiente».

D) La enseñanza en Navarra.

No podemos resistir al deseo de transcribir aquí algunos datos importantes referentes á nuestro país natal y que hablan muy alto respecto de la enseñanza. Helos aquí:

En la obra titulada *Crónica general de España—Navarra*,—por D. Julio Nombela, al tratar de la antigüedad de la enseñanza obligatoria, leemos los siguientes datos suministrados por el ilustrado profesor y amigo nuestro don Marcelino Palacios:

«No fué por cierto la instrucción primaria el ramo que peor parte la cupo en los cuidados y atenciones de los legisladores y corporaciones tutelares de Navarra.

»Ya en los años 1780 y 81, las Cortes celebradas en Pamplona formaron la ley 41, para el arreglo, organización y fomento de la enseñanza primaria, la cual ley recibió mejoras y adiciones por la 36 en las Cortes de 1794, encaminadas á promover la mayor instrucción de los niños de ambos sexos y su concurrencia activa á las escuelas: así es que por esta última ley se hizo obligatoria en Navarra la asistencia de niños y niñas, pues se imponía la pena de un real vellón al padre ó tutor que descuidase este deber».

Citemos algunos párrafos de la ley 36 de 1794:

«Primeramente, que cualquiera padre de familia ú otra persona á cuyo cuidado estuviere la crianza de los niños, ha de tener libertad para poderles enseñar á leer y escribir en sus propias casas ó privadamente en la de algún otro vecino, con tal de que pague el maestro asalariado como si realmente concurrieren á la escuela pública.

»Item, que el superintendente de escuelas que debe celar sobre la concurrencia de los niños desde la edad de cinco años hasta la de doce cumplidos, con arreglo á lo establecido en dicha ley, ha de tener también facultad para exonerarlos de esa asistencia siempre que los padres ó personas encargadas de ellos le hagan ver la justa causa de quererlos separar de unos principios tan útiles y provechosos á los mismos niños, á la religión y al Estado.

»Item, que la expuesta separación de las escuelas de los referidos niños, sin cumplir la edad de los doce años, ha de ser sin perjuicio de pagar por ellos al maestro asalariado como si asistiesen, y lo ejecutan los otros muchachos que concurren y se hallan en la clase media.

»Item, que los Ayuntamientos de cada uno de los pueblos han de tener facultad de elegir á uno de sus vecinos, que haya servido de alcalde ó se halle insaculado en la Bolsa de ese oficio, para superintendente de las escuelas, pudiendo ser reelegido por uno ó más años sin admitirle pretexto de excusación en lugar de ser precisamente el padre de huérfanos, y en falta de éste el alcalde, y en su defecto el regidor primero, para que de esta suerte se tenga siempre ese encargo á satisfacción de la república, se sirva

por los que tienen mayor aptitud y desempeño, estén más bien cuidados los niños y se cumplan mejor las otras obligaciones del superintendente de dichas escuelas».

Posteriormente, en el año 1829, las Cortes hicieron otra nueva ley de enseñanza primaria, la 22 de aquel año. Los motivos que para ello tuvieron se indican en estas magníficas palabras: «S. C. R. M. — Los tres Estados de este reino de Navarra, que estamos juntos y congregados celebrando Cortes generales por mandado de V. M., decimos: Que siendo la base fundamental de la prosperidad de los Estados y el cimiento de las virtudes del hombre en sociedad la primera educación de la niñez, sembrando en sus tiernos corazones la apreciable semilla de la religión, del honor y del amor á la patria, ha ocupado siempre nuestras primeras atenciones ese grandioso objeto»...

La ley se llevó á efecto, y Navarra recogió sus frutos. Creóse en la capital una Junta superior de educación y en los pueblos Juntas subalternas. Aquélla formó en 26 de Marzo de 1831 un plan y Reglamento general para las escuelas de primeras letras del reino. Por él se clasificaron éstas en categorías, ó sea de primera, segunda, tercera y cuarta clase: se clasificaron también los pueblos según su vecindario, y se dotó á los Maestros decentemente, pues se fijó como mínimum 6.000, 4.000 y 3.000 reales, según la categoría. Se designaron en la provincia varias escuelas normales para la práctica de los que se dedicaran á la carrera. Se establecieron reglas para la disciplina, método y régimen de los establecimientos, y se confeccionó un plan de oposiciones y otro de exámenes.

En el deseo de hacer participantes de los beneficios de la instrucción hasta aquellas localidades más insignificantes, en un país donde la población está tan diseminada, la Junta de Educación formó varias agrupaciones de pueblos ó distritos electorales que todavía se conservan. En fin, no perdonó medio para convertir en realidad los fines que entrañaba la ley de 1829. Hasta tuvo el pensamiento de crear en la capital una escuela normal para Maestros y otra para Maestras.

Pero creáronse al fin por la Comisión superior de Instrucción primaria, que reemplazó á aquella Junta por virtud de la ley general de 21 de Julio de 1838. Y por cierto que fueron las primeras Escuelas Normales de la Península: la de Maestros data desde antes de 1840, y la de Maestras se instaló en Octubre de 1847, cuando en España no había ninguna y en el resto de Europa eran contadas.

Además, la citada Comisión redactó una *Cartilla de Lectura* y unos carteles, un *Libro segundo*, y editó por su cuenta *El Amigo de los Niños* y otros libros de enseñanza. Publicó después un *Boletín de primera enseñanza* quincenal, que repartió á todas las escuelas de la provincia, y por fin aseguró el pago de los Maestros, entregando el sueldo por cuenta de la Diputación foral á aquellos Maestros cuyos municipios no lo hubieran satisfecho. Ultimamente, ha recomendado los paseos escolares y la fiesta del árbol en todas las escuelas que sea posible.

E) Índice de algunas obras pedagógicas españolas en el siglo XIX.

Aguilar y Claramunt (D. Simón). *Tratado de Pedagogía general*, ó sea *Educación cristiana*.—Valencia, 1888.

— *Tratado de Pedagogía*. 2.ª parte. *Instrucción, historia y crítica pedagógica*.—Valencia, 1890.

— *Contestaciones al programa oficial de Pedagogía*.—Valencia, 1889.

Alcántara García (D. Pedro). *Estudios pedagógicos. Frœbel y los Jardines de la Infancia*.—Madrid, 1874.

— *Manual teórico-práctico de Educación de párvulos, según el método de F. Frœbel*.—Madrid, 1879. Obra premiada en concurso público.

— *La Educación popular*. Un folleto.—1879.

— *Prolegómenos á la Antropología pedagógica*. Un folleto.—1879.

— *Educación intuitiva y lecciones de cosas*. Un tomo.—Madrid, 1881.

— *Tratado de Higiene escolar*. Un tomo en 4.°—Madrid, 1882.

— *El método activo en la enseñanza*. Un tomo en 8.°—Barcelona, 1890.

Alcántara García (D. Pedro). *Teorías modernas sobre educación física.* Un folleto.—1879.

— *La Educación estética y la enseñanza artística.* Un tomo en 8.º—Barcelona, 1889.

— *Compendio de Pedagogía.* Un tomo en 4.º—Madrid, 1891.

— *Teoría y práctica de la Educación y de la Enseñanza,* ó sea *Curso completo y enciclopédico de Pedagogía.* Siete volúmenes en 8.º mayor.

El I trata del *Concepto general de la Pedagogía y concepto de la educación.*

El II, de la *Educación popular.*

El III, de *Antropología pedagógica.*

El IV, *Estudio del niño y de su desenvolvimiento.*

El V, de *Educación física.*

El VI, de *Educación intelectual y métodos de enseñanza.*

El VII, de la *Educación estética y moral.*

Alesón (D. Tiburcio Martínez). *Apuntes de Pedagogía.* — Logroño, 1872.

Altamira (D. Rafael). *La enseñanza de la Historia.* Un tomo en 4.º Madrid, 1891.

Álvarez Carretero (D. Antonio). *Prontuario de Pedagogía,* dedicado á los aspirantes al Magisterio. Un tomo en 8.º—Burgos.

Arenal (D.ª Concepción). *Los Niños.* Un tomo en 8.º—Madrid, 1889.

— *La instrucción obligatoria.* Un tomo en 8.º—Madrid, 1893.

Arés de Parga (D. Aureliano). *La Instrucción primaria en España:* nueva y acertada organización de las escuelas de primera enseñanza. Un tomo en 8.º con láminas.—Madrid, 1883.

Arnal (D. Santiago). *Paseos escolares.* Monografía premiada.—Pamplona, 1897.

— *La enseñanza objetiva.* Un folleto.—Pamplona, 1896.

Arrea (D. Domingo F.). *Estudios sociales sobre la educación de los pueblos.* Un tomo en 8.º—Madrid, 1864.

Arizabalaga (D.ª Rogelia). *Pedagogía.* Un tomo en 4.º — Segovia, 1896.

Avendaño (D. Joaquín). *Curso completo de Pedagogía.* Un tomo en 4.º de 370 páginas con grabados.—Madrid, 1850.

— *Manual completo de Instrucción primaria elemental y superior.* Cuatro volúmenes en 4.º—Madrid, 1844 á 46.

Baráibar (D. Narciso). *Disertaciones de Pedagogía.*—Pamplona, 1880.

Barberá (D. Faustino). *La enseñanza del sordomudo:* método oral. Un tomo en 8.º—Valencia, 1895.

Ballesteros (D. Juan Manuel). *Curso completo de instrucción de sordomudos y ciegos* (en colaboración del Sr. Villabrille). Un tomo en 8.°—Madrid, 1863.

Ballesteros y Márquez (D. Francisco). *Educación didáctica, pedagógica y práctica de la enseñanza.*—Córdoba, 1899.

Balmes (D. Jaime). *El Criterio.* Un tomo en 8.°—Barcelona.

Becerro Bengoa (D. Ricardo). *La enseñanza en el siglo XX.* Un tomo en 8.°—Madrid, 1898.

Benejam (D. Juan). *La primera enseñanza conforme al espíritu de la Pedagogía moderna.* Un folleto de 50 páginas.—Ciudadela de Menorca.

— *La Escuela de párvulos.* Un folleto.

— *Cuestiones trascendentales sobre la enseñanza de adultos.* Memoria premiada.

— *La alegría de la Escuela.* Un tomo en 8.°—Ciudadela.

Benot (D. Eduardo). *Errores en materia de Educación y de Instrucción pública*, 3.ª edición.—Madrid, 1897.

Bertomeu (D. José). *Las Escuelas de adultos.* Pedagogía especial para la organización de estas escuelas.—Barcelona, 1877.

Blanco (D. Rufino). *Nociones de Psicogenesia.* Un folleto.— Madrid, 1887.

— *Escuelas graduadas.* Un tomito con grabados.—Madrid, 1899.

— *Tratado teórico-práctico de Pedagogía.* Un tomo en 8.°—Madrid, 1900.

Caballero (D. Fermín). *Reforma en la primera enseñanza.*—Madrid, 1866.

Candeal (D. Julián López). *Colección de disertaciones pedagógicas.* Un tomo en 4.°—Zaragoza, 1865.

— *Nociones generales de Pedagogía.*—Zaragoza.

Carbonell (D.ª María). *Los pequeños defectos:* estudios sobre la educación de la juventud. Un tomo en 8.°—Valencia, 1897.

Carderera (D. Mariano). *Diccionario de Educación y métodos de enseñanza.* Cuatro tomos de 600 á 800 páginas en 4.°—Madrid.

Guía del Maestro. Un volumen en 4.°—Madrid, 1857.

— *Principios de educación y métodos de enseñanza.* Un tomo.—Madrid, 1860.

— *Pedagogía práctica ó curso completo de ejercicios y lecciones para las escuelas.* Dos tomos. Madrid, 1874 y 75.

— *La Pedagogía en la Exposición de Londres.*—Madrid, 1863.

— *La disciplina escolar como medio de educación y enseñanza* (un tomo de la Biblioteca Económica del Maestro).—Barcelona, 1890.

Carderera (D. Mariano). *Apuntes sobre la educación intelectual del sordomudo.*—Madrid, 1859.

Caso (D. José). *La enseñanza del lenguaje.* Un tomo en 8.°—Barcelona, 1889.

Castellanos (D. Bonifacio). *Contestaciones al programa de Pedagogía de la Normal Central de Maestras.* Un tomo en 8.°—Madrid, 1880.

Castro y Legua (D. Vicente). *Medios de instruir.* Un tomo en 8.°—Madrid, 1883.

Catalán (D. Julián López). *El Arte de educar: Pedagogía general y especial para las escuelas de párvulos.* Cuatro tomos.—Barcelona, 1867.

— *Guerra á la ignorancia por las escuelas de párvulos.* Un folleto.—Barcelona, 1869.

— *Discurso sobre la Educación doméstica.* Un folleto. — Barcelona.

— *El Frœbelianismo puro y neto.* Un folleto de 80 páginas.—Barcelona, 1883.

— *Educación de los sentidos.* Un tomo en 4.°—Barcelona, 1889.

Codina (D. José). *Cartas á Floro sobre la primera enseñanza y la educación.* Un tomo en 4.° de 600 páginas.—Madrid, 1864.

Collado (D. Cayetano). *Lecciones prácticas á los niños.* Un tomo en 8.°—Madrid, 1871.

Cossío (D. Manuel Bartolomé). *La Instrucción pública en Bélgica.* Folleto. Madrid.

— *Las Colonias escolares de vacaciones.* Folleto.—Madrid.

— *El Museo Pedagógico y su biblioteca.* Folleto.—Madrid.

— *La Exposición de Higiene en Londres en 1886* (publicada en el *Anuario de primera enseñanza* de 1886).

— *Conferencia sobre la enseñanza del Arte.*

Díaz y Pérez (D. Nicolás). *De la Instrucción pública en España.* Un tomo.—Madrid, 1881.

Dubá (D. Miguel). *Antropología y Pedagogía.*

Escribano (D. Godofredo). *Elementos de Pedagogía.* Un tomo en 8.° Madrid, 1896.

Fernández y Sánchez (D. Ildefonso). *Contestación al Programa oficial de Pedagogía.* Un tomo en 8.°—Madrid, 1889.

Ferrer y Rivero (D. Pedro). *Tratado de Legislación de primera enseñanza.* 8.ª edición. Un tomo en 4.°—Madrid 1901.

— *Reseña de la Exposición Pedagógica de 1882* (publicado en las Actas del Congreso Nacional Pedagógico).

Figuerola (D. Laureano). *Manual de enseñanza simultánea, mutua y mixta.*—Madrid, 1842.

— *Guía legislativa é inspectiva.*—Madrid, 1844.

Fonoll (D. Odón). *Nociones de sistemas y métodos de enseñanza,* dedicados á las Maestras. Un tomo en 8.°—Barcelona, 1860.

Gil y Zárate (D. Antonio). *De la Instrucción pública en España.* Tres tomos en 4.°—Madrid.

Giner de los Ríos (D. Francisco). *Campos escolares.* Un folleto.—Madrid, 1884.

— *El Edificio de la Escuela.* Un folleto.—Madrid, 1884.

— *Estudios sobre educación* (tomo XXVI de la Biblioteca Filosófica). Madrid, 1884.

— *Educación y enseñanza* (Un tomo publicado en la Biblioteca Andaluza).—Madrid, 1889.

González (D. R. Emilio). *La enseñanza cíclica.* Un folleto.—Madrid, 1892.

González Serrano (D. Urbano). *La Asociación como ley de la educación.* Un tomo en 8.°—Barcelona, 1888.

Groizard y Coronado (D. Carlos). *La Instrucción pública en España.*—Madrid, 1899.

Guerra y Xifré (D. Liberato). *Nociones de Pedagogía,* con un apéndice de formularios útiles á los Maestros.—Barcelona, 1864.

— *Disertaciones de Pedagogía para exámenes, reválidas y oposiciones.* Barcelona.

Hartzenbusch (D. Eugenio). *Discurso sobre la educación.* Un folleto.—Madrid, 1855.

Hernández (D. Pablo). *Juicio crítico sobre la educación antigua y la moderna.*—Madrid, 1888.

Herráiz (D. Gregorio). *Modo de propagar la instrucción en las poblaciones agrícolas.* Un tomo en 4.°—Valladolid, 1870.

— *Elementos de Antropología y Pedagogía.* Un tomo en 4.°—Madrid.

Huarte (D. Juan). *Exámen de ingenios para las ciencias* (obra escrita en el siglo XVI y publicada nuevamente en la Biblioteca de La Verdadera Ciencia española).—Barcelona, 1883.

Hueso (D. Gorgonio). *Lecciones sumarias de Pedagoogía.* Un tomo en 8.°—Santiago, 1864.

Iturzaeta (D. José Francisco). *Sistema mixto general ó régimen de las escuelas.*—Madrid, 1846.

Izquierdo y Ceacero (D. Pedro). *La enseñanza primaria obligatoria y gratuita, y medios más eficaces para su realización.* Un folleto.—Madrid, 1881.

Jareño (D. Florencio). *Memoria facultativa sobre proyectos de escuelas.* Un folleto con grabados.—Madrid, 1871.

Jiménez (D. Isidoro). *Guía práctica de la Maestra,* escrito en forma epistolar.—Tarragona, 1864.

Labra (D. Rafael). *El Congreso Pedagógico hispano-portugués-americano.* Madrid, 1892.

— *Propagandistas y educadores: D. Fernando de Castro.* —Madrid, 1887.

Larrea (D. Adrián). *Lecciones de Pedagogía española ó Tratado de educación y métodos de enseñanza para las Escuelas Normales.* Un tomo en 4.º

Lledós y Naya (D. José). *Curso completo de Pedagogía para la mujer.* Un tomo en 4.º—Barcelona.

Macías (D. Felipe). *Bosquejo histórico de la Pedagogía.*—Madrid, 1863.

Mariscal y García (D. Nicasio). *Ensayo de una higiene de la inteligencia.*—Madrid, 1898.

Messeguer y Gonell (D. Manuel). *Prontuario de Pedagogía.*

— *Estudio crítico sobre la Instrucción primaria en España.* Un folleto.

Miguel (D. Domingo). *El hombre y su educación.* Un tomo en 8.º—Lérida, 1868.

Miró (D. Ignacio Ramón). *La educación y la instrucción del niño.* Un tomo en 8.º—Barcelona.

— *La enseñanza de la Historia en las Escuelas.* Un tomo publicado en la Biblioteca Económica del Maestro. — Barcelona, 1890.

Miró Laporta (D. Vicente). *Higiene y educación del niño.*—Madrid, 1899.

Monroy (D. Rafael). *Los tres primeros años de la vida.* Un tomo en 8.º Madrid, 1879.

— *Memoria sobre la educación obligatoria:* obra premiada por la Academia de Ciencias Morales y Políticas. Un tomo en 4.º—Madrid, 1881.

Montesino (D. Pablo). *Manual para los Maestros de Escuelas de párvulos.* Un tomo en 4.º—Madrid, 1839.

Nebreda y López (D. Carlos). *Memoria relativa á las enseñanzas de sordomudos y ciegos.*—Madrid, 1870.

Oliveros (D. Luis). *Tratado de educación y métodos de enseñanza.* Un tomo en 4.º—Cádiz, 1864.

— *Nuestras cuartillas.* Apuntes sobre el Congreso Pedagógico de 1882. Un folleto.—Cádiz, 1882.

Ollero (D. Andrés Fernández). *El Amigo de los Maestros ó Nociones teorico-prácticas de educación y métodos de enseñanza.* Un tomo en 8.º—Valencia.

Onsalo y Uroy (D. Florencio). *Manual del Maestro.* Un tomo en 4.º—Pamplona, 1897.

Panadés (Doctor). *Educación de la mujer.* Tres volúmenes en folio. Barcelona, 1878.

Pardo Bazán (D.ª Emilia). *Los pedagogos del Renacimiento (Erasmo, Rabelais y Montaigne).* Un folleto.—Madrid, 1899.

Parral (D. Luis). *Disertaciones de Pedagogía.* Un tomo en 4.º—Lérida, 1889.

— *Psicología y teoría completa de la educación.*—Valladolid, 1899.

Pascual de San Juan (D.ª Pilar). *Preceptos morales ó Lecciones educativo-históricas* (de la Biblioteca Económica del Maestro).—Barcelona, 1867.

— *La educación del sentimiento* (De la Biblioteca Económica del Maestro).—Barcelona, 1890.

— *Pedagogía para la mujer* (en colaboración con el Sr. Viñas).—Barcelona, 1894.

Peiró (D. Jaime). *Educación de la mujer.*—Madrid, 1859.

Picatoste (D. Felipe). *Memoria sobre Bibliotecas populares.* Un folleto.—Madrid, 1872.

Polo de la T. Toribio (D. Manuel). *Lo nuevo y lo viejo en Pedagogía.* Dos conferencias. Un folleto.—Madrid, 1900.

Porcar y Tió (D. Jaime). *Educación del buen sentido.* — Barcelona, 1864.

Porcel y Riera (D. Miguel). *Los trabajos manuales en la Escuela primaria.*—Palma (Baleares), 1892.

Posada (D. Adolfo). *Ideas pedagógicas modernas.*—Madrid, 1892.

Puig y Sevall (D. Luis). *Organización de las escuelas de adultos.* Un folleto.—Barcelona, 1875.

Real (D.ª Matilde del). *Dos ensayos pedagógicos.* Un folleto.—Madrid, 1885.

— *La Escuela de niñas.* Un tomo en 8.º—Madrid, 1890.

Repullés (D. Enrique). *Disposición, construcción y mueblaje de escuelas públicas de instrucción primaria.* Un tomo en 4.º—Madrid, 1874.

Rius (D. Agustín). *Procedimientos para la enseñanza de la Doctrina Cristiana é Historia Sagrada* (Biblioteca Económica del Maestro). Un tomo en 8.º—Barcelona, 1889.

— *La educación de los niños atrasados.* Un folleto.—Barcelona, 1897.

Rodríguez (D. Sebastián). *Guía del opositor á escuelas.* Un tomo en 8.°—Madrid, 1897.

Rodríguez y García (D. Gerardo). *Metodología didáctica general.*—Santiago, 1896.

Romero (D. Manuel Ruiz). *Pedagogía cristiana.*—Jaén, 1865.

Rojo (D.ª Carmen). *Memoria sobre el estado de la enseñanza en las Escuelas públicas de Francia.* Un folleto en 4.° mayor.—Madrid, 1889.

Rubio (D. Ricardo). *La Botánica y su enseñanza.* Un folleto en 4.°—Madrid, 1892.

Sáiz (D.ª Concepción) **y González Serrano.** *Cartas ¿pedagógicas?* Un tomo en 4.°—Madrid, 1893.

Sama (D. Joaquín). *Montesino y sus doctrinas pedagógicas.* Un tomo de la Biblioteca Económica del Maestro.—Barcelona, 1889.

— *Indicaciones de Filosofía y Pedagogía.* Un tomo en 8.°—Madrid, 1883.

Sánchez de la Campa (D. J. M.). *Historia filosófica de la Instrucción pública en España* Dos tomos en 4.°

Sánchez Cumplido (D. Rafael). *Manual de Pedagogía.* — Madrid, 1860.

Sánchez Morate (D. Francisco). *Cartilla pedagógica.*

Sánchez Ocaña (D. Mariano). *La Maestra.*—Madrid, 1856.

Sánchez Toca (D. Joaquín). *El problema de la enseñanza.* Un tomo, en 8.°—Madrid, 1886.

San Martín (D. Alejandro). *Los Juegos de los niños.* Discurso leído en la Universidad Central.

Santos (D. José María). *Curso completo de Pedagogía.* Un tomo en 4.°—Madrid, 1872.

Sanz (D. Bernabé). *Manual de educación.*—1870.

Sardá (D. Agustín). *Estudios pedagógicos.*—Madrid, 1892.

Sela (D. Aniceto). *La educación del carácter* (de la Biblioteca Económica del Maestro).—Barcelona, 1889.

Soto (D. P. Calixto). *Manual de educación cristiana ó Pedagogía teórico práctica elemental.* Un tomo en 8.°—Madrid.

Sanquero (D. Antonio). *Programa de principios de educación y métodos de enseñanza.* Un tomo en 4.°—Alicante, 1888.

Tolosa Latour (Doctor D. Manuel). *El Niño.*—Madrid, 1882.

Torres Campos (D. Rafael). *Las excursiones escolares.* Un folleto en 4.°—Madrid, 1882.

Tudela (D. Alejandro). *Estudios pedagógicos.* Un tomo en 4.°—Tarragona.

Unamuno (D. Miguel). Discurso leído en la apertura de la Universidad de Salamanca en 1900.

Vallin y Bustillo (D. Acisclo). *La Instrucción popular en Europa.* Memoria y mapas.—Madrid, 1879.

Varón de Lattoor. *La Educación nacional.*—Madrid, 1900.

Vicente (D. Pedro de). *Nociones pedagógicas.*

Yeves (D. Carlos). *Estudios sobre la primera enseñanza.* Dos volúmenes en 8.°—Madrid, 1861 y 1863.

— *Prontuario de las madres y de los Maestros.* Un tomo en 8.° — 1866.

— *Un Maestro.* Novela pedagógica. Un tomo en 8.°—1866.

Zabala (D. Valentín). *Sistema universal de enseñanza.* Un tomo en 4.°—Zaragoza, 1860.

— *Discursos y disertaciones para reválidas, oposiciones y exámenes.* Dos tomos publicados en la Biblioteca Económica del Maestro.—Barcelona, 1867.

Zabala y Albiñana. *Elementos de Pedagogía.* Un tomo en 8.°—Zaragoza, 1855.

Si de esta lista de autores españoles pasamos á las obras extranjeras que se han vertido á nuestro idioma, recordamos, entre otras, las siguientes:

Tratado de Pedagogía ó Tratado completo de educación y enseñanza por Schwartz; traducción de Julio Kunn, 1846.

Historia de la Pedagogía, por Julio Paroz; traducida y aumentada por D. Prudencio Solís y Miguel.

La enseñanza del idioma (introducción), según el Padre Girard, por el mismo.

De la educación intelectual, moral y física, por H. Spencer.

La ciencia de la educación, por Bain.

Sistema de Pestalozzi, por M. Antoine Jullien; traducido por Merino Ballesteros.

Sistema universal de enseñanza, por Jacotot.

La Instrucción pública en Francia, por D. Pedro Felipe Monlau.

Emilio ó la educación, por J. J. Rousseau; traducción de Cañamaque.

Curso de Pedagogía, por Compayré; traducción de F. Sarmiento.

Historia de la Pedagogía, por íd.; traducción de F. Sarmiento.

Psicología pedagógica, por Compayré.

Higiene del alma, por Feuchtersleben; traducido por Monlau.

Venturas y desventuras, por Edmundo de Amicis; traducido por H. Giner.

Cómo Gertrudis enseña á sus hijos, por Pestalozzi.

Leonardo y Gertrudis, por íd.

Métodos de instrucción, por Wickersham.

La educación del hombre, por Federico Frœbel.

Dirección de las Escuelas, por Baldwin.

Lecciones de cosas, por Sheldon.

Principios y práctica de enseñanza, por Johnot.

La educación de los adultos en Inglaterra, por Buisson; traducción de A. Posada.

Conferencias sobre enseñanza, por Fitch.

Psicología pedagógica, por Sully.

Manual de enseñanza objetiva, por Calkins.

La enseñanza primaria en Alemania, por Baudouin; traducida por Ríus.

Dirección moral para los Maestros, por Barrau; traducido por Yeves.

La educación y la herencia, por Guyau.

La enseñanza de sordomudos, por Valade Gabel; traducido por Rispa.

La ciencia de la educación, por Bain.

La Escuela, por Julio Simón.

La enseñanza práctica en las Salas de Asilo, por Pape-Carpentier.

La psicología de la atención, por Ribot; traducido por Rubio.

Las enfermedades de la memoria, por íd. íd.

La educación de la voluntad, por Payot; traducción de Antón y Fernández.

La higiene del ejercicio en los niños y los jóvenes. El ejercicio en los adultos y la fisiología de los ejercicios corporales, por Lagrange; traducción de R. Rubio.

La educación física de la juventud, por Mosso; traducción de Madrid Moreno.

La fatiga y el adiestramiento físico, por Fissié; traducción de R. Rubio.

FIN

ÍNDICE

Páginas.

INTRODUCCIÓN.—Concepto de la Historia de la Pedagogía... 5
Origen de la Pedagogía..... 6

PRIMERA PARTE

I. — PUEBLOS ORIENTALES. —El pueblo hebreo. — Educación, antes y después de la ruina de Jerusalén. — China: organización de sus Escuelas. — India: ídem. — Persia. — Egipto. — Japón..... 9

II. — GRECIA. — Grecia. — Períodos en que puede dividirse su educación. — Primer período: Esparta y Atenas; la educación espartana y la ateniense. — Segundo período: Escritores sobre educación: Pitágoras, Sócrates, Jenofonte, Platón y Aristóteles. — Tercer período: Resumen de la educación en Grecia..... 24

III. — ROMA. — Roma. — Períodos en que puede dividirse su educación. — Cicerón, sus opiniones sobre la educación. — Séneca. — Quintiliano. — Plutarco. — Marco Aurelio..... 34

SEGUNDA PARTE

I. — LA PEDAGOGÍA CRISTIANA. — El Cristianismo. — Su influencia en la educación. — ¿Hubo escuelas primarias en aquélla época? — Escuelas catequísticas. — Escuela de Alejandría. — Orígenes. — Dídimo. — Los Santos Padres. — Opiniones de San Juan Crisóstomo. — Ídem de San Basilio. — Ídem de San Jerónimo y de San Agustín..... 49

II. — LA ENSEÑANZA EN LA EDAD MEDIA. — La Edad Media. — El monaquismo en Occidente. — El *trivium* y el *quadrivium*. — Carlomagno y Alcuino. — Inglaterra y otros países del Norte. — Los sucesores de Carlomagno. — Los árabes..... 60

Páginas.

III. — La Escolástica. — Las Universidades. — La Caballería. — La filosofía en la Edad Media. — La Escolástica. — Principales representantes. — Noticia de Abelardo. — San Anselmo. — Rogerio Bacón. — Santo Tomás. — Gersón. — Las Universidades. — Influjo de la Caballería. — Educación de las mujeres. — Victorino de Feltre. — Eneas Silvio. — Los jeromitas..... 67

TERCERA PARTE

EDAD MODERNA

I. — El Renacimiento. — El Renacimiento. — La imprenta y los descubrimientos geográficos. — La Pedagogía en el siglo XVI. — Erasmo. — Agrícola. — Vives. — Rabelais. — Montaigne..... 79

II. — La Reforma. — Lutero: sus opiniones pedagógicas. — Influencia de Lutero. — Melanchton. — Trozendorf. — Sturm. — Milton. — Comenio: sus ideas respecto de la enseñanza. 91

III. — La Iglesia y la enseñanza. — San Ignacio de Loyola y la Compañía de Jesús con respecto á la enseñanza. — San Carlos Borromeo. — Jacobo Sadoleto. — San José de Calasanz..... 97

IV. — Los filósofos. — Influencia de la filosofía en la educación. — Bacon. — Descartes. — Locke. — Condillac. — Sus principales ideas pedagógicas..... 102

V. — Pedagogos del siglo de Luis XIV. — El siglo de Luis XIV. — Mad. de Maintenon. — Fenelon. — Bossuet. — Fleury. — Lasala. — Sor Ángela de Brescia..... 107

VI. — Jansenistas, pietistas y humanistas. — Los jansenistas. — Los llamados solitarios de Port-Royal. — Sus principales profesores. — Carlos Rollin. — Los pietistas y humanistas en Alemania. — Franke. — Ernesto *el Piadoso*. — Rochow. — Planta..... 115

VII. — Reformas pedagógicas. — Reformas beneficiosas en la época de Luis XV. — Escuelas de sordomudos y ciegos. — Pereira, el abate l'Epée. — Las escuelas de párvulos.... 120

VIII. — La Pedagogía del siglo XVIII. — Los enciclopedistas. — Juan J. Rousseau. — Juicio sobre *el Emilio*. — Influencia de Rousseau..... 122

Páginas.

IX. — La Revolución francesa. — Reformas pedagógicas de la Revolución francesa. — Opiniones de Mirabeau, Talleyrand, Lakanal, etc. 127

CUARTA PARTE

LA PEDAGOGÍA CONTEMPORÁNEA

I. — Pestalozzi y Basedow. — Pestalozzi. — Juicio sobre Pestalozzi. — Basedow y Wolke y el *Filantropium* de Dessau 131

II. — Influencia de Pestalozzi. — Fellenberg. — El P. Girard; biografía y obras principales 138

III. — Pedagogos alemanes. — Manuel Kant, sus opiniones pedagógicas. — Salzmann. — Herbart. — F. Frœbel y los Jardines de niños 142

IV. — Principales escritoras sobre educación. — Principales escritoras sobre Pedagogía. — Mme. Necker. — De Genlis. — Campau. — De Remusat. — Guizot. — Carpentier. — Molino. — Swetchine. — Fernán Caballero. — Doña Concepción Arenal 150

V. — La Pedagogía en el siglo XIX. — A) Alemania. — Principales pedagogos alemanes de nuestros días 154

B) Francia. — Guizot. — Jacotot. — Dupanloup y otros 156

C) Inglaterra. — Las escuelas del Reino Unido 160

D) Suecia. — La enseñanza en Suecia. — El trabajo manual .. 166

E) Rusia. — La enseñanza en Rusia. — Tolstoi 167

F) Italia. — La enseñanza en Italia. — Rosmini. — C. Cantú. — Dom Bosco 170

G) Portugal. — La enseñanza en Portugal 172

H) Estados Unidos. — La enseñanza en los Estados Unidos. — Channig. — H. Mann 174

QUINTA PARTE

LA PEDAGOGÍA EN ESPAÑA

I. — Primeros tiempos. — Dominación romana 183

II. — Dominación goda 186

Páginas.

III. — Los árabes 187
IV. — Los judíos 191
V. — Las escuelas cristianas 192
VI. — La enseñanza en los siglos XV y XVI 197
VII. — Decadencia en el siglo XVII 207
VIII. — La Hermandad de San Casiano 209
IX. — Los caligrafos españoles 211
X. — Feijoo y Sarmiento 213
XI. — Época de Carlos III 215
XII. — Época de Carlos IV 218
XIII. — La enseñanza en el reinado de Fernando VII .. 220
XIV. — La enseñanza desde 1833 á 1868 225
XV. — La enseñanza desde 1868 hasta 1874 234
XVI. — La enseñanza desde 1874 hasta nuestros dias .. 236

APÉNDICES

A) Privilegios de los maestros en tiempo de Enrique II 243
B) De los exámenes de los maestros y las visitas en las escuelas en tiempo de Felipe II 244
C) Exámenes de maestros 246
D) La enseñanza en Navarra 248
E) Índice de algunas obras pedagógicas españolas en el siglo XIX 251

23026

Pedagogia Universal